

A La vida libertaria de Felipe Aragón

Julio Iñaki Zuinaga Bilbao

Image not found.

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN

El México de principios del siglo XX

En la ciudad de México, en barrios en los que se concentraban familias obreras, la distribución de varios periódicos como Regeneración, Rojo o Monitor Democrático sembraban la semilla y organización de lo que sería todo un movimiento sindicalista a escala nacional. Los obreros solían habitar en vecindades, o barrios populosos, de las comunidades que se anexaban gradualmente en la gran urbe. Las noticias e ideas que diseminaban y difundían aquellos diarios iban dirigidas a la defensa y organización de los trabajadores por sus derechos. Se regaba una marea de ideas, frente a toda clase de empresarios y sus costosos abogados. Los trabajadores compartían y discutían las ideas y las noticias; abrazaban y promovían la sindicalización laboral y, se manifestaban en apoyo a las acciones promovidas por la oposición, frente al impopular gobierno de Porfirio Díaz. Más aún, cuando sobrevino la crisis en la disminución de la producción agrícola. Lo que trajo consigo la consiguiente escasez en el abasto y el alza de precios de los alimentos básicos. Todo ello fustigaba la economía de los hogares de los trabajadores. Contribuyó también, la promulgación de la amplitud de los límites territoriales de las haciendas, las que fueron incluso absorbiendo poblaciones enteras, las que, ante el abrigo de esas nuevas leyes, forzaron a los campesinos, quienes se veían obligados a vender el derecho de propiedad de sus parcelas. Las propiedades comunales estaban obligadas ahora a registrar, y regularizar individualmente, sus propiedades. Esto condujo a múltiples descontentos en los que, los campesinos, empobrecidos en masa, quedaban impedidos de laborar en sus propias tierras comunales. El campesinado había luchado mucho tiempo para conservar el orden natural campesino, que incluía el control de la tierra por parte de la comunidad local y el autogobierno. Ahora se veían obligados a emplearse como peones libres, o medieros y aparceros, en las haciendas. Eran obligados a abastecerse en las tiendas de raya, propiedad de los hacendados, en vez de percibir sueldos o salarios. Lo anterior no era sino la consecuencia de un acelerado proceso de despojo a escala nacional de grandes extensiones de tierras en las que se asentaban y sembraban las comunidades campesinas. Tierras que nunca habían sido regularizadas tal como ordenaban las nuevas leyes y decretos. Durante los años previos, a lo largo y ancho del país, tales tierras fueron siendo otorgadas mediante su regularización gradual a las grandes haciendas, quienes mantenían ahora grandes extensiones sin labranza alguna. Numerosas extensiones de tierra fueron otorgadas también a compañías privadas, algunas de ellas extranjeras, en rubros como la minería, ferrocarriles y cultivos de algodón para empresas textiles, principalmente en el centro y norte. Todo ello frente a un creciente poder local y regional de la clase terrateniente, los hacendados,

la cual mantenía ociosas enormes extensiones de tierras. Muchos de los que perdieron sus viviendas, acorde con esas nuevas leyes, migraban. Ya fuese a la capital, o al norte, a emplearse como obreros, mineros, o mano de obra en rancherías y cultivos. Se desarrollaban las empresas mineras y toda una nueva gama de empresas orientadas a la producción y manufactura de alimentos e insumos para la industria textil. O bien, buscaban empleo en la construcción y crecimiento de los ferrocarriles. Los grupos de nuevos empresarios compraron también una porción considerable de las tierras que la Ley Lerdo, y el reforzamiento a esta por el gobierno de Díaz, puso a su alcance. Crecieron con ello grandes rancherías de ganado, henequén, algodón, telas y tabaco, principalmente para exportación.

El efecto central fue el enorme descontento que esas nuevas leyes habían provocado en muy diversas regiones, en cientos de comunidades campesinas. No tardó tal situación en provocar alzamientos en distintos puntos del país. Las ideas que se difundían, en múltiples gacetas, solían ser generadas por los clubes de los liberales, varios de los cuales derivaron hacia el anarcosindicalismo. Brotaron revueltas campesinas, que retomaron la ilustre frase de «La tierra es de quien la trabaja» misma que abrazó, entre otros, el movimiento encabezado por Emiliano Zapata, insurgente que comenzó a integrar el alzamiento y organización de tropas campesinas en el estado de Morelos, motivados por la reivindicación de sus derechos a la tierra. Fueron así, cientos de miles los campesinos desplazados, quienes optaron por dirigirse hacia aquellas regiones en las que se construía la infraestructura ferroviaria, cuyo paso daba lugar a la creciente urbanización y nacimiento de poblaciones, varias de las cuales a la postre, serían de relieve. Eso traía consigo, la consiguiente necesidad de mano de obra en la construcción. Miles emigraban incluso, a las urbes, a emplearse como obreros de las nuevas fábricas. O cruzaban la frontera, donde también crecían nuevas poblaciones, apoyadas por las políticas del país del norte, que tenía por objetivo colonizar y comunicar, en forma acelerada, los territorios ganados a México a finales del siglo previo, y en cuyas plantaciones y urbanización se necesitaban brazos. Los migrantes fueron así llamados braceros, en forma peyorativa, tanto por los residentes güeros del país del norte, como por las autoridades mexicanas. Allí, al norte de la frontera, las remuneraciones eran cercanas al doble de aquellas que se ofrecían al sur de la frontera. Las poblaciones, sucias y sin servicios, empeoraron en la medida en que las fábricas y empresas atraían a un número mayor de personas. Las ciudades de mayor crecimiento, como México, Guadalajara, Puebla, Veracruz, León, Querétaro y Morelia, no pudieron proporcionar los servicios indispensables: pavimentos, alumbrado, agua, drenaje, transportes y sanidad. Las jornadas para los afortunados que encontraban trabajo de planta -hombres, niños y mujeres- variaban de doce a dieciocho horas. Las condiciones de trabajo eran casi insoportables y los salarios apenas alcanzaban para la mera subsistencia. Al mismo tiempo que el movimiento agrario adquiría una mayor cohesión ideológica, el movimiento laboral

urbano, iniciada en la década de 1860, evolucionó en el periodo revolucionario del mutualismo al cooperativismo y al anarco-sindicalismo revolucionario.

Las organizaciones obreras mexicanas, influenciadas por vigorosos anarquistas militantes, fueron alentadas por las deplorables condiciones de trabajo de las fábricas, así como, por las miserables condiciones de vida de las áreas citadinas en las que se concentraba a los trabajadores. Se construía de esta forma una de las grandes condicionantes del desarrollo industrial con la acelerada migración de la mano de obra del campo a la ciudad. Se perseguía a quienes se organizaban, ya fuese en la clase obrera o el campesinado. El trabajo estaba muy mal remunerado y las condiciones eran raquílicas. Llegaban industrias extranjeras, y aprovechaban esa condición, casi de esclavos, para los trabajadores de las minas, de los ferrocarriles y la industria quienes hacían, en la clandestinidad, intentos para crear organizaciones y sindicatos colectivos en las diversas ramas de actividades, regiones y urbes del país.

PRÓLOGO

Enero de 1909

...Y serás perseguido, para evitar que propagues ese mundo distinto, el cual aprenderás a ver en el espejo...

El reloj, entre los anaqueles de botellas tras la barra de la cantina, marcaba las 4:30 p.m. Entre las encaladas paredes del lugar se destacaban varios retratos al carboncillo de algún artista local. Con excepción, del área más cercana a la puerta de vidrios esmerilados que da acceso al lugar, las escasas lámparas y un par de viejos ventiladores de aspas que rotaban con pereza, hacían que la atmósfera de ese lugar se reprodujese hora tras hora entre humaredas y aromas de tabacos, de moronga y chicharrón, que emergían de la cocina en cazuelas de alfareros, rotándose en la barra con pequeñas cazuelillas rebosantes de cacahuets, habas y pepitas.

Había un ir y venir de meseros. Se escuchaban diversas y vociferantes charlas de hombres, dispersos entre la barra y varias de las mesas; la mayoría de los comensales portaban chamarras de cuero y sombreros de yute. Algunos, incluso, traían vacíos los cintos de pistolas, las que estaban obligados a entregar en la barra durante su estancia en el lugar, según rezaba un letrero junto a la entrada.

Pese al ruido y movimiento, aquel hombre de camisa verde olivo, sentado en una mesa al fondo, permanecía imperturbable. Cuelga del respaldo de

su silla una chaqueta de ante. Estaba concentrado en su escritura sobre algunas hojas blancas que contrastaban con el vaso de cerveza color miel, el azul del paquete de cigarrillos y el marrón de la mesa de madera, arañada ya, tras el arrastre de incontables platos, vasos y fichas.

El cabello en tonos castaños, alborotado tras haberlo desamarrado y pasado decenas de dedos entre él, en vanos intentos por despejar la vista sobre aquellas letras. El rostro pálido y afilado, la piel tersa; la barba de varios días, hasta el cuello.

Su mirada se pierde, y esos ojos verdes se hunden en pensamientos para ordenar las ideas. Terminó de escribir esa última frase y releyó lo escrito.

El reloj sobre la barra marcaba las 4:54 p.m. Dobló las hojas ya escritas y las metió en un sobre postal color manila en el que escribió Para mi hijo. Felipe, y tapó la pluma fuente. Volteó el sobre, sacó del bolsillo de la chaqueta un trozo de cera roja y un pequeño medallón de cobre, y comenzó el protocolo. Encendió un cerillo y acercó la llama, dejando caer varias gotas de cera sobre el dobléz del sobre. Tomó el medallón y lo aplastó en la cera aún cálida. La efigie del medallón selló la carta. Esperó unos momentos a que se endureciese el resto de cera y, junto con el medallón, los regresó a la bolsa de la chaqueta de ante.

Volvió a ver el reloj, eran las 5:01 p.m. Encendió un cigarrillo dando una larga bocanada. La puerta del lugar se abrió dejando entrar la claridad, en la que reconoció la silueta de Anastasia, quien miraba hacia todos lados, buscándole. Lucía hermosa, con un vestido verde que acentuaba las formas e imantaba las miradas del lugar. Detrás de ella entró Alberto, su hermano, quien saludó a varios en su paso hacia la barra donde pidió un par de tarros de cerveza. Un hombre fornido, de cabello y bigote negros, enfundado en una chamarra café, de cuero, que solía llevar a todos lados.

«Mi hermosa Anastasia. Esos ojos pardos que hablan. Cómo te he extrañado», pensó Felipe. Alzó el brazo para indicarle dónde estaba. Se levantó y encaró al fin esos ojos que habían habitado en su mente por tanto tiempo. Anastasia, su mujer, se encontraba de nuevo frente a él. Fueron segundos intensos, con dureza en las miradas antes de romper en lágrimas, abrir los brazos y unirse en ese tan deseado y postergado abrazo. Anastasia se separó unos centímetros y, escudriñando la cara de Felipe, susurró:

—Tus ojos están cansados y tristes, se te ve demacrado. ¿Estás bien?

—No, no como quisiera —acusó él, bajando la mirada.

Separó de la mesa la silla contigua a la suya y ambos se sentaron. Ella, tomándolo de la mano, volvió a insistir:

—Este lugar... ¿Por qué presiento que no me va a gustar lo que vas a decir? Han pasado tres años. Tres insensatos años, sin saber qué has hecho, o dónde has estado.

—No te voy a mentir, estuve muy mal, a punto de morir. —La miró directamente a los ojos, que se abrían ante esas palabras—. No sé cómo, pero quienes me han perseguido por años, finalmente me localizaron, cerca de Cananea. Me tuve que batir con algunos de ellos.

Alberto se había acercado, y al escuchar esas palabras dejó los tarros sobre la mesa. Relamiéndose la espuma en el bigote, se sentó en la otra silla contigua a la de Felipe, y preguntó:

—Tú dices cuñado... ¿Vamos tras ellos?

—No —le contestó a Alberto—. Son seres a sueldo, mercenarios entrenados que hicieron trizas a los mineros —y mirando a los ojos a Anastasia, continuó—. Es mejor que no lo sepas —bajó la mirada al tarro de cerveza y añadió con un tono grave—. Vendrán más, y no puedo poner en riesgo la vida de ustedes. Debo irme, sé cómo despistarlos. Pero si me quedo... ahora que ya saben de mí, vendrán aquí.

—Felipe, ¡yo te necesito!... ¡Tu hijo te necesita! —le rogó Anastasia.

— ¡Vaya que lo sé! Pero es precisamente para cuidarles a ustedes que debo irme. —Tomó la mano de Anastasia entre las suyas, la sintió crispada, y espaciando las palabras añadió—: Sospecho que sepan de la hacienda. Necesito que se vayan a otro lugar.

Donde puedan pasar desapercibidos. La gran ciudad, la capital, la muchedumbre...

Felipe se reacomodó en la silla, y gimió por un dolor repentino en la espalda. Ambos le miraron atónitos. Al sentir las miradas, Felipe respondió:

—Todavía deben sanar algunas contusiones. Pero ya es menor, solo necesito un poco de tiempo. Ustedes saben que mi cuerpo se regenera con rapidez.

Volteó a ver a Anastasia que permanecía en silencio, asomando lágrimas y furia en la mirada.

—Ven con nosotros a la ciudad —dijo ella con voz temblorosa, e insistió—.

Al menos ven a la hacienda a conocer a tu hijo.

—Tasi, no puedo, no debo arriesgarles. —Aparecieron lágrimas al borde de aquellos ojos verdes—. Y créeme que nada quisiera más que ver a mi hijo y estar contigo.

—Así lo haremos. Yo cuidaré de ellos en la capital —dijo contundente Alberto.

—Gracias Alberto, te necesitarán. Te agradezco... —dijo casi en susurros poniendo con fuerza la mano sobre la de Alberto en la mesa.

—Bah, ustedes son mi familia, ¿cómo podría dejarles solos?

Anastasia permanecía en silencio, mordiendo su sentir.

—Pequeñita, no me pasará nada —dijo mirándola a los ojos que le desafiaban—. Cuando esté todo arreglado yo regresaré con ustedes. No temas por mí, sabes que tengo mañas para evitar los peligros, y tendré cautela. —Tomó la carta de la mesa y se la tendió a Anastasia—. Esta es para mi hijo. Sé que está muy pequeño para leerla, pero les sorprenderá lo rápido que aprenderá a hacerlo. Es como yo —mencionó satisfecho, y orondo.

Esas palabras provocaron gemidos en Anastasia, quien intentaba serenarse, y le contestó:

— ¿Hasta que sepa leer? ¿Tanto tiempo? —le temblaba la voz, y aventó la carta sobre la mesa.

—Tasi... tú y mi hijo son mi vida. Tengo que hacerlo, créeme que llevo días pensando...

Súbitamente, Anastasia se levantó de la silla, mascullaba palabras inconexas, y se encaminó veloz a la salida del bar seguida por múltiples miradas. Ambos se levantaron, y la vieron desaparecer tras la puerta de salida del lugar.

Alberto se sentó, y observó a Felipe, quien aún tenía la mirada sobre la puerta, y le preguntó:

— ¿Por qué estamos aquí?

Felipe parecía titubear, le dirigió la mirada y se sentó a su vez. Era la primera vez que Alberto le sentía vulnerable. Felipe fijó la mirada en los ojos de su cuñado, y le dijo: —Son seres parecidos a mí. Los he sentido. Y si vienen por mí, no es solo para acabar conmigo, buscan a nuestros hijos. Los secuestran, los reclutan, los convierten en formidables asesinos.

Si me están siguiendo, es también por eso —Hizo una breve pausa y continuó—. Pensé que no vendrían a este lugar, una cantina, si lo que quieren es saber si tengo hijos. Pero fue una tontería, ella no me perdonará esto.

—Carajo, es que regresas y la metes en este lugar. A ella, que anhelaba verte y estar contigo.

—Alberto cuídalos —la voz de Felipe palidecía.

—Así lo haré —le respondió Alberto, quien tomó la carta, vio el sello, y la metió en el bolsillo de la chamarra de piel.

Felipe buscó en su chaqueta y sacó una libreta que le tendió a Alberto, quien tomaba un largo trago de cerveza.

—Aquí están los consejos y métodos para ayudar a mi hijo. Esto servirá para que vaya dominando los síntomas y las cualidades que irán naciendo en él. Es bastante más de lo que yo tuve cuando era pequeño. Estudia las instrucciones, enséñale. —Hizo una breve pausa y enfatizó—: Te lo digo a ti, esos seres no están lejos de saber sobre la hacienda. No tarden en partir. Y si llega a ser necesario, si no estoy yo, lleva a mi hijo con el brujo mayor de Catemaco, le llaman Nahuatl, él sabrá qué hacer.

Felipe tomó del brazo a su cuñado y le dijo mirándole a los ojos:

—No tienes idea de cuán intenso es el sabor de matadero, lo tengo tan vivo y me persigue como un fantasma que se aloja en mis ojos, nariz y garganta.

—Lo haré cuñado. Los voy a cuidar con mi vida. Tienes mi palabra... Cuídate, ¿sabes? Al equilibrista le fascina estar en la cuerda floja, y hacer las cosas cada vez más difíciles. Hasta que falla —calló unos momentos y agregó—. De alguna manera buscaré estar en contacto contigo. Ahora, me voy a calmarla, antes de que haga alguna locura. Un último abrazo selló el pacto entre ambos.

* * *

Capítulo 2

CAPÍTULO I

I

Nace Felipe en la hacienda de Fortín

Felipe Aragón Hinojosa nació en la hacienda de la familia materna en Veracruz, en la población de Fortín de las Flores. Fue el primero de mayo de 1906, seis años antes de darse la primera gran marcha de los trabajadores en la Ciudad de México.

¿Por qué su mente asociaría casi siempre ambos eventos, cada vez que pensaba en ello? Sin duda, por la influencia que tuvo en esos primeros años su tío, Alberto Hinojosa, el hermano mayor de su madre. Un hombre cabal y arrojado; muy activo en las labores clandestinas de organización social. Fueron muchas las ocasiones en las que el tío señalaba, con esa ronca voz, que su nacimiento debía tener algo mágico, ya que había coincidido con el día en el que se unieron su llegada al mundo y el estallido de la gran huelga minera de Cananea y, seis años después, coincidiendo con su natalicio, se organizó la primera gran marcha de miles de voluntades que salieron a las calles para exigir justicia y libertad.

El abuelo Nicolás había legado en su testamento sus bienes a sus nietos Alberto y Anastasia. Ello comprendía la pequeña hacienda en la que se producían diversas frutas y legumbres, se criaban cerdos y una pequeña horda de gallinas producía huevo suficiente para ser comprado por un par de proveedores del mercado local. Todo ello producía una cierta cantidad de dinero que, aunada a los ahorros de años, les daría una cierta tranquilidad por algún tiempo, por lo que Alberto quien ya tenía la mayoría de edad pudo terminar sus estudios de leyes. Anastasia, por su parte, contrató un par de personas conocidas por sus destrezas que le enseñarían en casa aritmética, algunos pasos de contabilidad y, el otro, las nociones importantes tanto de biología de plantas, como de agronomía. Entre ambos Anastasia y Alberto fueron organizándose y en breve tiempo lograron administrar la hacienda con acierto y realizando mejoras.

Alberto había comenzado a reunirse con varios jóvenes bachilleres del pueblo, que estaban embelesados por el estudio de la historia y la política. Constantemente traía a casa periódicos varios y gacetillas de los trabajadores, algunas de las cuales eran leídas también por Anastasia. La relación entre hermanos era cálida y muy estrecha, Alberto la apoyaba incondicionalmente. Sin embargo, nacía en él la inquietud de trasladarse a

la capital adonde todo parecía suceder.

* * *

Esos ojos verdes

Meses después, Anastasia daría un vuelco a su vida. Esa hermosa joven de escasos veinte años que atraía las miradas. De facciones amables y delicadas, y un cuerpo esbelto y torneado, producto del trabajo físico necesario en las labores de la hacienda, a la par de los empleados que tenían contratados para las labores de siembra y alimento a los animales.

Aquella soleada mañana de domingo, se adentraba por el mercado popular para realizar la acostumbrada compra de comestibles y enseres domésticos. Se detuvo ante el puesto de un vendedor de frutas y observó la dudosa calidad y débil aroma de la fruta dispuesta. Los plátanos y mangos estaban ya algo pasados por lo que giró para encaminarse a algún otro puesto. Pero en su giro, topó de frente con un hombre corpulento lo que la hizo retroceder y tropezar de espaldas con la tabla de madera sobre la que estaban dispuestas las frutas.

La tabla se balanceó y, muchas frutas y aromas turbios rodaron hasta caer al suelo ante la mirada de furia del tendero. Aquel hombre con quien se topó la ayudó a levantarse, y fue entonces que le miró con mayor detenimiento, era un palmo más alto que ella, sus ojos eran verdes y profundos, la barba bien recortada era oscura y tupida, sobre una tez pálida. Llevaba un jersey color vino con cuello de tortuga, sobre el cual portaba un saco marrón de piel de gamuza, que daba a su cabello castaño oscuro y ligeramente rizado, un aire muy atractivo.

El tendero, molesto, la increpó y le exigía dinero por la fruta echada a perder. Ella se negó aduciendo que no había comprado ahí, precisamente por el mal estado de la mayoría de los plátanos y mangos. El gordo vendedor con voz de pito insistía. Y aquel hombre de tez pálida le tendió un billete al enojado vendedor, quien le respondió que no tenía cambio. El hombre buscó en su bolsillo y le extendió la mano con varias monedas y amenazó:

«O toma estas monedas o le prometo que mañana su puesto no estará aquí, ya que usted ha tenido problemas antes, por el mal estado de su mercancía».

El tendero abrió grandes los ojos y se limitó a tomar las monedas.

—Le agradezco, pero no necesito que haga eso señor —enfaticó Anastasia.

—Es culpa mía también, yo estaba parado junto a usted, sin saber hacia dónde me debía dirigir —contestó él, con una voz en tonos graves que

sonó encantadora a los oídos de Anastasia.

Anastasia insistía en pagarle y él comentó:

—Solo si me permite acompañarla y me sugiere qué y dónde comprar la mejor fruta.

—De acuerdo —respondió Anastasia, sonrió y se sonrojó.

Así se conocieron ambos, él la acompañó por el mercado, ambos probaban algunas frutas exóticas como pitayas colombianas, rambután o lichis costarricenses dulces como la mañana de rocío, aguajes peruanos, pitangas aromáticas y jugosas, o feijoas del Brasil, y bromeaban con toda la gama de sabores y olores. La cercanía del puerto de Veracruz permitía que el abasto en aquel mercado tuviese frutas de varios países, sobre todo del sur.

Al llegar al borde de la gran bodega en la que estaba instalado el mercado, ella detuvo sus pasos y le agradeció su compañía, pensando en que al no haberle él dicho ni siquiera su nombre, aquel hombre no tenía mayor interés en ella.

—Felipe —dijo él.

— ¿Cómo?

—Es mi nombre, Felipe. Y no quiero parecer oportunista, pero siendo honesto me encantaría acompañarla hasta su casa. Sin embargo, le pido permiso para ello.

Anastasia estaba encantada con la forma del detalle para acompañarla, pero más aún con aquellos ojos verdes de mirada profunda.

—Está bien, acepto que me acompañe —respondió, esbozando una sonrisa franca.

Fue ese el primer encuentro. Comenzaron cuidadosamente una relación, y Anastasia aprendió a conocer a aquel hombre extraño, con cualidades que jamás había conocido en ningún otro ser humano.

Él, lejos de esconder como era, le fue enseñando sobre sus particulares destrezas, cada detalle y cómo había superado y aprendido, a controlar algunas de ellas.

Las únicas omisiones fueron no mencionar su edad, o el poder escuchar los pensamientos, lo cual no significaba problema alguno dado que su

apariciencia era, en cuanto a edad, semejante a la de su hermano Alberto.

Lo que más sorprendía a Anastasia era su trato hacia ella, él sabía en qué momentos ella se sentía distinta. En ocasiones, Felipe parecía saber exactamente lo que ella pensaba o deseaba. Siempre fue un trato de iguales, dos personas que decidían estar juntos y con ello ser aún mejores. Apoyarse, comprenderse, entenderse, escucharse, regañarse, aconsejarse, amarse y acariciarse cuantas veces les nacía... Construían con cuidados y paciencia la relación, nunca una palabra fuera de tono. Iban aprendiendo a conocerse mutuamente.

Fue grato para Anastasia observar que quien estaba también particularmente contento con ello era Alberto, quien veía la alegría diaria en los ojos de su hermana. Alberto se había dado a la tarea de charlar profusamente con Felipe, para conocerlo, para saber quién y cómo era aquel hombre que había conquistado el corazón de su hermana. Se sorprendía con frecuencia por la amplitud de los vastos conocimientos de Felipe, y algo que le resultaba más que agradable era el encontrar un amigo, alguien con una ideología semejante, incluso más profunda y sólida que aquella en la que Alberto iba gradualmente construyéndose a sí mismo.

Anastasia solía pensar en cómo habría sido la relación de haber vivido más tiempo el abuelo Nicolás, «sin duda se habrían entendido bien, ambos eran justos, objetivos y éticos, valoraban la libertad de cada ser».

Sin embargo, la familia De la Hoz, veía con ojos de desconfianza a Felipe, ¿cómo era posible que Anastasia viviese con un hombre sin haberse casado? Y Felipe, cuando algunos de esos parientes de Anastasia les visitaban, imponía su presencia por vía del tono de su voz y su apariciencia.

La prima de Tasia, Natalia De la Hoz, la hija de su tío Aureliano, se deshacía en miradas a Felipe, lo que causaba una risa contenida en Anastasia. No así el tío Aureliano quien, adoctrinado por su padre, Emilio De la Hoz y hermano menor del abuelo Nicolás, el ansiaba hacerse con la propiedad de la hacienda. Un hombre ambicioso, que aprovechaba toda reunión de la alta sociedad para hacerse de un nombre.

A los tres meses de haberse mudado Felipe a la hacienda, le mencionó a Anastasia que acababa de recibir una carta en la que le pedían ayuda varios amigos obreros, los que mantenían una huelga en una fábrica. Le pedían ayuda para crear un sindicato, y Felipe había tomado la decisión de ir a la ciudad de Querétaro por unos días, para poder ayudarles. Alberto estaba presente en esos momentos y, casi de inmediato, le preguntó a Felipe si le permitiría acompañarlo.

Felipe agradeció su ofrecimiento y respondió con un «¡Claro que sí!», lo cual de alguna manera le dio confianza y tranquilidad a Anastasia quien consintió en la partida de ambos.

Felipe se iría en múltiples ocasiones. Si bien en algunas de ellas, lo acompañaba Alberto, en otras, optaba por ir solo, para no poner en riesgo a su cuñado.

En esas ausencias la mirada de Anastasia era otra, húmeda, añoraba los momentos de estar juntos. Los regresos eran siempre tal y como los prometía aquel hombre. Ambos se unían en fuertes lazos. Aquellos ojos verdes de mirada profunda se convertían en un símbolo de la libertad que los unía. Y para Felipe, los ojos de Tasia, aquellos ojos que hablaban por sí mismos, eran esa enorme fortaleza en la cual depositaba casi todos sus secretos.

Tras uno de aquellos viajes a la capital, al que le había acompañado Alberto, Anastasia había adornado de flores todos los rincones de la casa y el atrio del jardín, con ayuda de Rosita su nana cuando era apenas una niña, unos seis o siete años mayor que ella y que ahora, tras todos esos años transcurridos, era su inseparable amiga y se ayudaban con todos los quehaceres de la gran casona en la hacienda. Al llegar ellos, se colgó del cuello de Felipe susurrándole al oído «Vas a ser papá». Esos ojos verdes brillaron como nunca los había visto, y lágrimas de alegría rodaron en las mejillas. Fueron días grandiosos, llenándolos con arrumacos y caricias mil.

* * *

Con todas las borrascas de indignación, levantamientos y represiones del gobierno y los terratenientes hacia los trabajadores y campesinos, el ambiente nacional se tensaba. Llegó aquel día en que oscuros nubarrones amenazantes de lluvia plagaban la región.

Felipe recibió la visita de varios hombres, desconocidos para Tasia, quienes se encerraron por varias horas con Felipe en la biblioteca de la hacienda. Al terminar aquella reunión, en la que también estuvo presente Alberto, y tras la partida de aquellos hombres, Felipe se acercó a Anastasia y le comentó que partiría por un par de meses al norte, lo que la hizo pasar de la sorpresa al enfado, ya que estaba próxima a dar a luz.

Alberto hizo magia para convencerla de que todo estaría bien, que él se haría cargo de acompañarla. Alberto estaba al tanto de que su cuñado sería uno de aquellos militantes que irían a Cananea, a organizar con los mineros una gran huelga, que sería toda una hazaña frente al régimen imperante. Y tuvo que hacer malabares, ayudado de Rosita, para tranquilizar a su hermana y organizar todo para el día en que finalmente

nació el pequeño Felipe, el primero de mayo, que fue atendido por una matrona local, en una de las habitaciones de la hacienda.

* * *

Llegó así el pequeño Felipe a dar vueltas al sol. Su madre, Anastasia, le mencionó alguna vez que al nacer, ni siquiera lloró o dio grito alguno; apenas se escuchó su aspiración al llenar de aire los pulmones, y solamente pateó para defenderse de la partera que lo estaba sacando del vientre. La fiesta fue en grande, con todos los trabajadores que solían contratar para labores tales como la crianza de cerdos y gallinas, o recoger la fruta de los plantíos de árboles frutales y nogales, y la preparación de la tierra en un par de hectáreas, para la siembra y cosecha de diversas legumbres, lo que constituía la producción de la hacienda. Era notorio que los trabajadores del lugar eran mejor pagados que en las otras haciendas, y Anastasia, personalmente, se encargaba de llevar médicos a sus familias cuando alguien se enfermaba. Se sabían seguros Tasia y Alberto, de la fidelidad y bienestar de su gente.

Anastasia omitía el hecho de que, semanas más tarde, les llegó un curioso rumor: Rosa le mencionó, posteriormente al parto, que la partera que la atendió fue sembrando la historia de que aquel pálido bebé recién nacido en la hacienda de don Nicolás de la Hoz, por algún arte extraño, había hecho flotar las sábanas que le habían arrojado al salir del vientre de su madre. «Cosa del diablo», decía la partera.

Su marido, Felipe Aragón, no estuvo presente, y el pequeño Felipe no supo hasta años después que su padre en esos días había tenido que irse al norte, a Cananea. El pequeño Felipe, salvo por una fotografía en claroscuros que encontró algunos años después, no había podido ver a su padre.

* * *

Felipe llegó, a los tres años de edad, a la Ciudad de México. Cuando el tío Alberto consiguió, tras largas discusiones, que su hermana acatará la sugerencia que les había hecho Felipe padre, su cuñado, antes de partir de nuevo. Lograron hacerse con un pequeño piso en una de las vecindades de dos niveles, cercanas al centro de la capital. Alberto organizó la mudanza de muebles y enseres que Anastasia había escogido para llevar. Era un departamento pequeño en el primer nivel, al fondo, embutido en una de tantas vecindades de dos pisos, cuyas viviendas y vivencias parecían empujarse entre sí. Abajo, entre ellas, corría un amplio pasillo en el que se dispersaban mareas de aromas provenientes de las cocinas, y hacía eco de las voces, regañinas, risotadas y algarabías. En las paredes resonaban la música romántica, la afrocubana o danzones de la radio, con las que alguna que otra vecina meneaban las caderas. En días de sol, sobre el tono arena claro de los muros de un costado, la luz se

reflejaba enturbiando la vista.

Aquella vecindad se encontraba apenas a unas calles del Zócalo de la gran ciudad y a una calle de la plaza de la Ciudadela. Fue así que el pequeño de apenas tres años, su madre, Anastasia (o Tasia como le llamaban los más allegados) y el tío Alberto, habitaron en aquella saturada y pintoresca vecindad en la que Felipe pasó su primera infancia.

Durante ese primer año en la vecindad el pequeño, pálido y retraído Felipe, solía mantenerse a distancia de los demás. No por las razones que un pequeño de esa edad suele tener, sino porque la cercanía de las personas provocaba en él toda una gama de sensaciones y voces extrañas en su cabeza, algo que cualquier adulto, incluso, estaría lejos de entender. Todo ello lo confundía, al grado de llegar a imaginar que dentro de sí habitaban otros seres. Su extraña forma de asimilación de las sensaciones ajenas le obligaba en ocasiones, y de forma espontánea, a poner los ojos en blanco al saturarse de las mismas, o a llorar sin motivo alguno. Curiosamente, a su escasa edad, solía preguntarse: « ¿No sienten eso todos los demás? ».

Transcurridos los primeros cuatro meses de haber llegado, Alberto, dado lo pequeño del lugar, había optado por buscar otro lugar para dormir. Compartía con amigos obreros un lugar más cercano a la sede del Partido Liberal Mexicano, a donde solía asistir a reuniones sindicales y partidarias.

* * *

A los cuatro años de edad el pequeño podía ya hablar con una fluidez que asombraba. Con el tiempo y los consejos de su madre, y sobre todo los de su tío quien solía visitarles con mucha frecuencia, comenzó a aprender cómo aminorar esas extrañas sensaciones. Su madre le forzaba a controlar el cómo respirar despacio y más hondo. El tío le enseñaba también a concentrar su mente en algún objeto, cualquiera, que estuviese fijo. O bien, a recordar algo gracioso, ya que la risa inhibía las sensaciones.

El pequeño prefería recordar alguno de los muchos chistes jocosos y escatológicos que contaba Alberto, y que él contaba, a su vez, a los demás niños. Así, la risa se convertía, también, en un puente a lo jovial, lo social, y una barrera a las complicadas sensaciones.

En breve, tras seguir con algo de disciplina esos consejos, los demás críos fueron acercándose e incorporando a Felipe a sus juegos. Él se esforzaba por ganar la amistad de los demás.

Los ejercicios que le obligaban a realizar su madre y el tío, comenzaban a dar frutos, y se convertían en sencillas costumbres para él. De manera

que fue ganando la confianza de los demás niños gracias, también, a su fantástica creatividad para contar cuentos y aventuras, como las del pasillo oscuro contiguo a su recámara. Así, el pequeño Felipe se fue integrando a la vida de aquella pintoresca vecindad.

* * *

II

Años después, en su diario

Pasados años, cercano ya a los diez años de edad, y a sugerencia de un buen amigo, Felipe tomó la decisión de organizar un pequeño diario, con relatos de su vida. En él escribió sobre esos tiempos previos:

«Mamá y yo, y a veces mi tío Alberto, vivíamos en un departamento de la planta baja, al fondo, lejos de las grandes puertas de metal que daban a la calle. Tenía mi propio cuarto que era mi cueva y estaba lleno de mis cosas, hasta de los chicles y mocos que embarraba debajo de mi cama cuando la nariz me lloraba mucho con el frío. Teníamos una sala más chiquita que las de otras casas, pero había un sillón largo, verde oscuro, que servía de cama en la que se dormía mi tío, dejando todos los olores que mi mamá intentaba desaparecer después con un menjurje que le daba una vecina. Había también una cocina, pequeñita, llena de olores de las yerbas que mamá usaba para cocinar. Me gustaba acercarme a la cocina y olisquear el romero, la yerbabuena y mi olor favorito, la menta. Entre las dos recámaras, pintadas de ese azul de la bandera de Argentina, había un pasillo que tenía al fondo el baño. Las únicas ventanas, en la cocina y en la sala, daban hacia el patio común. Al fondo, había en los cuartos y en el baño, respiraderos hacia un flaco y oscuro pasillo de la casa de atrás, que no formaba parte de la vecindad. En ese pasillo pasaban cosas raras según los vecinos, y nosotros, mis amigos y yo, nos inventábamos historias sobre aquel lugar. Me encantaba inventar cuentos que les gustaran a mis amigos. Usaba muchas veces, lo que pasaba en los libros de aventuras o de terror, que me sentaba a leer con el tío Alberto. Ya cuando aprendí a sentir menos, o casi nada, a los demás, empezaron a invitarme a jugar los otros niños y se iban haciendo mis amigos. Me acuerdo de que mi tío me insistía una y otra vez, «haz tus respiraciones si estás jugando a correr; y si no te mueves, o apenas, ve con atención una cosa, un objeto, y concéntrate en él».

Antes de eso, cada vez que me acostaba en la noche, muchas de las cosas que había sentido ese día parecían juntarse, y tenía horribles pesadillas. Hasta que aprendí a respirar hondo, yo prefería no acercarme a las personas, porque casi todos me pasaban sensaciones que no eran mías y eso confundía a mi cerebro. Así me lo explicaban. De repente lloraba sin sentido, o me dolía de mentira alguna parte del cuerpo. Tenía fiebres altas o incluso ganas de vomitar, que tampoco eran mías. La que se asustaba

más que yo por esas cosas era mi mamá. No fueron muchas las veces que le pregunté a mi mamá, porque yo ya sabía que me contestaría que yo era más sensible que los demás, y era por eso que sentía tantas cosas, pero que debía mirar fijamente un objeto y esas sensaciones se irían solitas. Ella no las sentía, y no era tan fácil. Eso sí, era más fácil concentrarme en una cosa que ponerme a respirar profundo.

Los medianos como yo, íbamos a casa de doña Lupe que nos enseñaba las letras. Así aprendí los números, las sumas y restas, el cuerpo humano, los mapas. Doña Lupe nos platicaba de las plantas y flores y cómo se llamaban todas esas, y los árboles. Y a mi mamá le gustaba enseñarme las matemáticas.

Algo que de verdad me encantaba era que, cuando se quedaba el tío Alberto unos días allí, me sacaba a pasear por la ciudad. Qué bonitos lugares tenía la Ciudad de México. Me llevaba al Paseo de la Reforma, una avenida muy ancha con pastos a los lados, llena de estatuas y enormes casas de piedra con jardines. También me llevó al Zócalo y compramos chicharrones con chilito que nos íbamos comiendo mientras caminábamos para entrar a conocer la catedral. Allí estaba también, la casa del presidente y uno veía a las personas con esos altos sombreros de tubo negro y señoras con inmensos vestidos inflados y paraguas para que no les diese el sol.

Recuerdo bien la vez que me llevó a Chapultepec, donde me subí en una carriola amarrada a dos caballos blancos, y la jalaban en un caminito como culebra entre los grandes árboles; allí también, iban muchas personas vestidas de maneras chistosas, como esos vestidos de gordas campanas blancas. Allí, en Chapultepec, me pasó algo que me dio mucho miedo, porque sentí que se me quemaban los ojos por dentro.

También disfrutaba en la casa, cuando leíamos historias de los libros que Alberto traía. Me encantaban las de los cazadores, perros y lobos en las montañas nevadas, o las de los piratas de la malasia. En la vecindad éramos más de veinte niños, y varios más pequeñitos. A mí no me gustaba pelearme, porque cuando alguno se enojaba yo sentía cosas que no me gustaban. Recuerdo algunas caras de los amigos, pero es difícil con los nombres. Me acuerdo del Tachas, del Piojo, un niño chaparrito, y de Quique, mayor que yo, y que ya iba a la escuela pública. Ellos eran mis mejores amigos. Y cuando mi tío me llamó Tilín frente a ellos, comenzaron todos a llamarme así.»

* * *

La luz del sol, detonante.

Uno de los recuerdos más impactantes que Felipe conservaría, fue el primer gran impacto de la luz sobre sus ojos. Comenzaba 1911, era uno de esos días limpios en los que el sol invernal no calentaba, o acaso el escaso viento estaba impregnado de una tibia caricia.

Paseaba con el tío Alberto por el bosque de Chapultepec. El pequeño estrenaba pantalones azules, con tiro sobrado, que se arrugaba sobre los zapatos negros recién boleados para la ocasión. Era la primera vez que Felipe recorría ese bosque. Alberto le subió en una carriola jalada dócilmente por dos blancos caballos que azuzaba un conductor. En ella fueron recorriendo el camino trazado, entre ahuehuetes. Pudieron ver a distancia el castillo que se erguía sobre el cerro, el que aún servía para grandes banquetes presidenciales. Conforme se aproximaban a aquella construcción en lo alto del cerro, el tío le contaba sobre la historia del castillo.

—Fue construido sobre un palacio del último emperador azteca, mira, por allí —dijo señalando unas piedras talladas con imágenes extrañas—. Se alcanzan a ver piedras de ese palacio. Luego fue la residencia de algunos de los primeros presidentes cuando fue reconstruido y pasó, finalmente, a ser la residencia de un noble de Europa al que enviaron a México con el título de emperador de México. Su nombre era Maximiliano de Habsburgo.

Bajaron de la carriola para emprender el camino hacia arriba y poder ver de cerca el Castillo. Las altas secuoyas se erguían por todo el sendero escondiendo a la vista aquella magna construcción. El paso del tío Alberto era rápido y tenía que trotar o casi correr para seguirle y no perder de vista su usual chamarra de cuero. El tío se adelantaba en una curva del camino de piedras, Felipe le siguió, acelerando el paso. Y fue entonces, cuando al dar la vuelta y levantar la cara hacia el Castillo la luz del sol, de frente, le cegó. Sentía la fuerza con la que los rayos del sol penetraban en los ojos y taladraban la cabeza con una intensidad que desconocía. Nunca antes había sentido tal latigazo por causa de la luz solar. Se tapó como pudo con los brazos, gritó, y finalmente se apretó las palmas de las manos sobre los ojos. El tío escuchó y vio los dramáticos movimientos. Aunque se había adelantado ya unos pasos, regresó y se deshizo con rapidez de su chamarra para ponérsela sobre la cabeza, le tomó en brazos y regresaron despacio al lugar en el que tomarían el tranvía.

Mientras esperaban la llegada del tranvía de mulas, sentados en una banca del Paseo de la Reforma, a escasos metros de la parada del tranvía, Felipe seguía intentando taparse con las manos, dejando solo las distancias mínimas entre los dedos, para poder ver lo más inmediato, aunque en forma borrosa. Estaba aterrorizado por la sensación de esa luz cegadora penetrando y quemando el interior de los ojos. Giró la cara hacia

su tío y le comentó:

—Tito, no había sentido la luz, así como hoy. Me quemaba por dentro mis ojos. Estoy muy asustado, Tito, me ardían por dentro, no veo bien.

Alberto le miraba con una sonrisa apenas dibujada en los labios. Su mirada era risueña pese a que lo que le sucedía era para espantarse en verdad.

«Era como si él supiese que algo así me sucedería» pensó Felipe.

Al cabo de unos momentos, que para el pequeño resultaban terribles, el tío frunció los labios hacia un lado y le contestó:

—Tilín, no te preocupes, llamaremos al doctor para que te vea.

Ya dentro del tranvía, ambos sentados en las bancas al fondo, Felipe bajó los brazos. Poco a poco las imágenes iban tomando su forma y color más definidos y el dolor atenuaba. —Ya veo un poquito mejor —contestó tomando aire, dejando escapar el susto por la boca.

—¿Sabes? —dijo Alberto mirando a las arrugadas envolturas de golosinas en el suelo del tranvía—. A Felipe tu papá, le pasa eso mismo, se acostumbró a ello, lo dominó, y se ayuda muchas veces con unos lentes oscuros —el tío emanaba seguridad, y prosiguió— : Así que no te preocupes tanto. Te pareces mucho a él. Te voy a conseguir unos lentes de esos, oscuros, iguales a los de tu papá.

En efecto, Felipe tuvo que usar unos lentes oscurecidos, los mismos que consiguió el tío Alberto apenas un par de días después de aquel evento. Su madre se había limitado a decir: «qué lástima, así no se verán esos hermosos ojitos verdes que tienes, son iguales a los de tu padre».

A partir de ese momento sus ojos sufrirían una lenta y curiosa transformación, y comenzó un aprendizaje para poder soportar la luz directa del sol, así como la forma de percibir los objetos en la oscuridad.

* * *

IV

Esa misma noche, desnuda y al abrigo de una bata de baño, sentada en la única silla en la soledad de su habitación, cuyas paredes alumbraba apenas una luz proveniente de una grisácea lámpara colgada del techo. Anastasia reflexionaba sobre la imagen de su hijo con aquellos lentes oscuros. Lo que evocó en Anastasia recuerdos, en los que había visto a su marido esconder la mirada, cuando la luz directa del sol sorprendía a Felipe al salir detrás de una nube, abrir una cortina, una puerta. Se

llevaba, nervioso, las manos a algún bolsillo en busca de aquellos lentes negros. En ese entonces ella no prestaba atención a esos hechos, bastaba con saber que la pigmentación de los ojos claros es más sensible a la luz solar. Como contraparte, Felipe su marido, a diferencia de los demás que conocía, podía ver con detalle los objetos bajo las sombras. Ahora ya no sabía si realmente le había llegado a conocer, era un ser extraño, pero, en otros sentidos, encantador y único. Regresó en su mente aquella tarde, en la cantina cercana a la hacienda. Cuando su marido por fin había regresado. Eso tenía que haber sido un festejo, pero no... Una cantina en la que solo había hombres..., pero Alberto iba con ella.

«Mi hermano siempre ha estado ahí, para mí, cuando le he necesitado. A ese lugar, que yo desconocía, llevé el vestido verde que Felipe me regaló» pensó. «Los esfuerzos para entrar en él tras años de sentir la llegada de lonjas; el baño con el jabón de Heno de Pravia que guardaba celosamente; el mínimo de cremas y maquillaje para suavizar las marcas nuevas en la piel. ¿Y todo para qué? Daba la impresión de estar oyendo a mi propio padre. Jamás me escuchó, solo me miraba a los ojos para encontrar en ellos el asentimiento a sus instrucciones».

Tras ese efímero regreso de su marido, tenía atornilladas en el hígado las palabras pronunciadas por Felipe con desdén, en la cantina: «Mi hijo es como yo». ¿Y cómo lo sabría si no lo ha visto nunca?

Las dos cartas que había recibido de Felipe tras ese último encuentro, mermaban apenas el desencanto en las entrañas. Páginas llenas de sentimientos, tenía que admitirlo, muy legítimos, y cuidadas en su redacción. Había inserta, con delicadeza entre los textos, dos veces la palabra *perdóname*.

«¿Crecerá mi hijo con esas extrañas cosas que su padre posee? ¿Será igual a él y se transformará en una especie de bestia?» La invadía el temor.

Esa última pregunta arrastró su mente a la carta que Felipe había escrito para su hijo. La misma carta que ella aventó sobre la mesa de la cantina, cuando Felipe se la entregó. Alberto la recogió y se la dio al regresar a la hacienda. La había guardado en un cajón, junto a otras. Se levantó de la silla y dio apenas unos pasos hacia la cómoda de madera labrada, abrió el cajón de abajo. Metió la mano para soltar el perno que aseguraba un segundo fondo del mismo, en el que guardaba cartas, fotos, papeles de importancia y algunas joyas. Tomó las cartas recientes, más a la mano. Entre ellas estaba el sobre color manila con las palabras Para mi hijo. Felipe, y el sello de cera al anverso. Lo tomó, y se sentó en el borde de la cama, frente al espejo que usaba para recordar el paso del tiempo. Rompió el sello, abrió el sobre y leyó una y otra vez las palabras escritas a

mano en aquel par de pliegos de papel...

La ira se desdibujaba ante la intuición del miedo. La fuente de un mundo distinto al que ella conocía se hacía realidad. Sintió temblar las manos. Regresó la carta al fondo del cajón. Se recostó en el lecho de aquella habitación que ahora sentía oscura y solitaria. El enfado y el miedo tras la lectura, quebraron su entereza. Se sentía frágil, y se apagaba el lenguaje de sus ojos al quedar dormida.

* * *

V

Alberto regresa a la vecindad

Alberto se encontraba en la vecindad, intentando leer la gaceta del periódico Regeneración sentado a la mesa del comedor. Podía escuchar a Anastasia reprender a su sobrino en la recámara, que tenía la lámpara encendida.

— ¿Acaso no piensas? Esta mancha no se quita... No soy tu chacha, soy tu madre... Estás castigado.

—Pero... mamá...

Alberto observó la salida de Anastasia de la recámara. Iba cargando una cubeta y un felpudo de hilos de henequén trenzados que goteaban a cada paso. El cabello sin peinar, una blusa color durazno sin mayor chiste, y una falda gris, plisada. Anastasia se adentró en la cocineta, se quitó las chanclas mojadas y salió, descalza, secándose las manos en la falda.

—Tiene apenas cinco años —acotó Alberto—. Y vaya que no está siendo fácil para él esta convivencia —dijo, interrogando a los ojos de su hermana, mientras ella se sentaba frente a él.

— ¿Qué me quieres decir?

—Él debe vivir su niñez. ¿Acaso no ves crecer a tu hijo?

Anastasia, tras un hondo suspiro, dijo al fin:

—Es cierto, debo controlar mis impulsos. Estoy clara que mi hijo paga por mis malos humores. —Hizo una pausa y continuó—: Me siento encerrada, no salgo más que a comprar al mercadillo los alimentos y cosas de limpieza.

— ¿No sales a pasear con él?

—Rara vez. Me es difícil sacar a Felipe a pasear en las calles. Siento que todo le puede pasar. O que le detone algo, qué se yo, otro poder de los de su padre.

—Tú eres más hacha que eso. Me extraña que estés siendo aprensiva —señaló Alberto.

— ¿Y cómo no serlo? Tiene una curiosidad nata, y en las calles se separa, corre y me lo encuentro viendo escaparates. —Meditó unos segundos, y corrigió—. Lo cierto es, que son varias las veces en las que dudo si dejarlo hacer, o no —calló por unos momentos y se sintió presionada por la mirada de su hermano—. Me agobia toda esta rutina..., la soledad. No sé qué haría si no trajeses todos esos libros, los leo en tres patadas. Y me relaja cuando estás aquí. De hecho, me encanta saber que siempre estás para mí — Puso la mano sobre la de Alberto y la acarició mirándole a los ojos. Tras lo cual señaló buscando comprensión—, además, ayudo a Lupita con las clases a los niños, eso me gusta. Por cierto, tu sobrino es un lumbrera en aritmética y biología —dijo sonriendo con la mirada.

—Ya he podido observar lo rápido que aprende mi sobrino. Cuando leemos juntos, o analizamos las ideas de los libros.

—¿Sabes?, hace unos días recibí una carta de Felipe. —Y momentos después añadió—. Lo he pensado y tiene sentido, hacemos todo este desbarajuste por mi hijo, para que crezca a salvo —observó Anastasia meditando sus palabras.

—Y por ti —subrayó Alberto—. Me alegra que ya no estés encabritada con Felipe — comentó, hurgando por una respuesta en los ojos de su hermana, quien paseaba la mirada por todo el lugar.

—Me siento sola entre estas paredes. —Y regresando la atención hacia Alberto, añadió—. Enojada estoy. Pero... qué diablos, le quiero. Tú lo sabes bien, mejor que él. Pero ese día en la cantina, me defraudó. Pensé que estaba frente a nuestro padre, y me trajo horribles recuerdos.

—Ahora que lo dices, es cierto. Estaba lejos de escuchar cualquier otra opción. —Hizo una breve pausa y señaló—. Conociéndole, debió tener razones de peso. O tal vez no tenía opción.

— ¿Esa palabra que usó Felipe, mercenario, qué significa?

—Un mercenario es alguien que alquila sus servicios... —hizo una breve pausa y viendo a los ojos a Anastasia, prosiguió—, a veces como guardaespaldas o como soldados. Están entrenados como expertos para

pelear... y matar.

Anastasia miró de soslayo a los ojos de Alberto, buscaba leer en ellos más allá del significado que dio. Se hizo un silencio, en el que las paredes parecían crecerse en su presencia, mismo que fue roto por Anastasia al reiterar:

—Me encanta cuando vienes —dijo cauta, soltando anzuelo.

—Sabes... —respondió Alberto, creando una pausa de segundos que traducía dudas—. No me lo pidas. Ya he estado pensando en quedarme con ustedes un tiempo. Así te ayudaría con los ejercicios de Felipe, sacarlo a orearse y pasear por la ciudad. La casa del partido no queda lejos, y podría ir y venir.

— ¡Claro! —Dijo ella con sonrisa en los ojos—. Y eso de vivir escondido en una casa con varios necios militantes no te sienta, seguro mal comen. Mírate ahora, estás engordando, y no poco —enfaticó.

Anastasia clavó una mirada inquisitiva en los ojos de su hermano, y subrayó:

—Tú sabes que eso nos encantaría.

La luz de la recámara se apagó, y la aparición de Felipe en el pasillo acercándose a ellos, con una playera y pantalones limpios, hizo que Anastasia se levantara y le preguntase:

—Hijo ¿quieres comer ya?

—Sí mamá, tengo hambre ¿ya no estás enojada? —dijo agachando la cabeza.

Anastasia abrió los brazos invitándole a un abrazo. Alberto se levantó de la silla y dijo:

—Bueno, más vale ir ahora por todas mis chivas, o me perderé de lo que tu mamá me guarde para comer.

— ¿Tus chivas? —dijo Felipe sorprendido.

—Me refiero a mis cosas, mi ropa y demás. Me voy a venir a vivir con ustedes un tiempo.

— ¡Bien! —respondió Felipe, sonriendo y cerrando el puño de gusto.

* * *

VI

Alberto llevaba ya un par de semanas viviendo de nuevo en la vecindad. Durante una de las frecuentes charlas en la mesa del comedor entre Alberto y Anastasia, este le entregó una fotografía a su hermana. Era de una chica que había conocido, y a la que cortejaba de vez en cuando. Anastasia la tomó y, mientras la veía preguntó:

— ¿Cómo se llama ella?

—Elisa —respondió Alberto.

El pequeño Felipe, sentado en el sofá verde, frente a su madre, comentó «Sí que está guapa».

El tío tan solo le miró, pensativo, mientras su hermana le regresaba la fotografía.

* * *

Tiempo atrás, cuando Alberto se ausentaba por días, con frecuencia solía llegar en compañía de Gilberto Yáñez, un ferrocarrilero simpático y dicharachero; moreno, de bigote muy tupido y cuyo físico impactaba con una corpulencia y altura poco comunes. Ya meses antes, en las visitas de Gilberto acompañando a Alberto, ambos habían comenzado a enseñarle a Felipe a jugar dominó.

Ese día su tío le había pedido a Gilberto ir a la vecindad. Alberto meditaba algo, mientras Gilberto colgaba su gabán en el perchero de dos ganchos junto a la puerta de la cocina. Tras lo cual se acomodó en una de las sillas libres del comedor.

Sobre la mesa se encontraban la caja de madera que contenía las fichas de dominó, y un mazo de cartas.

— ¿Qué me cuentas de nuevo Felipillo? ¿Ya estás hasta la coronilla de tener por aquí al platicador de tu tío? No le calla la boca eh. Por fortuna suele decir cosas muy interesantes.

—Más o menos —dijo entre carcajadas Felipe. A lo que su tío inclinó el cuello y se quedó mirándole con los ojos abiertos más que de costumbre.

—Y qué, ¿jugamos una partidita de dominó? —preguntó Gilberto con un guiño a Felipe, quien sonrió.

—Vamos a intentar algo nuevo hoy —dijo Alberto—. Qué bueno que has venido Gilberto, quiero hacer un experimento. —Alberto sacó las fichas de la caja y las esparció sobre la mesa—. Ahora vamos a ver qué tanto de magia tiene Felipe. Haz la sopa —le indicó a Gilberto.

Tomaron sus siete fichas cada uno, se miraron a los ojos para ver si alguno tenía la seis-seis y, ante la pausa de silencio, Felipe sacó de sus fichas, la cinco-cinco, y la puso al centro en la mesa. Repentinamente, Felipe inclinó el ceño y frunció la boca. Se tapó la cara con las palmas de las manos y dijo:

—Ya puedes tirar la cinco-seis tío, tienes muchos seises.

El tío miró la cara de incrédulo que ponía Gilberto ante lo que veía y escuchaba, y tiró sobre la mesa sus propias fichas para mostrarlas a ambos. Gilberto quedó mudo, con la boca abierta, al ver cinco fichas con seis hoyos negros en uno de los recuadros, entre ellas la cinco-seis. Felipe separó las manos, vio las fichas y dijo «¡Lo sabía!»

—Pillo, ya despertó otro de tus poderes. Este también lo tenía tu padre —dijo sonriendo Alberto.

—Ahora caigo. Por eso al papá de Felipillo no le gustaba jugar dominó —concluyó Gilberto.

Alberto tomó el mazo de cartas, puso cinco de ellas sobre la mesa, pudiendo solo ver el anverso de las mismas, y le preguntó a Felipe:

— ¿Puedes ver qué cartas son?

Felipe las miró, cerró los ojos unos segundos y finalmente negó saber cuáles eran.

—Vamos a empezar a hacer estos ejercicios con frecuencia, Pillo. Tienes un poder, para que hayas podido saber lo que yo veía, mis fichas. Y también sabrías las de Gilberto. Depende de en cual de nosotros te concentrabas.

—Sí. Las veía algo borrosas, pero sí, veía las de los dos.

Felipe se sentía contento, y no salía de su sorpresa, intentaba pensar en lo que acababa de hacer.

—Felicidades Felipillo. Me dejaste impresionado. Sé que soy medio bruto, pero entendí esto de las fichas —comentó Gilberto—. Ya no jugaré contigo al dominó eh —dijo riendo a carcajadas con Felipe.

—Por ahora, no le diremos nada de esto a tu madre —señaló el tío—. Será lo mejor. ¿Me lo prometes?

—Sí, Tito, lo prometo.

Y fue así como comenzaron a practicar nuevos ejercicios que le abrirían la puerta a una intuición insólita. Felipe sabía, y se aceptaba, como alguien distinto a los demás. Todo ello influía en su autoestima, y se comenzaba a vislumbrar a sí mismo, como alguien que tenía cierto poder. La secrecía sobre sus poderes le hacía sentirse único. Se miraba como alguien que seguramente tenía una misión, como tantos personajes de las novelas de aventuras.

De hecho, comenzó a releer la obra de Víctor Hugo, Los Miserables.

* * *

Capítulo 3

CAPÍTULO II

VII

Días de Terror

Febrero de 1913

En los meses que siguieron a las elecciones de 1910, al abrigo de la consigna «Sufragio efectivo, No reelección», llega al poder, mediante el voto popular, un nuevo gobierno encabezado por Francisco I. Madero. Los liberales tuvieron grandes dificultades para consolidar el poder Ejecutivo frente a los pesos sociales y políticos de varios generales insurgentes. Jefes militares con aspiraciones distintas o proyectos populares, al frente de tropas que habían adquirido experiencia y logros en batalla durante las contiendas frente a las fuerzas del depuesto presidente Porfirio Díaz.

Alberto, de nuevo se mudó fuera de la vecindad. El nuevo gobierno liberal del presidente Madero era permisivo a la organización de los trabajadores en sindicatos; había mucho por hacer. Y Alberto era uno de los asesores con mayor experiencia, de modo que sus visitas a la vecindad se volvieron a espaciar.

El país comenzaba a quedar inmerso en la revolución y eso provocaba un intenso intercambio de experiencias, inquietudes y opiniones varias sobre la cascada de sucesos y eventos militares y sociales que se desarrollaban a lo largo y ancho del país.

Los levantamientos armados, la tibieza del presidente Madero y su enfrentamiento con generales como Emiliano Zapata y Pascual Orozco, así como la represión a obreros, campesinos y trabajadores en varias regiones del país, por parte de caciquismos locales o militares, hacían que la tensión creciese. La población capitalina ocupaba largas horas de relatos y ávidas lecturas de periódicos y gacetillas que pasaban de mano en mano.

La vecindad, no estaba exenta de ello, de manera que, cuando alguien más informado se apersonaba, como era el caso del tío Alberto. Quien, con esa seguridad y vozarrón que le caracterizaban, apenas llegar, lo frecuente era que fuese invitado a narrar y dar ríos de sus puntos de vista sobre ese mar de acontecimientos que aparecían en la prensa. Y, por

supuesto, a beber el alipús de mezcal.

Los vecinos habían conseguido por fin que les instalaran un teléfono y, por decisión colectiva, este negro aparato que parecía cosa del futuro, había quedado instalado en la casa de don Tito. Un hombre mayor, de pelo cano, que gozaba de la confianza de la vecindad, por su rectitud y solidaridad, y cuya experiencia como artesano de muchas obras de construcción le había valido el cargo de maestro de obra. Tenía dos hijos, mayores que Felipe. Su mujer, Agustina, una mujer morena, de más de treinta y cinco años y rasgos finos que eran muy agradables a la vista, estaba de nuevo embarazada, era la más cercana amiga de Anastasia en aquella vecindad. El diálogo entre ellas era abierto y franco.

* * *

VIII

La Decena trágica

Durante el mes de febrero de 1913, se sucedieron una serie de eventos que sellaron aquel periodo en la mente de Felipe, cuyos recuerdos fueron, y son aún, aplastantes en la memoria colectiva del país:

En aquella mañana ausente de nubes, el sol bañaba de luz la vecindad. Todos escucharon los sonidos de disparos en la lejanía. Incluso se oyó sobre el empedrado el galope de cascos de decenas de caballos al pasar frente a la puerta grande. Varios vecinos la cerraron y atrancaron por precaución. Los disparos se escuchaban a lo lejos, las detonaciones cesaban por momentos y recomenzaban acercándose en distancia. La inquietud y el temor de los demás, mismos que absorbía Felipe, comenzaron a tomar un desagradable tono, casi nadie se preocupaba de vestirse o desvestirse. Algunos hombres tomaron las escasas armas disponibles y se las enfundaron al cinto. Las mujeres y niños poblaron las viviendas al fondo, para protegerse y escasas fumarolas grises teñían el azul del cielo.

Poco después del mediodía los estruendos parecían acercarse y, en breve, la marea de tiros y gritos afuera era avasalladora. La puerta grande recibió un par de tiros que la atravesaron, y se tomó la decisión de que solo se permitiría entrar a los vecinos que regresaran de sus trabajos o a quienes traían víveres. Afuera los disparos se hacían aún más intensos frente al silencio que guardaban todos los vecinos.

Anastasia decidió llevarse a Felipe a su recámara. Y en ocasiones salía a husmear por la ventana de la cocina. Tan solo tres hombres de la vecindad se encontraban en el patio y se mantenían cerca de la puerta de acceso, con pistolas bajo las chamarras. Desde la ventana se pudo ver cómo se acercaban a observar por la mirilla de la puerta, y si algo

amenazaba el lugar lo indicaban con gestos. En el transcurso de la tarde se escuchó el paso de soldados trotando, con ese cliqueo de rifles, justo afuera de la puerta grande. Tras un par de gritos más que órdenes, recomenzó el tronar de balazos, pero a una distancia más peligrosa a todo lo anterior. En alguna ocasión, durante los disparos, se escucharon golpes con desesperación, sobre la puerta. Miraron por las rendijas y entreabrieron una de las puertas para dejar el paso a dos mujeres que buscaban refugio de las balas perdidas, una de ellas sangraba con herida de bala en el hombro.

Los nervios hacían presa de la vecindad, reinaban los silencios más allá de los disparos que se seguían escuchando a distancia. Nadie osaba alzar la voz. Y cuando alguien mencionó en voz alta «¡Ahora todo está pasando en la Ciudadela!», lo callaron.

Felipe les sentía, le impregnaban tanto su miedo como el rezo más cercano. La emoción de algunos era brutal y aquél pequeño, temblando, absorbía todo.

Anastasia y Felipe cenaban en silencio bajo la llama de un quinqué que parecía querer huir, sobre la mesa de la cocina.

Al día siguiente, desde el amanecer los tiroteos, ahora más cercanos, se acompañaron con esa repetición constante de sonidos, las ametralladoras. El tiempo y el miedo ya habían hecho trizas los nervios de algunos al interior de la vecindad. Al caer la tarde, una mujer se tiró al suelo del patio dando alaridos y su cuerpo se arqueaba temblando, justo afuera de su hogar. Dos vecinas despreocupadas de sí, en delgado y entallado camión, procuraron serenarla, y optaron por darle infusiones muy cargadas de polvo de valeriana, que la dormirían por varias horas.

El tercer día amanecieron sin luz eléctrica, y los ataques a la plaza de la Ciudadela fueron aún más intensos. Repentinamente se escuchó un estruendo distinto a los demás, «¡Eso fue un cañón!» gritó algún vecino.

Ahora predominaba ese sonido una y otra vez... y las nubes eran cortinas aún frente a las fumarolas negras que comenzaban a actuar en el escenario; se escuchaban el estallido y el derrumbe de muros, acompañados de cansadas voces que causaban ahora más pena que espanto. Aquella tarde, sin embargo, la furia de balas y su maldito caos habían cesado. Ese día el miedo se transformaba por momentos en una furia contenida y agotada, eso traducía Felipe de las sensaciones que le llegaban de los demás. Afuera, eran continuos los sonidos y gritos de angustia.

Anastasia y Felipe se encerraron en la pequeña habitación del pequeño, más oscura, y con tan solo una gruesa vela sobre un plato pintado con flores negras y amarillas. Fueron momentos que parecieron infinitas

horas. Tras apagarse las luces bailarinas del pabilo con el último rescoldo de cera quedaron inquietas sombras en aquel cuarto. Anastasia fue en busca del quinqué. «Tienes que fijar la vista, trata de respirar hondo, no me gusta cómo estás temblando», le repetía.

El sonido se amortiguaba con la puerta cerrada. Y aun cuando se acomodaba el silencio, en la ventana al sombrío túnel de la vecindad adyacente, se escuchaba con ecos el goteo de alguna llave abierta. Ambos recuperaban algo de serenidad. El encierro y la vista puesta sobre la llama del quinqué, que gozaba bailando sobre la cómoda, permitían a Felipe mantener una relativa distancia con las sensaciones, sobre todo una tensa fatiga, que percibía por doquier.

La proximidad de la ciudadela era la clave de todos aquellos estruendos. Algún vecino que logró regresar de su trabajo con víveres para mujeres y niños ese quinto o sexto día, explicó que se había intentado tomar por asalto el Palacio Nacional: «Las fuerzas leales al presidente Madero han logrado repeler el ataque, aunque hubo una segunda intentona que duró muchas horas. Finalmente, los rebeldes del general Reyes se retiraron y vinieron a refugiarse en la ciudadela.»

El siguiente día hubo, aunque ocasionales, estallidos de granadas. Felipe aprendió en esos momentos que el terror puede acercar a muchos a un estado de locura. En los siguientes y últimos tres días los ataques fueron constantes contra los rebeldes que se encontraban pertrechados en la plaza. La mañana del día 17 de febrero pararon los disparos. Varios vecinos aprovecharon para salir a comprar alimentos, sin embargo, como a las tres de la tarde volvió la locura de balazos. Algunos de los vecinos que habían salido a comprar víveres nunca regresaron, y uno de aquellos que sí lo logró les relató con lágrimas: «Ha habido muchos muertos desde el primer día, y ahora es peor, con baterías de cañones y ametralladoras que bombardean la plaza, hay ya muchas casas destrozadas y están matando también a muchos que quieren pasar y se la juegan intentándolo. Acabo de ver al vecino, don Tito, tirado muerto en la banqueta, con el pecho destrozado, no me atreví a cargarlo para traerlo».

Aunque las andanadas de disparos disminuyeron su intensidad, no hubo silencios sino llanto y gritos. El terror, la fatiga y hasta la risa nerviosa en las caras de aquellos que se encontraban en la vecindad, eran muy visibles. La continuidad de aquella situación hacía transitar a la comunidad del miedo a los silencios, recuperando sus actividades, repartiendo en grupos la comida que quedaba, protegiéndose físicamente lejos de la puerta y en voz baja maldiciendo todo lo que sucedía o pidiendo a dios no morir. Felipe no podía, no sabía cómo contener la intensidad de todas esas angustias y el miedo de todos aquellos que se encontraban en la vecindad. Su madre así lo entendía y le exigía que se concentrara en la pequeña llama del quinqué que se mantenía ardiendo junto a la puerta de

la cocina. Tal vez funcionó, al menos en parte, ya que fue capaz de encontrar algún calor en el cuerpo y convertir esa mirada perdida en el vacío en una tierna mirada sobre su madre, mientras el miedo comenzaba a ser desplazado por la concentración en aquella llama. Anastasia intentó contarle alguna anécdota de su adolescencia, pero apenas había comenzado a hablar sobre Veracruz y Fortín de las flores, cuando sonaron un par de disparos justo afuera de la puerta grande y los soldados entraron rompiendo a bayonetazos la puerta de la vecindad.

Todo se tornó en una luz blanquecina, se arremolinaron en su cerebro aquellos gritos previos, el miedo a morir, y a ver sufrir a los seres queridos. Y fueron impregnándole las sensaciones del terror propio y ajeno. Como un balde de agua helada, le invadían el cerebro que removía todas sus neuronas para permanecer lógico. Lo sentía colapsar, burbujas en la sangre helando todo el cuerpo. Por momentos creyó desfallecer al ver una cascada de puntos de luz entre sus ojos y la realidad, que se negaba a desaparecer.

Anastasia le zarandeaba y le gritaba, pero Felipe no podía, no sabía qué hacer para escuchar lo que le decía; no podía articular palabra o moverse siquiera, y los ojos parecían saltar de sus órbitas. Sentía el cerebro a punto de estallar, y con ello balanceaba la lámpara colgada en el techo.

* * *

IX

Cuando Felipe despertó era ya el atardecer del día siguiente. No alcanzó a ver partir a los soldados tras confirmar que no había rebeldes armados en el lugar.

Al paso de las horas Felipe se fue estabilizando y recobraba parcialmente los sentidos. Anastasia buscaba desesperada por el teléfono de Agustina, la vecina, a Alberto. Necesitaba que acudiese en su ayuda ante tal recaída de Felipe. Tras vanos intentos logró comunicarse con él, exaltada y atropellándose en las palabras.

Con la ansiada llegada de éste a la vecindad, apenas pudo Anastasia repetirle lo que ella y Felipe habían vivido, y su miedo a que falleciese. Lo consiguió, justo antes de caer dormida en el vetusto sofá verde.

* * *

Alberto traía consigo la dirección de una bruja. Sabedor de que los síntomas de Felipe serían algo desconocido para los médicos de las clínicas y hospitales, había optado por preguntar a varios conocidos sobre algún hechicero, o bruja, que fuese eficaz en sus labores. Varios coincidieron en recomendarle a una bruja en particular. La llamaban la

Negra, y el lugar en el que practicaba sus ritos se encontraba relativamente cerca de la vecindad. De modo que, una vez que revisó al pequeño Felipe quien se recuperaba, pero aún padecía un notorio agotamiento, dejó pasar un par de horas antes de despertar a Anastasia.

Aprovechó para salir y escuchar de los vecinos, quienes reparaban la puerta, lo que había sucedido.

Al regresar a la vivienda, Anastasia se encontraba ya despierta, estaba también Agustina, ambas con bolsas en los ojos, lágrimas secas y una fatiga más que evidente. Tras unos minutos de exponerle su idea de llevar a Felipe con la bruja a Anastasia, esta se plegó de inmediato a tal iniciativa.

Emergía en la mente de Tasia el momento en que creyó que Felipe perdía, no solo el conocimiento sino la propia vida. Ambos acordaron que lo adecuado era el llevar a Felipe a que lo revisara la Negra, lo antes posible.

* * *

Capítulo 4

CAPÍTULO III

X
1913

Extraña Visita

La mañana siguiente, ya con la anuencia de Anastasia, cuando terminaban la charla en la cocina entre ella y Alberto. Al salir éste de la cocina después de analizar el problema con su hermana, sorprendió una vez más a Felipe en el pasillo, con la oreja pegada junto a la puerta. En esta ocasión el pequeño se encontraba adormilado y débil aún, por lo acontecido en los días previos. Aun así, intentaba mantener su atención tratando de escuchar la charla sin mayor éxito. Alberto, levantando el tono de voz le dijo:

—¡Eh curioso! Ponte listo Felipillo, hoy vamos a un paseo especial, extraño —dijo acompañando esa última palabra con un gesto de rotación de la mano y abriendo grandes los ojos.

Felipe se levantó, no sin dificultad, y se dirigió al baño a lavarse la cara para desperezarse, peinarse y agarrar un suéter, requisitos que su madre exigía cuando salía de la casa.

El paseo se inició como tantos otros, un día soleado y escasas nubes blancas daban transparencia a la ciudad. En esa ocasión el tío aminoró el ritmo de sus pasos para acompañarlo al de su sobrino. Caminaron así entre las calles hasta llegar a la parada del tranvía. Y como solía suceder iban por rumbos desconocidos para Felipe, solo que en esta ocasión el abatimiento y la nerviosa fatiga de los días previos le tuvieron a un pico de negarse a continuar.

Atravesaron varias vecindades con balcones de hierro forjado, llenos de macetas con flores de múltiples colores que servían para apaciguar olores. Felipe se detuvo un par de ocasiones con agitada respiración y Alberto le tomó en sus brazos para continuar. Se detuvieron frente a un portón de madera, rajado y maltratado por el roce y años de golpes.

Alberto presionó uno de los timbres del tablero en la pared, a un costado del portón. Segundos después se escuchó un zumbido y el tío empujó la puerta. Entraron a la vecindad y Felipe siguió al tío hasta quedar frente a una puerta metálica sobre la que un par de números de madera hubiesen marcado el número 13, pero el 3 colgaba de cabeza, balanceándose al

menor aire. Tocaron y esperaron casi un minuto. La puerta se entreabrió y una joven de mirada triste, de escasos veinte años con cabellos negros y largos, asomó por los claroscuros en la rendija de la puerta, peinándoles de arriba abajo con la mirada.

—Pasen ustedes —dijo, retirándose de la puerta hacia el interior.

Alberto se adelantó y Felipe se adentró tras él en aquella obscuridad, a la que la luz entrante por la puerta tan solo mostraba un piso de losetas sucias y un trozo del blanco mantel sobre una mesa al fondo de la estancia. Adentro, les recibió un silencio sepulcral, entre una mezcla de aromas y objetos extraños.

Aquella frágil joven de cabello negro y descuidado, con un huipil hasta las rodillas, de colores vivos, les ofreció sentarse en dos sillas situadas alrededor de la mesa. Felipe sentía la curiosidad de la joven, su mirada le penetraba, era algo que sentía sin necesidad de mirarla, como si ella adivinase en Felipe a alguien extraño. No era, finalmente, una sensación nueva, ya que su aspecto físico con esa blancura de la piel atraía la mirada de las personas.

Les ofreció servirles agua de guanábana, la que se encontraba en una jarra al fondo de la mesa. Su mirada continuaba escudriñando a Felipe, a la que se aunó la mirada inquisitiva del tío sobre él. Ambas lo intimidaron, por lo que negó tener sed. Aquella joven mujer de finas facciones y ojos tristes les solicitó que esperasen unos minutos, ya que doña Eduviges —a quien apodaban La Negra—, se encontraba ocupada con unas personas que no tardarían en salir. Abrió una puerta al interior del lugar y desapareció tras ella.

Felipe paseó los sentidos por aquella estancia y sus ojos delataban el temor y la sorpresa ante imágenes y dibujos de santos y calaveras en cartulinas coloreadas; cintas de colores dispuestas en diversos lugares; colgajos varios de ajos aromáticos y piedras rancias, amarradas con cintas amarillas. Sobre una cómoda de madera había tarros de vidrio llenos de semillas que no reconocía. Había también vasos con ramas y varitas de romero, pirú, ruda y otras que tampoco conocía. Sobre un plato de porcelana amarillenta situado sobre la cómoda había, apilados cuidadosamente, huesos amarillos que mostraban ya ennegrecidas oquedades. Le atemorizó la idea de que fuesen de alguna persona y no de un animal, pero ni siquiera se atrevió a comentárselo al tío. Sin embargo, se levantó para saber cómo se sentiría tocar los huesos, y antes de acercarse lo suficiente sintió la mirada de reprobación de Tito Alberto por lo que regresó en silencio a la silla de ese mundo pequeño y extraño, ajeno al del exterior.

Los olores eran una mezcla entre las velas de colores y hierbas de aroma en una atmósfera de silencios, encierro y el almizcle, que se escondía en

algún rincón. Polvos bajo la cómoda, y en el sillón que se encontraban detrás de la mesa, de espaldas a la pared, tapizado muchos años atrás en cretona verde dudoso y claro, con bordados que habían ya perdido sus tonos dorados ante el frote de tanta nalga sentada en él. Además de la puerta a la calle había otras dos, ambas cerradas. Felipe imaginó que alguna de ellas daba a la cocina. Miró discretamente al tío y pudo notar que éste estaba haciendo lo mismo que él, mientras movía los orificios de la nariz en aras de separar tantos olores, miraba con detenimiento los detalles de todo lo que les rodeaba en aquella estancia. Que su tío estuviese haciendo lo mismo, produjo en Felipe una sensación de confianza.

Se escuchó el abrir de una puerta cuyos chirridos en los goznes delataron que detrás de una de esas dos puertas había paso a otras habitaciones o estancias. Casi de inmediato se abrió la puerta por la que había salido la joven y salieron por ella dos personas con semblante serio y la preocupación ensombreciendo aún más su presencia. Felipe las sentía angustiadas y la mujer parecía ahogarse por un miedo que corría por todo su cuerpo produciéndole escalofríos. Ambas personas se dirigieron hacia la puerta a la calle sin siquiera dirigirles la mirada, sin duda llevaban prisa por salir del lugar.

Minutos después, la joven salió por la misma puerta, abriéndola por completo, y pudo visualizar por unos instantes lo que debía ser el espacio de sanaciones, según aprendió Felipe algunos años después. Aquella joven les indicó que podían pasar y sentarse en silencio en el sillón a la derecha en la siguiente habitación.

Los minutos transcurrían con una lentitud desacostumbrada. El aroma de dos varas de incienso envolvía la habitación. Felipe había fijado la vista y la mente en una jarra de vidrio rojo que se encontraba sobre una mesilla larga junto a la pared frente a él, no quería seguir observando los vasos con extrañas cosas en su interior, ni aquellas figuras desplegadas sobre toda la habitación. Aun así, comenzó a imaginar, sin quererlo, sensaciones provenientes de los propios objetos inanimados de aquel lugar.

El tío se tensa también cada vez más, lo intuye dubitativo. Felipe se preguntó cuál era la razón de que estar allí, pero a sus escasos seis años le solían dejar fuera de muchas razones al no permitirle los adultos el haberlas escuchado. Se quedó callado.

Tras largos momentos en los que reinaba un silencio extraño, como si algo estuviese por suceder, entró una mujer de larga y negra cabellera hasta la cintura, la nariz achatada, los ojos negros apenas abiertos, la tez oscura que contrastaba con un largo vestido de manta cruda con una cinta amarilla en la cintura. Aquella mujer abrió desmesuradamente grandes los ojos, miró a Felipe desde el fondo de la habitación y se fue acercando despacio a él. El pequeño sentía crecer un extraño sentimiento en la

penetrante mirada de aquella mujer, como si aquellos ojos profundamente negros lo desnudasen y lo hacían desaparecer poco a poco del mundo. El tiempo parecía haberse detenido durante esa mirada fija sobre los ojos de Felipe. Éste comenzó a sudar y en segundos aquella sensación se tornó intolerable. La mirada de aquella mujer y su gesto facial se deformaban y se transformaban en algo aún más desagradable. No lo soportaba, giró la cabeza para evitar mirarla, pero ella con una mano le tomó de la barbilla y le giró la cabeza de nuevo. Exclamó un “¡Mírame!”. Felipe obedeció por unos segundos. Giró de nuevo la cara y en susurros y ojos suplicantes le pidió permiso a su tío para esperarlo afuera. El tío Alberto cruzó miradas con ella y asintió a su solicitud, pero el tío permaneció en el interior.

Felipe salió de la habitación, y se sentó de nuevo en la silla que había usado al entrar. Pasaban los minutos y crecía en Felipe la curiosidad, quería saber más y se acurrucó a un lado de la puerta, para escuchar las palabras de aquella mujer:

—No quiere conmigo, ofrece una gran resistencia —musitó la mujer.

—¿Y entonces? —Preguntó la ronca voz de Alberto.

—Es un ser oscuro, lo han tocado... Por lo que me comentas, esos eventos han detonado otras formas de su poder. Y existe, dentro del niño, una pelea entre dos enormes fuerzas; tendrán que llevarlo con alguien antes de que se pierda por completo y pueda ser destruido su lado humano —Se hizo el silencio por apenas unos momentos y Felipe volvió a escuchar a la Negra:

—Dale este talismán. Que solo él lo toque y se lo ponga al cuello, eso ayudará a estabilizar sus sensaciones. Pero es importante que lo lleves con alguien más, y que él esté dispuesto a ser sanado.

Felipe no comprendió las frases que acababa de escuchar de aquella mujer. Intuyó, eso sí, algo grave. No quiso seguir escuchando, se levantó y salió al patio exterior. El tío permaneció unos minutos con la Negra antes de alcanzarlo. Al salir de allí, Felipe pudo inhalar una mezcla de sensaciones rara en el tío, había furia y temor en él.

Aquel pequeño y pálido niño no imaginaba que la visita a aquella mujer tendría consecuencias años después.

* * *

XI

El talismán

Al regresar a casa Alberto se sentó en la mesa junto a la cocina y le pidió a Felipillo que se sentase junto a él. Llamó a Anastasia, quien se

encontraba en su habitación, para que ambos participaran de lo que tenía que decirles.

Felipe sentía nerviosismo en su tío. Anastasia salió de su cuarto, envuelta en un rebozo amarillo, se sentó y preguntó:

¿Cómo estuvo todo? —Mirando a los ojos de Felipe.

—Él se salió y no quiso que ella le hiciera nada —Comentó Alberto—. El lugar era tétrico y creo que Felipe se asustó, la verdad, lo entiendo. Por todos lados había cosas raras y olores extraños. Luego, cuando la Negra apareció y se quedó mirando a Pillo, él me pidió salir, y le dejé que lo hiciera. Yo me quedé charlando con ella, y me dijo varias cosas.

Anastasia miró de nuevo a Felipe y le preguntó:

—¿Qué sentiste hijo?

Felipe la miraba a los ojos, sentía su curiosidad y preocupación.

—Como dice Tito, me sentí muy incómodo, me daba miedo esa señora... y más cuando me estaba viendo. Sentía algo feo, muy extraño, en todo mi cuerpo cuando me miró, vi cómo su cara cambiaba y se volvía horrible. Me obligó a seguir viéndola a los ojos. Fue cuando le pedí a Tito salir.

Anastasia regresó la mirada a su hermano y le preguntó qué le había dicho la bruja.

—Me dijo, entre otras cosas, que Felipe estaba usando una fuerza interior para que ella no lo pudiese estudiar. Pero también mencionó que había sentido varias cosas en él y, adentro de él. En resumen, hay dos fuerzas que luchan entre sí, lo que provoca un desbalance en sus poderes. Porque mi sobrino tiene poderes, y lo sabemos bien —remató, viendo a Felipe.

¿Y qué más dijo? —insistió Anastasia.

—Me entregó una bolsita negra que contiene un medallón y una cadena, para que Felipe se lo ponga en el cuello. La verdad se oía muy convincente cuando dijo que el medallón lo ayudaría a tener ese balance, y así podría controlar mejor sus sensaciones. Lo cual me terminó de convencer de que sí es importante que Felipe se ponga ese medallón al cuello. Él no debe tener miedo a eso —acto seguido se abrió los botones de la camisa y sacó otro medallón—. Éste me lo regaló una vieja amiga, según me dijo es un oxala, y me aseguró que con él estaría protegido. Siempre y cuando no lo toque nadie más —Volteó la mirada hacia Felipe y subrayó—. Y a mí me ha funcionado.

Felipe abrió grandes los ojos al ver el medallón.

¡Tú también tienes uno! —dijo sorprendido Felipe.

—Así es Pillo —Y le alertó, con el dedo índice arriba—. Y debo cuidar que nadie más lo toque, o perderá su poder —dijo mientras lo giraba para que Felipe pudiese observarlo.

—Está bonita la figura que tiene, ese viejito con bastón entre los rayos —comentó Felipe.

Anastasia permanecía callada, con la mirada en la ventana. Había emergido el recuerdo de aquella vez en que hicieron por primera vez el amor Felipe y ella. En aquella posada a las afueras de Fortín de las Flores. Al quitarse ambos la ropa le llamó la atención el medallón que portaba él, amarrado al cuello. Ella intentó tocarlo para verlo bien, pero Felipe se lo sacó por encima de la cabeza al sentir la intención de ella. «Perdona, pero nadie lo debe tocar», le respondió él, para justificar su acción.

¿Ya lo viste mamá? Mi tío tiene uno muy bonito.

La pregunta la regresó al momento, y solo acertó a decir «sí, está muy bonito».

Alberto sacó una pequeña bolsa negra de la chamarra, la puso frente a Felipe, sobre la mesa, y comentó:

—Pues éste es el tuyo, sácalo y pónelo al cuello. Creo que ya también trae su cadenita.

Felipe abrió la pequeña bolsa y extrajo un medallón pequeño, con una efigie distinta, una espada con un puño y montañas detrás. Esbozó una sonrisa, separó los eslabones de la cadena de metal plateado y se la colocó con cuidado, de manera que el medallón quedase al centro de su pecho. Se levantó y salió de prisa hacia el baño.

—¿A dónde vas? —preguntó su madre.

—A ver mi medallón en el espejo del baño —contestó.

Anastasia se quedó mirando a Alberto a los ojos.

—¿Y qué más te dijo? —preguntó, bajando el tono voz.

—Sus palabras exactas fueron... Su condición es la de ser, por una parte, un ser oscuro y, por la otra, un ser humano. Y que tarde o temprano tendré que llevarle con algún otro, con el que sí se deje tratar. Lo más probable es que esos acontecimientos hayan detonado otros poderes en

Felipillo, debemos vigilarle —respondió Alberto, en voz baja.

—Eso no me gusta nada.

—Lo sé, pero habrá que hacerlo más adelante. Felipe me pidió que lo llevase con el brujo mayor de Catemaco —Añadió Alberto, viendo a los ojos a su hermana.

¿Nahual, el Brujo Mayor? —preguntó sorprendida.

—Así es, así le llaman creo—contestó Alberto, un tanto extrañado de que su hermana conociese ese nombre.

—Primero veamos si eso del medallón sirve. Luego veremos, con calma, lo de llevarlo a Catemaco —Anastasia hizo una pausa y señaló—. Nahual era amigo del abuelo Nicolás ¿lo sabías?

Alberto negó con la cabeza.

—Me contó que le salvó la vida una vez, cuando alguien lo amenazaba con un cuchillo. El abuelo Nicolás le pegó al del cuchillo por detrás con un palo. Y se hicieron amigos.

—Caray, nunca supe de eso, y de ser cierto, eso puede ayudar al llevarle —Hizo una breve pausa y prosiguió—. Bueno, veremos primero como funciona este medallón, ojalá de verdad ayude.

Felipe regresó del baño con un andar orondo, contento de su nueva adquisición. Alberto lo tomó del brazo, lo atrajo cariñosamente hacia él y le advirtió:

—Nada de estarlo enseñando a los amigos. Recuerda siempre que —enfaticó ese siempre el tío—, si alguien más que tú lo toca, puede perder su poder.

Felipe tuvo una tarde difícil, su agotamiento continuaba aún, y era producto de reacomodos en todo su cuerpo. Las confusiones en su cerebro tenían como causa principal, toda una serie de nuevas sinapsis neuronales, detonadas por la intensidad de tantas y tan brutales sensaciones absorbidas por su cuerpo, durante todo ese periodo previo. También podía estar teniendo algún efecto causado por el amuleto. Finalmente, pudo al fin conciliar el sueño.

* * *

Al día siguiente, Felipe buscó inhibir, desde que abrió los ojos, todo tipo de sensaciones externas. Lo consiguió sin dificultad alguna, le bastaba con respirar profunda y lentamente. Sentía cómo esa oxigenación pulmonar

fluía en su cuerpo.

Se sentía diferente de alguna manera. Su olfato era ahora más sensible. Podía oler los frijoles cocinándose con el epazote y los escasos trozos de longaniza, en aquella olla de barro al fuego. Aspiraba los aromas de las demás yerbas sobre la mesa de la cocina, de los huevos revueltos con jitomate y cebolla a los que su madre daba vueltas con la paleta de madera; el sudor del tío Alberto en las sábanas del sofá verde; el agua estancada, putrefacta, bajo el grifo cercano a la puerta exterior. Escuchaba las burbujas de la olla de frijoles, el siseo del aceite hirviendo, y el roce de la paleta de madera contra la sartén, en la que su madre cocinaba huevos... Todo ello estando aún acostado en la cama, y con la puerta cerrada.

Eso era una novedad.

* * *

Capítulo 5

CAPÍTULO IV XII

Detonan extrañas cualidades

Felipe ahora se sabe, y se acepta, diferente a los demás. Avanza con cierta rapidez en descubrir y ejercitar con Alberto, esas destrezas que no sabía que tenía. Ahora, incluso, sus sentidos del olfato y el oído eran más afinados e intensos.

Siguiendo instrucciones del tío, Felipe fue capaz de romper un pequeño espejo concentrándose en él. Lo cual provoca en Alberto la observación de que «Esa acción puede ser dañina si la enfocas sobre alguna persona. Por lo tanto, debes pensar muy bien cuándo es realmente necesaria y cuándo no». Por lo pronto, le prohíbe intentar hacer eso sobre persona alguna. A lo que Felipe asiente con aire de sumisión.

En otra ocasión, tras muchos intentos fallidos, levanta con la mente, apenas uno o dos centímetros, una pequeña pluma de pájaro colocada sobre la mesa.

¡Bien! Esto, te aconsejo que lo intentes muchas veces más. Pero recuerda hacerlo en soledad. Que ni siquiera tu madre vea lo que puedes hacer —le previno Alberto, con seriedad en sus palabras.

Practican, también, ejercicios nocturnos en los que gradualmente se apagan más las luces. Felipe descubre que, mediante ejercicios de respiración profunda, en algunas ocasiones puede llegar a ver los objetos en la casi completa oscuridad, a través de una especie de cortinilla en tonos grisáceos, que se crea frente a sus ojos.

—Pero no siempre sucede, por lo que habrá que saber qué tipo de respiración es la más adecuada... O bien, fija tu atención en un objeto justo antes de que se apaguen las luces, eso también debería provocar, a través de ése objeto, la creación de la cortinilla —Sugirió Alberto y añadió—. Según tu padre, esa pantalla en tus ojos, poco a poco retomará algo de color, conforme la uses.

Días después Alberto realiza un pequeño corte con un cuchillo en el costado de la mano de Felipe, le avisa antes a Felipe y le comenta que su padre tenía la cualidad de que sus heridas sanaban con asombrosa velocidad... Al día siguiente no había ni rastro de ello en la mano, ni

siquiera la cicatriz.

Es entonces cuando el tío le confiesa que guarda un cuaderno con las instrucciones de su padre. Más precisas que aquellas que tiene su madre en sus propios apuntes.

—Yo tengo esa libreta de tu padre, y te la daré cuando yo sienta que estás listo —dijo rotundo.

Alberto es insistente en aconsejarle el apagar o controlar sus poderes, frente a la gente. Ya que lo que él es capaz de hacer, con toda seguridad los asustaría, y el miedo es un ánima que vaga buscando mal-aconsejar al que lo absorbe.

—Así, asustándolos, generas miedo y desconfianza. Y después, tal vez no serían ya tus amigos, sino que te temerían y podrían volverse en contra tuya, eres un ser diferente a ellos, no pierdas nunca eso de vista. De modo que siempre será más útil, y más justo, ser discreto. Que nadie —dijo enfático—, o acaso solo tus verdaderos, y probados amigos, sepan de tus poderes. Y úsalos solo con aquellos que realmente necesitan de tu ayuda para hacer justicia o recibir un trato digno. Ponerte del lado del que realmente lo necesita, y no usarlos por capricho. Eso es lo debes tener siempre en cuenta. Hacer lo correcto y ser discreto... ¡Siempre!

* * *

XIII

Agradable rutina, en 1914

Pasados unos días, la vida cotidiana regresó a una voluntaria rutina y el tío Alberto regresó, por el momento, a quedarse con ellos. Y si bien eran varios los vecinos que solían acaparar su presencia invitándolo a sus hogares, para que les pusiese al tanto de mucho de lo que ocurría, el tío se daba siempre un tiempo para platicar a solas con Felipe. Poco a poco, aquellas charlas entre ambos comenzaron a girar también en torno a la figura de su padre, que era el tema favorito de Felipe.

El tío Alberto, lo más cercano a una figura paterna para Felipe era, sin lugar a dudas, la principal fuente de información sobre quién y cómo era su padre.

Durante ese período en el que se quedaba con su hermana y su sobrino, el tío se sentaba con Anastasia en la mesa de la cocina y hablaban largos ratos tanto de lo que sucedía en la vecindad, como de lo que pasaba con sus amigos y el partido. Felipe ponía más atención en los relatos de cómo algunos de los conocidos del tío habían sido hechos prisioneros o amenazados, teniendo que escapar a salto de mata, como decía él; y cómo habían tenido que movilizarse a otras casas, o incluso a otras

ciudades.

Esas charlas, a las que Felipe prestaba oído desde el pasillo contiguo, y algunas otras en las que le permitían sentarse con ellos, rebosaban de aventuras que contaba sobre sus anécdotas y amigos; las persecuciones y peleas. Historias que narraba con esa gruesa voz tan característica en él. Esas historias y las de las declaraciones de gobiernos que parecían apuntar hacia una gran guerra en Europa, sonaban como algo fascinante. Casi siempre terminaban ambos hablando de las noticias sobre la posibilidad de la guerra en Europa, en la que nuevos inventos de armamentos podrían causar situaciones atroces en los frentes de batalla y en las ciudades que fuesen atacadas.

Aquellas pláticas significaban, para Felipe, otro de esos grandes relatos de aventuras como las de los libros escritos por Dumas o Verne, que traía el tío para enseñarle a leer y escribir, así como a pensar en lo que leían. Ambos disfrutaban leyendo juntos y escribiendo historias sobre la mesa de la pequeña sala-comedor. Sobre ellos colgaba una lámpara de araña con tres focos, lo que les permitía leer y charlar hasta altas horas de la noche.

* * *

«Victoriano Huerta, un traidor al presidente» era la frase más pronunciada en la ciudad. Y era él, el traidor, quien ahora estaba al frente del gobierno. Los vecinos traían periódicos con titulares y crónicas sobre ello. «Las cosas se pondrán peor en el país, Huerta es un asesino. Esto va convertirse en una cacería a sus opositores», era la frase con la que solían terminar quienes más información parecían tener.

Alberto tenía claro que, en breve, tendría que dejar de nuevo a su hermana sola con Felipe. Se multiplicaban los arrestos y persecuciones a los sindicalistas. Procuraba pasar más tiempo con su sobrino. Era vital, para él, entrenarlo lo mejor posible, hasta sentirle mejor preparado, y con una mayor conciencia de lo que sus cualidades podrían provocar si hacía un mal uso de ellas.

Tanto su madre, como Alberto, le fueron relatando y tratando de explicar aquellos rasgos y síntomas físicos y mentales de su padre. Cualidades que podían incluso resultar extrañas, a la mayoría de las personas. Otras, como la palidez de la piel, que había heredado el propio Felipe, y a quien, hasta antes de aquellas charlas, le parecía un triste defecto del que se avergonzaba, con las constantes preguntas de las demás personas sobre su pálido color de tez. Eso llegaba a ser sumamente molesto.

Ahora Felipe tenía una nueva perspectiva para ver el mundo. Él era alguien diferente a los demás, estaba convencido de ello, lo asumía, y gozaba de un cierto gusto de fantasía en ello. Su tío le había transmitido

una imagen de su padre como alguien maravilloso, un guerrero en defensa de la vida y la dignidad de los demás. Cada una de sus debilidades se convertía ahora en un poder distinto, y era fundamental saber usarlos bien. Felipe se sentía mayor que los demás chicos de su edad, tanto en su forma de ser, como en la comprensión de las ideas. Sin embargo, crecía en él un vacío, le obsesionaba la idea de conocer a su padre, saber si en realidad era como él. Y no le faltaba razón.

* * *

XIV

El incidente en la vecindad

Se acercaba el mediodía, algunas nubes grises presagiaban lluvia. La algarabía de varios chicos jugando al fútbol, hacía el día para aquellos que mejor sabían jugar y dominaban el balón. Felipe, el Tachas y el Piojo permanecían en cuclillas, junto a los lavaderos, jugando a las canicas. Repentinamente, un balonazo de Juan, el chico más fuerte y odioso del equipo, se estampó en la cara del Tachas, quien estaba a punto de lanzar su canica tiradora sobre las demás. El balón le rebotó en la cara y se atoró en un tubo, bajo el lavadero más cercano a los que jugaban con canicas. Felipe intentó evitar que el Tachas, un chico obeso y moreno, con el cabello al rape, se pegase, con el borde inferior del lavadero tras el impacto del balón. Le sujetó del brazo, y tuvo que soltarle casi de inmediato tras el arribo de Juan, el fortachón de la pandilla de la vecindad, quien al acercarse a ellos le plantó un rodillazo a Felipe por la espalda.

Felipe acusó el golpe y gimió con dolor.

Juan, forzando la voz, le dijo:

—Ay si, mariqueta, ya voy a llorar... pinche paliducho.

Felipe se incorporó e intentó sobarse el área que había recibido el golpe. De nuevo Juan le retó:

—¡Saca el balón y dámelo!

—No. Tú saca el balón. Y ayuda al Tachas a que se levante —le contestó Felipe a su vez irguiendo el cuerpo, y mirándole a los ojos.

Ante la sorpresa de todos dada la rara actitud que asumía Felipe, Juan dio un paso adelante mirando a los ojos a Felipe. Juan era más de diez centímetros más alto que Felipe. Los demás chicos que jugaban al fútbol se acercaron, y uno de ellos, Quique, un chico moreno, delgado y alto, enfundado en una camiseta a rayas y pantalón de mezclilla intervino:

—No seas cabrón Juan, Felipe no te hizo nada y tú le llegaste por detrás.

—¿Qué no ves bato? El paliducho se está poniendo machito —le respondió Juan.

—No es lo mismo —replicó Quique— Tu eres mayor, pegarle a los más pequeños es cobardía.

Ahora el hermano de Juan, Rodrigo, un chico parecido a Juan, de menos altura y cuerpo, fue quien abriéndose paso entre los demás, empujó a Quique.

—¿Y tú por qué te metes, pinche bato? —dijo amenazando a Quique.

Felipe pensó con rapidez, tomó del brazo a Juan quien giró los ojos, de lo que sucedía con su hermano y Quique, hacia los de Felipe. Los que ahora eran extraños, había crecido la pupila y en vez de verdes ahora eran casi negros. Juan gimió, tenía dolor y cayó de rodillas.

Felipe cerró los ojos y respiró hondo. Sus pupilas habían recobrado la normalidad.

El Tachas se había incorporado y se acercó a Felipe susurrándole:

—Déjalo, ya estoy bien.

Juan se paró, estaba atónito, con la boca abierta, por la que se escurría la saliva y respiraba agitado. Esquivó a varios chicos, empujó a otros y se retiró a su casa.

Felipe examinó la cara del Tachas, le sangraba la nariz y el balonazo le había abierto una herida en la comisura de los labios, tenía los ojos enrojecidos. Bajo las gruesas gotas de lluvia que comenzaban a caer, le tomó del brazo. Y, junto con el Piojo, que era el tercer jugador de canicas y, merecía tal mote por su estatura, le acompañaron a su casa para que su madre le curara.

Para mala suerte de Felipe, la señora Delfina había estado observando y escuchando, desde la ventana de su cocina todo el alboroto. Ella misma se puso nerviosa al haber sido testigo de la forma en que Felipe había doblegado a su sobrino, Juan.

* * *

Anastasia escuchó dos golpes suaves en la puerta, se asomó por la ventana de la cocina y vio a Juan Jaramillo, uno de los padres de familia de la vecindad. Un hombre alto, de facciones duras, al que tenía por altanero, de cabellos y bigote negros. Anastasia abrió la puerta, y aquel

hombre le preguntó si podía hablar con ella unos minutos. Ella accedió y le ofreció pasar al comedor.

Jaramillo, nervioso, se sentó en una de las sillas del comedor, la silla crujió cuando Jaramillo volteaba a ver el resto del departamento. Anastasia se sentó frente a él y dijo en tono amable:

—Hoy pasó algo con los chicos, mis hijos estaban jugando al fútbol y, por alguna razón, uno de ellos no se pudo frenar al ir por el balón, y le dio un rodillazo en la espalda a su hijo, Felipe —la voz, un tanto chillona, no se correspondía con el porte presuntuoso de ese hombre, o tal vez el pretendía ser humilde en esa conversación.

—¿Mi hijo está bien? —preguntó, un tanto alarmada.

—Sí, hasta donde sé, él está bien. Pero el que no lo está es Juan, mi hijo. Parece que Felipe se levantó muy enojado, y no saben bien que le hizo a Juan, que llegó a mi casa todo adolorido de brazos y piernas.

—¿Cómo? ¿Felipe le pegó?

—No sé bien exactamente qué pasó, pero mi prima, la señora Delfina, dijo que estaba viendo lo que pasaba.

—Sí, la conozco. ¿Y qué les dijo? —respondió intrigada.

—Según ella, Felipe ni siquiera lo tocó, se levantó y le ordenó a Juan que se arrodillase y Juan lo hizo doliéndose. Estoy muy confundido, y por eso me atrevo a preguntarle —hizo una muy breve pausa y preguntó— ¿Su hijo sabe magia... o tiene algún poder extraño?

—No, siendo pequeño no le gustaba el que la gente se le acercase. Pero mi hijo nunca se ha peleado. Es más inteligente que eso. Probablemente Delfina no vio tan en detalle lo que pasó, como le dijo a usted. Supongo que habría más chicos alrededor, ¿ya les preguntó a ellos?

—No, pero...

—Le repito, Felipe, mi hijo jamás se ha peleado con otro chico, no le gustan las peleas —pensó bien antes de continuar y finalmente mencionó— Ahora que regrese mi hijo, le preguntaré exactamente qué pasó. Él no me mentiría.

Jaramillo se levantó de la silla y señaló:

—Y yo volveré a preguntarle a mis hijos. No son precisamente muy tranquilos, y explotan fácil. Le pido que me disculpe por venir a preguntarle sobre eso. Pero... cuide usted a Felipe, los chicos llegan a

edades en que cambian sin que nos demos cuenta, nos pasó a nosotros, y ahora tengo que meter más disciplina.

—Que tenga una buena tarde —dijo ella, levantándose y acompañándolo a la puerta.

—Gracias y disculpe —fueron las últimas palabras de aquel hombre, quien ya se adentraba en el patio.

* * *

Una hora después, Felipe entró al departamento. Anastasia estaba recostada en el sillón verde, leía alguno de los libros que Alberto había traído. Al ver entrar a Felipe, Tasia se levantó, y le indicó con un gesto del dedo índice que se acercase a ella. Felipe, curioso, se acercó y se detuvo frente a ella, sonriendo.

—Vamos a ver, ¿qué fue lo que pasó entre tú y los chicos Jaramillo?

—¿De qué hablas? —dijo desconcertado.

—Vino a verme su papá. Me dijo que habías lastimado a Juan, su hijo —tenía la mirada fija en los ojos de Felipe.

—Está bien Juan, no le hice nada —respondió, y antes de dar mayor argumento Anastasia le interrumpió, y volvió a preguntar:

—¿Qué fue lo que hiciste que hizo que le doliera el cuerpo?

—Mamá, él fue el que me pegó un rodillazo en la espalda, a propósito.

—Delfina los vio, dijo que algo le hiciste, que se arrodilló del dolor.

—Señora metiche. Seguro no vio cuando le dio el balonazo al Tachas, ni cuando me humilló frente a todos diciéndome mariqueta. Si no fuera por Quique, me habrían agarrado a golpes Juan y su hermano.

—Pero tú ¿qué fue lo que hiciste para que le doliese el cuerpo? —Repitió Anastasia en tono más emocional.

—Me concentré —contestó despacio, bajando la cabeza. Hizo una pausa y añadió susurrando—. Hice que le dolieran las piernas.

Anastasia abrió grandes los ojos, y la boca, asustada. Se llevó la mano a la frente y le preguntó con irritación:

—¿Tú ya sabes hacer eso?

Felipe sentía temor de contestar. Mantenía la mirada al suelo, y respondió con un escueto «Sí».

—¿Desde cuándo?

—Hace poquito —dijo con voz suave.

—¿Lo sabe tu tío?

Esa pregunta incomodó a Felipe, quien se mantuvo en silencio.

Anastasia rompió su propio silencio y le advirtió:

—Como vuelvas a hacer algo así, te las verás conmigo —Hizo una larga pausa, mirando a su hijo y le ordenó—. Ve a tu habitación.

* * *

—Sí, yo mismo le dije que no te contara sobre sus nuevos poderes. Lo hice por ti, porque sabía cómo reaccionarías —comentó Alberto, sentado en aquel atardecer en el sillón verde. Desde que había llegado, Alberto había procurado escuchar con calma el relato de Anastasia sobre la pelea de Felipe.

¿Cómo pudiste hacerme eso? —le recriminó Anastasia.

—No voy a pelearme contigo. Esas facultades nuevas iban a crecer en él, quisieras o no iban a detonarse en él —Respondió con naturalidad Alberto, y añadió—. Que mejor que enseñarle a usarlas para bien, y que no haga un pésimo uso de ellas.

— ¿Y tú cómo sabías que iban a surgir esas cosas?

—Tasi ¿Cuántas veces acompañé a Felipe en esos viajes? ¿Acaso crees que él me escondía todas esas cosas?

Anastasia se quedó pensativa unos momentos.

¡Felipe ven aquí, tu tío quiere hablar contigo! —Gritó Anastasia, de manera que Felipe saliese de su habitación, en la que estaba castigado.

Anastasia abrió la puerta del departamento y salió al patio, cerrándola tras ella, mientras, un Felipe resignado, aparecía con pasos lentos por el pasillo.

—Siéntate Felipe —dijo en un tono muy serio Alberto.

Así lo hizo en una de las sillas.

—Y ahora, ¿qué hice de malo? —dijo el chico.

Alberto suspiró lentamente. Miró a los ojos a Felipe y al fin le dijo:

¿En qué habíamos quedado? Acaso no recuerdas que te dije que no usaras tus poderes frente a los demás. Que les daría miedo tu persona si lo hacías. Que no se justifica el hacerlo porque te dio la reverenda gana. Entonces... ¿En qué quedamos? ¿qué fue lo que pasó?

—Unos jugaban al fútbol, nosotros a las canicas. Le pegaron un balonazo al Tachas, y si no lo agarro, éste se habría pegado en la cabeza con el lavadero. Llegó Juan y me pegó un rodillazo, a propósito, en la espalda. Me dolió. Juan comenzó a ordenarme que hiciera cosas, como sacar la pelota atorada con el tubo del lavadero. Me encabroné. Ya se acercaban todos a ese lugar. Me llamó mariquetas, me levanté, lo encaré, y entonces yo le ordené que ayudara al Tachas a pararse. Si no es por Quique, mi amigo, que frenó al peleonero del hermano de Juan, ambos me hubieran dado una paliza.

—Y acabaste haciendo que ahora, hasta los padres de todos esos chicos, murmuren sobre tus poderes y vengan a contárselo a mamá —Meditó sus palabras y añadió—. Es mi culpa que tu madre no haya sabido que tenías nuevos poderes. A ella le da miedo que los tengas. Ella quisiera que fueras un jovencito normal, pero no lo eres.

—Lo sé —respondió Felipe.

—Sacaste la casta, justo cuando estaban todos los chicos a tu alrededor, y ahora varios de ellos, y algún papá, te tendrán miedo, eso está mal. Defendiste a tus amigos de los peleoneros, bien —hizo de nuevo una pausa y continuó— Ya le he comentado a tu mamá que esto pasaría tarde o temprano. Estas personas no podrían entenderlo, como tú tampoco lo entiendes claramente —De nuevo suspiró—. Sabes, tu propio padre me llegó a comentar que sentía, la mayoría del tiempo, una enorme carga al tener, solo él, esos poderes —Meditó unos momentos, y señaló—. Para él, era como una gran misión en la vida, el hacer uso de ellos para ayudar a los más necesitados. Que son las grandes mayorías. Todo eso de lo justo, lo correcto, no te lo he dicho en vano, en eso confío, en que lo hayas entendido. Y luches por ello —Calló por un momento, y continuó—. No sé qué nos depare el futuro, pero tenemos que formarte bien. Solo así podrás llevar esa, que puede ser una gran carga. Si tu padre se fue para que no les hagan nada a ti y a tu madre, debes estar preparado, por si

comienzan a buscarte a ti los mismos que buscan a tu padre.

Felipe sentía al tío, el temor, y esa tristeza honda que provoca el llorar del ombligo. Alberto terminó con estas últimas palabras:

—Es muy probable que yo me tenga que ir de la ciudad en unos días. Necesitamos que practiques tus ejercicios, que los domines. Así podrás defenderte, y a tu madre, en caso de que algo suceda.

* * *

XV

Un par de días después...

Felipe y Quique charlaban sentados en cubetas de latón a la orilla del patio, cercanos a la puerta principal, bajo la sombra del pasillo del piso superior. El sol estaba a pleno en un cielo sin sentido, o nube alguna.

Quique un chico moreno, de pelo corto, dos años mayor que Felipe, con una playera a rayas horizontales azules sobre el blanco en el que resaltaba una pequeña mancha de tinta negra, se encontraba molesto. Su padre, al regresar de la chamba, le había dado una reprimenda por no haber ido a la escuela.

—La verdad es que me la merecía, pero si no fui es porque hay dos chavos muy gandallas en la escuela, que me quieren meter una golpiza. Me dio miedo de que lo hicieran hoy. Pero no se vale, las palabras de mi papá fueron hirientes. Y si no me callo la boca me hubieran tocado cinturonzos —comentó Quique.

—Yo, después del lío de anteayer, me esperaba una regañada fuerte de mi tío —Mencionó Felipe—. Pero la verdad es que él me habló con toda sinceridad. Me regañó por haberle hecho eso a Juan delante de todos. Pero me dijo que, si había sido por defender a mis amigos, eso estaba bien.

—¿Y fue por eso que lo hiciste, canijo Felipe?

—Pos sí, me encabritó que Juan me metiera ese rodillazo, y se ensañara con el Tachas después de darle el madrazo con la pelota.

—Mira, ahí vienen los Jaramillo —dijo Quique, señalando con el índice hacia ellos.

Felipe les miró acercarse a ellos, no parecían traer consigo una actitud amenazante, les sintió tranquilos.

—Quihubo chavos —dijo Juan, acercándose.

Felipe no sabía qué pensar, un saludo así era más de simpatía que de disgusto. Sin embargo, sintió tensión en Quique.

¿Cómo sigues? —le preguntó Quique a Juan.

—Bien, fue solo un ratito —Respondió Juan y añadió—. Pinche Felipe, eres como esos superhéroes de los monitos del periódico. No sé cómo le haces, pero... yo contigo no me vuelvo a meter cabrón —dijo Juan con una risa apagada.

—La verdad es que... solo me pasa cuando me enojo mucho —respondió Felipe, con calma en la voz.

—Debe ser muy padre poder hacer eso —comentó Rodrigo, el hermano de Juan.

—Creo que debería pedirles perdón, eso me pediría mi mamá —dijo Felipe meneando la cabeza y frunciendo los labios.

— Naa, no tienes por qué hacerlo. Fue algo emocionante chaparro. Ya viéndolo de lejos... —respondió Juan, mientras Rodrigo asentía con la cabeza.

Rodrigo buscó otro par de cubetas, fue por ellas, y ambos se sentaron con Quique y Felipe a charlar.

Felipe sentía un extraño sentimiento, de satisfacción. Y sentía además la sorpresa en la mente de Quique, quien había temido, segundos antes, que los Jaramillo vendrían a molestar de nuevo a Felipe. Sentía también, a distancia, la mirada y la leve sonrisa de Anastasia, desde la ventana del comedor.

* * *

XVI

Estando ya en cama, entrada la noche, el daño hecho por Felipe a otro chico provoca, en Anastasia, el recordar momentos extraños de su vida con Felipe padre:

Vive de nuevo aquel paseo nocturno con su marido en las calles empedradas, en la tranquilidad de una noche estrellada, bajo la luz tenue de las farolas. Al llegar a la bocacalle un hombre encapuchado les atajó, saliendo de la calle lateral. Traía un cuchillo enorme que emitía

reflejos de la luz de la farola. Aquel ser les amenazó y puso la punta del cuchillo en el pecho de Felipe quien cambió el gesto facial. Los ojos de Felipe, los que Anastasia solo veía de perfil en ese momento, parecían ser todos negros. Algo tuvo esa mirada que aquél hombre, salido de la oscuridad, se arrodilló y dejó caer el cuchillo sobre la acera, con un sonido metálico que obtuvo el eco de la silenciosa calle por la que caminaban momentos antes. Ese recuerdo llevó a algún otro, cuando Felipe se llevaba las manos a la cara y se metía al baño, cerrándolo tras de sí.

En una de esas ocasiones, Anastasia abrió la puerta del baño, y alcanzó a ver a un Felipe distinto, frente al espejo. Los pómulos deformes y un hinchado arco de piel, en lo que tendrían que haber sido las cejas. Felipe le pidió que saliese del baño, escondiendo su cara tras las manos. Ella supo entonces, que Felipe padre se transformaba, y sufría a solas, particularmente de la cara, y optaba por encerrarse en soledad hasta que su fisonomía regresaba a la normalidad. Tales momentos, los que había preferido desterrar de la memoria, de nuevo hacen temer a Anastasia. Ella no quiere eso para su hijo.

* * *

Capítulo 6

CAPÍTULO V

XVII

Orden de arresto para Alberto

Había llegado el invierno de 1914. Los aires fríos se crecían, serpenteando en plazas y calles a esa temprana hora de la tarde. El sol era menos cálido, lejos de quemar o hacer sudar, acompañaba a los vientos fríos.

Alberto se encontraba dentro de un auditorio, el cual formaba parte de una construcción eclesiástica, a un costado de la iglesia. Él y cuatro oradores que esperaban turno para hablar se encontraban sentados en una larga mesa. Frente a ellos, más de un centenar de obreros, representantes, o líderes, de sus sindicatos, estaban sentados en numerosas sillas largas, de madera de pino. Tras aquellos trabajadores se alzaban, de frente a Alberto, altos muros formando un semicírculo. En esos muros se ubicaban enormes vitrales de vidrios de colores, por los que se filtraba la luz, dando al interior un ambiente multicolor en el que predominaban tonos violáceos, rojos y amarillos, que parecían tener un lento movimiento con el desplazamiento de algunas nubes al tapar por momentos el sol, en el exterior.

Alberto Hinojosa estaba absorto en aquellos vitrales, había en ellos diseños de animales varios y forestas; con vidrios que daban distintos tonos a cielos, bosques y mantos de vírgenes con estrellas. Frente a él todo era bullicio. Y en los rostros de la mayoría de aquellos obreros, sentados frente a él, se dibujaban la angustia y la ira. La voz de un hombre siseaba en su cabeza, Alberto no prestaba atención a palabra alguna.

Cerró los ojos por unos momentos, se imaginó a su cuñado en una reunión como esa misma... «Toda la gama de plañideros suele ser solo un caparazón, eso es lo que hay que evitar, y rescatar soluciones, las que sean», solía decir.

Alberto regresó la atención a la reunión. El orador en turno hablaba de más de trescientos arrestos, y varios muertos al intentar escapar de los grupos de policías...¿Y cómo nos protegemos? Dijeron varias voces casi a coro. Un hombre de más de setenta años levantó el brazo para pedir la palabra, su rostro se veía tranquilo. Era Don Fermín, un obrero electricista, conocido por muchos. El hombre tosco que fungía como

moderador de la reunión le dio la palabra a Don Fermín.

—Como yo lo veo, no nos queda de otra que largarnos, escondernos. ¿Pero qué será de nuestras familias? Si ya sabemos que los van a interrogar, a amedrentar. Ya se llevaron a mi nieto, para que yo me presente... Compañeros, camaradas, los que tengamos parientes fuera de la capital, llévense a la familia. Escóndanse, cambien de nombre. Nos están dando en la madre, vámonos. Pero hagámoslo en forma organizada, que alguno más sepa ónde andamos. No tenemos armas aquí en la capital. Matan a los que marchan en las calles. Hay muchos compañeros aun peleando, por allá por el norte. En Chihuahua, en Sonora... en muchos estados. Vámonos, dejemos a la familia al cuidado de los parientes de afuera. Y juntémonos con nuestros camaradas en armas...

Hubo aplausos de muchos tras escuchar esas palabras. Otros pedían que el partido les ayudase para irse. Se alzaron voces e hicieron su aparición los plañideros, comenzó a sentirse un caos. Un hombre joven que acababa de llegar a la reunión se acercó a Alberto, por detrás, y le susurró al oído: «Beto, debes irte. Han descubierto que están aquí y no tardan en llegar, desaparecete, traen orden para tu arresto».

Alberto giró la cabeza, miró a los ojos a Javier, el joven moreno y delgado, con mirada cansada, que acababa de decirle que se fuera. Y le pidió:

—Checa si está Gilberto afuera Javier, debe estar vigilando la puerta. Si lo ves dile que venga.

—Debes irte Alberto, eres valioso. Nosotros nos hacemos cargo de esto —dijo Adalberto Reynosa, el compañero sentado a su vera en la mesa. Un hombrón con voz aguardentosa, barba descuidada, camisa gris con logos varios y vientre abultado. Era secretario de un sindicato de transportistas urbanos.

—Pero hay que hablar con el párroco, van a venir —Señaló Alberto.

—Está con nosotros, son jesuitas —Respondió Reynosa— ¡Ya vete anda!

Alberto se levantó lentamente, palmeó el hombro de aquel robusto secretario. Y se encaminó a la puerta que daba a la iglesia, a un costado de los muros con vitrales. Ya en la nave de la iglesia, atravesó el lugar caminando con sigilo y observó a Gilberto, quien se aproximaba desde las puertas de la iglesia. Se acercó a un confesionario, abrió el frente del cinturón, desabotonó la bragueta y sacó una pequeña bolsa negra que guardaba en el calzoncillo. Volvió a cerrar el pantalón y el cinturón, y enfrentó la mirada incrédula de Gilberto, azorado por lo que hacía Alberto

dentro de la iglesia.

—Me tengo que ir, vienen por mí —Estiró el brazo ofreciéndole la bolsa negra a Gilberto quien la tomó en silencio—. Llévale ésta a mi hermana, dile que me estoy escondiendo y, que ella y mi sobrino deben irse al norte, al lugar de Chihuahua, allá en Buenaventura, del que le comenté varias veces. Dile también, que a Felipe lo han visto en Estados Unidos, y han hablado con él algunos amigos, apenas hace dos semanas. Busca, con discreción, en el armario del comedor. Hay una libreta verde que dejó mi cuñado, y se la das a mi sobrino. Que no se dé cuenta mi hermana... Estaré con Casimiro, en su bar. Ahí me buscas de regreso.

—Bien, te busco allí en cuanto regrese, cuídate jefe —contestó Gilberto, y salió de prisa de aquella iglesia.

Alberto se metió dentro del confesionario, al espacio que habitualmente ocupa el párroco del lugar, a pensar. Y desde allí pudo observar, sin que le viesen, a los hombres que se encontraban en la reunión quienes salían con prisa, atravesando con pasos rápidos toda la nave de la iglesia. Se quedó un rato dentro del confesionario, encontró una sotana en un hueco frente a la silla del párroco y se la puso encima. Se sentía obeso, grotesco, con la chamarra café apretada bajo la negra sotana.

Decidió salir a la calle vestido así.

* * *

XVIII

La Migración al norte, 1914

Los vientos fríos de diciembre parecían haber entrado en una pausa. Anastasia y Felipe recibieron la visita de Gilberto, el inseparable amigo de Alberto. Felipe, como era costumbre escuchaba, tras la entreabierta puerta de su cuarto, la charla que sostenía con su madre aquél hombrón alto y aún más corpulento con su chamarra de cuero:

—Tu hermano se tuvo que ir de la ciudad. Me pidió que viniese a hablar contigo.

¿Acaso ya se expidió la orden de arresto contra él?

—Así es —Dijo aquél hombre enorme—. De hecho, ahora sabemos que ya se había expedido hace casi dos meses, y que lo estaba buscando toda una partida de policías. De modo que hemos tenido que sacarlo de la ciudad. Pero no te preocupes, él está a buen recaudo, y lo cuidan con esmero personas muy diestras. Aunque no te puedo decir en dónde se

encuentra.

—Pero si él me vino a ver hace una semana... —Anastasia concluyó de inmediato que su hermano no había querido preocuparla— ¿Me traes algún mensaje importante? ¿Necesita algo de lo que ha dejado aquí, alguna ropa o algo? —preguntó.

—Sí, ropa... Primero, me pidió que te dijese que Felipe está en los Estados Unidos, ignoramos exactamente dónde, pero está vivo, estuvo hace un par de semanas con conocidos de él —Hizo una breve pausa y continuó—. También me ha pedido que te convenza de irte de la ciudad con Felipillo. Creo que él ya te había sugerido irte a un pueblo en el estado de Chihuahua —Gilberto hizo una pausa y se llevó la mano a su gran mentón—. Me pidió que te ayudase a organizar todo... —Sacó la bolsa negra del bolsillo de su chamarra y la puso en la palma de la mano de Anastasia— Ten, esto servirá para que puedan estar sin preocupaciones durante un tiempo, y yo me las apañó para organizar todo lo demás.

Anastasia cerró el puño con la bolsa negra, y se lo llevó al bolsillo del delantal que traía puesto. Era reconfortante saber que Felipe estaba vivo, ello hizo que su nerviosismo se diluyese. Sabía que su hermano estaba bien, su intuición le susurraba calma y soluciones.

El pequeño Felipe había escuchado a medias la charla desde el marco de la puerta de su recámara, y en cuanto vio a Anastasia salir de la cocina con Gilberto cerró con sigilo la puerta, y saboreó una curiosa sensación de agrado, una frase de Gilberto daba vueltas en su mente: «Felipe está en los Estados Unidos, ignoramos exactamente dónde, pero está vivo».

El resto de la charla giró sobre detalles de lo que se empacaría, y los medios para llevarse todo al norte, a esa nueva vida cerca de la frontera.

—La ropa de Beto está en el armario atrás de ti, toma lo que necesites, yo voy a guardar este dinero —le sugirió, mientras se encaminaba a su cuarto.

Felipe no alcanzó a ver que Gilberto esperó a que Anastasia se distrajese, y cuando ésta se metió a su recámara, comenzó a hurgar velozmente en el armario junto a la mesa del comedor. Sacó algunas ropas de Alberto y encontró la libreta verde...

Felipe escuchó un par de golpes suaves en la puerta de su habitación. Abrió la puerta y vio la enorme figura de Gilberto frente a él.

—Felipillo, tu tío me encargó que te diese esta libreta —dijo en susurros, con premura y, estirando la mano con la libreta verde, se la entregó a Felipe—. Y que evites comentárselo a tu mamá. Creo que era de tu papá —Hizo una pausa y terminó diciendo—: Bueno, me voy que tengo prisa,

nos veremos en estos días. Felipe pudo observar una abultada bolsa verde olivo de viaje, colgada del hombro de Gilberto al retirarse.

Fue así que, con la persecución de la policía al tío, y por razones que Felipe solo pudo entender tiempo después, su madre decidió aceptar la sugerencia hecha en varias ocasiones por Alberto, de irse a vivir al pueblo de San Buenaventura, en el estado de Chihuahua.

Según Alberto, allí residían varias familias de amigos suyos. Incluso había familias de los anarco-sindicalistas norteamericanos, a los que el tío Alberto se refería como "guoblis" y cuya convivencia con los mexicanos ayudaría a que Felipe también aprendiese lo básico del idioma inglés. Todo ello seguramente ayudaría a que su madre encontrase trabajo y algún tipo de apoyos.

* * *

En apenas un par de días, con la ayuda de dos vecinas, Anastasia y Felipe habían logrado empacar todo lo necesario para mudarse. El tío Alberto se había encargado de conseguir el transporte de los muebles y enseres ya empacados, hasta la estación de trenes de carga, a fin de que fuesen subidos a un vagón con destino a Ciudad Juárez, en el Estado de Chihuahua.

A través de Gilberto, quien se apersonó en la vecindad en varias ocasiones, siempre ayudando en todos los detalles, Alberto les hizo saber que todas esas pertenencias serían recogidas por personas de toda confianza, pertenecientes a la comunidad que habitaba ya en el pueblo de San Buenaventura. De igual manera, tanto Felipe como su madre serían recibidos en la estación de Ciudad Juárez de los trenes de pasajeros de la línea México-El Paso. Les comentó también que a su arribo, serían transportados al pueblo para instalarse en su nueva vivienda, la cual ya había sido escogida y asignada por la propia comunidad.

La mañana del día ocho de diciembre de 1914, llegó el transporte que se llevaría todos los muebles y enseres. Varios vecinos colaboraron en llevar cajas y muebles, y en menos de una hora, la troca de transporte había partido hacia la estación para trenes de carga, del norte de la ciudad. De manera que todo estaba listo para la partida.

* * *

Felipe y su madre habían pasado la noche en la casa de doña Agustina, la vecina viuda desde hacía unos meses, tras el fallecimiento repentino de su marido durante las balaceras callejeras. Doña Agustina se veía desenchajada. Recién viuda, y con la ahora, inminente partida de Anastasia, con quien había creado una franca y solidaria amistad. Anastasia la tomó de la mano y depositó en ella varios billetes mientras le

susurraba: «Esto debe poder ayudarte, al menos un tiempo. Te escribiré en cuanto llegue, veré en qué más te podemos ayudar».

El día siguiente se convirtió en el día de la partida. Felipe recorrió de la mano de Anastasia prácticamente todas las casas de la vecindad para despedirse de conocidos y amigos de varios años. A varios de ellos les dejó los datos que conocía del nuevo domicilio.

La confusión se apoderaba de Felipe quien sentía emociones encontradas. Dejar a sus amigos y partir hacia lugares tan lejanos, si bien sonaba como una aventura, también significaba dejar atrás a muchas de las personas que conocía, sin saber si les volvería a ver alguna vez. Desconocía su destino y se preguntaba: «Cerca de la frontera... ¿Allá estaré más cerca de mi papá?»

* * *

XIX

Diciembre 9 de 1914

El mundo es en realidad muy grande

El viaje a la estación de ferrocarriles, en la camioneta de redilas que Gilberto había conseguido, de la que saldrían hacia Ciudad Juárez resultó en una sorpresa para Felipe. Gilberto le iba contando sobre los lugares por los que pasaban y así conoció muchos parajes de la ciudad en los que jamás había estado. Las calles se sucedían unas a otras y había tanta gente como nunca imaginó. Cruzaron varios parques y avenidas en las que circulaba un gran número de automóviles, era formidable descubrir que la ciudad era mucho más grande de lo que el pequeño conocía.

Llegando a la estación, Gilberto mencionó que corría el rumor de que los vagones de los trenes serían, en breve, incautados por el Presidente Venustiano Carranza para el desplazamiento de las tropas del ejército[1], lo que provocó inquietud entre la gente y por eso muchos buscaban la forma de regresar a sus lugares de origen, de reunirse con sus familias en algún estado de la república antes de que los trenes fueran incautados por el ejército. Eso explicaba, tal vez, que en la estación había un verdadero gentío. La agitación y el movimiento eran casi salvajes, y se mezclaban allí tropas militares con ciudadanos civiles. Gilberto condujo a ambos al andén en el que estaba el tren que los llevaría hasta Ciudad Juárez. Decenas de personas se encontraban allí, intentando subir sus pertenencias a los vagones; el ruido de las máquinas; el vapor que salía a presión, por momentos, de abajo de los vagones, eran toda una nueva experiencia para Felipe. Llegaron frente a la puerta del vagón que les correspondía y Gilberto se despidió dando un abrazo a Anastasia y deseándole que todo fuese mejor en el lugar de destino. Se giró y quedó mirando a Felipillo, aquél hombrón frente al pequeño niño que era, a

ambos se les enjugaron de lágrimas los ojos.

—Mi pequeño Felipillo cuando tenga un hijo quiero que sea como tú —dijo con voz quebrada.

Felipe se abalanzó sobre él y lo abrazó por la cintura. Gilberto le tomó con los brazos y lo levantó en vilo.

—Ya verás que allá, adonde tú vas, todo será mejor y tendrás muchos amigos. No te olvides de tu tío Gilberto mi querido pillo —le atrajo hacia él y aquel abrazo tuvo gran significado para Felipe, que lloraba en silencio.

Antes de subir de la mano de su madre los tres escalones en la puerta de aquel vagón Felipe pudo observar cómo muchos militares también abordaban otros vagones al mismo tiempo, cargados con la mochila y el fusil al hombro. Sonaba un fuerte pitido que provenía de la máquina locomotora al frente del tren y que escapaba a la vista de Felipe. Anastasia le llevó de la mano entre un grupo de personas que deambulaban por aquél vagón hasta dar con un largo asiento en el que había sentada tan solo una señora y quedaba un espacio libre en el que cabrían ambos.

Felipe paseó la mirada por aquél vagón, destacaba una fila de ventanillas a cada lado sobre las cuales una estructura de metal en rejillas cubría todo lo largo del vagón, y en la que se podían observar varias pilas de mantas azules bien dobladas, junto a las que las personas depositaban bultos y maletas. En los asientos, de gruesos tablones de madera clavados sobre estructuras de metal fijadas al suelo, todo de hules anchos y largos, con gruesos tornillos, cabrían de dos a tres personas según su anchura y tamaño.

Había dos filas de asientos, separadas al centro por un pasillo en el que varios soldados permanecían de pie. No había ya asientos libres «por lo que aquellos soldados —pensó— se tendrán que turnar durante el viaje con sus compañeros que sí lograron sentarse».

Nuevamente se escuchó el agudo y prolongado pitido emitido por la máquina locomotora al frente. El tren comenzó despacio su marcha, y en breve adquirió mayor velocidad, la que atestiguaba un sonido extraño emitido por las ruedas que se repetía hasta la insensatez. En pocos minutos habían desaparecido las construcciones de la ciudad para dar paso a un campo pletórico de áreas arboladas tras las cuales se podían observar amplios campos de cultivo sobre los que se alternaban milpas de maizales de gran altura con plantíos de hortalizas varias.

Para Felipe aquello era un mundo nuevo con paisajes hasta donde la vista se pierde bajo un cielo azul en el que algunas tímidas nubes parecían sonreírle, todo ello le tenía maravillado mientras su madre le explicaba

qué eran aquellos parajes y cómo se sembraban los alimentos que consumían en la ciudad. No tardó el pequeño Felipe en sentir como se repetían tantas imágenes y, aunado a ello los sonidos de la marcha del tren, los que poco a poco fueron adormilando su nerviosismo y excitación hasta que la cabeza se deslizó, con los ojos ya cerrados, sobre el cuerpo de su madre que lo cubrió con el brazo y un pequeño sarape que sacó de la bolsa que había dejado en el piso, frente a ellos.

* * *

Despertó tras un nuevo pitido de la locomotora seguido del ruido ensordecedor del golpe de vapor emitido por el tren. Felipe conocía un sonido semejante, aunque de menor intensidad, que solía escuchar de la tintorería que se encontraba muy cercana al vecindario. Abrió lentamente los ojos y pudo observar que ya no estaban los soldados en el vagón. Observó por la ventanilla que se encontraban en alguna otra estación. Afuera, en los andenes, había una multitud que caminaba agitada llevando maletas y bultos.

—Esta es la ciudad de Querétaro Felipe —Comentó su madre al tiempo que le ofrecía una torta de queso con jamón para comer—. Anda, debes tener hambre, cómetela.

Para Felipe, esa estación y los andenes eran muy parecidos a los de la ciudad que acababa de dejar atrás, de manera que fue la apetecible torta con los aromas de aquel jamón, trocitos de pierna, el queso que se deshacía en la boca, cebolla, jitomate y chile picado, la que absorbió la atención de todos sus sentidos.

No tardó mucho en recomenzar la marcha del tren y fue entonces cuando pudo observar distintos lugares de aquella ciudad. Muchos soldados a pie y a caballo rondaban en las calles aledañas a la vía del tren.

En breve, el paisaje cambió de nuevo al de los arados campos y grandes áreas pobladas de enormes árboles e infinidad de arbustos. El azul pálido, sin nube alguna, predominaba en todo lo alto y tan solo algunas montañas lejanas y apacibles quebraban el horizonte.

Anastasia sacó de su bolsa un papel, que desdobló con cuidado, era un mapa de la república, y comenzó a mostrarle por donde se encontraba la ciudad de Querétaro y todos aquellos lugares por los que pasarían antes de llegar a Ciudad Juárez. Felipe la escuchaba con atención y tomó en sus manos aquél mapa que algunas veces había visto en la vecindad, cuando asistía con sus amigos a la casa de doña Lupe, quien les enseñaba una multitud de cosas interesantes sobre aritmética y geografía, mostrándoles libros con muchas imágenes de todo el mundo. En unas horas estarían cerca ya de la huasteca. Ahora confirmaba que todo eso era verdad, el

mundo era en realidad inmenso.

La mayoría de las ventanas del tren habían sido cerradas debido al aire frío que comenzaba a hacerse presente. Cada vez que el tren se acercaba a alguna otra población su madre le animaba a ver por la ventana, a lo lejos, las imágenes de la ciudad a la que se acercaban. Sin embargo, Felipe estaba en realidad muy atento a cualquier espacio que se ofrecía más cercano ante su vista y le habían impactado las imágenes que recababa en la memoria de aquellos pequeños poblados y rancherías, las que fue observando con el detenimiento que podía ofrecerle la velocidad de aquél tren, que ahora olía a sudores y ropa vieja.

Caía la noche y desde las ventanillas Felipe observaba el firmamento. La ausencia de luces de alguna urbe cercana dejaba la negrura pintada de puntos blancos, algunos más brillantes que otros, y tras ellos se alcanzaba a ver, toda esparcida, una gama de polvos grises, tales como aquellos que van apareciendo tras cerrar los párpados, y se va extinguiendo la luz, se apaga poco a poco, y aparecen miles de pequeñas semillas color claro entre la oscuridad. Felipe recordó alguna historia, algún cuento en el que dos chicos comenzaban a contar las estrellas... En ello andaba, y su conciencia se perdió en el sueño.

* * *

Aquella noche, en la Vecindad, varios vecinos escucharon ruidos extraños y pudieron distinguir una sombra, cuyos movimientos delataban que ésta escudriñaba en las ventanas del departamento de Anastasia, algo buscaba allí. Varios salieron al patio. Y fue Juan Jaramillo padre, quien salió con un arma en la mano para enfrentarlo. Apenas aquel ser notó ruido tras él, se movió con velocidad. Cuando los vecinos, acercándose, hicieron algún comentario amenazante, la silueta de sombra ya había desaparecido.

* * *

Felipe despertó con el sol en pleno zenit. El azul era limpio sobre el horizonte. Se habían abierto varias ventanillas que refrescaban el aire dentro del vagón. Su madre aún dormía. Nunca había salido de la ciudad y desconocía todos esos confines en los que habitaban tan solo algunas familias junto a variados animales, yuntas de labranza atadas a bueyes, sendos grupos de burros, caballos, gallinas, guajolotes y cabras en tropel, o dentro de áreas cercadas por maderos, a muchos de los cuales observaba por primera vez...

Cuando Anastasia despertó, la carita de Felipe viéndola, despertó más su ternura que su conciencia.

—Buenos días mi pequeño príncipe —dijo ella desperezándose y añadió—

¿Qué tal dormiste?

—Bien, pero me hubiese gustado haber podido ver más tiempo las estrellas —Y pensando en sus palabras añadió—. Me desperté hace como una hora... eso creo.

Anastasia estiró el cuerpo con calma. Sentía un ligero dolor en la espalda. Se inclinó hasta abrir su bolsa y sacó una cartera gorda, y una nueva torta, semejante a las que se habían comido antes, y se la ofreció a Felipe, quien abrió grandes los ojos, al verla.

¿Quieres ir al baño hijo? Así aprovechamos para refrescarnos un poco.

Felipe asintió.

Anastasia preguntó al hombre bien vestido, sentado frente a ella, si podría vigilar sus cosas. Él, cortés, contestó con una voz apagada «Por supuesto señora, vaya usted con tranquilidad, los baños están en el vagón de atrás.»

Ambos se levantaron y se dirigieron al pasillo que conectaba con el siguiente vagón. Tras refrescarse, ambos comieron tortas y, Anastasia le ofreció una de ellas al hombre frente a ella. Él agradeció el gesto y la aceptó.

—¿Sabe usted por dónde estamos? —Le preguntó Anastasia.

—Hace un par de horas pasamos Torreón. En breve llegaremos a Chihuahua.

—Muchas gracias —Respondió ella, y le preguntó — ¿Sabe qué hora es?

Aquel hombre sacó del bolsillo de su camisa un reloj, lo abrió y dijo:

—Son las once y cuarto.

—Mil gracias.

Y fue entonces, cuando el viaje comenzó a ser algo ya conocido y aburrido.

* * *

[1] ["El ferrocarril que fue ampliamente utilizado como instrumento para mantener la paz en el país durante el porfiriato, favoreció también la rápida extensión del movimiento revolucionario de 1910, precisamente contra el régimen porfirista. La lucha armada se generalizó en el territorio mexicano a partir de 1913, año en el que fueron construidos pequeños

tramos de vías férreas en el norte del país. Sin embargo, como resultado del mismo movimiento armado, durante la década de 1910 a 1920 el ritmo de crecimiento de los ferrocarriles en México fue muy inferior al que se había dado durante el gobierno de Porfirio Díaz y en muchos casos, la infraestructura ferrocarrilera fue dañada o destruida por las acciones armadas que se llevaron a cabo. Durante la etapa armada de la Revolución Mexicana, un buen número de las estaciones de ferrocarril localizadas en el territorio nacional, sirvieron como cuarteles militares de los bandos en conflicto o como puntos estratégicos para las batallas que sostuvieron éstos. En esos años, el gobierno de Venustiano Carranza (1915 – 1920) decretó la incautación de todas las líneas férreas y entregó a los militares la mayor parte del material rodante. La administración carrancista dividió al sistema ferroviario en dos: a cargo de la Dirección General de Ferrocarriles Constitucionalistas de México, quedaron las vías troncales de las antiguas compañías del Central, el Nacional y el Internacional Mexicano; en tanto, con el añadido de "administrados por el Gobierno", los ferrocarriles de Veracruz al Istmo y el Panamericano, conservaron sus nombres originales. La reconstrucción del sistema ferroviario mexicano y la construcción de nuevas extensiones y ramales, reinició hacia 1919]. Santiago Portilla - "Una sociedad en armas- Insurrección antireeleccionista en México 1910-1911" -El Colegio de México, 1995".

Capítulo 7

CAPÍTULO VI

XX

San Buenaventura y la vida en colectivo

Al llegar esa noche a la estación ferroviaria de Ciudad Juárez, en la que reinaba el frío decembrino y un viento helado se llevaba las palabras, dos hombres con sombreros vaqueros, gruesas chamarras de ternera y guantes de cuero, les estaban esperando en el andén. Al verles se aproximaron, y preguntaron a la madre si su nombre era Anastasia, ella asintió y de inmediato tomaron la gran bolsa que portaba, solicitándole que les siguiesen. Felipe sentía esa rotunda fatiga, a punto de dormirse parado, pero a la vez estaba excitado desde la bajada del tren y esa sensación continuó hasta que les subieron en un pequeño camión que tenía, en la parte posterior de la cabina, una enorme caja, formada por tablonces de madera que la convertían en una bodega ambulante. Se encontraban ya allí los muebles y demás pertenencias. Se acomodaron entre todas las cosas en la parte trasera del camión. La sensación era curiosa, si bien el frío disminuyó en el interior del camión, Felipe sentía ser parte de una decoración caótica. Tasia sacó una abrigadora chaqueta tejida para enfundársela a Felipe, sin preguntar siquiera, y éste, conforme la usaba, pasó del enojo al agradecimiento tras sentir la tibieza y el aroma de lana limpia. Minutos después de dejar la estación y, pese al bullicio de una ciudad con mucha actividad, se quedó dormido todo el resto del trayecto hasta que uno de aquellos dos hombres le despertó. Pudo observar su cuidada barba con anchos bigotes blancos y una sonrisa franca y grata.

Habían llegado a San Buenaventura, eran ya las diez de una mañana limpia y soleada, con fríos vientos ocasionales. Se encontraban frente a una pequeña casa de dos pisos, idéntica a las casas vecinas, a ambos costados. Con la fachada pintada en tono crema casi blanco, dos losas de cemento que formaban balcones con barandales de hierro en cada una de las ventanas de las habitaciones en el segundo piso, que daban a la calle. Felipe, ya abajo del camión, sorprendido, no pudo sino avisar a gritos:

¡Mamá mira, tenemos balcones!

Apenas abrieron la puerta de gruesa madera, aquellos hombres fueron introduciendo los muebles y demás objetos. Era una casa grande comparada con la vecindad que habían dejado atrás y tenía, además, dos

pisos. La sonrisa de Felipe era mayúscula.

Apenas entrar, Felipe subió los escalones en el área de la sala, para revisar una a una las dos recámaras que tenían vista a la calle. Tras ellas, en un pasillo amplio al que se accedía por la misma escalera, a un costado de la misma, se encontraba un baño de amplias dimensiones, con una tina. Había bombillas de luz en cada espacio. Felipe entró en una de las habitaciones, abrió ambos visillos de puertas plegadizas que daban al balcón, para descubrir ese mundo a la vista desde el segundo piso. Su sorpresa fue que había un par de frondosos oyameles, casi frente a las ventanas, y entre las ramas se adivinaban al frente, cruzando la calle, una fila de diez o más casas casi idénticas. Todas ellas estaban llenas de macetas con flores de múltiples colores en los balcones. La imagen era amable y alegre, enmarcada al fondo bajo la limpieza azul con nubes blancas y estiradas, así como, por la verde y violeta serranía distante.

Desde el momento en que llegaron había ya dos mujeres de edad madura esperándoles, en el interior del que sería su hogar. La comitiva estaba integrada por doña Licha, una mujer de tez blanca, cabello castaño amarrado en chongo, fuerte de complexión y una mirada dulce y franca, estaba además la señora Queta, delgada, con ojos negros y despabilados que sobresalían apenas por encima de una larga chaqueta tejida de lana gris. Éstas ayudaron a su madre y a aquellos dos hombres en el acomodo de los muebles, conforme les indicaba Anastasia, en forma un tanto improvisada. Incluso, ahora tenían, además de la estufa en la cocina, y como regalo de la comunidad, una segunda estufa que se alimentaba con carbón, junto a las escaleras, y cuyo uso propagaría tibieza al hogar, lo cual agradecieron mucho, dado que no estaban acostumbrados al clima invernal de esa zona del país.

Aquellas dos mujeres, a las que se sumaron varias más con el paso de las horas y los días, pronto tomaron costumbre de pasar largas horas en aquella casa con la recién llegada. Platicaban con Tasia en aquella sala, la que ya se encontraba distribuida en forma y gusto de su madre, con el sofá verde y otro sillón largo, a los que se añadieron un par de sillas amplias, con asideras, las que Anastasia había comprado en una tienda de muebles del pueblo, junto con una nueva mesa más amplia para la cocina.

Todas parecían ansiosas por saber de sus maridos, de los eventos públicos o políticos, así como para intercambiar relatos de la vida en la capital, y los habituales anecdóticos de las familias llegadas tiempo atrás al pueblo. Siempre atentas a la seguridad, así como a las noticias de sus hombres y de los acontecimientos en los que estaban envueltos.

Algo extraño le sucedía a Felipe con las visitas de aquellas señoras. Desde que tocaban en la puerta de la casa sentía su presencia, casi siempre con una sensación de agobio, ansiedad y angustias acumuladas, que hacían

que le llorase el ombligo. Al principio no sabía identificar esas sensaciones y no fue algo comprensible, hasta que fue describiéndole a su madre los efectos que la presencia de casi todas ellas tenía sobre sus propias emociones, sobre todo cuando sentía la angustia que le transmitían sus emociones.

Su madre dividía su tiempo organizando la casa, y yendo a reuniones de la comunidad, ya que la habían invitado a pertenecer al Consejo, sobre todo por ser la esposa del conocido Felipe Aragón, del que se decían muchas cosas en su favor; cercano a los grandes líderes del movimiento magonista.

Anastasia aprovechó su ingreso para exponer el hecho de que su hijo, Felipe, tenía unas extrañas facultades, producto de una extrema sensibilidad que le había sido heredada por su padre. No tuvo que explayarse mucho en ello. Varios miembros conocían, al menos de nombre, a Felipe Aragón y sus proezas, como uno de los hombres más cercanos a los hermanos Flores Magón. El Consejo subrayó la necesidad de que Felipe fuese tratado no como alguien con cualidades extrañas, sino como cualquier otro chico de la Comunidad, y los miembros del Consejo se encargarían de difundir tal decisión ante toda la Comunidad.

El ingreso de Anastasia en el Consejo trajo consigo, la presencia frecuente en casa, de doña Ignacia, una española viuda de un anarquista español, la cual, al fallecer su marido, había optado por emigrar a México, para evitar ser encarcelada. Doña Ignacia era, ahora, parte importante en el Consejo, por sus conocimientos, y experiencia sobre la vida de un colectivo.

Anastasia disfrutaba la aventura de leer las noticias de los pocos periódicos que llegaban al pueblo, ni sin cierto retraso; así como escribir y leer cartas de sus amigas de la vecindad. Se enteró así de la partida de doña Agustina al Estado de Jalisco, de donde era originaria su familia. Y cuando se decidía, pasaba agradables momentos escuchando la radio, las voces y la música, en casa de la señora Queta. Pero siempre se daba ese tiempo de escuchar a Felipe, con paciencia.

Le daba valiosos consejos y ejemplos, a su hijo, para quitar su atención de aquellas personas, cuya congoja parecía afectarle aún:

—Pero debes entender cariño que estas señoras viven en una angustia permanente, sin saber de sus esposos; si aún están vivos... así como...

—Anastasia calló, y segundos después mencionó:

—No debemos negarles el que vengan a platicar, podemos intentar comprenderlas un poquito. Además, varias veces ellas nos avisan de noticias que sí nos interesan, y nos dan consejos para poder estar mejor

en este lugar.

* * *

Al regresar de las reuniones, Anastasia contaba a Felipe de lo que habían tratado y sobre lo que se decidía en el Consejo, las razones de las decisiones. Y de alguna manera, Felipe fue conociendo, a través de las descripciones y narrativas que hacía su madre, a muchos de los miembros de la Comunidad y las dificultades que enfrentaban.

Se enteró así de lo problemático que resultaban los cuidados, cuando alguien enfermaba con cierta gravedad, ya que había que organizar todo un traslado a alguna clínica de algún pueblo que contase con esas facilidades. Cuando algunos de los jóvenes de la Comunidad terminaban sus estudios de secundaria y deseaban continuar estudiando, se organizaban colectas, y se ampliaban los tiempos de uso de los tres telares que habían sido construidos por el grupo de madres en la Comunidad, y los de aquellas máquinas de coser con las que contaban, con el fin de vender una cierta cantidad de ropa que permitiese mayores ingresos para enviar a esos jóvenes a continuar sus estudios. Felipe supo de varios que habían ido a colegios de bachilleres y se encontraban estudiando sobre Droguería y Medicina, a través de cartas en las que esos jóvenes enviaban consejos para el cuidado de los enfermos, así como de los fármacos que debían tomar, o emplear para los padecimientos.

El dinero que ingresaba por venta de productos creados en la granja y el huerto de la Comunidad, si bien alcanzaba para la alimentación colectiva, tenía que apoyarse en los servicios de carpintería, herrería, arreglos de electricidad, y plomería, los que varios miembros adultos y jóvenes de la Comunidad ofrecían a las familias del pueblo. De modo que los talleres de la Comunidad, encabezados por don Camilo Guardiola y, la granja con el huerto y la zona de árboles frutales, organizados por don Damián Rodríguez, eran la fuente principal de ingresos y abastecimiento de comestibles de la Comunidad.

* * *

Anastasia procuraba difundir una impecable imagen de su marido y fortalecer esa idea, la que ya acreditaban algunos que sabían sobre él, de ser uno de los hombres de más confianza de los hermanos Flores Magón.

En ese entonces, Felipe no entendía muy bien a qué se refería su madre. Pero desde que el tío le había regalado aquellos lentes negros que usaba para salir a la calle, evitando los rayos directos del sol, cada detalle que le contaba su madre sobre su padre, y las semejanzas extrañas que tenía con él, le resultaban en un motivo de orgullo. Lo cual era acicateado con las lecturas del cuadernillo que le había entregado Gilberto, y que eran

notas escritas de puño y letra de su propio padre. Las leía una y otra vez.

Sin embargo, ese tipo de eventos perceptivos, fueron haciéndose presentes en muy diversos lugares. En la escuela sentía a los chicos que caían ya fuese por algún tropezón o durante alguna pelea a puñetazos. Sentía su dolor y su vergüenza en ocasiones. Sentía su humillación y su rabia por esos hechos. Sin embargo, ahora tenía ya muy claro que las sensaciones no provenían de sí mismo, sino de los demás, y le resultaba sencillo apagarlas. Tenía sus favoritas, las sensaciones que recibía del agrado que entrañaba el triunfo, ya fuese en ganar una pelea o en contestar bien las preguntas de algún examen; o bien en llegar primeros en alguna carrera. Esas sensaciones eran agradables. Incluso sentía el rubor, y una cierta ansiedad en las niñas, cuando se aproximaba algún amigo a saludarlas.

En otros momentos, alguien que pasaba cerca de él en las calles, que transpiraba la intensidad de sus emociones, le contagiaba su desaliento, su angustia, su desazón o incluso su alegría desmesurada. Y aunque ya era casi natural en Felipe poder inhibir tales sensaciones, lo que sí le resultaba desagradable era que, en varias ocasiones, esa sensación de tristeza honda y colectiva, repercutía en el ombligo, sentía que le lloraba.

Felipe ya controlaba la mayoría de esas percepciones, salvo aquellas que eran causadas por ascos en las personas, más complejas para ser evitadas. Fuese a algún tipo de alimento o bien cuando alguna mujer embarazada tenía esos síntomas y pasaba cerca de él. Todo ello según se lo iban explicando su madre, y la libreta de su padre. Felipe recordaba con frecuencia las palabras del tío, cuando le aconsejó no comentar sobre esas sensaciones a los demás:

«Tan solo a aquellos a quienes tengas una confianza probada».

Las personas, muchas veces, pueden sentir desconfianza si les dices sobre lo que sientes en ellas. Y eso se intensificaba dada la intuición de Felipe.

Anastasia parecía tomar con naturalidad sus inquietudes e interrogantes sobre esos hechos. Felipe solía preguntarse el por qué le resultaba conocido ese tipo de situaciones, como si ella hubiese comprendido profundamente a su padre, ese alguien que tuvo todos esos síntomas y conocía bien el qué y el cómo, para poder llegar a controlar, en forma plena, todas esas cosas. Llegó a preguntarle si a ella misma le sucedía lo que a él, pero explicó que no sentía lo mismo, aunque las mujeres sí tenían un sexto sentido para sentir a las demás personas. Sin embargo, sabía que, a algunas personas, muy especiales, como su padre, les había costado trabajo aprender a poder controlar tales niveles de percepción. Y ella, Anastasia, había aprendido del padre de Felipe diversas formas, y métodos, para impedir que afectasen tanto como le afectaban en un

principio a Felipillo.

Felipe solía leer y releer el cuadernillo. Sabía que el autor de todos esos consejos, y ese mayor detalle en las técnicas para saber controlar lo que le sucedía era, precisamente, su padre. Se embotaba viendo su escritura, la forma de escribir la letra t, con una ligera curvatura al final del palito cruzado.

Crecía la interrogante en Felipe sobre cuántos más síntomas o "cualidades extrañas", como las denominó, habrá tenido su padre. Esa pregunta rondaba en su mente con insistencia ¿habría otras cualidades, de las que aún no sabía nada?

* * *

XXI

Alberto consigue un nuevo hogar

Esa fría mañana decembrina Alberto, acompañado de Gilberto, bajaban en Querétaro, del automóvil que había comprado Alberto unos días antes. Varios camaradas le habían dado los datos de un hombre, Cutberto Sanguino, quien estaba buscando vender su casa en Querétaro. De acuerdo con lo que le habían comentado, Sanguino había sido un viejo militante de los albores del PLM, pero ahora se dedicaba a la venta y distribución de marihuana. La presencia de tanta soldadesca y policías federales en Querétaro había complicado el negocio. Por lo cual, el tal Sanguino, había comentado a varios de sus amigos de años atrás, que le urgía vender su casa.

Alberto y Gilberto se encontraban frente a la dirección que les habían proporcionado. El barrio era de clase acomodada. Había grandes casonas en esa colonia, lo cual era una buena idea para evitar una estrecha vigilancia policiaca, por ejemplo. Llegaron a la casa y tocaron al timbre. Segundos después, un hombre alto y robusto, en sus treintas, con chamarra negra, gesto poco amable y bigote muy tupido, les abrió la puerta.

—Sí, dígame que busca —dijo aquel hombre, con una voz fuerte y clara.

—Vengo a hablar con el señor Sanguino, varios amigos mutuos me dieron sus datos y me sugirieron que viniese con él —Contestó Alberto, y añadió—. Es posible que alguno de ellos le haya avisado que yo vendría... Alberto Hinojosa.

—Permítame un minuto, voy a corroborar. Le cierro aquí —Señaló aquel hombre, mientras cerraba de nuevo la puerta.

Apenas un par de minutos habían pasado cuando volvió a abrir la puerta y les invitó a pasar. Tras la puerta había, más que un jardín, un espacio para dos vehículos. En uno de ellos se encontraba un automóvil Ford, de los últimos modelos, verde, con algunos raspones en la carrocería. La puerta de entrada se encontraba al fondo de un pequeño pasillo de seis o siete metros. En vez de abrirles esa, la puerta principal, antes de llegar a ella aquel hombre abrió una puerta más estrecha, lateral, por la que entraron a la casa por la cocina. Aquel hombre les guiaba, atravesando dos pasillos, hasta la sala. Aquella sala daba a un jardín lateral en el costado exterior, a la izquierda. Grandes ventanales dejaban entrar mucha luz en aquella hora matutina y se veían altos setos de varios metros de altura rodeando el jardín, y otros tantos, de menor altura, estaban ubicados a una distancia de dos o tres metros cubiertos de piso de piedra, afuera de los ventanales frontales. Había entonces un cerco de setos para evitar miradas curiosas del exterior. El jardín era amplio, tendría más de cien metros cuadrados. La sala, pintada en blancos y tul semitransparente en las cortinas; tres amplios sofás tapizados en telas blancas se situaban alrededor de una negra y redonda mesa de centro, con dos pistolas sobre ella, bajo la cual, se extendía un gran una alfombra de diseños geométricos en tonos grises, negros y blancos; a un costado de la puerta de dos lajas a la sala se encontraba una larga barra de bar con altos bancos. Todo ello daba al conjunto un aire de película futurista.

En uno de aquellos sofás, se encontraban dos hombres, con botas, chalecos y pantalones de piel negra y camisa blanca. Uno de ellos era Sanguino, un hombre cuya estatura no pudieron calcular ya que no se levantó durante la reunión.

—Pásenle, ya me habían avisado que vendrían —dijo con voz gruesa y sonora aquel hombre de barba negra y puntiaguda, robusto y moreno, que rebasaba el medio siglo sin duda, y añadió—. Siéntense, están en su casa.

Así lo hicieron, en el largo sofá, frente a Sanguino. Alberto comenzó la conversación:

—Y ¿cuánto está pidiendo por esta casa? —preguntó.

— ¡Eso es! Al grano con lo que buscan —mencionó Sanguino en su tono varonil, y contestó—. Sesenta mil.

—Sabemos que se está viniendo abajo la venta con tanto soldado y policías —Alberto hizo una pausa y continuó— Yo puedo ofrecerle cuarenta mil, hoy mismo.

—Chismosos mis viejos amigos... Sí, es verdad que me tiene en jaque esto de tanto sardo con fusil. Ya perdí a la mitad de mis hombres. De modo que me voy a Tamaulipas, allá están fluyendo con gusto y alegría, el dólar

y el plantío —Hizo una pausa analizando a Alberto a los ojos y subrayó— Usté se ve con espolones, sé de sus andanzas y como ayuda a los trabajadores.

—Pues eso es lo que yo ofrezco. Aquí, tal vez podamos dar cobijo a varios compañeros que están siendo perseguidos.

—Ah que caray con don Alberto. Sé quién es, me han contado muchas cosas de usted, es amigo de Aragón, al que respeto por sus espléndidas ideas y su liderazgo. Yo estuve en eso también —Comentó Sanguino y tras unos segundos continuó—. Nomás porque yo apoyo esa causa, se la doy por cuarenta, más cinco por todo lo que hay en ella. No me interesa el dinero en realidad, con lo que hacemos tenemos de sobra. Está toda amueblada, cuatro habitaciones, tres baños y otro medio baño abajo. Sala, comedor, patio adelante, jardín... closets, camas grandes, vajillas, alfombras... En fin, todo el ajuar —dijo haciendo un giro con el brazo para terminar.

—Hecho. ¿Cuándo se irían? —preguntó con tono rudo Alberto, a riesgo de que se negaran.

Sanguino pensó su respuesta unos momentos y respondió:

—Mañana, por la mañana. Dejaré a alguien para que le entregue las llaves, los contratos de luz, agua... el poder ya firmado para comprarla con todo y escrituras, y la tarjeta de un abogado, un notario, que me apoya siempre... Ya sabe, lo que los vecinos de por aquí suelen tener.

— ¿Podemos conocer la casa ahora?... Alguien que nos muestre el lugar—sugirió Alberto.

Sanguino volteo a ver al que estaba parado cerca de la puerta, el mismo que les había dado acceso, y le ordenó:

—Conejo, muéstrales la casa... toda. No importa que tengan mercancía en el sótano y el túnel, ellos son de ley —Giró la mirada hacia el que estaba sentado a su izquierda y le dijo—. Y tú, Polo, avisa a los demás que guarden sus cosas, que mañana como a las diez, nos vamos de aquí. Que vengan todos y traigan las trocas —hizo una breve pausa y, recordó algo que le hizo continuar hablando—. Avísale al notario Armenta, que después le ayude con los trámites a don Alberto, y nos haga el poder, para pasar a firmarlo mañana temprano —Hizo una pausa mirando a Alberto y a Gilberto, y haciendo un gesto con la mano les dijo—. Pasen, están en su casa.

Alberto y Gilberto se levantaron y siguieron los pasos del Conejo, quien se

adentraba en la casa.

— ¡Don Alberto! —dijo en voz alta Sanguino.

Alberto y Gilberto se detuvieron en la puerta y giraron para verle.

— ¿Puede darme hoy el dinero? —le preguntó a Alberto.

—Sí, lo traigo.

—Hecho pues —Respondió Sanguino con una sonrisa—. ¡Esos son hombres!

El Conejo salió de la sala hacia el resto de la casa, y ambos le siguieron. Detrás de ellos iba Polo, con otras encomiendas.

Al salir de la sala, siguiendo al Conejo, se detuvieron en el primero de dos pasillos que habían cruzado al llegar. El Conejo les indicó con el brazo que torcieran hacia la izquierda, a unos tres o cuatro metros, en el costado derecho, estaba la puerta hacia la cocina. Más adelante, al fondo había una escalera con barandales de madera, al segundo piso. Entraron en la cocina, era muy amplia.

—Por aquí entramos, esta parte la vimos al llegar —Señaló Alberto, y añadió—. Mejor vamos arriba.

Regresaron al pasillo y subieron por las escaleras al segundo piso, otro pasillo, paralelo al de abajo, con una escalera al fondo para subir a un tercer nivel.

En el pasillo en que se encontraban, el costado derecho era un largo barandal que brindaba, abajo, la vista completa de la sala. Se podían apreciar los altos ventanales que la rodeaban, así como una vista parcial del jardín, a la izquierda.

En el costado izquierdo, sobre ese mismo pasillo, se destacaban dos pares de puertas que daban a las dos recámaras, presuntamente principales, ambas con baños completos y ventanas laterales al jardín, en una, y en la otra a un paso rodeado de altos setos, iguales a los que bordeaban el jardín. Entre ellas había además otra recámara, más pequeña. Tras ver las recámaras, y comentar sobre su amplitud, decidieron subir al tercer nivel.

Había un espacio pequeño, como un recibidor alfombrado en rojo, frente a una gruesa puerta de madera labrada. El Conejo abrió con las llaves la puerta y les hizo seña de pasar a ver aquel lugar. Era una cuarta recámara que tenía una tina de mármol, cuadrada, de cerca de dos metros por lado, a un costado de la enorme cama. Al otro costado del

lecho se destacaba un amplio vestidor que llenaba media pared, seguido de un baño con dos lavabos, y del otro lado de la recámara había tres ventanales corredizos que daban a un amplio y largo balcón con una mesa, una sombrilla y tres sillas, al fondo. La vista era estupenda, desde aquel balcón hacia el resto de casas de la colonia, y al acercarse a la mesa con la sombrilla se podía ver completo el jardín de abajo.

Había bastante inversión en los muebles, aunque tal vez era pomposo el estilo, pero los costos del mobiliario debían rebasar en mucho, como para haberse negado a pagar esos otros cinco mil pesos.

Bajaron toda la escalera de nuevo y se dirigieron al siguiente pasillo, que había sido el primero que cruzaron al llegar. En este las escaleras al fondo bajaban hacia el sótano, por un lado, y por el otro, tras una puerta que se mantenía cerrada, a un túnel, según les comentó el Conejo.

—Tras esa puerta que ven, y que permanece cerrada, hay una pared falsa, con una estantería que tiene víveres y, escondido en un punto, tiene un mecanismo que permite abrirla como si fuera una gran puerta, hacia un túnel, que sale hacia dos lugares. Uno sale a un sitio de vegetación muy densa, abriendo la tapa. El otro, subiendo por una escalerilla y abriendo una tapa de drenaje, sale a un pasillo de tierra entre dos jardines amurallados, de vecinos ricos. Y ese caminito estrecho da a la calle de atrás.

Bajaron primero al sótano. Era un espacio más amplio de lo que ellos imaginaban, cuadrado, con columnas de contención al peso del techo, donde estaba la casa. Había también, numerosas estanterías de metal en las que había muchos paquetes envueltos en papel y pegamento, todos de las mismas dimensiones, bien alineados.

—Aquí tenemos la mercancía que nos llevaremos mañana, ya muchas estanterías no están llenas porque ya estamos llevando la merca a una casa de seguridad, en Tamaulipas.

Regresaron al pasillo y el Conejo sacó unas llaves con las que abrió la puerta que daba al túnel. Se sorprendieron del tamaño de la alacena, en la que estaban dispuestos frascos varios, bolsas de alimentos, y que tenía un fondo de madera oscura de piso a techo detrás de las estanterías, barnizadas con el mismo tono. Las paredes eran de piedra.

El conejo movió tres frascos de una estantería en el borde izquierdo y apretó un grueso botón de color blanco, que se ocultaba detrás de los frascos. Se oyó un ruido seco, y otro metálico. Segundos después la mitad izquierda de la alacena se abrió dejando ver una escalera de piedra bajando hacia la oscuridad. El Conejo dio un par de pasos y bajó uno de los escalones de piedra. Encendió la luz bajando una palanca sobre una placa empotrada en la piedra del muro, y les invitó a bajar por las

escaleras al túnel.

Ambos se adentraron en él. La luz era algo raquítica, pero se podía ver mejor una vez que se acostumbraba la vista. Habrían dado unos quince o veinte pasos, cuando llegaron a una bifurcación del túnel. En ese punto el Conejo les comentó:

—A la izquierda, al bosque de plantas. A la derecha al estrecho camino de tierra entre dos murallas de piedra —Les dijo, señalando con ambos brazos.

Retornaron al pasillo de arriba. En el cruce del pasillo se encontraba Sanguino quien les preguntó:

— ¿Qué les parecen estas otras mejoras de seguridad?

—Pueden resultar sumamente útiles en un momento dado si alguien necesita un escondrijo —Respondió Gilberto, quien iba adelante de los demás.

—A ver Alberto, usted y yo vamos a cerrar este buen trato entre hombres de ley —subrayó Sanguino y puso el brazo sobre los hombros de Alberto en cuanto éste se acercó.

— ¡Claro que sí! —enfaticó Alberto y comentó—. Voy a mi automóvil por el dinero y regreso de inmediato —Volteó a ver a Gilberto y le ordenó—. ¡Vamos!

En el trayecto al automóvil, Alberto se disculpó con Gilberto por darle órdenes, pero Gilberto sabía de sobra que ante un capo había que demostrar fuerza de carácter.

Cerraron así el trato con Cutberto Sanguino, quien respetó todo lo ofrecido y en apenas cuatro días Alberto había firmado ya la compra ante Notario. El joven que les esperó para darles las llaves y papeles, les entregó también un tabique de mariguana comprimida, uno de esos paquetes que habían visto en el sótano, con una nota que decía:

«A los verdaderos hombres, trato de hombres»

* * *

XXII

Anastasia encuentra un empleo.

No tardó Anastasia en encontrar trabajo en San Buenaventura, ayudando a atender una pequeña tienda de abarrotes propiedad de una señora, muy mayor de edad, que tenía ya dificultad para moverse, por lo que debía

usar un bastón y, aun así, el cansancio la vencía en pocos minutos intentando desplazarse.

El carácter amable y carismático, la energía, y capacidades organizativas de Anastasia, pronto hicieron que la señora, a quien todos en el pueblo llamaban doña Emi y cuyo nombre real era Emigdalia, le tuviese gran confianza. Con el tiempo y las actividades en las que se involucraba, Anastasia subía su propia autoestima. Más aún cuando recordaba el contraste de su buen manejo de toda la hacienda, y el relativo encierro en la vecindad capitalina.

En un breve lapso, y dada la amabilidad en la atención que Anastasia brindaba a la clientela, ésta llegó en apenas dos o tres meses, a triplicarse. Además, Anastasia reorganizaba los espacios, adquiría nuevos anaqueles para contener nuevos y variados productos. Ahora se incluirían muchos de los que producían en la Comunidad. Subió así, en forma significativa la venta de aquella tienda. Incluso contrató a una de las madres de familia de la Comunidad, de nombre Luisa Arredondo, para ayudarla con los turnos y ventas de la tienda. Luisa era una mujer sencilla, morena clara y un tanto rechoncha; ojos sonrientes, de gran corazón y un trato amable; con dos hijas y algunos problemas económicos, por la enfermedad de una de sus hijas.

* * *

XXIII

Desde los primeros días en el pueblo, Felipe reconoció a don Camilo Guardiola, uno de los hombres que habían ido a recibirlos a la estación de ferrocarriles. Era un hombrón de más de cincuenta años, de considerable estatura, obrero de la construcción, con la piel oscurecida por el sol. Era él quien fungía como maestro de talleres de la comunidad, y enseñaba a los jóvenes las destrezas de la carpintería, la plomería e, incluso, cómo construir paso a paso una casa. Además, les adiestraba en el trato a los animales que tenía la comunidad al extremo del pueblo, en una pequeña granja, en la que compartía las enseñanzas con don Damián Rodríguez, un hombre delgado, cuyas arrugas y piel reseca por los años, lo ubicarían en su séptima década, si bien nadie sabía con precisión su edad. Don Damián, con infinita paciencia, les enseñaba a cultivar, cuidar y recoger las hierbas, semillas y vegetales, así como los cuidados para bajar la fruta de los árboles de la huerta del lugar.

Pronto aprendió Felipe a desbrozar las hierbas altas con una pequeña guadaña, y a preparar la tierra para sembradío y labranza...

* * *

En su diario, el cual comenzaría a escribir apenas un par de meses después, Felipe escribió:

"Recuerdo bien las palabras de don Damián, el coordinador de la huerta de la Comunidad, quien insistía siempre en el amor a la tierra. Y nos repetía con frecuencia las mismas frases: «Tienes que tener cuidado en encontrar el momento en que la tierra no se pegue ya a las suelas de las botas, pero que mantenga la humedad. Es entonces cuando debemos pasar el arado o la azada. Aquí, en nuestra granja de la comunidad vamos preparando todo en pequeños trozos de terreno para su siembra y cultivo. Cuando la tierra se separa para permitir que la semilla penetre, hay que dejar pasar un par de semanas. Es importante dar un tiempo a la tierra ya preparada para que ella viva, se oree. Es también el momento en que se deben retirar las piedras, raíces y estolones de pastos, así como los bulbos de las estorbosas hierbas perennes. Aspira y siente el olor de la madre tierra, aprende a sentirla, a olfatearla, y ella te dirá y te guiará en todo momento». O bien: «En la siembra depositaremos la semilla; saber cuánto debe penetrar dependerá también de lo que siembres. Aquella planta alta como el maíz, por ejemplo, debe estar a una profundidad mayor que si siembras calabazas o lechuga».

Don Damián, conforme iba regando y obsequiándonos con toda la información, señalaba a los espacios en los que ya se observaban, a distancia, los productos de la tierra y la semilla: *«El amor a la madre tierra, su cuidado siempre con el detalle necesario, harán de tu cosecha los productos más limpios y puros. Lo que sigue es alimentarla con abono, una capa fina de apenas centímetros de estiércol, o plantas y restos de otros alimentos naturales bien triturados, y seleccionados. Así abonamos la comida de la que se alimentará la pequeña semilla en su unidad con la tierra. A ese, al abono, hay que escogerlo bien».*

Y vaya que nos embarrábamos de la caca, con todo y que llevábamos palas, guantes y carretillas cuando íbamos en su busca a los corrales, o cerca de rebaños, en las laderas de la sierra.

A cada uno de los aprendices nos asignaban un espacio de diez metros de cada lado, en él deberíamos aprender a sembrar y cosechar lo que nos fuese indicado. Por supuesto podíamos ayudarnos los unos a los otros, de hecho, eso era crucial en el aprendizaje para entender lo que significa el trabajo en colectivo. Pero siempre bajo la supervisión de don Damián.

Realmente disfrutábamos esas tareas. Llegué a sentir la tierra, y fuera de las horas de talleres, me introducía en la granja, como varios de nosotros, y nos paseábamos sobre esos campos, tocábamos y sentíamos la maduración de frutas, el crecer y aflorar de los vegetales, las verduras, las frutas secas en los nogales y almendros, las vetas de savia, la vida al interior de los árboles. Durante esos años solía asombrarme continuamente al ver la vida crecer en aquella granja. Cómo olvidarlo, si

aquél buen hombre en verdad nos transmitía el amor a la vida, a la tierra, a las plantas y al agua.”

* * *

Rolando Carmona

A Felipe lo habían inscrito en la escuela pública llamada “Independencia Nacional”, que estaba ubicada sobre la calle Benito Juárez la cual atravesaba todo el pueblo. La escuela se encontraba al borde del barrio en que vivían, y bastaba caminar algo menos de medio kilómetro para llegar a clases cada mañana.

En esa escuela conoció a Rolando Carmona, que estaba en el mismo salón de clases que él, y cuya casa se encontraba detrás del barrio en el que vivía Felipe. Rolando era hijo de un hábil fontanero anarquista, que años atrás había llegado con su esposa e hijo desde la ciudad de Guadalajara.

El primer día que Felipe asistió a clases en la escuela pública el profesor, Rosendo Alvérez, un maestro de la profesión, quien les impartiría historia y literatura, le sentó junto a un chico pelirrojo, el cual, viéndole tan pálido, se inclinó desde su pupitre y le preguntó a mansalva:

— ¿Por qué estás tan paliducho y usas lentes oscuros cuando estás bajo la luz del sol amigo? Seguro que nunca te han llevado a la playa. A mí me llevan cada vacación para que tome color mi piel. Como que el sol junto al mar te pinta de oscurito.

—En realidad no lo sé —le respondió Felipe—, los doctores dicen que es falta de pigmentación de mi piel, o algo parecido a lo que llaman vitíligo, que son manchas claras en la piel, y los lentes son porque me hace daño la luz del sol, me duelen los ojos cuando está fuerte.

—Hijos huerco, entonces tienes mancha sobre mancha porque estás parejito de blanco —dijo riéndose—. Bienvenido paliducho, yo soy Rolando, el Rolas para los amigos, y tú, presiento que serás un gran amigo —y esbozó una sonrisa franca tendiéndole la mano.

El profesor Alvérez les miraba de reojo, y dejó pasar la falta de atención a lo que él explicaba en esos momentos, ya que el recién llegado estaba iniciando su primera amistad en la escuela.

En breve, Rolando y Felipe fueron fincando una gran amistad. Felipe no tenía secretos para él, como él no los tenía con Felipe, el paliducho. Todas esas extrañas cosas que le sucedían las comentaban y, sin duda, ello contribuiría a que Rolando el Rabioso, como le decía su padre, fuese poco a poco volcándose por el estudio de la biología y la investigación médica. Y una de sus motivaciones detonantes sería, su enorme interés por las

grandes incógnitas de lo que le sucedía a Felipe, dado su aspecto y facultades extrañas; así como las constantes respuestas de los dos doctores de la comunidad, diciéndole a Anastasia que no entendían bien por qué me encontraba yo así, o por qué los síntomas nuevos que aparecían con frecuencia, no podían achacarse a alguna enfermedad de las que ellos conocían. Eso acicateaba el interés de Rolando, por saber más que nadie, sobre las extrañas dotes y padecimientos de Felipe.

* * *

También en ese primer día escolar conoció a Tomás Angulo, un verdadero indeseable de tez delgada, pómulos salientes, esa retadora mirada burlona y olor a calcetín sucio en el rincón del closet. El que no perdía oportunidad para burlarse de Felipe y molestarlo físicamente por su aspecto físico. Sentía que Angulo le detestaba de una forma irracional, sin mayor sentido, y crecía en él ese mismo sentimiento de desprecio hacia Angulo. De hecho, se preguntó durante años, el porqué de la intensidad de esos sentimientos mutuos.

Días después, Angulo había vuelto a hacer de las suyas, le había arrebatado la comida que su madre le había dado para comer durante el recreo. A su regreso de la escuela con el visible ceño de furia en las cejas y frente. Aventó los cuadernos sobre la repisa de entrada a la cocina. Y su madre, viendo el ceño de Felipe, le preguntó:

—¿Te sigue molestando ese chico hijo? Anda, ven a la cocina.

—Sí, esta vez me quitó el emparedado y la fruta que me pusiste, con todo y bolsa —dijo mientras se adentraba en la cocina y terminó con un—. Me enojé, pero no le hice nada.

Felipe se dio cuenta que su madre tenía compañía. Se encontraba, sentada en una de las sillas de la mesa de la cocina, doña Ignacia, una mujer entera, una anarquista, que había venido de España al quedar viuda. Su edad sería difícil de definir con el porte que conservaba siempre. Su carácter era de encanto y su franqueza nada frágil, así como un humor admirable. Su edad era solo el cabello color nieve y la cantidad de arrugas en cara y cuello.

¿Cómo está doña Ignacia? Buen día tenga usted —dijo en tono amable Felipe.

—Gracias Felipe, muy amable de tu parte —le contestó aquella mujer cuyo cabello blanco apenas delataba su paso por décadas.

Ambas estaban charlando en la cocina, espacio que Tasia mantenía reluciente. Había ese aroma de café recién hecho y habían cerrado la ventana para evitar que huyese. Le encantaba el aroma de café recién

nacido, como le decía Tasia.

¿Cómo dices se llama ese chico fastidioso Felipe? —Preguntó doña Ignacia.

—Tomás... Tomás Angulo, doña Ignacia. Tiene dos años más que yo, y es como diez centímetros más alto —pretextó Felipe frunciendo la boca.

—Eso me recuerda a un hombre odioso que se la pasaba esperando a que mi marido saliese de la fábrica en la que era obrero, para burlarse de él. Recuerdo que Enrique, mi marido, regresaba enojadísimo a casa cada vez que se topaba con él. Y no le podía hacer nada, era Cánovas, el mandamás de un partido de las derechas. Si lo aporreaba iría a la cárcel de inmediato. Pero Enrique supo qué hacer para hacerlo enojar. Bastó con preguntarle si su trabajo se reducía a esperarlo a la salida de la fábrica para ensayar con él, con mi marido, las estupideces que seguramente decía en los mítines de los gamberros de su partido. Nada endulza más a ese tipo de seres que humillar a los demás. Su fuerza proviene de ello y solo mengua con la confrontación de frente, ridiculizando su objetivo —Doña Ignacia tomó un trago de café, paladeándolo en el paso a la garganta, y continuó—. Desde ese momento dejó de molestarlo. Incluso se lo llegó a encontrar tiempo después, cuando Enrique y Anselmo Lorenzo, que era un tipazo, caminaban por la puerta de Alcalá. Esa vez fue Anselmo el que lo vio venir hacia ellos. Alzó el brazo para indicarle que no se acercase —Doña Ignacia hizo el ademán con el brazo, y continuó— Antonio Cánovas se sorprendió, pero continuó acercándose más lentamente y preguntó amenazante « ¿Qué pasa?» Y Anselmo le respondió: «No necesitamos tus palabras, hambreador de mierda, ya bastante tenemos con tus pulgas y ladillas y el mal olor de tus sobacos» —hizo una pausa aspirando el olor del café y continuó— Pues mirad que el tal Cánovas se fue con pasos acelerados y oliéndose ambos sobacos bajo el saco.

Felipe no entendía, y se lo hizo saber a doña Ignacia, quien le miró con ternura y le dijo:

¡Nada, nada Felipillo! La próxima vez que este patán se te acerque te le adelantas, y con el dedo índice arriba, le dices con cara de enojao, Tomás Angulo, vete a tomar por el culo... y ya verás cómo le dejas de sorprendido.

Anastasia soltó la carcajada con la que contagió a Felipe, quien entre risas dijo que al día siguiente lo haría.

Y así lo hizo la siguiente vez que Angulo se burló en el patio de juegos de su palidez frente a los amigos. Y ante su sorpresa, Angulo se quedó atontado, sin saber qué decir ni qué hacer. Tras lo cual, se dio la media vuelta y se retiró del lugar hacia los salones de clase. No duró mucho su

cambio de actitud ya que durante meses siguió intentando las malas mañas y tratos Angulo. Pero, después de aquél evento, ya no fue tan intenso su acoso y con el tiempo y los consejos de Doña Ignacia, aprendió a sortear sus burlas y responderle. También fue un pequeño respiro, dada la baja importancia que aún le merecía tal personaje, cuando Angulo y su familia abandonaron San Buenaventura, casi dos años después. El rumor fue que se habían ido a los Estados Unidos.

* * *

XXIV

La Comunidad

La comunidad de familias de los Wobblies, y de los anarco-sindicalistas mexicanos, que habían llegado a residir a San Buenaventura, era ciertamente numerosa. Más de sesenta familias se encontraban ya en el costado del pueblo. Y desde el arribo de las primeras, cuatro años atrás, comenzó la construcción de casas habitación, modestas pero cómodas, en un terreno de considerable tamaño, adyacente al pueblo. En dicho terreno se encontraba también un gran salón que servía para las constantes reuniones de la comunidad, éste tenía a un costado el taller, en el que se desarrollaban actividades de enseñanza a los jóvenes de diversos oficios como carpintería, herrería, fontanería y en breve incluiría, también, los conocimientos básicos de albañilería para construir viviendas.

Circundante al gran salón se extendían terrenos sembrados de hortalizas y árboles frutales. Los talleres y las actividades en estos terrenos de sembradío y frutales, eran dirigidos por algunos de los pocos hombres que integraban la comunidad. El galerón de talleres era dirigido por don Camilo Guardiola. En tanto que las áreas de cultivo, y arbolados de frutas varias, quedaban bajo la dirección de don Damián, secundado por el propio Camilo, que llevaba también la batuta en el trato y manutención de los animales en la pequeña granja comunal, así como como en los talleres y en las reuniones del Consejo Comunal.

* * *

Ese primer día que Felipe lo comenzó a conocer, acompañado de Rolando, don Camilo se encontraba en uno de los talleres, un salón construido con grandes tablones de madera, bien asegurados por largos bloques de cemento, en cuyo interior había materiales varios apilados según su forma y un par de largas mesas con sólidos soportes para sostener aparatos y maquinaria encima. Don Camilo se encontraba solo, sentado en la cabecera de una de las mesas, limpiando piezas y tubos de un complicado motor que servía de bomba de agua, para regar los sembradíos. Al verles entrar en el taller esbozó una sonrisa franca y comentó mientras Rolando

y Felipe se aproximaban a él:

—Mi querido Rolando, siempre un gusto que me visites... veo que vienes acompañado de un nuevo camarada de los que han llegado al pueblo. Tendremos entonces un nuevo aprendiz —dijo dirigiéndose a Felipe.

Felipe recordó entonces que aquel hombre era uno de los que les ayudaron a bajar los muebles del camión en el que habían llegado desde la estación de trenes de carga hasta San Buenaventura.

Felipe le tendió la mano a don Camilo:

—Mucho gusto, me llamo Felipe. Recordará usted que, al día siguiente que llegamos a mi mamá y a mí nos trajeron a ver los talleres, y le presentaron a mi mamá, aunque usted fue uno de los dos señores que nos fue a recoger en la estación.

Don Camilo, ese hombre a quien ciertamente le agradaba estar rodeado de jóvenes, estiró su mano y apretó la de Felipe con una nueva sonrisa en sus labios, lo cual se tradujo en una muy agradable sensación en Felipe quien estaba experimentando, provenientes de aquel hombre, franqueza, ternura, alegría y una seguridad que resultaba algo nuevo.

—Ciertamente que lo recuerdo joven Felipe. Y tu mamá me comentó sobre la palidez de tu piel y la sensibilidad de tus ojos, pero también habló de tus grandes aptitudes para aprender y tu amor por la lectura.

—Eso no lo sabía señor Camilo —se limitó a decir Felipe.

—Acércate mi buen Rolando —dijo haciéndole gestos con la mano al joven—. Ustedes van a aprender muchas cosas en este lugar —les puso los brazos en el hombro de cada uno de ellos—, y yo tendré el gusto y el placer de enseñarles conocimientos y destrezas para hacer muchas cosas. Puedo asegurarles que les resultarán prácticas a lo largo de su vida —Hizo una breve pausa en la que les miró a los ojos a ambos queriendo encontrar en los destellos la pureza de esa niñez y adolescencia y continuó—. Finalmente, el trabajo bien hecho es algo que el hombre necesita en su vida, le da sentido a su ser, a su dignidad y así es como la humanidad ha creado civilizaciones enteras.

Camilo Guardiola se levantó de su silla y Felipe pudo observar su corpulenta musculatura a través de la camiseta, llena de manchas de grasa, que traía puesta. Era un hombre de complexión media, no muy alto, pero seguramente muy fuerte.

—Ya platicaremos más adelante sobre los seres humanos, y poco a poco entenderán como es que, el trabajo y la ayuda mutua en colectivo son los que hacen al hombre el gran creativo. Con ello potencian su capacidad y

la libertad que tiene cada uno. Aprenderán también cómo es, y en qué consiste, el apoyo mutuo que una comunidad como ésta les puede brindar. Ah, chicos, y un consejo... no se vayan a meter con el cura o las monjas del convento de la Vera Cruz, están siempre enojados con nuestra comunidad.

No tardaron Rolando y Felipe en multiplicar juntos, sus visitas a charlar con don Camilo, a quien en forma natural comenzaron a llamarle "Tata". Camilo Guardiola, desde esos momentos, se fue convirtiendo en la persona que mayor influencia tendría en el pensamiento y meditaciones de Felipe, con excepción de su propia madre y, quizás, de sus dos amigos. Les contagiaba su visión y pasión por el trabajo, y la filosofía de la vida en colectivo, que le llevaban a contar relatos según él históricos. Muchos de los cuales, con los años, parecerían deliciosas fábulas.

Aquel buen hombre tenía enormes dosis de paciencia para explicarles, en diversas formas, lo que fuere. Lo que les ayudaba a entender mejor aquello que relataba, o bien, esas grandes ideas por las que luchaban sus padres, tíos y amigos de aquella comunidad. Tal vez el profesor Álvarez secundaba, en cuanto a la importancia que Felipe daba a los nuevos conocimientos que le impartían, al propio Camilo Guardiola.

* * *

XXV

Los tres Mosqueteros

Durante el segundo trimestre del año 1914 llega al pueblo un nuevo compañero, René Jara quien había llegado de la capital con su madre y sus hermanas. Su padre había considerado, al igual que el tío Alberto, que su familia estaría más segura allí.

René, así llamado igual que su padre, era un chico delgado, de pelo lacio castaño claro y con una mirada profunda e inquisidora. No tardó Felipe en constatar que René ostentaba una sinceridad sin cortapisas, que combinaba con una mente analítica que lo sorprendía, lo que lo hacía distinto a todos. René ingresó al mismo salón de clases que ellos y, en breve, se unió a la creciente amistad con la pareja de Rolando y Felipe.

La madre de René, comprensiva de la fuerte relación que su hijo creaba junto a aquel par de muchachos, no tardó en llamarles "los tres mosqueseros" tal como les había etiquetado, con su característico humor, Germinal, el padre de Rolando. Ello se debía, tanto por el gusto de los tres hacia los quesos fuertes que producían las madres de la comunidad, como por la sólida amistad que había entre ellos. Germinal era un gran observador, habilidoso hojalatero, anarquista y fontanero, quien había llegado años antes desde la Capital a fundar y residir con su familia en la comunidad, un hombre con el humor a flor de labio; de complexión

delgada, pero muy duro de músculos. Su cortesía y profesionalismo le había construido buena fama entre los habitantes del pueblo, dada su gran destreza en arreglos domésticos, y su creatividad para fabricar aquellos insumos, o piezas, que no se conseguían en el pueblo.

La amistad del trío, apoyada y respaldada por muy diversas personas, se fue fincando sólidamente y los tres jóvenes solían estar juntos en todos lados.

Al poco tiempo de haber llegado René a la comunidad, los tres jóvenes leían ávidamente, en colectivo, una de las grandes obras de Dumas "Los tres mosqueteros". El libro les había sido regalado por el padre de Rolando, y con ello, abrieron juntos la puerta, a ese fantástico aprendizaje que es la escritura literaria. Se reunían en los escasos bosques alrededor del pueblo, y leían y discutían en voz alta sobre los personajes y la trama en aquella Francia del siglo XVII, de la que buscaban más datos en la biblioteca. Así encontraron también la segunda parte de la obra entre los libros de la biblioteca pública, junto al zócalo del pueblo, o en aquél libro que les proporcionó don Damián sobre la historia de Francia, una vez que supo del empeño que ponían, en ese proyecto, los tres jovencitos.

Fue por esas fechas cuando, en la primera visita que Felipe realizó a la casa de René, para conocer a su mamá y a sus hermanas, René le enseñó más de una docena de cuadernos en los que había llevado un diario de lo ocurría en su vida. Era tal el encanto de esa charla de René, sobre lo que sus diarios habían significado para él, que Felipe, al salir de aquella casa, se encaminó a la papelería más cercana, a comprar tres cuadernos, para comenzar los relatos de su épico andar por la vida.

Además de las actividades escolares en la escuela del pueblo. Las que estaban bajo la tutela del profesor Rosendo Alviéz, quien había tomado un particular aprecio a aquel trío, dada su creciente capacidad y el interés que mostraban, tanto en las matemáticas, como en la biología y la historia. Por ello, por la forma en que se destacaban como alumnos, el profesor Alviéz procuraba mantenerse muy cercano a ellos tres. Felipe, Rolando, y posteriormente René, se integraron también a los talleres de la comunidad, aprendiendo así destrezas en albañilería y carpintería, así como el uso adecuado de diversas herramientas.

Aquellos talleres, en los que don Camilo les dirigía con gran oficio, les resultaban particularmente creativos. Felipe aprendía poco a poco a desparramar, en asuntos prácticos, esa creatividad que le nacía. Y en poco menos de un par de meses pudo, con la asesoría del Tata Camilo y del profesor Alviéz, construir una pequeña radio que regaló a su madre.

* * *

Tanto René como Rolando estaban maravillados con muchas de las cosas que Felipe podía realizar. Durante varias semanas, en las que Felipe les mostraba varias de sus extrañas habilidades, ambos le acosaban con preguntas, varias de las cuales no tenían respuestas claras.

Esa tarde gris, los tres se encontraban en la habitación de Rolando quien estaba tumbado en la cama, con Felipe sentado en el borde. René, en una silla frente a ellos.

—Felipe, no sabes cuántas veces me he preguntado ¿Cómo haces para poder levantar las hojas de los árboles del suelo? —preguntó René.

—En realidad no lo sé, sí me enfoco en la hoja, su forma, su color. Y entonces empiezo a concentrarme en ella con la mirada fija en la hoja —Explicó Felipe, y alzando las manos añadió—. Uso mis manos, dirigidas hacia el objeto para enviarle algo, qué se yo, energía, impulso. Y de repente se mueve, a veces logro que flote unos momentos. En otras, solo se mueve, arrastrándose si no hay algo que la frene.

—Felipe, ¿te sientes raro cuando haces esas cosas que haces? —inquirió Rolando.

—No sé bien qué es lo que siento —Felipe hizo una pausa y agregó—. Siento, muchas veces, tristeza. Sentirse distinto a los demás, no siempre es algo divertido. No ser igual a los demás, es una sensación extraña —Calló unos momentos y continuó—. A veces pienso que sería mejor ser como los demás, que no te lleguen esas sensaciones, esas voces. No intuir, o sentir lo que alguien está pensando, o sintiendo. No termino de acostumbrarme a esas sensaciones que experimentan otros. Es como si les estuviese robando algo, sin quererlo siquiera. La pesadumbre llega de repente.

—Y... Saberse diferente, distinto ¿es algo que no te gusta? ¿Siempre? O, ¿hay momentos en que lo disfrutas?

—No lo sé. Sí es cierto que a veces puede ser divertido. Pero es confuso, si alguien se ríe y tú no sientes lo que motiva esa risa, me confundo y prefiero apartarme. Con eso regreso a mis propios pensamientos— calló unos segundos, buscando las palabras, y señaló—. Es como si yo fuese otros. Como si en mí existieran varios yo, y el que más disfruto es aquel que está lejos de los demás, que puede escuchar sus propios pensamientos, sin contagio de otro.

—Caray, nada sencillo aprender a ser varios dentro de sí mismo —susurró René, y añadió en voz baja—. Hay que tener agallas para lidiar con tantos tú. Ser muy claro y conocer bien a cada uno, y a los que te rodean. Por

eso tu mente va más rápido, sueles ir un paso delante de todos.

—Algo así. Y no siempre es fácil, créanme. Pero no sé cómo evitarlo —
Una lágrima asomó en los ojos.

—Y ¿por qué tus ojos reaccionan a la luz solar? —preguntó René.

—Mi madre dice que hay personas que pertenecen a la noche, y es el humor de la luna, la que se defiende de la envidia del sol. Así que a mis ojos les gusta estar sin provocar envidias.

* * *

A poco menos de un año de haber llegado, Anastasia solicitó el ingreso de Felipe a las clases de inglés. Asistía dos veces por semana. Las clases las impartía una mujer de cabellos rubios, muy atractiva, esposa de un sindicalista norteamericano, que había decidido mandar a su familia a un lugar en donde estarían seguros. Lo mismo habían pensado otros cuatro padres de familias que provenían del norte de la frontera. Había, incluso, una familia que provenía de Quebec en Canadá, misma que se organizó para impartir cursos de francés. Esas familias llegaron a vivir a San Buenaventura con la misma esperanza de estar a salvo de la persecución que el gobierno norteamericano había emprendido, contra muchos rebeldes y familias Wobblies que integraban la central internacional de trabajadores denominada Industrial Workers of the World- IWW.

Cuando Felipe les comentó a sus amigos sobre las clases de inglés y de francés, no tardaron éstos en pedir a sus padres que los inscribiesen a ellos también. Los tres mosqueteros asistían, tanto a clases de inglés, como a las de francés, éstas últimas acababan de comenzar. Las clases de idiomas eran impartidas por algunas señoras de la comunidad, llegadas desde los Estados Unidos y Canadá. En esa intención de participar, particularmente en las clases de francés, también iba implícita la hermosura de las hijas de la maestra, tomando en cuenta que ellas también participaban en aquellas clases, apoyando a su progenitora.

* * *

En tales correrías con sus amigos, Felipe tuvo también su primera experiencia sexual. Corría el año 1915, ya pasado el atardecer cuando regresaban desde la fiesta escolar que se organizó por el natalicio de Benito Juárez, y que coincidía con el cumpleaños del presidente municipal, quien no dejaba pasar cualquier ocasión para exaltar aquella coincidencia y fanfarronear sobre ella. Caminaba con su madre de regreso a casa cuando se acercaron Rolando y René. Rolando le preguntó a su madre si podía llevar a Felipe con él a jugar un rato. Anastasia se limitó a sonreírle

y asintió.

Ya en camino, a donde sólo Rolando sabía que se dirigían, éste se acercó a Felipe y a René y les dijo quedito:

—Oigan se me ocurre una cosa... —Abría los ojos grandes, y fulgía ese brillo pícaro en su mirada— ¿Nunca han visto una mujer desnuda?

—No, nunca —le respondió Felipe, mientras su mente encontraba algún sentido a su pregunta y, a la extraña sensación que le contagiaban sus palabras. René tan solo arqueó las cejas ante tal idea.

—Ustedes solo síganme...

Fueron con él hasta una calle antes de la tienda de chocolates, que estaba detrás del quiosco del parque, y adentrándose en el callejón los hizo subir a un viejo tambo de petróleo, que hacía las veces de basurero en la calle, y que conservaba una mitad de la tapa que alguna vez tuvo... Desde ahí podían subir a una barda de algo más de dos metros de alto tras la cual se extendía la escalerilla a la azotea de una casa de dos pisos.

Las sensaciones que tenía eran nuevas para Felipe, descubría, de alguna manera, lo incitante de lo prohibido, aquello de lo que los adultos callaban y los niños desconocían, o se les hacía algo extraño, salvo a Rolando por supuesto. Era una aventura apenas a unos metros de donde la gente que conocía solía pasar, si bien después de la hora pasada del atardecer había pocos transeúntes en la calle.

Tras subir aquella escalera empotrada sobre el muro del segundo piso, lo cual podía sentir como una hazaña, se acomodaron detrás de un tinaco ubicado al borde del techo de cemento, justo frente a una ventana iluminada. Se podía ver una habitación llena de objetos como los del cuarto de Anastasia. Al fondo, frente a un mueble de cajones que tenía encima un gran espejo, una mujer sentada de espaldas a nosotros se limpiaba con algo como un algodón la cara. Por el ángulo de visión que tenían, se podía ver en el espejo que aquella chica, sentada en un banco, debía tener la misma edad, serían unos quince o dieciséis años, que Lupita, la hija de doña Luisa, una de las amigas de Anastasia.

Al terminar de quitarse la crema se levantó del banco y Felipe pudo observar el entallado vestido que tenía. Su cuerpo se adivinaba muy fácilmente tras ese vestido verdoso con dibujitos de flores en verdes más claros. Se quitó despacio el cinto de color verde que tenía a la altura de la cintura y se agachó a tomar con ambas manos el borde de la falda del vestido. Poco a poco fue levantándose hasta llegar a la altura de la cabeza. Distinguieron primero sus calzones blancos y luego su espalda limpia y brillante con aquella piel dorada en el reflejo de la amarillenta luz

del foco. Desató su sostén gris.

Felipe podía sentir cómo se erizaba la piel, y el pitilín se iba poco a poco poniendo tieso.

Aquella joven aventó el vestido a un lado y se miró en el espejo, mientras pasaba sus manos, despacio, por los pechos redondos, y las bajaba hacia sus caderas y vientre hasta meter la punta de los dedos bajo el calzón de color blanco que traía puesto.

Felipe escuchó el jadeo de Rolando que se encontraba a su lado y pudo ver que se desabotonaba la bragueta del pantaloncillo corto que traía, para meter la mano y acariciar su miembro, que estaba más pequeño, pero tan erecto como el suyo. Lo imitó sin saber bien para qué lo hacía y descubrió que las sensaciones crecían al contacto suave de su mano en la punta de su propio miembro. La joven jugaba con sus dedos bajo aquel calzoncito blanco y su cuerpo se movía al vaivén de sus sensaciones, las que Felipe adivinaba semejantes a las suyas.

«Pronto sentí la necesidad de hacer las caricias más velozmente... Humedad, salió un chorrillo de mocos blanquecinos que se fue a estampar en la pared del tinaco y sentí cómo, de pronto, se relajaba todo mi cuerpo. Había un olor extraño, algo dulzón que no reconocía, se lo atribuí al tinaco. Me quedé sorprendido de aquella sensación y algo asustado, viendo aquella pequeña masa de mocos, blancos como la guanábana, que acababa de derramar. Miré a René, que estaba aún asombrado, mirando su propia mancha en el pantalón. Cuando volví la mirada hacia la ventana, la joven había desaparecido en algún otro lugar de aquella casa. Me abotoné la bragueta y sentí la humedad al caminar. Seguía percibiendo aquel olor».

* * *

XXVI

Después de aquella pequeña aventura, Rolando les comentó que había descubierto que su padre recibía, con cierta frecuencia, unos extraños paquetes de los Estados Unidos, que a nadie enseñaba pero que, por lo mismo, habían despertado la curiosidad de Rolando quien comenzó a hurgar en el armario, entre las cosas de su padre. En breve descubrió que aquellos paquetes eran revistas de fotografías y dibujos de mujeres desnudas, así como narraciones de aventuras sexuales.

No tardó Rolando en comenzar a extraer del closet, devolviéndolas después, varias de aquellas revistas que estaban en inglés, lo que provocó un nuevo incentivo para asistir a las clases de inglés, las que impartían en la comunidad aquellas señoras, quienes se llegaban a sonrojar con algunas de las preguntas que el trío realizaba. Particularmente de aquellas

que formulaba Rolando, sin muchas cortapisas.

* * *

XXVII

Canela y un triste recuerdo

Aquella tarde gris de calor otoñal, con breves lluvias finas e intermitentes que daban resistencia a las hojas que restaban por caer, Anastasia se encontraba limpiando las estanterías de la tienda de abarrotes. Se habían añadido varios anaqueles, algunos de los cuales aún estaban frescos del pegamento de maderas. En ella se vendían ahora, como novedades, algunas herramientas, así como vegetales, frascos de varias jaleas y conservas, que eran fabricadas por las mujeres de la Comunidad.

Sonó la campanilla, la que días antes habían colocado encima de la puerta para avisar la entrada de algún cliente. Anastasia levantó la vista y se sorprendió con la imagen, frente a ella, de un hombre mayor, de pelo, bigote y barba que partía bajo los labios hasta la barbilla, blancos y bien cuidados. Tenía facciones muy semejantes al abuelo Nicolás. Y su aspecto formal, con un pantalón y chaleco de casimir sin mangas; camisa blanca con mancuernillas y una delgada corbata roja, tejida; pero, sobre todo, con unos ojos pardos y una mirada que no solo resultaban familiares, sino conocidos.

En un instante la mente de Anastasia se transportó a aquella tarde, la última del abuelo Nicolás...

Anastasia había ya cumplido los diecisiete años cuando el abuelo volvió a caer en cama. Los médicos no entendían cuál era su enfermedad y era frecuente la presencia de los galenos quienes le realizaban todo tipo de pruebas para descubrir qué lo tenía en ese estado. Los recuerdos de esos últimos meses de su madre hacían crecer su inquietud, el terror a otra pérdida de magnitud insoportable.

Alberto llevaba ya tres años estudiando leyes en una escuela de artes y oficios en el pueblo. «Allí aprenderá a ser un buen trabajador para la vida que él imagine y se decida a llevar», solía decir el abuelo. Las clases tenían horarios muy largos y era frecuente que Alberto saliese de esa escuela hasta la puesta del sol.

Anastasia se pasaba largas horas sentada a la vera de la cama del abuelo. Ella solía encargarse de las compras de la semana. Ese cálido mediodía se encontraba husmeando en el mercado cuando llegó presurosa y con el rostro desencajado Rosa, para avisarle que los médicos estaban en la casa, y le comentaron que su abuelo estaba ya muy mal y había pedido

verla. Ambas regresaron de prisa a la casa.

Al abrir la puerta de la recámara lo primero que vio fue al par de médicos hablando entre sí, casi en murmullos, al fondo de la habitación, entre sombras, apenas iluminados frente al gobelino de una escena de cacería que dominaba la pared del fondo. Entró en la habitación y gracias a la luz de la ventana, que se desparramaba sobre buena parte del lecho, pudo ver al abuelo, empapado en sudor. Al verla los médicos hicieron el gesto de mover negativamente la cabeza, nada podían hacer ya.

Anastasia se sentó junto a Nicolás y éste abrió los ojos, la miró y esbozó una tierna sonrisa, misma que le devolvió Anastasia.

—Mi Tasi, mi amada niña Anastasia —dijo en un susurro el abuelo.

—Mi Tata Nicolás, te quiero.

—Ahora sé bien —dijo despacio y en susurros Nicolás, articulando con dificultad las palabras—, que ese ser extraordinario... que esperas en tu vida... pronto llegará.

En esos momentos entró en la habitación su hermano Alberto, agitado. El rápido y ruidoso movimiento de la entrada de Alberto hizo que Anastasia mirase hacia la puerta. Alberto se acercó resoplando aún, por haber corrido hacia la casa, y se inclinó sobre la figura del abuelo.

— ¿Aún respira? —preguntó mirando a Tasia, quien giró la cara hacia el cuerpo del abuelo de nuevo.

—Oh —salió de sus labios.

El abuelo yacía con los ojos cerrados. Uno de los médicos se acercó y puso dos dedos sobre el cuello del abuelo retirándolos tras unos segundos.

—Me temo que ha fallecido, lo siento —Susurró el galeno...

Y fue aquel hombre mayor con olor a lavanda, y con un aire de distinción en su arreglo.

Mismo que había provocado ese recuerdo, quien la regresó a la realidad con una tos forzada, para capturar la atención de aquella mujer que tenía enfrente.

Se encontraba de frente a Anastasia, al otro lado del mostrador, secando el sudor del rostro con un pañuelo. Y en efecto, tenía un sorprendente parecido al abuelo Nicolás, la barba, el bigote e incluso sus vivos ojos

pardos, despeinado y el rostro sudoroso.

—Disculpe si la interrumpo de sus pensamientos señorita, ¿tendrá usted varitas de canela?

—Por supuesto caballero —y procedió a estirar la mano hacia arriba, en la repisa que se encontraba tras la caja registradora. Sacó un frasco lleno de varas de canela y lo abrió depositándolo con suavidad sobre el mostrador y le preguntó a aquel hombre:

— ¿Cuántas desea?

—Cuatro. Me sirven muy bien para el arroz con leche que mi mujer acaba de hacer —observó aquel hombre, dibujando una sonrisa en su rostro.

Tasia tomó con unas pequeñas pinzas las varitas necesarias, y las envolvió en papel de estraza. Se las entregó a aquel distinguido caballero, quien preguntó:

—¿Cuánto le debo?

—No es nada caballero, usted me ha hecho recordar a alguien muy querido, con eso me doy por bien pagada.

—Es usted muy amable señorita, muchas gracias. Mi nombre es Pedro De la Cabada, para servirle. Ahora entiendo por qué ésta tienda es ahora la preferida por varias familias que conozco del pueblo. Su amabilidad es admirable —dijo, depositando un peso de plata sobre el mostrador, y añadió—. Ha sido un placer, tenga usted una espléndida tarde, la merece. Salude a doña Emi de mi parte. Hizo una ligera reverencia, tomó el paquete y salió de la tienda.

Anastasia suspiró tras desempolvar el recuerdo.

* * *

Capítulo 8

CAPÍTULO VII

XXVIII

El señor Cura

En pleno otoño había frescura en el ambiente. El señor Cura del pueblo, era el Padre Manuel, párroco desde hacía treinta años en aquella, la única iglesia del pueblo. El estilo de construcción de la nave de aquella iglesia era con altas bóvedas románicas, y era escasa en vitrales y estatuillas.

El Padre Manuel escuchaba, en uno de los dos confesionarios ubicados a ambos lados de la nave eclesial, diseñada en cruz, la confesión de una mujer de la congregación. La mujer, de nombre Eufrasia, un tanto obesa y con una bien bordada mantilla amarrada a la cabeza, había llegado muy nerviosa, y daba de besos al crucifijo que traía en las manos. Venía a contar al señor Cura sobre una conversación que había escuchado, dos horas antes, en la tienda de doña Emi:

—Ay padrecito fíjese que ha llegado al pueblo un niño que tiene poderes malignos.

—Vamos a ver Eufrasia, tranquilícese ¿de qué me está hablando?

—contestó el padre Manuel, por la pequeña ventana desde el interior del confesionario, y preguntó—. ¿Me puede dar más datos? No sé de qué me está hablando.

—Ay padre, estaba yo hace un ratito, en la tienda de doña Emi, haciendo mi mandado, cuando escuché a dos señoras de esa comunidad que hay junto al pueblo, que hablaban de un niño que podía escuchar lo que la gente piensa. Eso es cosa del diablo ¿no es así Padre?

¿Está usted segura de que esas fueron sus palabras? Doña Eufrasia —le preguntó el Padre Manuel.

—Si Padre, estoy segura.

¿Y escuchó algo más de esa charla de las señoras?

—Pos, sí. Una de ellas dijo que era, como esos magos, que saben lo que uno anda pensando —Hizo una breve pausa y continuó—. Entonces, yo pensé, que era urgente venir a contárselo. Me sonó a cosa del diablo lo que ese niño podía hacer. Así que, me salí de la tienda, y fui por mi

crucifijo y mi mantilla, para venir a prevenirlo.

—No se preocupe doña Eufrasia, voy a investigar sobre eso. Y si es necesario, ya veremos que hay que hacer —Y tras unos segundos le señaló a aquella señora con un gesto de que partiese—. Ande vaya usted tranquila con dios, y termine de hacer su compra.

—Gracias Padre. Me siento mejor al habérselo dicho.

El padre Manuel, un hombre recio por dentro, de rasgos duros y una calva con canas cada vez más notorias. Había estado al frente de aquella parroquia por más de treinta años. Lo que acababa de escuchar le podría brindar la oportunidad de salir de una rutina ominosa, y estaba dispuesto a infundirle acción a su monotonía cotidiana.

En cuestión de una hora había reunido en sus habitaciones, adyacentes a la iglesia, a tres fervientes fieles de la congregación, tres hombres humildes en quienes había depositado su confianza por años.

—Les he reunido aquí porque necesito que traigan a mi presencia a un niño. Desconozco su nombre, pero es de los que han llegado hace poco a la Comunidad de infieles, la que está junto al pueblo —Les dijo en un tono serio—. Y es importante que no le hagan daño alguno. Como te pasó a ti Juan —dijo mirándole a los ojos al joven Juan—, que le pegaste al joven que te pedí que trajeras ante mí — Y terminó añadiendo— El niño parece que tiene un poder extraño para saber lo que piensa la gente. Vayan e investiguen quién es, y tráiganlo aquí. Aquellos tres hombres salieron de la parroquia a cumplir la encomienda. Mientras el Padre salía a caminar por el pueblo, y saludar a sus feligreses.

* * *

El joven Felipe, de escasos diez años caminaba la distancia de la escuela pública hacia los talleres de la Comunidad. La solía recorrer despacio, disfrutando todo lo que veía y escuchaba a su paso. En esa ocasión sintió molestia en la planta del pie, como si alguna piedrilla se hubiese metido. Se dio cuenta de que detrás de él venían, caminando aprisa, un par de hombres. Se paró unos segundos, antes de cruzar una calle. Un tercer hombre salió de la siguiente bocacalle y se encaminaba hacia él. Se quedó quieto, se desamarró el zapato, se lo quitó y lo agitó. Aquellos tres hombres se pararon junto a él y, uno de ellos, el de mayor edad que los demás, le preguntó:

—¿Tu nombre es Felipe?

Felipe se volvió a meter el zapato, mientras torcía el cuello para verles las caras.

—¿Eres Felipe? —le repitió aquel hombre de bigote tupido, vestido con pantalones vaqueros, botas largas y negras y una camisa verde.

—Así me llamo, sí —respondió, anudándose las agujetas.

—El señor Cura quiere verte, te llevaremos con él.

—Apúrate niño —le increpó el más joven de ellos.

Felipe se levantó y les dijo:

—Pues vamos a verlo —respondió, mientras el hombre joven le tomaba del brazo, y lo empujaba para andar.

A cierta distancia, del otro lado de la calle a cuatro o cinco casas, un par de ojos curiosos se habían detenido, para ver qué hacía Felipe entre tres hombres que le ordenaban que se pusiera de pie, ya que él estaba sentado en la acera. Era Luisa, la hermana mayor de René, una chica avispada que tenía apenas trece años, morena clara y de ojos expresivos. Cuando vio que esos hombres se llevaban a Felipe el amigo de su hermano, y le daban empujones, decidió apresurar el paso hacia los talleres de la Comunidad, en busca de su hermano.

* * *

El Padre Manuel estaba sentado en una mesa, en su vivienda detrás de la sacristía de la parroquia. Al lado suyo, parada junto a él, se encontraba una mujer delgada, morena, vestida a la usanza regional con traje de múltiples colores cosidos en tela de manta, con una larga trenza de cabellos negros enrollada arriba del peinado. Ella le servía al cura, en un plato, de alguna de las tres cazuelas de barro que contenían, algún sabroso platillo, cada una de ellas. Al verles entrar le dijo algo a la mujer y ésta se retiró del lugar.

—Pasen, pasen. Sienten al jovencito aquí, junto a mí —les pidió a aquellos hombres que acompañaban a Felipe. Y así lo hicieron, dando pequeños empujones a Felipe.

—¡Ora sí, ya váyanse! —Les ordenó el Padre.

Felipe veía a los ojos al padre Manuel, eran pardos y algo apagados.

—¿Me puedes decir en qué estoy pensando? —Le preguntó el sacerdote.

—¿Cómo podría yo hacer eso? —respondió cauto Felipe.

—Me han dicho que tú, sí lo puedes hacer —Insistió.

—Creo que lo ha mal-informado alguien señor —respondió.

—Padre... soy el Padre Manuel.

—Dígame, ¿para qué me trajeron sus amigos? —preguntó Felipe.

—No me mientas o caerás en el pecado jovencito.

—Pues... ¿Qué quiere saber?

—Dime, ¿tú crees en nuestro señor Jesucristo?

—Por lo que he leído, y escuchado, fue un hombre muy digno, pregonaba ayudar a los demás, a los desvalidos y a las personas que procuran el bien.

—¿Has ido alguna vez a la iglesia? —insistía el Padre Manuel.

—Sí, con mi tío estuve en varias, cuando vivía en la Ciudad de México.

—Y, ¿te quedabas a oír la misa? —preguntó malicioso, el Padre.

—A veces, me interesaba saber por qué había tantas personas, sobre todo los domingos. Así que escuchaba un ratito lo que decía el que hablaba desde un balcón, o púlpito creo que se llama.

—Muy bien. ¿Y ya estás en la escuela del pueblo?

Felipe pensó en lo que contestaría, ya estaba poniéndolo nervioso el cura con sus rodeos.

—Precisamente, acababa de salir de la escuela, cuando esos tres amigos suyos me dijeron que usted quería verme. Y si no me dice qué es lo que quiere de mí, voy a llegar tarde a la otra escuela, a los talleres.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó el Padre Manuel.

—Mejor dígame lo que quiere.

—¡Épale! No peque de soberbia jovencito —levantó el dedo índice hacia arriba y dijo en voz alta —el de allá, todo lo ve y lo escucha.

—Bueno, entonces me voy, agradezco que me haya querido conocer. Pero

me retiro a estudiar y aprender, si no le importa. Mi madre me espera.

—Todos tus amigos allá, en la Comunidad, ¿son igual de groseros que tú?

—No tiene forma alguna de demostrarme que he sido grosero. Si no contesto más, a sus preguntas, es porque las encuentro sin mucho sentido, como para un niño muy chiquito. De modo que, si no tiene una pregunta algo más inteligente, me gustaría irme. También voy, sabe usted, a cuidar a mi madre —Felipe no se contuvo y añadió—, y usted, a Cristo.

El Padre Manuel hizo un amago instintivo por sorrajarle al niño una bofetada, pero apenas levantaba el brazo, cuando lo volvió a bajar, y su rostro se tiñó de rojos. Felipe se levantó de la silla. Se quedó mirando unos segundos a los ojos de aquel hombre que sonreía con hipocresía. Y le hizo el gesto de despedirse, subiendo el brazo. Tras lo cual salió del lugar. El Padre Manuel se había quedado mudo ante la altivez de aquel jovencito, y se tragaba su mal humor tras el encuentro.

René se encontraba justo afuera del atrio de la iglesia, y ante la sorpresa de Felipe al verle, le dijo : "Pinche Felipe, ¿Qué chingaos haces con este cura? Avisa cuando hagas algo así de nuevo, te pueden hacer algo y, ni cómo ayudarte."

A partir de entonces, varios feligreses vigilarían, en ocasiones, a Felipe y a sus amigos.

* * *

XXIX

Una grata charla

Poco más de un par de horas después, el Tata Camilo esperaba, desde hacía unos minutos, en la puerta de los talleres a que Felipe saliese de clases. Cuando éste apareció junto a la puerta, echándose la mochila de tela al hombro, el Tata le puso la mano en el hombro, y le preguntó:

—¿Tienes prisa por llegar a casa? O podemos caminar un rato, y platicar.

—No Tata, no tengo prisa. Vamos a caminar —respondió Felipe sonriendo.

—Vamos por acá, a pasear —le indicó con la mano Camilo, señalando hacia la foresta, más allá de los talleres.

Caminaban con calma y fue Camilo quien comenzó la charla:

—Me comentó Luisita, la hermana de René, que varios hombres te llevaron con el cura Manuel, ¿es cierto eso?

—Sí, se acercaron a mí, cuando venía en camino a los talleres, eran algo rudos, y me dijeron que el Padre Manuel quería hablar conmigo. Yo me dije, ¿y por qué no ir? Podía, tal vez, ser útil conocerlo.

—Puedo preguntarte, ¿en qué pensabas que te sería útil el conocerlo?

—Me hacía pregunta tras pregunta, un poco tontas, como si yo fuese un niño chiquito.

—¿Puedo saber qué te preguntaba? —susurró Camilo.

—Si yo iba a la iglesia; que si escuchaba la misa. Pero, primero me hizo una pregunta rara —pensó unos segundos para recordar las palabras exactas—. Lo primero que me preguntó fue si yo podía escuchar sus pensamientos, porque le había dicho alguien que yo podía hacer eso.

—¿Y qué le contestaste?

—Que ese alguien lo había mal informado.

—Muy bien, una respuesta inteligente —Observó Camilo y añadió—, te pregunto esto porque ese hombre, que ya es algo viejo y gruñón, es quien difunde o comenta constantemente, que somos sus enemigos. Porque la mayoría de la Comunidad, tú lo sabes, no cree en su dios. Y eso lo aterra.

—Yo pienso que no es tonto. Me hacía muchas preguntas, era como estar dando rodeos antes de llegar a algo. Eran sobre cosas muy obvias, hasta que le dije que, si no me iba a preguntar algo interesante, o inteligente, entonces me iría a los talleres en los que tenía muchas cosas por hacer. Me dijo que pecaba de soberbia. Pero no le hice caso, me levanté y me fui —Felipe lo pensó unos momentos y añadió—. Tuvo que ser Luisa, la que fue a buscar a René, y él estaba ya afuera de la iglesia cuando yo salí.

—Dime algo Felipe, tú hablas y piensas como alguien mayor de tu edad, lo tengo claro, y no deja de ser algo extraño —Hizo una breve pausa y continuó—. Por lo que sé, heredaste varias cualidades de tu papá —lo pensó unos momentos y le preguntó a Felipe—Y, ¿cómo es él?

—No lo sé, no lo he visto nunca —dijo suspirando, sé que se fue para que no estuviéramos en peligro. Eso me dijo mi tío Alberto. Pero sí sé que tiene estos poderes, o cualidades extrañas. Ojalá venga, necesito conocerlo, que seamos papá e hijo y, que me explique por qué somos así.

—Entiendo mejor ahora. Tú y tu padre son personas dotadas de una gran capacidad para usar sus sentidos, y con una mente prodigiosa —Don

Camilo detuvo sus pasos, vio directamente a los ojos de Felipe y le dijo suavemente—, tú crecerás con una gran cantidad de conocimientos, y con una mente que los utilizará en forma creativa, créeme.

—¿Usted no ha tenido hijos? —preguntó Felipe.

—No Felipe, tuve uno que murió antes de nacer. Por una enfermedad, y por la pobreza en la que estábamos, y no podíamos conseguir las medicinas de mi esposa. Ella murió antes del parto —Dijo, con tono amargo en la voz. Se hizo un silencio y Camilo lo rompió tosiendo, y retomando la compostura, añadió—. Anda regresemos, tu mamá te debe estar esperando.

—Es bonito charlar de los sentimientos que uno tiene, yo tengo muchos, que son tristes también. Se siente uno bien al poder sacarlos, con alguien que lo quiere a uno.

Camilo quedó mudo mirando a los ojos de Felipe, que brillaban por alguna razón que desconocía aún y le dijo:

—Gracias Felipe, eres un buen ser humano. Anda, volvamos...

* * *

XXX

Aquel trío asombra a su profesores y familiares, en particular Felipe, a quien toman por un ser con una inteligencia fuera de lo común, sin menoscabo de la inteligencia que también desplegaban sus dos grandes amigos. Rolando, por su parte, emprendió la lectura de todos aquellos libros sobre biología y medicina que había en la biblioteca municipal y, en breve estuvo capacitado para sugerir medicinas o yerbas a quien padeciese por alguna enfermedad. René enseñaba a su madre y hermanas a hablar francés e inglés, dada su facilidad para aprender esos idiomas; ayudaba en todo lo que se relacionaba con contabilidad; devoraba libros de poesía, escribía sonetos y llevaba un minucioso diario con numerosos escritos, de los que ocasionalmente pedía la opinión de Felipe, tras haber escrito algún trozo del que había quedado particularmente satisfecho. Saben, los más cercanos del pueblo, y buena parte de la Comunidad, de algunas de las extrañas dotes de Felipe. Sin embargo, el trato es humano, como a cualquier otro chico de la Comunidad.

* * *

Don Camilo solía, en ocasiones, invitar a Felipe, a algunas reuniones de Consejo junto a su madre. Y, adicionalmente el joven Felipe comienza, junto a René y Rolando a formarse, para enseñar a su vez, lo que aprenden en la escuela y los talleres. Los tres comienzan a tener una

dinámica llena de actividades. En particular Felipe, quien tuvo que hacerse de una nueva libreta, para apuntar toda su agenda de pendientes y actividades.

* * *

XXXI

La tarde otoñal, escasas nubes ya rosadas por el atardecer. Con vientos suaves que movían apenas el follaje seco sobre la calle de las viviendas de la Comunidad. Varias mujeres se habían dado ya a la tarea de limpiar las hojas, con sendas escobas de varas secas amarradas a largos palos. Eran el escenario en que Felipe y su madre caminaban para asistir a la reunión del Consejo en el salón de los talleres.

Se encontraban allí, ya sentados alrededor de la larga mesa del galerón la mayoría de los miembros del Consejo. Doña Enriqueta, Don Damián quien se había pescado un catarro de aúpa, y traía roja e hinchada la nariz. Estaba también Doña Ignacia, quien se reía junto con doña Licha, por algún comentario jocoso entre ambas. Detrás de Felipe y Anastasia llegaban también Don Camilo y Wilbur, quienes venían comentando entre ellos un problema de salud de algún miembro de una de las familias de los Wobblis americanos. Anastasia y Felipe se sentaron en sillas contiguas entre doña Ignacia y doña Queta. En la cabecera de la mesa tomó asiento Don Camilo y a su vera el señor Wilbur.

— ¿Estamos todos? —preguntó doña Queta.

—Solo falta Germinal, quien tuvo que ir a arreglar una emergencia de cañerías rotas a una casa del pueblo. Vendrá si acaba pronto —Comentó don Camilo y abrió la carpeta de la agenda de asuntos a tratar, añadiendo—. Bien, el primer asunto es que tenemos tres personas enfermas que requieren ser trasladadas a clínicas para su atención.

—Estamos ya contactando a una clínica en Casas grandes, pero nos piden un adelanto en dinero —Contestó Doña Licha.

—Bueno, lo tomaremos de la caja de ahorro, con la salud no podemos negociar. Pero ojalá y nos puedan hacer algún descuento —Respondió Don Camilo, y añadió en tono serio—. Tenemos una crisis de dinero, que comienza a crecer. Hay tres chicos que terminaron ya sus estudios y quieren ver cómo les ayudamos para ir a Chihuahua a especializarse en medicina y... —daba vueltas a su dedo índice para recordar qué otra especialidad se había comentado

—En fármacos, fabricación y uso de drogas —Le recordó doña Queta.

—Eso —Dijo Camilo agradeciendo con el gesto a Licha, y añadió—. Necesitamos hacer algo para generar algo más de ingresos... ¿Alguna sugerencia?

Fue entonces cuando Felipe, quien estaba enterado de varios de los asuntos que les tenían en jaque, levantó la mano para pedir la palabra.

—Adelante Felipe, te escuchamos —dijo doña Ignacia.

Felipe se frotó con las palmas de las manos la cara y tras un suspiro se arrancó a hablar:

—Creo que si somos una Comunidad es por algo. Esos principios, esas ideas por las que estamos finalmente aquí, eso es lo que tenemos que recomponer —Hizo una breve pausa para acomodar las ideas, y continuó—. ¿Qué hacemos realmente para tener nosotros mismos esas grandes ideas que tanto arraigo tienen, precisamente en quienes arriesgan hoy sus vidas y no están aquí? Me explico... ¿Cómo mantenemos y damos vida a esas ideas? Tenemos que difundir y hacer nuestra a esa cultura del colectivo, así, como somos ahora, parecemos más una secta que una Comunidad que esté acorde al anarco-sindicalismo. Debemos crecer, mostrar a los demás, enseñarles, que esos principios son fundamentales para la vida en libertad —Hizo una breve pausa y siguió—. Tenemos que hacer crecer las tierras en las que sembramos, tenemos que mejorar las condiciones de vida de todo el pueblo, no solo de la Comunidad; debemos mostrar a los demás que esa, la ayuda mutua, es crecer con libertad. Propongo que negociemos con el nuevo munícipe, que nos otorguen más extensiones de tierra para trabajarla, sembrar más árboles para dar sombra, y más árboles frutales. Debemos pensar en cómo guardar en algún tipo de recipientes parte de la comida, para que se conserve más tiempo, y que todos, incluso los demás pobladores se beneficien de ello.

—Sabemos que el nuevo munícipe tiene instrucciones de mejorar la producción agrícola y supe que también quieren fomentar un crecimiento de la ganadería, la que ya es sumamente escasa en estos lares —Añadió don Damián.

—Pues eso es bueno, podremos tener y criar un rebaño de reses. No lo tenemos ahora, hay que aprender a tenerlo. Investigar cómo se consiguen, cómo se cuidan esas reses o vacas— añadió Felipe.

—Eso daría un fuerte impulso al abono y a la creación de mamposta orgánica para plantar árboles de varios tipos, además, como dice Felipe, podemos conseguir vacas que den leche. Y es hora de introducir nuevos cultivos, alimentos sanos y que mejoran el cuerpo humano —sugirió don

Damián.

—Conservas, podríamos fabricar envases de vidrio que puedan ser sellados y que conserven los alimentos. Como hacen los agricultores en Europa, envasan mermeladas, purés, miel, incluso frutas enteras con jugos que las conservan —mencionó con contundencia doña Ignacia.

—Podemos hacer tantas cosas como tengamos el valor y el empeño de hacerlas y mostrar que es, precisamente ésta, la cultura del colectivo, la que nos hará no tener que comprar con dinero —susurró Felipe—. Traigamos máquinas para hacer los envases, una forja o máquina para producir herramientas varias. Nuestros jóvenes quieren seguir estudiando, y por lo que se comenta son áreas de la medicina, la salud. Pues bien, construyamos una clínica en San Buenaventura. Tenemos a los jóvenes que pueden trabajar en ella después de que realicen sus estudios en buenas escuelas de bachilleres en el Estado. Crezcamos con esa libertad e imaginación para ser felices en grupo, en colectivo. Y en breve, una buena parte de las personas del pueblo seguramente se nos unirán. Y si no se unen, de todas maneras hay que enseñarles a mejorar con sus propios espacios.

— ¡Seguro que sí! —Todos voltearon a ver a Germinal quien acababa de llegar y soltar esas palabras—: Felipe tiene toda la razón, debemos mostrar y enseñar lo que es la vida comunal, o no pasaremos de ser una especie de secta aquí. Tenemos que trascender, que hacer política militante también nosotros, es sin duda una de nuestras responsabilidades más importantes—Germinal le guiñó un ojo a Felipe, y completó su argumento diciendo— Gracias Felipe, nos estás despertando de un letargo indeseable. Y seguro que muchos se nos unirán. O tal vez, como bien dices, de todas maneras les enseñaremos a hacer mejor las cosas, como colectivos, y el significado de una comunidad sana.

El resto de la reunión fue una verdadera tormenta de ideas y precisiones para llevar a cabo toda una conversión de la Comunidad tal y como la contemplan quienes están ahora prófugos, por sus ideas. Había que comenzar a charlar con todos los miembros de la misma. Ahora tenían una nueva forma de ver sus realidades. Había entusiasmo en los miembros del Consejo, todos salieron con la firme idea de plantearse a los demás miembros de la Comunidad.

* * *

¿Cómo vas Felipe? —fue la pregunta que escuchó esa tarde Felipe, al salir del taller de “Estructura de cableados eléctricos en la construcción”, que era impartido por Germinal, el padre de Rolando. La voz era inequívoca, tenía que ser el Tata. Volteó a buscar a Camilo, y le vio detrás del grupo que salía hacia las escaleras de la entrada de los talleres. Al pasar los demás alumnos, el Tata se acercó y le sugirió salir a caminar de nuevo en

los campos, ya que quería consultarle sobre algunos asuntos.

Ambos caminaron hacia las tierras yermas quietas y silenciosas, pese a un viento frío, y arenas incómodas en aquella tarde de finales del otoño.

— ¿De qué me quería preguntar Tata? —abrió la charla Felipe.

—Ya desde hace algún tiempo no hacemos cambios en lo que enseñamos aquí a los jóvenes —comentó Camilo y agregó—. Hoy estuve escuchando al papá de Rolando dar su clase. Es un hombre creativo, se mantiene aprendiendo de los nuevos tipos de materiales. Nuevas tuberías, más flexibles, y pegamentos de sellado y ensamblado. Es realmente muy capaz —calló por unos momentos y reflexionó—. Yo siento que tal vez yo mismo me he relegado en lo nuevo que va apareciendo en materiales, maquinarias, forjas...Pero no sé, ignoro cómo saber de lo nuevo. Y si enseñamos a usar materiales ya en desuso, de poco les servirá.

—¿Habla usted, o entiende, el inglés? —le soltó bruscamente Felipe mirándole a los ojos.

—Mmm... no como quisiera —hizo una pausa y continuó—, es cierto que son revistas en inglés, de las que llegan del otro lado de la frontera, las que tienen muchas novedades.

—¿Y qué espera para inscribirse en las clases de inglés que dan los Wobblies? Usted podría pedirles ayuda para aprender a leer esas revistas —Felipe meditó unos segundos y añadió—. Un curso rápido tal vez, con vocabularios de las palabras que esas revistas de novedades para la construcción, maquinaria y motores tienen. Estoy seguro que ellos estarían más que dispuestos a ayudar, además hay uno de ellos, un papá, qué estoy seguro que le ayudaría con eso. ¿Tú crees?

—Tata, no le sienta esa falsa modestia. Usted es de los hombres arrojados, vea para los talleres —ambos voltearon a ver esa construcción—, usted encabezó todo eso. Muchos de los alumnos de los talleres están tomando clases de inglés. Además, el papá de Rolando sabe en donde suscribirse a muchas de esas revistas. Por eso está bien informado, hoy en clase lo demostró hablando de nuevos materiales aislantes. Yo creo que bastaría con aprender algo de inglés. De aquí a la frontera, usted suele hacer ese trayecto. Vaya con Germinal y vean, entre los dos, qué revistas y qué materiales pueden ser más útiles. Ya aquí en la Comunidad, Wilbur, el señor americano, o los canadienses, les ayudarían a leerlas.

—He estado pensando en actualizar un poco varios cursos. Para hacerlos más completos, ponerlos al día —dijo el Tata —Tú... —comenzó a decir,

cuando Felipe lo interrumpió:

—Yo ya me siento saturado, ya estoy en tantas actividades que me resulta complicado planear mis días. Ya no platico ni con mi mamá, y la siento alejada.

—Entiendo —Camilo lo pensó unos segundos y agregó—. ¿Crees tú que René podría ayudar en eso?

—No lo sé, también a ellos los siento algo distantes.

—¿Estás bien Felipe?

—No Tata. Me pesa tener tantas cosas por hacer. Estoy cansado, confundido.

—Cuando quieras hablar de ello, basta con que me lo digas. Lo sabes Felipe, para ti estoy cuando quieras —finalizó con esas palabras el Tata antes de sugerir regresar.

* * *

XXXII

Felipillo ha olvidado su agenda en casa, regresa a buscarla y escucha sollozos, va al cuarto de su madre y la ve llorar mirando por la ventana. Él entra al cuarto y, acercándose, le pregunta:

—Mamá ¿estás bien?

—Sí hijo, te esperaba y me puse a recordar otros tiempos, años atrás —respondió ella, limpiándose las lágrimas con un húmedo pañuelo gris de encaje.

—Te quiero mamá —dijo con el corazón en las palabras mientras se inclinaba a besarla en la frente.

Anastasia le tomó con ambas manos en los pómulos de Felipe y mirándole a los ojos le susurró:

—Y yo te amo, eres lo máspreciado de lo que ha sido mi vida —asomaron lágrimas de nuevo en la cavidad de aquellos ojos de mirada tierna.

Felipe la abrazó y la besó en la mejilla.

—No sabes cómo he extrañado esas palabras tuyas —le dijo con suavidad.

—Pero si tú eres lo mejor que tengo, eres un encanto hijo.

—Me gusta que me lo digas. ¿Ya comiste mamá?

—No hijo, estaba por prepararme algo.

—Pues vamos, hagamos la comida como tantas veces, juntos.

Felipe no cabía de contento, de nuevo hacían lo que por años habían hecho. De pronto, su madre había regresado a esa complicidad de años atrás, tan característica en ambos. No importaba si Felipe regresaba a buscar su agenda, estos momentos no se los quitaría nadie. Nada podía estar por encima de vivir con ella esos momentos de nuevo.

* * *

XXXIII

Los tres tenían ya los once años cumplidos. Hacía tan solo unos días que, Rolando, el menor de ellos, había alcanzado la edad de sus amigos. Los tres se reunieron y acordaron volver a realizar actividades en conjunto. Comienzan a investigar, en equipo, sobre todo aquello que suene a estar relacionado con las cualidades de Felipe. Incluso eran ya muy conocidos en la biblioteca municipal. Intentaban saber el cómo podía Felipe, entender con mayor claridad el pensamiento de otros. La biblioteca del pueblo se antojaba como el mejor lugar para encontrar respuesta a ello. Buscaban libros sobre el cerebro, los estados de conciencia y el sueño, la respiración como terapia, la telequinesis y la meditación. Pero su objetivo central era saber más sobre la hipersensibilidad de algunas personas.

Se reunían en algún lugar apartado de los demás, y comenzaron a hacer ejercicios de respiración y meditación. Se afanan en conseguir, los tres, el acercarse a los pasos necesarios para poner la mente en otros estados de conciencia, distintos de la alerta cotidiana. Leen todo lo que encuentran referente a la meditación, sobre los pasos de la mente de alfa, beta, delta y theta, que parecían tan solo conjeturas. La intención era conocer y fortalecer, en Felipe y en todos ellos, el entendimiento de las extrañas formas telepáticas en que recoge pensamientos de los demás. Resultaban en frustraciones todos los experimentos. Se lamentaban de la escasez que la biblioteca pública tenía sobre esos temas.

Fue entonces que se dio, en forma fortuita, un caso con diferente resultado que los demás que habían realizado sin éxito alguno.

Habían ido a un lugar cercano a la sierra, en él había pasturas que solían aprovechar los cabreros de las comunidades cercanas. Hicieron ejercicio

de estiramiento, de relajación y otros, de fortalecimiento físico. Se encontraban realmente agotados y en breve, tirados entre las pasturas, los tres cayeron ante Morfeo.

René y Rolando acababan de despertar. Ambos observaron que Felipe parecía tener una pesadilla, su cuerpo se arqueaba al grado de despertarlo. Agitado aún por el sueño, Felipe se sentó sobre la yerba, miró fijamente a Rolando y le dijo:

—Y tú, ¿por qué crees que tu mamá te trató mal cuando supo lo de las revistas de tu papá que escondías? —Felipe ni siquiera sabía por qué razón, o qué lo había hecho decir esas palabras, estaba confundido.

Fue Rolando el más sorprendido. Ninguno sabía qué sucedió, o qué tenía que hacerse, para que algo así sucediera. Pero el apenado Rolando comentó:

—Sea lo que sea que hayas hecho, no lo hagas con nosotros sin antes avisar, ¿de acuerdo?

—Es que ni siquiera sé por qué dije eso —meditó unos segundos y agregó— nunca pensé algo así. Tan solo soñaba... y no recuerdo qué soñé.

Finalmente, un éxito parcial, aunque no tienen idea de qué técnica, o que estado de sueño, o pesadilla, provocó esa observación que Felipe comentó sobre Rolando y su madre.

—Pues vaya que tenías pesadillas, estabas dando vueltas con todo el cuerpo —Subrayó René, y agregó—. Tienes el don, tenemos la prueba. Pero no sabemos cómo lo has sacado.

Después de tantos fracasos, llega la frustración y por más intentos que hacen, tratando de seguir paso por paso lo que habían hecho en esa ocasión, nada sucede. Más allá de las emociones que percibe, algo faltaba, para convertir en palabras inteligibles los pensamientos de otros. Sin embargo, esa era una prueba de que Felipe tenía, al menos latente, ese poder.

* * *

Capítulo 9

CAPÍTULO VIII

XXXIV

La terrible discusión. 1917

A algo más de tres años de haberse instalado en San Buenaventura, recibieron la visita del tío Alberto. Era ya el principio del invierno de 1917 y Alberto había ido a San Buenaventura, a petición de Anastasia. El objetivo consistía, en explicarle las noticias aparecidas en algún periódico, sobre la muerte de Felipe Aragón. Mismo que Edgardo, el hermanastro de Anastasia y Alberto, a quien no veían desde que era un niño, acompañaba en la carta que le había enviado a Anastasia.

El tal Edgardo mencionaba que Felipe lo tenía bien merecido, por andar de bandolero con los anarquistas. En el periódico se hacía mención a la lista de bajas del parte de guerra, Felipe Aragón y Américo López, y varios más, habían sido dados por muertos en un enfrentamiento con el destacamento maderista del coronel Vega que perseguía a los magonistas, después de que estos habían tenido que entregar la ciudad de Tijuana, misma que habían tomado con facilidad apenas unos días antes.

Felipe, se dio cuenta que había llegado su tío por los gritos que escuchó en la cocina. Oyó algo sobre una carta y un tal Edgardo, y se acercó al marco de la puerta de la cocina. No tenía idea de la existencia de esa carta sobre la que discutían, escuchaba atónito la conversación desde el marco de la puerta.

Felipe escuchaba al tío mientras éste leía en voz alta un recorte de periódico que su madre sacó de una carta que había recibido, según lo que escuchaba, de un hermanastro de ambos llamado Edgardo, desconocido para Felipe hasta ese entonces. La carta incluía varios recortes de periódico que leía el tío Alberto, mismos que recogió después Felipe, de la mesa, junto con la carta y el recorte de noticias del tal Edgardo. Después de ese evento los guardó en su caja de recuerdos.

Alberto leía el recorte en voz alta:

—Mientras que el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica esencialmente paralizó a la dirección del Partido Liberal Mexicano (PLM) durante la mayoría del período de la revolución, hubo una tenue luz de esperanza de los Magonistas en Baja California. Su primer éxito importante fue la captura de la ciudad de Mexicali, el 29 de enero de 1911. Con una pequeña fuerza de solamente 18 hombres conducidos por

José María Leyva, y Simon Berthold, quienes tomaron fácilmente la ciudad. Fue una victoria, no obstante, pequeña, pero que probó que los liberales podían tomar un objetivo estratégico sin ayuda de otro grupo revolucionario... —Hizo una pausa, resoplaba con enojo, bebió un trago de agua del vaso sobre la mesa y prosiguió con la lectura, esta vez en silencio.

Al terminar de leer ese diario profirió:

—Por dios Anastasia ¡Felipe está vivo! Estas son noticias de 1911 y tú misma has sabido de él al menos uno o dos años después de la fecha de estos pinches periódicos —añadió, tras la lectura. Yo mismo, aquí traigo otro periódico que es de un año después de eso, y también los meten a los dos en el parte de guerra.

—Tienes que entenderme, no sé de él desde hace más de cuatro años —exclamó Anastasia a punto de sollozar—, ahí viene una lista de las bajas entre los que se encuentran Américo López y Felipe Aragón.

Felipe entró en la cocina sin siquiera darse cuenta. El escuchar el nombre de su padre le había dejado fuera de sí, y fueron las miradas de ambos las que le devolvieron a la realidad.

El tío le observó, hizo una pausa, miró a los ojos de su hermana, y continuó su argumento:

—Recuerda que el jodido hijo de tu padre, el cabrón de Edgardo, y tu padre mismo, no simpatizaron jamás con Felipe. —Y alzando la voz, a la par de juntar las yemas de los dedos en alto le soltó— ¿Que no te contó Gilberto que me habían dado información de Felipe... y que estaba en los Estados Unidos? Y eso fue a finales de 1914 ¿No te lo dijo Gilberto? ¡Carajo!

—Pero es que... —Balbuocéo Tasia.

Alberto, contundente y abriendo los brazos repuso:

—No seas necia, Felipe sobrevive a esos encuentros, tiene ese poder.

Alberto guardó silencio y tomó un nuevo trago del vaso que depositó sobre la mesa. Se quedó mirando a su hermana, quien había inclinado la cabeza con la mirada perdida, mascullando por un momento lo que acababa de escuchar y finalmente le contestó:

—Llevo más de cinco años sin saber de él... eso no había sucedido antes, y empiezo a olvidar muchas fechas —dijo en susurros a punto de llorar.

Felipe sentía a su madre muy enfadada, confundida, y a punto de llorar.

¡Diablos Tasia, estamos en el invierno de 1917! Primero cuatro... Quítale cinco y fue en 1912 no en 1911. Sencillamente ¡está vivo aún! Yo lo sé, lo estaba cuando te dijo Gilberto eso, en 1914 —Reviró Alberto.

Tasia miró a Felipe, y distinguió lágrimas asomando a sus ojos por lo que preguntó si había escuchado lo que leía el tío Alberto. Felipe asintió, confundido ya que no ubicaba en gran parte lo que acababa de escuchar. Felipe había palpado cómo cundían la tristeza y la rabia en ambos, al tiempo que el tío leía el diario. Su madre tenía ya lágrimas escurriendo de los ojos, aventó una pequeña taza que había sobre la mesa, se levantó despacio de la silla, en esa atmósfera que se podía masticar, y salió a la calle cerrando tras de sí la puerta, con violencia.

El tío miraba a los ojos de Felipe, como si quisiera adivinar sus pensamientos en aquel preciso momento. Le hizo un gesto para que se sentase junto a él. Felipe se sentó en la silla contigua, intuyendo que el tío diría algo que tal vez no quería escuchar.

Felipe no recordaba ya las palabras exactas del tío Alberto, tenía muchas nuevas dudas en su mente. El tío insistía en que nada de lo que pudiesen decir los periódicos o noticias, era prueba de que su padre hubiese fallecido.

—La prueba es ésta —dijo—, no pudo morirse dos veces ¿verdad? Y menos si se puso en contacto con tu mamá un año después. Tú puedes estar seguro de que tu padre vive. ¡Tienes que creerme! Eran incluso dos distintos eventos en los que aparecía su nombre entre las listas de fallecidos, no podía ser real que hubiese muerto en dos ocasiones y estar vivo meses, o años después. Por lo mismo, no hay prueba alguna de que esté realmente muerto ¿Lo entiendes? Yo sé que está vivo. Acuérdate de cuando hacíamos ejercicios nuevos, ese día en que te corté en la mano con un cuchillo. ¿Lo recuerdas?

Felipe asintió.

—Eso lo heredaste de tu padre, él también tiene esa capacidad de sanar más rápido que los demás. Yo sé que está vivo. Me lo han asegurado varias personas.

Felipe sintió sinceridad en Alberto, aun así, sintió que había algo más que Alberto escondía.

En ese momento Anastasia reapareció por la puerta, la cerró con fuerza y se dirigió arriba a su habitación. La cara de Alberto enrojeció, dijo en susurros «odio cuando hace esas cosas», se levantó y agarrando su

chamarra del respaldo de la silla salió, azotando a su vez la puerta.

* * *

Felipe recordó que Anastasia mencionó alguna vez, poco después de instalarse ambos en San Buenaventura y, probablemente sin darse cuenta de lo que decía, que llevaba casi tres años sin tener noticias de Felipe padre. Así que tras las palabras del tío Felipe se quedó pensando «¿Entonces en dónde está mi papá? ¿Por qué no se ha comunicado con nosotros?»

Esa anécdota fue reveladora para Felipe, fue también el primer momento en el que escuchó el apellido de su padre, Aragón. Y aunque su madre, tras ese evento, insistió varias veces en que ése Aragón, era un apellido que su padre había inventado, y lo había usado desde antes de conocerla a ella, Felipe comenzó a usarlo en su nombre y, para todos, se convirtió en Felipe Aragón Hinojosa. Además, algo que le había llamado la atención, fue ese segundo nombre que mencionaban ambos periódicos ¿Quién era ese tal Américo López cuyo nombre parecía estar ligado al de mi padre en las noticias?

El hecho es que esa pelea entre su madre y Tito, una pelea tal, con una intensidad como ninguna otra que Felipe pudiese recordar, lo desesperó. Necesitaba aire, y sin decir nada salió él también a la calle, asustado y confundido. Vagó un rato por las calles con la incertidumbre de haber escuchado, por primera vez, que su padre podría estar muerto.

Alberto y Anastasia quedaron agotados tras discutir esa tarde. Después de que ella regresó, se subió a su habitación. Tasia volvió a bajar, en son de guerra. Ya no mantendría sus escuálidos argumentos, tras haberse serenado caminando algunos minutos en las calles, sobre las que ya caía un rojo atardecer. Alberto ya no estaba. Sabía que había rebasado la paciencia de su hermano y lamentaba sus propias palabras. Al no verle, Anastasia regresó a su habitación sin decir palabra.

* * *

XXXV

Al día siguiente Alberto se había ido, ya no estaba su pequeña maleta en el sillón, donde la había depositado a su llegada. Felipe se lamentó de no haber pedido a su tío que se quedase más tiempo, tenía muchas cosas que comentar y preguntar a su tío.

Aquel evento provocó, en los días que siguieron, una nueva lluvia de preguntas de Felipe a Anastasia. Su madre muy poco o casi nada le había contado de su propia familia y ahora Felipe sabía de la existencia de otro tío. Cayó en cuenta incluso, que sabía poco menos que nada de su familia

materna y su mente volaba queriendo saber más de sus abuelos, de su familia. También preguntó quién era ese otro hombre que se llamaba Américo López que mencionaban ambos periódicos, junto con el de su padre... Anastasia escuchó una avalancha de preguntas, tomó un cigarrillo de la cajetilla que el Alberto había dejado sobre la mesa, lo encendió dio una bocanada de humo y se limitó a decir:

—Yo misma no tengo claro, no recuerdo bien quiénes y cómo eran mis padres, tal vez mi mamá. O mi abuelo, ese sí —hizo una pausa y continuó—, se llamaba Nicolás. Pero, no recuerdo nada de los de tu papá, así que no quiero hablar de ello.

Felipe se sorprendió ya que no había visto nunca que su madre fumara, volvió a insistir en sus preguntas, le parecía casi imposible que no recordase a sus padres, pero no pudo sacarla de ese argumento. Fue tal vez ese el momento en el que Felipe puso en duda la salud mental de su madre. Ella solía olvidar detalles, tal vez sin importancia, desde hacía ya un par de meses. Solía preguntar a Felipe si había visto algún objeto de uso común en la casa, o bien, le pedía detalles de algo que debía resultar obvio como la forma en que ella debía usar el cepillo para peinarse el largo cabello cada mañana.

Felipe decidió escribirle a Tito para pedirle información, pero recordó que desconocía la dirección de su tío. Al día siguiente comenzó a hurgar, con cierta rapidez y sin resultado, entre los cajones de la cómoda de su madre, un viejo mueble que siempre había estado con ellos.

* * *

Capítulo 10

CAPÍTULO IX

XXXVI

Negociaciones con el municipio

Esa tarde, rojiza ya por el candor del sol, que se colaba por los ventanales a un costado del salón de cabildos, creaba estelas coloreadas de luz sobre la enorme mesa, que se acompasaban con las sombras de los muros entre los ventanales. Un par de viejos libreros de pared que comenzaban su pandeo, estaban llenos de verdes cajas de cartón atiborradas con papeles de distintos formatos, atestiguando la hechura de llenados de formas, que armaban expedientes. Una enorme mesa de madera pulida, con doce sillas de impecable trabajo, reinaba al centro del lugar.

Camilo Guardiola, don Damián y Felipe, se encuentran en la sala de juntas del ayuntamiento. Frente a ellos, estaban el alcalde y dos de los funcionarios a su cargo. La negociación sería en torno a la cesión de tierras laborables junto al Huerto de la Comunidad, así como ayudas, para poder traer un par de máquinas herramientas y una máquina de troquelar. Todo ello tenía el objetivo de poder fabricar muy diversas herramientas de trabajo, mismas que la Comunidad enseñaría a usar, a jóvenes y adultos del pueblo. Se tenía proyectado también, por la Comunidad, el construir hornos para la fabricación de envases de vidrio para sellar en ellos diversos productos.

—Es imperativo el que podamos ampliar los terrenos de cultivo. De hecho, tenemos muy claro cuáles serían los espacios necesarios, y podemos iniciar el enriquecimiento de la tierra de inmediato —señaló Camilo a aquellos tres hombres del municipio, que se encontraban sentados, frente a ellos, en la mesa del cabildo.

El actual presidente municipal era un ingeniero de buen porte, quien había asumido el cargo apenas unos meses atrás. Su nombre era Ernesto Tijerina, y siendo oriundo de San Buenaventura, durante años estuvo ausente por cuestión de su trabajo, construyendo caminos.

—Estoy de acuerdo —admitió el Ingeniero Tijerina—, la población ha crecido en número y se requiere un mayor abasto de alimentos y enseres. El Gobernador Luis León, nos ha encargado el impulsar acciones para recuperar cultivos y áreas ganaderas, además de mejorar las infraestructuras de caminos. Por otra parte, ustedes han probado que lo orgánico bien trabajado, es de mejor calidad y, por lo tanto, más alimenticio. Pero ¿qué harían para evitar que los precios sean mayores? Si

ustedes usan, y fabrican mejores abonos, y cuidan mejor el crecimiento del producto seguramente eso me parece que trae o implica un mayor costo —expuso el ingeniero Tijerina.

Felipe les sentía. Aquellos tres hombres del cabildo estaban ávidos de nuevas ideas. Les sentía seguros de sí mismos, a la expectativa de esa primera reunión desde que Tijerina había asumido el cargo. Eso detonó un cierto temblor en Felipe, sería su primera participación en esas negociaciones, y se movía, inquieto.

Don Damián continuó dando sus argumentos: —Nosotros hemos venido enriqueciendo el abono y la tierra por años. Nuestra Comunidad también ha crecido. Y todos los jóvenes, mujeres y hombres, han recibido una adecuada enseñanza para el cultivo de múltiples productos —razonó don Damián, y agregó—. De hecho, en parte de esos nuevos terrenos pensamos introducir nuevos productos, como el sorgo y el arándano, que tienen ricas capacidades alimenticias. Aprovechar también esas tierras para producir mejor otros, como el nopal, que tiene muchas propiedades, no solo alimenticias. También, la granja nos ha brindado una experiencia importante para expandir la producción de huevo, pollo y cerdo, a precios aún más bajos que los actuales, esos productos los vamos a vender en un local del mercado, a precios semejantes o incluso más bajos. —Tomó un respiro y bebió del vaso con agua que tenía frente a él, sobre la mesa, y prosiguió—. Pero no solo eso, estamos preparando un proyecto para impartir a los jóvenes del pueblo esa enseñanza agrícola, tanto para preparar la tierra, y más ahora que se impulsará un crecimiento de los hatos de ganado, que nos permitirá recabar mayor cantidad de abono, como para sembrar en ella, y dar un buen seguimiento al producto hasta su cosecha. Es algo que ya nos han estado solicitando varias familias del pueblo.

—Y ¿dónde sería esa enseñanza? —comentó el primer regidor, Rubén Valverde, un hombre de más de cuarenta años, algo hosco, de tez oscura.

—En algún local, con un par de salones, los que podemos construir en el pueblo a expensas nuestras. Y se combinaría con prácticas en un trozo de los nuevos terrenos, bien adiestrados y supervisados por nosotros, tal como hacemos con nuestros jóvenes —aclaró Camilo y añadió—. El costo para ellos sería un pago insignificante.

—Me parece una excelente idea —contestó Valverde.

—Bien, la verdad es que ustedes tienen una enorme experiencia en esas lides, todo mundo en el pueblo sabe que son muy buenos sus productos. Y es muy honorable de su parte el compartir esa experiencia con los jóvenes del pueblo —aseveró el ingeniero Tijerina, y precisó—. ¡Hecho! Les otorgaremos no dos, sino tres hectáreas en donación. Y colaboraremos

con algo para construir ese local —Tijerina, calló unos momentos, y añadió—. Incluso, hemos estado pensando en adquirir un par de tractores y, si ustedes no tienen inconveniente, les solicitaremos su asesoría para su uso más productivo.

Fue entonces cuando intervino en la charla Felipe:

—Ingeniero, si me permite —dijo con voz trémula—, buscamos lo menos costoso posible por parte del Municipio. Tal vez sea mejor que, en vez de ayudarnos con la construcción de ese local, el que podemos y sabemos construir, puedan mejor ayudarnos con algo distinto como es el transporte —Felipe encontraba un mayor temple, mismo que reflejaba ya su voz, y agregó—, y tal vez, con parte del costo que tendrá el poder traer un par de máquinas herramientas, mismas que ya tenemos ubicadas en la Ciudad de Chihuahua; así como una máquina de troquelado, y algunas piezas o materiales que nos servirán para la construcción de hornos que nos permitirían fabricar envases de vidrio. Esos envases servirán para poder mantener frescos varios productos como son miel, mermeladas, jaleas y purés de jitomate y frutas, y otros que provendrían de la granja. Ya hemos diseñado los envases, y en ellos se podrían mantener sellados y en buen estado de conservación diversos productos. Por eso nos urge, para hacer pruebas con el vidrio, y poder probar nuestros moldes y diseños. O rediseñarlos si no nos funcionan como queremos.

Tanto el ingeniero Tijerina como sus colaboradores quedaron sorprendidos por las palabras y la forma de exponer las ideas que acababa de expresar un chico de escasos catorce años. Tijerina volteó hacia Camilo y le comentó:

—Entiendo ahora el por qué éste jovencito les acompaña. Felicidades por tener un joven tan claro y tan despierto como él. Por supuesto que les ayudaremos con transporte, y algunos fondos para esos proyectos.

—Vaya que les dan una educación estupenda en la Comunidad —añadió Valverde.

—La verdad sea dicha, a todos nos tiene maravillados con sus capacidades Felipe —dijo contundente don Camilo.

—También hemos tenido algunos buenos profesores en la escuela pública —señaló Felipe.

* * *

XXXVII

La ayuda mutua

Felipe y sus amigos tenían múltiples actividades. A lo largo de cada día se conjuntaban el asistir a la escuela; saliendo de allí, tres veces por semana, asistir a la granja a hacer labores varias; en las tardes se realizaban los talleres, en los que, según sus destrezas, tenía cada uno sus propios proyectos. O tomaban clases de cómo enseñar, para integrarse a los locales de la Comunidad que habían sido creados como talleres de enseñanza a los jóvenes del pueblo. O bien, al local que había en el mercado, con el aprendizaje de fabricación y empaque, así como el sellado de los productos que se vendían allí, y que consistían, fundamentalmente, en conservas, mermeladas, quesos fuertes y algo de hortalizas.

La vida en la Comunidad transcurría muy activa y con relativa calma. El grupo comunal prosperaba de formas varias. La granja resultaba notoriamente productiva y la ampliación, al adquirir dos nuevas hectáreas, les permitiría añadir una nueva plantación de árboles frutales y de sombra, con la ayuda del municipio. Así mismo se rehabilitaría una nueva zona para cultivo. En el mercado del pueblo se estaba construyendo ya un local, para la venta de los productos agrícolas y orgánicos de la Comunidad, a precios muy accesibles. Estaba aún pendiente el poder hacerse de ganado, tanto para carne, como lechero, ello requeriría de grandes espacios de pasturas, las que no habían logrado darse, salvo en pequeños espacios. Había que idear una forma de llevar el agua al campo, y en eso trabajaban Germinal y sus alumnos.

* * *

XXXVIII

Los talleres

La enseñanza, en los talleres de albañilería, electricidad y carpintería permitió crear una cooperativa, y abrir otro local cercano a la plaza del pueblo, en cual se ofrecieron diversos servicios a todos los ciudadanos, dado que había personal bien capacitado, proveniente de los alumnos de don Camilo y Germinal, quienes impartían educación técnica a jóvenes del pueblo en un aula habilitada dentro de ese mismo local.

Tales servicios fueron recibidos con beneplácito, tanto por los habitantes del pueblo como por el consejo municipal, el que colaboró facilitando los transportes y recursos para poder traer a la comunidad varias máquinas, que resultaban sumamente útiles para fabricar diversas herramientas y piezas de uso común o, a hacerlas en forma creativa, con materiales más sencillos y accesibles. En todo ello estaba siempre presente el padre de Rolando, quien hábilmente entusiasmaba, y dirigía, a los jóvenes de la

Comunidad.

* * *

XXXIX

Más de veinte jóvenes miembros de la comunidad, entre los que estaban Rolando y René como asesores, llevaban a cabo la organización y manejo de esos nuevos locales, y se rotaban entre sí para conocer las actividades en cada caso específico. Se ayudaban, también, de un pequeño grupo de madres de familia, quienes sabían de números y algo de contabilidad.

El hecho de que se desarrollaran tantas y tan variadas actividades, por parte de la Comunidad, provenía también de la decisión del Consejo —sugerida a Anastasia por Felipe—, y retomada por la mayoría de sus miembros, a los que encabezaba don Camilo. El proyecto, como tal, fue votado a favor por prácticamente todos los miembros de la Comunidad.

Se comenzaría con ello a ofrecer muchos servicios a la población del pueblo de San Buenaventura. Nuevos y baratos productos estarían en posibilidad de ser adquiridos por la población en general, e incluso, podrían enviarse a otros pueblos para ser vendidos allí. Se gestionaban con el Múnicipe diversas iniciativas para que les facilitasen nuevos locales en el pueblo y en el mercado. Con objeto de acercar a la población los servicios, productos varios y cursos de oficios para jóvenes, o de abasto en el mercado, con conservas, productos agrícolas, así como pollo y huevo de la granja comunal. Por supuesto, todo ello involucraba más tiempos de labores, y con seguridad, algunos pobladores estarían más que dispuestos a colaborar en todo ello.

Una parte de los ingresos económicos que todas esas actividades traerían consigo, era separada para varios fines. Se decidió separar una parte de ellos para ser distribuida equitativamente, como remuneración, a todos y cada uno de los miembros activos de la Comunidad, y una pequeña parte sería también para pobladores con ciertos conocimientos agrícolas que colaborarían en el proyecto.

De manera semejante, se establecieron fondos varios, como el dotar a jóvenes que egresaban de las escuelas y talleres, de algún dinero en caso que desearan realizar estudios más avanzados, en otras ciudades, como Chihuahua, la capital del estado.

También, se había decidido crear un fondo para solventar costos de aquellos miembros de la Comunidad que, por su salud, necesitaban medicamentos, operaciones en clínicas locales o foráneas. O bien, para tratamientos más complejos en clínicas especializadas de la región.

Se construyó, en forma conjunta, entre la comunidad y el municipio, la primera clínica de atención médica, justo al final de la calle Independencia, que atravesaba todo el pueblo. Contaba con una sala de espera, una sala de curaciones y operaciones sencillas, cuatro consultorios, un cuarto de droguería y laboratorio, y una bodega de materiales y medicamentos. En ella laboraban y atendían pacientes siete médicos, de los cuales, tres y el responsable de droguería, eran egresados de la Comunidad, y uno del pueblo, quienes habían logrado titularse en un reciente Instituto de Bachilleres estatal. Estos habían regresado, para mejorar la salud en general, del pueblo de San Buenaventura. Así como tres enfermeras, que pertenecían a familias de la Comunidad.

A su vez, negociaban con el Municipio, el tener locales de ventas de herramientas varias, así como para impartir cursos de oficios y técnicas varias de albañilería y electricidad, Además de los de preparación, sembrado, cuidados y recolección agrícola, a los jóvenes y padres del pueblo.

Y entre esas gestiones que se negociaban, principalmente con el gobierno local, obtuvieron apoyos importantes para la adquisición de máquinas que permitirían fabricar y troquelar múltiples materiales.

Otro asunto delicado consistía en obtener otra cesión de terrenos anexos a la Comunidad, pero esta vez, serían para levantar un grupo de viviendas anexas a ésta misma. Ello debido a la inmigración de nuevas familias, y de padres que abandonaban la lucha armada para reunirse con sus familias, cuyos hijos mayores habían formado ya sus propias familias.

Algo que resultaba complicado en esas negociaciones, era la decisión de ocho familias del pueblo de integrarse completas a la Comunidad.

Los más conservadores de los habitantes, a los que, obviamente, se sumaba el Padre Manuel, se oponían tajantemente a permitir ese traslado de familias hacia las nuevas viviendas que serían construidas, siempre y cuando se obtuviese esa cesión de terrenos. Su alegato era que se perdían las buenas costumbres y la moral religiosa. De hecho, la asistencia a misa, de muy diversos integrantes de las familias locales, había disminuido notablemente.

* * *

XL

Camilo y Felipe hicieron costumbre en salir a caminar juntos. Charlaban, en ocasiones, sobre el acontecer en la Comunidad y en el Pueblo. Intentaban generar ideas para mejorar las condiciones y poder desarrollar nuevas actividades para el bien común. Más aún, cuando eran ya más de seis las familias del pueblo que habían solicitado su ingreso a la

Comunidad. ¿Cómo tomar qué decisiones, y qué se requería para llevarlas a cabo?

En otros momentos, sencillamente dejaban volar la imaginación, o contrastaban la interpretación que uno o el otro tenían sobre la educación, la filosofía, las noticias de lo que sucedía en el país...

Así, transcurrían los días y los meses, entretenidos todos en labores colectivas, creciendo en conocimientos y prácticas, las que sin duda eran una preparación básica para salir adelante en cualquier lugar a donde decidiesen, a futuro, seguir con sus vidas.

Todo ello con las sabias asesorías de varios maestros de la escuela pública y, de don Camilo. Quienes, conociendo parte de las cualidades de Felipe para negociar, solían hacerse acompañar de Felipe. Incluso en las negociaciones con las diversas autoridades del municipio. De hecho, habían sido Camilo, Germinal y Felipe —éste último con apenas quince años ahora— quienes, con las dotes de todos ellos para exponer, argumentar, y poner en práctica los proyectos, lograron ganarse la admiración del Alcalde y sus subalternos.

* * *

XLI

El Padre Manuel regresa a la carga

Las noticias que recibía el Padre Manuel diariamente, a través de sus feligreses y espías, eran terribles para él. ¿Cómo era posible que varias de las familias de su congregación habían solicitado su ingreso a la Comunidad? La asistencia de numerosos integrantes de su parroquia había estado disminuyendo con rapidez. Varios de los jóvenes que asistían a los talleres que la Comunidad impartía tanto en los locales acondicionados dentro del pueblo para enseñarles técnicas en diversas profesiones, como las clases que recibían sobre técnicas de siembra y cultivo; las que don Damián les impartía, con esa vehemencia y sabiduría sobre la madre tierra; las actividades, en los nuevos terrenos anexos a la granja de la Comunidad, tenían entusiasmados a un buen número de los jóvenes del pueblo. Quienes comentaban con sus familias sobre las posibilidades de montar pequeños negocios, así como planear el sembrar en sus propiedades productos que ya no tendrían ya que adquirir en el mercado; esos jóvenes eran el contagio más inmediato para que las familias midieran la conveniencia de poder integrarse a la Comunidad. Para muchos, el problema era el alejamiento de las creencias más tradicionales, la fe y el alejamiento de la iglesia, las que se encontraban lejos de esa nueva forma en la que los jóvenes habían comenzado a formarse. No bastaban ya los constantes e incendiarios sermones

previniendo a la comunidad contra el ateísmo.

Ese martes, en que los aires se daban vuelo bajo un apenas nublado y monótono día, el padre Manuel llamó de nuevo a sus hombres de confianza para volver a llevar ante su presencia a Felipe quien, de acuerdo a los rumores, poco a poco se convertía en la figura más sintomática de ese cambio.

Tocó a Juan, de nuevo, el encabezar la partida que lo llevaría, esta vez a la fuerza, ante el Padre Manuel. En esa ocasión, eran cuatro hombres los que se apostaron cerca de la entrada de la casa de Anastasia, en espera de la aparición del joven Felipe. La instrucción era llevarlo ante el cura, quien lo esperaría en los jardines del atrio de la iglesia.

Felipe no se resistió, recordaba bien la cara de Juan, y en esa ocasión era quien daba las órdenes. Le amarraron las manos atrás de la cintura, con un mecate corto. Otro de los hombres le tomó por el brazo y lo mantuvo quieto en espera de lo que Juan diría. Felipe sentía a Juan. Ya una vez le habían regañado por la forma de llevar a Felipe, no se arriesgaría de nuevo, de modo que le dijo al hombre que sostenía del brazo a Felipe:

—Que no se te escape Polo, tiene mañas este chavo. Vámonos.

El tal Polo apretó algo más el brazo de Felipe y así le llevó todo el camino hasta llegar a la puerta del muro que cerca el atrio de la iglesia. Se detuvieron bajo el arco de cemento sobre la puerta de dos hojas que permanecían abiertas para entrar al atrio el cual tenía altos y frondosos oyameles, dispersos por los cuidados jardines del lugar. Aquí y allá se localizaban cruces sobre geométricos diseños semejantes a lápidas cúbicas de mármol y cemento con la leyenda INRI en bronce sobre las cruces, a los bordes de los estrechos caminos cubiertos de diminutas piedras rojizas, entre los árboles, pastos y plantas.

El Padre Manuel les esperaba sobre el espacio a descubierto, soleado, cercano a la puerta de la iglesia y cubierto de losetas de un color tenue y arenoso. El Cura les hizo señas para que se aproximaran, y una vez que estuvo Felipe de nuevo frente a él, les ordenó que le desamarraran las manos y le dejaran sólo, con el joven que le hundía en la mirada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Felipe, sobándose las muñecas de los brazos.

—Vamos a caminar por estos jardines, acompáñame.

Y ambos comenzaron a andar hacia el interior de los vastos jardines, frente a la fachada de la iglesia

—Dime una cosa Felipe, no nos hemos visto en algunos años ya. ¿Cómo

ves tú a la gente de éste pueblo?

—Yo... He hecho amistad con varios de ellos. Tanto adultos como jóvenes. Incluso les he dado algunas clases a varios otros. Pero ¿a qué viene esa pregunta? No entiendo.

—Seguramente sabes que hay varias familias de este lugar que han solicitado juntarse con la Comunidad.

—Así es. Eso lo sé.

—Y tu Comunidad está llena de ateos. Eso es un gran conflicto —calló unos segundos y continuó—, si para ingresar en la comunidad les piden que renieguen de su fe.

—En la comunidad a nadie se persigue por sus creencias —dijo con énfasis en sus palabras.

—Pero es un hecho que ustedes son ateos, y eso pregonan en sus dichosos cursos.

—Puedo decirle, con toda honestidad, que esos cursos no tocan en absoluto, el asunto de la fe religiosa. Lo que es cierto es que cuidamos de la naturaleza, y ella nos brinda sus frutos si la tratamos adecuadamente, si la cuidamos, como es debido.

—Pero eso hacen todos los que cultivan —dijo convencido el Padre Manuel—, todos cuidan la tierra y sus semillas.

—No necesariamente es cierto lo que usted dice —Felipe hizo una breve pausa para armar un argumento, y agregó—. Esas empresas extranjeras, o los grandes hacendados, no cuidan la tierra, no la aman como debe ser, y es ella la que nos da de comer, de beber, para vestirnos, para vivir. Son principalmente los pequeños agricultores los que sí lo hacen, dependen de ella y son conscientes de ello. El colectivo, como el de nuestra Comunidad, lo tiene muy claro. No dudo que haya, al interior de la Comunidad, quienes dan las gracias a la naturaleza, eso sería el agradecer al dios en el que crea cada uno, si creen en ello. Yo, en lo personal creo en la naturaleza, en este mundo. Él nos provee de muchas cosas, las otras especies también, y procuramos estar en convivencia y armonía con ellas. Hay una congruencia con la vida, con vivirla de forma más intensa, con encontrar las metas, encontrar aquello que sabemos hacer bien, a disfrutar hacerlo. Es el Trabajo lo que dignifica al ser humano. Y todos buscamos nuestro destino, nuestro proyecto de vida, acercarnos a aquello que nos encanta, que nos fascina hacer, y hacerlo bien.

—Entonces, para ti no es nuestro señor el que te ha dado la vida, sino la

naturaleza, que ha sido creada por él.

—Es cuestión de creer o no creer en lo que usted acaba de decir, pero no tengo porqué desdeñar a alguien que piensa distinto a mí. Usted predica esa fe. Yo predico la belleza y la creatividad del ser humano, la cultura del colectivo, en armonía con el planeta y con su naturaleza.

—No es posible que niegues la existencia de dios, siendo tan obvia
—añadió el Padre Manuel.

—Creo en que nosotros forjamos nuestro destino. Yo no puedo dejarlo en manos de algo que, para mí al menos, es intangible.

—Ahora ratifico que ustedes sí son un gran peligro para la fe cristiana.

—Véalo de ésta forma Padre, cada especie se organiza en función del bien común, se defienden así de otras especies, pero también dependen de otras especies, para alimentarse, para crecer. Eso los hace tener fuerza, seguir adelante, juntos, cuidando los unos de los otros.

—Ya no quiero seguir escuchándote, eres un enviado del diablo. Tus bellas palabras son las del demonio cuando cristo estuvo en el desierto. Los engatusan para dejar de seguir a nuestro señor. ¿Acaso no puedes ver su obra en todo lo que te rodea?

—¿Las guerras? ¿La esclavitud? ¿La injusticia y el asesinato? —comentó Felipe al mismo tiempo que sentía nacer una ira profunda en el Padre Manuel.

De pronto, frente a ellos en el camino de piedras rojizas, aparecieron el maestro Alvírez y Germinal, el padre de Rolando, quienes impidieron que Felipe y el Padre Manuel continuasen caminando esa estrecha senda, acercándose a saludarles de mano a ambos. Y fue el maestro Alvírez quien comentó:

—Que coincidencia, no puede ser, estábamos a punto de ir a buscar a éste joven, para invitarle a comer con nosotros. ¿Verdad maestro? —enfaticó con ironía Germinal.

—No se diga más, por supuesto que voy con ustedes —respondió Felipe separándose del Padre Manuel, quien intentó inútilmente agarrarle del brazo, y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Al alejarse el trío de lugar, escucharon los gritos del cura...

— ¡Herejes, blasfemos! Van a pagar por ello, yo me encargo de levantar al

pueblo contra ustedes.

Germinal soltó una sonora carcajada, pero el profesor Rosendo Álvarez lo silenció, al señalar: «No hay porqué atizar el fuego, o éste se expandirá».

* * *

XLII

Felipe vuelve a sentir que su madre tiene miedo de él. Tasia se ha vuelto seca, no muestra ya sentimientos a Felipe; es olvidadiza; pierde la concentración y nunca le abraza ya, ni lo acaricia como tiempo atrás. Aunque en muy contadas ocasiones, le vuelve a mirar con ternura, si bien está lejos de cariños físicos. Tasia tiene altibajos incomprensibles para Felipe, y la memoria se escurre en numerosos detalles.

Pese a estar involucrado en las más variadas ocupaciones, Felipe sentía un creciente desasosiego tras descubrir de nuevo a su madre llorando, sentada en el suelo detrás de un sillón en la casa. Anastasia ni siquiera sabía cómo había llegado a ese lugar. Tienen una charla ambos y ella le confiesa:

—Cometo ya, muchos errores en la tienda, por distracción probablemente —hizo una breve pausa y continuó—. Ya estoy espantada, la verdad, por todas aquellas cosas que olvido hacer, o los equívocos en la entrega de los productos que me piden en la tienda —Calló por un momento y agregó, con lágrimas en los ojos—. Ay hijo, me siento una inútil, estoy desesperada.

Felipe la tranquiliza, le promete buscar alguna de las jóvenes, o señoras de la Comunidad que la pueda reemplazar mientras ella se recupera.

Anastasia se compromete a entrenarla, con ayuda de Silvia:

—Estoy segura que Silvia me ayudaría.

* * *

XLIII

Felipe, el Tata Camilo, don Damián y René asistieron a un primer encuentro, que se transformaría, después, en varias charlas con habitantes del pueblo quienes habían ya externado su solicitud para aprender de la Comunidad aquellas técnicas para preparar la tierra, volver a hacerla fértil, y así poder trabajarla generando cultivos. Fue prolífico don Damián en sus explicaciones e hizo crecer las expectativas de aquellas familias. Sin embargo, mencionó también, que se tenía que consultar al

conjunto de la Comunidad.

Parte de sus consejos consistieron en volver a crear hatos de ganado. Ya que ahora teníamos información de que el municipio apoyaría la compra de sementales y reses. Con ello habría también mayores cantidades de abono, el que sería mezclado con otros nutrientes, para volver de nuevo fértiles varios terrenos adyacentes al río. La Comunidad les daría pequeños cursos para poder hacer crecer los terrenos. Comenzando con pequeñas parcelas, y plantando árboles frondosos, los que probablemente podrían traer en el camión desde la sierra. Éstos darían sombra y, a su vez, mejorarían las posibilidades de fertilización mediante el delicado posicionamiento de sus raíces y manteniendo éstas en humedad.

Los miembros de esas familias recibieron con beneplácito esas iniciativas y, en breve, se tenían ya solicitudes para ingresar en la Comunidad firmadas por familias enteras.

Se decidió esperar un tiempo, antes de invitarlas a instalarse de lleno en la Comunidad. Previamente se tendría que medir el impacto, entre los demás habitantes del pueblo, así como la reacción del Padre Manuel, quien seguramente se opondría y les podía hacer difíciles las relaciones entre esas familias y otras, más cerradas a sus costumbres religiosas. Por lo pronto, la construcción de las viviendas que se tenían planeadas tendría que aumentarse y ver la posibilidad de incrementar la mano de obra con algunos de los integrantes de esas familias.

Por lo pronto, varios de los miembros de esas familias serían aceptados, para colaborar, en varias de las actividades que la Comunidad estaba poniendo ya en acción.

* * *

Capítulo 11

CAPÍTULO X XLIV

A principios del otoño de 1921, don Camilo se acercó a Felipe, al terminar alguna clase que el propio Felipe impartía en los talleres. Se le acercó y extendiendo el brazo le tendió un libro, acompañando esa acción con las siguientes palabras:

—Felipe, éste libro es un tesoro para mí, me gustaría regalártelo a ti y a tus amigos. Es un documento que fundamenta el colectivo en muchos sentidos. Creo que ustedes encontrarán en él una base sólida de lo que somos, y cómo funcionamos los seres humanos, y más los que estamos en esta comunidad.

Aquél libro se encontraba forrado con cartoncillo verde, labor que había sido realizada con sumo cuidado en su momento. En su interior, las páginas ya un tanto amarillentas denotaban muchas lecturas previas y se podían ver algunas anotaciones al margen de varias de ellas. La primera página venía vacía y en la segunda se observaba el título:

“El Apoyo Mutuo”. (Y más abajo el nombre del autor:)

“Piotr Kropotkin”

Así como el nombre de la editorial al pie de la página:

Ediciones Círculo Obrero, España.

Felipe subió la mirada y observó una lágrima furtiva en los ojos de don Camilo.

—Gracias. Prometo que en breve comenzaremos a leer a fondo este libro que, según entiendo, tiene un gran valor en su forma de ver la vida querido Tata.

Acto seguido don Camilo, le palmeó suavemente en la mejilla y se dio la media vuelta emprendiendo sus pasos hacia la granja comunal sin decir más.

* * *

Felipe, René y Rolando no tardaron en buscar un lugar tranquilo, en el que crecía nueva foresta, producto de largas raíces de los árboles y plantas del terreno sobre el que la Comunidad había establecido su granja y sembradíos. Se prestaba para ir y leer en voz alta la obra que les había regalado el Tata Camilo. Solía ser René quien leía en voz alta dada su mayor experiencia para una lectura tal. Esa tarde, gota a gota la primera parte del prólogo de la obra les llenó de emoción.

René comenzó la lectura de ese largo prólogo y así, tal vez por el empecinado René, se les quedaron grabados varios datos de interés, como el hecho de que Kropotkin, quien tenía una enorme afición por la antropología, la zoología, la botánica y la geografía. Por lo que encontraba inicialmente en esa obra de Darwin un gran aliento, lo que hizo que las varias publicaciones de sus propias investigaciones en Siberia, en materia de geografía y meteorología, fueran no solo publicadas por la Sociedad Geográfica Rusa sino que recibió una medalla de oro por ellas. Pero también fue en sus propias investigaciones cuando buscó la consistencia de la controvertida tesis de Darwin y la puso en entredicho. En sus viajes y observaciones llegó pronto a la conclusión de que esa Ley estaba siendo profundamente exagerada por lo que comenzó, no solo a abrigar serias dudas sobre ello, sino que confirmó sus dudas e incluso puso en duda las razones que llevaban a ese gran número de investigadores a quienes se consideraban Darwinistas, a llevar tal tesis a la categoría de "ley para el desarrollo de nuevas especies".

En este punto, comenzaron Rolando y René con una lluvia de ideas:

—Si lo que hemos aprendido en los salones de clase, y en las charlas con el Tata sobre este punto, son ideas válidas, se podría entender que era precisamente a los países fuertes, con grandes e importantes ejércitos y flotas, a quienes más interesaba rescatar esa como la tesis central de toda la teoría de Darwin, "una ley de vida, la del más fuerte". Eso les permitía esconder sus ambiciones e intenciones de conquistas, como si fuesen una especie de ley natural —señaló Rolando con aire sabiendo.

—Lo mismo podría decirse para justificar la clase social de la alta burguesía —Contestó René—, es acaso ley natural que el fuerte, el que tiene el poder, imponga a los demás sus reglas. Y más en Inglaterra que tenía, y sigue teniendo, una realeza. Aunque también tenían ya la Carta Magna que es un cambio importante frente a las monarquías absolutistas.

Felipe les miraba, si bien su mente estaba en algún otro lugar durante la lectura, ahora intentaba inútilmente ajustarse a la charla.

—No lo sé, igual ambos tienen razón... Y perdonen mi distracción, pero me he engatusado con este lugar que hemos encontrado. ¿No han sentido

cuando cambió el viento y nos llegaron los aromas de lo que tenemos sembrado aquí al lado? ¿No han visto con detalle, desde aquí, todo el encantador lugar que entre todos hemos creado en la granja de la comunidad? Los colores, malvas verdes, amarillos... la libertad que emana de este lugar, sus vaivenes con la brisa y el viento sobre las plantas que nacen y crecen con una belleza insospechada... Dense unos momentos para disfrutar todo esto... El Tata nos ha regalado el libro, tenemos tiempo... de sobra.

Rolando y René levantaron la vista y otearon el espacio de la granja comunal, ambos aspiraban el aire y los aromas que el suave viento les traía. René regresó los ojos al libro e insistió:

—Yo sostengo que hemos venido a leer, a confrontar entre nosotros lo que esa lectura nos sugiere. Hojeando un poco el libro, lo encuentro voluminoso. Haríamos bien en continuar, un rato más al menos. —René aspiró y adelgazando lentamente sus pulmones continuó— Sí me inquieta el que el libro de Darwin haya tenido tanta influencia, al menos esa tesis sobre la lucha y el más fuerte, planteada como algo natural, aún al interior de las especies. Así que, si están de acuerdo, vuelvo entonces a la lectura...

Ambos asintieron.

—“Emprendió sus propias investigaciones en busca de esa “amarga lucha por la subsistencia entre animales de la misma especie” que era considerada por la mayoría de los Darwinistas (aunque no siempre por Darwin mismo) como “la característica dominante de la lucha por la vida y el principal factor de evolución”. Sin embargo, en sus viajes y observaciones llegó pronto a la conclusión de que esa Ley estaba siendo profundamente exagerada por lo que comenzó, no solo a abrigar serias dudas sobre ello sino que confirmó sus dudas e incluso puso en duda las razones que llevaban a ese gran número de investigadores a quienes se consideraba Darwinistas, a llevar tal tesis a la categoría de “ley para el desarrollo de nuevas especies”, dejando de lado otras tesis del propio Darwin que podían ensombrecer la relevancia de la anterior y restarle la importancia que, en el orden de lo sociológico, tiene la afirmación de que “es ley natural la amarga lucha por la subsistencia entre animales de la misma especie” lo que entraña el realzar dicha lucha entre los propios seres humanos “para el desarrollo de la especie” —René detuvo en ese punto la lectura, y se quedó mirándoles en espera de algún comentario.

—Si no entiendo mal, esa tesis fue exagerada por otros. —Sugirió Rolando— Seguramente esa misma tesis fue llevada la política. Le acomodaba a la Inglaterra de ese entonces, el mayor imperio, que se encontraba en pleno apogeo de conquista de muchos lugares del mundo, mismos que fue convirtiendo en colonias. Ese “Cada uno contra resto del mundo”, era un rotundo argumento que sostendrá las conquistas y el

brutal desarrollo del comercio británico, y que fortalecerá y dará nacimiento a la revolución industrial.

—Y también a la libertad de los mercados sin mayor intervención de los Gobiernos, o el Estado que, según el Tata, es el conjunto de instituciones que se da un país como área geográfica y leyes de todo tipo, ¿recuerdan que eso nos comentó sobre ese periodo de la historia económica?

—mencionó René.

— ¡Claro! Dejando a la ética, a partir de ese entonces, como objeto de museo. Los europeos hacían todo tipo de atrocidades en sus colonias, con el apoyo de sus gobiernos, o incluso dirigidos por ellos —respondió Rolando.

—Pero esas salvajadas —Intervino Felipe— las han hecho desde siglos atrás, mucho antes del escrito de Darwin. Invadir nuevas tierras, matar a diestra y siniestra, llevarse esclavos y casi exterminar a las poblaciones indígenas en toda África, en América y el resto del mundo según lo iban descubriendo. De modo que no era nuevo eso de abrazar la supuesta tesis de Darwin lo que les daría el permiso ético de cometer todas esas chingaderas. Yo pienso que los estudios de Darwin seguramente contenían otras nuevas tesis científicas, ya que Kropotkin mismo al leer su obra se había entusiasmado con el libro de Darwin, como él mismo admite.

Se hizo un silencio por unos segundos, que fue roto por René:

—Continúo... “Años de viajes y observaciones posteriores dondequiera que Kropotkin observaba la vida animal abundante, sus espacios de reunión, las estaciones para empollar sus crías, o durante la migración de las aves, en que decenas de millares de estos inteligentes animales huían en grandes tropes de un territorio inmenso, buscando salvarse de las abundantes nieves caídas, y se reunían en grandes rebaños para migrar a regiones más hospitalarias, en todas esas escenas de la vida animal que se desarrollaba ante sus ojos, siempre veía “la ayuda y el apoyo mutuo” llevado a tales proporciones que lo hizo pensar en la enorme importancia de ese apoyo mutuo que debe tener en el mantenimiento de la existencia de cada especie, su conservación y su desarrollo futuro. Tuvo también la oportunidad de ver que cuando los animales tenían que luchar contra la escasez de alimento debida a múltiples causas, toda aquella parte de la especie a quien afectaba tal calamidad salía de la dura prueba con una pérdida de energía y salud tan grande que ninguna evolución progresista de las especies podía basarse en semejantes períodos de lucha aguda... No podía entonces, Kropotkin —enfaticó René—, estar de acuerdo con este punto de vista. Puesto que estaba convencido de que, reconocer la despiadada lucha interior por la existencia en los límites de cada especie como una condición de progreso, significaría aceptar algo que no sólo no había sido demostrado aún, sino que de ningún modo se confirmaba por la

observación directa.”

—¡Claro! —enfaticó Felipe—: ¿Cómo puede cualquier especie sobrevivir si, con cada catástrofe, cada uno de la especie rebaja o destruye a sus congéneres? —Y concluyó añadiendo— Creo que ya tenemos ideas para darles muchas vueltas esta noche.

—Recuerda que los leones jóvenes esperan su momento preciso para derrotar al jefe de la manada —replicó Rolando.

—Sí, pero eso sucede cuando el león que está a la cabeza de la manada es viejo y menos fuerte; y los leones jóvenes han aprendido del maestro a luchar y guiar a la manada hacia parajes de refugio y comida. Además, solo matan para comer, lo necesario. Igual cuando cambian los climas, la guían a otros lugares más seguros. Y todo eso lo aprenden del león que ha guiado la manada, no solo por intuición... Solo imaginen que las hormigas se maten unas a otras por comida, o por ser líderes; o las abejas. La colonia no sobreviviría sin ese espíritu colectivo, es instintivo.

—Cierto. Todo eso me intriga, va a ser interesante la lectura de este libro —exclamó René.

La caída del sol trajo consigo un viento repentino e intenso lo que les dispuso a dejar la lectura y regresar al pueblo. Quedan en reunirse en un par de días, para continuar la lectura.

Felipe no apareció en esa ocasión. René y Rolando deciden posponer las lecturas, algo pasa con Felipe.

* * *

XLVI

Felipe comienza a sentirse agobiado por tantas actividades en las que lo han involucrado y comprometido, en la Comunidad y en las negociaciones con el municipio. El cansancio le atosiga teniendo que, en breves lapsos, poner su mente en varios tópicos tan diferentes entre sí, ello le produce malestar y mareos al final del día. Sentía también, a su madre alejándose de él, encerrándose en ella misma y, sus olvidos se multiplicaban.

Va a la droguería acompañado por Rolando, hacen todo tipo de preguntas al encargado sobre los medicamentos que ayudan a recuperar o fortalecer la memoria, en breve se dan cuenta que Rolando tiene más idea que aquel buen hombre que hace lo posible por ayudarles conociendo apenas del tema.

Felipe charla con Luisa Arregui, quien ayuda en la tienda a Anastasia. Sondea su opinión sobre si ella también siente que Anastasia está

cambiando de carácter, o tiene olvidos frecuentes. La respuesta de Luisa es afirmativa:

—Sobre todo ya no es tan risueña, tiene olvidos raros, sobre pequeñas cosas, olvida en donde están los productos, por ejemplo —hizo una pausa, miró de frente a Felipe y le dijo—. Me appena decirte estas cosas, yo la veo venir para abajo. Afortunadamente también me he aprendido toda la rutina de trabajo, pero a veces... te soy franca, me pesa tener que cubrir el turno de Tasia. La quiero mucho, pero hay que hacer algo para que ella se recupere —Hizo una pausa y le preguntó—. Y tú, ¿cómo estás?

Felipe tan solo susurró: «Preocupado... cansado y confundido»

* * *

XLVII

Pasaban de largo los primeros meses del año 1922. Felipe se encuentra alejándose de todo. Siente que sus amigos han dejado de ayudarlo a desarrollar sus facultades, se han distanciado los unos de los otros. No le ayudan tampoco a encontrar a su padre, saber más de él y de sí mismo. Se ausenta en las lecturas del libro, y René y Rolando deciden postergarlas. Felipe comienza a aislarse en sí mismo, difícilmente tiene pequeños ratos para sí, para pensar y profundizar sobre lo que él realmente quisiera hacer.

Poco a poco, iba desarrollando lo que hoy, bien podríamos llamar una depresión. Lo embargaba, una sensación de tristeza. La inquietud y obsesión de no conocer aún a su padre, y la preocupación de que podría haber resultado muerto en algún enfrentamiento armado. A lo que se aunaban las actitudes repentinas, de olvidos y mal humor, de su madre.

En algún arranque de ira contenida, Felipe intenta huir de San Buenaventura, partir a donde fuere. Y fue Germinal, el padre de Rolando, quien le descubre esperando al camión, con una maleta.

Germinal tiene una charla con el confundido joven en el que ahora fluyen con suma facilidad las lágrimas. El ingenioso padre de Rolando le demuestra que, si no sabe siquiera adónde ir, no tiene sentido huir de lo que sea que huye, y menos si él mismo no tiene idea de qué haría en caso de irse. A lo que se suma el muy posible decaimiento de su madre, a la que tiene que ayudar. Felipe respira profundo y gradualmente, empujado por los válidos argumentos de Germinal, se da cuenta de lo absurdo de su arranque.

—Anda, ve a casa, dale arrumacos a tu madre, ella está asustada con lo que le pasa, muchos lo sabemos y tú eres la pieza clave para sacarla de

su confusión.

—Gracias Germinal, me acaba de centrar en lo que realmente debo hacer.

El no saber prácticamente nada de su propia familia; no saber incluso cómo comunicarse con el tío Alberto, pese a haber revisado varias veces la agenda que tenía su madre, pesaban en su estado de ánimo. Comenzaban a sentirse como cargas, aquellas responsabilidades tan variadas que había asumido en la Comunidad. A ello se sumaban la dureza, y los constantes olvidos de su madre, que comenzaban a cambiar el carácter de Tasia. Sin embargo, aquella charla con Germinal había significado una recarga de pilas, que entrañó un viraje, y Felipe se acercó a su madre como no lo había hecho por meses.

* * *

Si bien Felipe dejó de ir a las lecturas, cuando René le comentó que las habían postergado, también le hizo entrega del libro. Felipe lo leía a ratos en casa, y no dejó pendiente la lectura hasta haber acabado. Así define varios años después, en sus diarios, la importancia que tuvo tal obra a futuros:

«Aún recuerdo bien cómo aquel investigador ruso, pasó de ser un entusiasta seguidor de las ideas de Darwin tras la publicación de su renombrada obra "El origen de las especies" publicada en 1859, a enemistarse con la tesis que sostenían quienes se autoproclamaban Darwinistas apoyándose en una parte de la obra, que establecía como una de las leyes naturales esa "amarga lucha por la subsistencia entre animales de la misma especie". Tesis que muchos interpretaban, incluso exageradamente, como "la característica dominante de la lucha por la vida y el principal factor de evolución", algo que no era enteramente compartido ni por el propio Charles Darwin.

Ese libro fue muy significativo para nosotros tres. Al igual que cuando leímos aquella inolvidable secuela de Dumas sobre los tres mosqueteros. Si bien no estaba yo en el mejor ánimo, cada uno, por nuestra cuenta, nos dimos a leer aquél voluminoso libro de Kropotkin.

Llegamos, tiempo después, a comentarlo entre nosotros; a hurgar inútilmente en la biblioteca municipal buscando alusiones a todo aquel desarrollo de investigaciones de Darwin y otros tantos que se mencionaban en el libro. Apenas encontramos un par de artículos en una revista atribuidos a Hobbes, así como un par de obras de Goethe, todas ellas sin alusiones muy directas a estos temas. Sin desesperarnos por la falta de otros textos alusivos al gran tema que toca este libro, fuimos desmenuzando muchas ideas nuevas y comprendimos otras tantas, a través de esa lectura de Kropotkin. Tal fue la importancia que le he dado a

esta obra, que las citas que entresaqué me suelen acompañar aún tras tantos años. Inicialmente las apunté en una pequeña libreta que solía llevar conmigo y años después en una memoria USB que suelo cargar en el bolsillo. Sé que tanto Rolando como René hicieron algo semejante.»

* * *

XLVIII

Todos para uno y uno para todos

El año 1922 fue prolongando vaivenes en los ánimos de Felipe, quien en forma paulatina buscaba, por episodios, la soledad, y padecía desánimo, ansiaba aislarse de la comunidad en algún remanso de tranquilidad. Si bien la vida en el colectivo le ofrecía momentos gratos con los múltiples amigos con los que realizaba muy variadas actividades, a Felipe lo embargaba gradualmente una sensación de confusión, había ese sentimiento de repreguntarse quién era él en realidad. Los constantes olvidos que su madre tenía, y la áspera dureza carente de sentimientos, así como la desesperación, comenzaban a cambiar el carácter de Tasia. Todo ello resultaba en piedras inamovibles. El camino era tortuoso, lleno de incertidumbre. Además, el no conocer aún a su padre, y la inquietud de que efectivamente hubiese resultado muerto en algún enfrentamiento armado, pesaban en él.

No saber prácticamente nada de su propia familia, incluso no saber cómo comunicarse con el tío Alberto, pese a haber revisado varias veces la agenda que tenía su madre, todo ello se convertía en un sólido fardo para su andar cotidiano.

Ahora Felipe se sumaba a quienes leían ávidamente las noticias de periódicos que llegaban al pueblo, compartía las contagiosas y terribles sensaciones que solía traer a la comunidad alguna mala noticia de encarcelamiento, o incluso la muerte por asesinato de alguno o varios de los padres de sus amigos. Se había sumido en múltiples inquietudes que salían a flote en cualquier momento. Pero, sobre todo, pesaba sobre él la gradual dificultad que su madre mostraba para entender o recordar algunas cosas, incluso las más simples de la vida diaria. Sentía una cruel impotencia cuando veía a su madre llorar y sufrir a solas.

* * *

XLIX

Tal situación se vino a complicar aún más cuando Mirna, la primera chica con la que tuvo un amorío a sus mozos dieciséis años, se burló de él. Felipe comprendió que era tan blanco como la inocencia que le caracterizaba. Los sentimientos tan intensos, que le habían generado el

desdén y alejamiento de Mirna, sabiendo que no la volvería a ver ni podría acariciarla, le mantuvieron en vilo y acosado por ansias, que llegaban a dificultarle la respiración por momentos, cuando ella se negaba una y otra vez a verlo. Hasta que finalmente Mirna se plantó frente a Felipe en la calle y le espetó a la cara:

—Sabes... ridículo muchachito paliducho y endeble... te odio, ya no te soporto caramelo de caca.

Dicho lo cual se dio la media vuelta y se alejó con pasos rápidos. Felipe se quedó impávido, no sabía qué pensar ni mucho menos qué decir o gritar, sentía esa terrible opresión en el pecho. Esa noche intentó suicidarse con las tres pastillas que aún quedaban en el frasco del que su madre tomaba para la angustia, las que ella guardaba detrás del espejo del baño. El miedo a morir se impuso y se provocó el vómito, aunque su ombligo continuaba llorando.

* * *

La relación con Mirna había comenzado unos seis meses atrás cuando junto con su madre y varias familias de los liberales fueron invitados a la fiesta de bodas de la hija del presidente municipal en turno, don Aureliano López de Arana. El día de aquel evento, apenas llegar al salón de fiestas una chica se fijó en Felipe. En el primer momento en que se apartó Felipe de su madre aquella joven, unos cuatro o cinco años mayor que él, se le acercó le tomó de la mano lo condujo a un lugar en sombras bajo una gran trabe diagonal a un costado del salón y se insinuó con él:

—Estás algo pálido, pero sé que eres alguien muy inteligente, y además eres muy guapo.

Felipe volteó a verla y notó que aquella chica se relamía los labios, mientras miraba a los ojos de Felipe.

—Mmm —susurró ella contoneándose, mientras se frotaba a sí misma los senos.

Felipe no tenía idea de cómo reaccionar ante esos movimientos y solo la observó a los ojos. Le pareció bonita, aunque algo cachetona y de nariz un tanto arqueada, pero su cuerpo era algo soberbio y ella procuraba que fuese aún más obvio con ropas ajustadas y movimientos por demás sensuales. Ante su sorpresa aquella chica le tomó la cara en sus manos y le acercó hasta plantarle un beso en los labios abriendo su boca con la lengua y jugueteando con ella en el interior de la boca de Felipe quien se quedó asombrado, sin embargo, tradujo con rapidez la física sensación erótica de aquellas agradables caricias salvajes en su boca respondiendo a ello con su propia lengua y el comienzo de una erección. Ella se pegó a él y comenzó a frotar su cadera y vientre contra el vientre de Felipe. De

pronto, a escasos par de metros escucharon una voz femenina:

— ¿Qué hacen ustedes?

Era la madre de la novia y esposa del segundo en el mando del municipio, don Aureliano López de Arana. No tardó en reconocer a Mirna y le dijo en un tono discreto acompañado de una franca cólera reflejada en el gesto facial:

—Mirna, si no quieres que le diga a tu padre lo que estás haciendo salgan de este lugar y váyanse de la fiesta —Levantó el amenazante dedo índice dirigiéndose a Mirna y le sentenció— ¡Aquí no voy a tolerar estas vulgaridades!

Mirna fue llevando de la mano a Felipe a la salida del salón y le condujo por las calles estrechas hasta el borde del pueblo, justo frente al pequeño bosque que colindaba con el lado oriental.

—¿A dónde me llevas? ¿Al Edén? —preguntó Felipe con desdén provocativo.

—Tú déjame enseñarte un lugar muy a gusto, ven muchachito pálido, me vas a hacer cositas.

Felipe sencillamente se sonrió, intuía y sentía ese fuego que Mirna tenía por dentro y que lo contagiaba. Ambos siguieron hasta un pequeño prado dentro del pequeño bosque, era como un círculo de pastos verdes rodeado de arbustos densos, de ramas de colores vivos en varios tonos verde y tierra. Mirna se detuvo, justo bajo la sombra de un abeto enorme. Se dio media vuelta y observó hacia aquel pequeño bulto que se erizaba bajo el pantalón de Felipe, quien mantenía una sonrisa con ojos y boca. Mirna llevó la mano a la bragueta del pantalón y la desabotonó despacio mientras con la otra mano comenzaba a tirar de los botones de la camisa de aquel risueño joven. Felipe sintió el gusto de Mirna por aquella sonrisa y le fascinó la mirada líbica, afanosa por desvestirle, sintiéndola con un irrefrenable deseo de pasar un rato escandalosamente sexual.

Ya desnudo, Felipe se recostó en la yerba bajo aquel árbol, aspirando los aromas del recodo, y observó cómo Mirna se desplazó un metro hacia atrás con objeto de que Felipe pudiese observarla desvestirse a gusto, pero sobre todo para disfrutar ella de la vista de aquel enhiesto miembro de aquel jovencito que se veía más ancho y largo de cuantos ella había visto. Se bajó a los hombros la blusa y desabotonó la parte trasera de la misma hasta que la prenda, una blusa blanca con cierto escote, fue resbalándose por su propio peso en aquel bien torneado cuerpo femenino. Felipe, quien repasaba con velocidad sus lecturas eróticas, se levantó y se colocó justo atrás de Mirna, tomó el cierre trasero de la negra y larga falda y lo abrió despacio. Sentía la vibración y el deseo del cuerpo de

Mirna, el cosquilleo que le provocó la falda deslizándose sola. Ya desnuda Mirna giró sobre sí misma y Felipe pudo ver la delicadeza de sus formas, sus pechos con los pezones erectos, las suaves curvas de su cadera, su agitada respiración, aquella pequeña mata de cabellos oscuros tapando su bajo vientre. Dando un paso adelante Mirna pegó su cuerpo al de Felipe, su vientre tenía ya un calor palpitante y Felipe al sentirlo sobre el suyo exhaló una bocanada de aire. Mirna posó sus manos sobre el pecho de Felipe y comenzó a inclinarse hasta quedar casi de rodillas, su cara precisamente a la altura del miembro erecto de Felipe. Lo tomó delicadamente y comenzó a estirar la piel sobre aquel miembro con la mano enrollada sobre el pene. Acto seguido abrió la boca y se metió el miembro hasta la mitad de la garganta chupando y apretando suavemente con los labios y garganta. Felipe sintió que ese acto duraría poco si ella continuaba con aquellas acciones de manera que la separó de su miembro, la levantó y besándola la inclinó hasta recostarla en aquella verde hierba en la que comenzó a besarla de pies a cabeza, lamiéndola y dejando que su cálida respiración fuese sentida por la propia Mirna que ya emitía gemidos, y cuyo cuerpo expelía un aroma invasor al tiempo que pedía suavemente a Felipe que continuase con lo que hacía. Cuando Felipe estuvo a la altura de aquél endiosado, cálido y húmedo monte de venus acercó los dedos para frotar sobre los labios el lugar en el que se sentía una dureza suave bajo la piel. Aquello, si las revistas que Rolando robaba a su propio padre decían la verdad, debía ser el clítoris. Eros bailaba entre los arbustos, Felipe sentía la turbia mirada posada sobre su cuerpo.

Mirna no tardó en convulsionarse voluntariamente y ahora sus gemidos eran gritos suaves y súplicas de "mételo ya, ahora... ya". Ante ello Felipe colocó finalmente su miembro en la abertura de aquellos aromáticos, verticales y húmedos labios y presionó hacia el cuerpo de Mirna que se arqueó en un gemido seco dejando que su vientre se humedeciese de pronto con un líquido caliente el que, tras tres o cuatro espaciadas penetraciones con mayor fuerza, provocó el orgasmo de Felipe. Estuvieron así unos minutos el uno sobre la otra, besándose mutuamente, hasta que Mirna le pidió que se separasen debido al extremo calor y la falta de aire que comenzaba a sentir. Los vientres de ambos estaban embarrados de humedad y aquella sustancia blancuzca estaba por todos lados. Los aromas eran una mezcla extraña. Felipe se frotó el cuerpo entre la yerba, mientras que Mirna optó por tomar el calzoncillo del joven para secarse el cuerpo.

—Jovencito, me hiciste entrar al paraíso. ¿Cuándo aprendiste a hacer todo eso? ¡Fue maravilloso!

Felipe esgrimió una sonrisa traviesa, estaba inseguro de cómo tomaría aquella joven mujer el que le confesase que era su primera penetración en una mujer y que los métodos eran lo que había leído en múltiples revistas.

—Vamos —dijo Felipe—, tengo que regresar a buscar a mi madre, ella tiene problemas a veces con distracciones que le llegan a afectar los sentidos.

Tomó su calzoncillo de las yerbas y lo metió en su bolsillo del pantalón. Mirna optó por regresar a su casa. De regreso al salón de fiestas Felipe recordó, y se congratuló, de todos aquellos entrenamientos para saber controlar los tiempos antes de un orgasmo, que afanosamente practicaban René, Rolando y él mismo con ayuda de las revistas que conseguía el padre de Rolando.

Tras ese episodio Felipe sabía que, si lo que intuía de Mirna no era erróneo, tendría muchas oportunidades de seguir experimentando muchas otras cosas de lo que decían aquellas revistas. Jamás previó la reacción de Mirna, tras aquellos seis meses envueltos de locas aventurillas de sabroso jugueteo sexual, al menos una vez por semana.

* * *

Sin embargo, aquello había terminado con ese sorpresivo desencuentro, al cabo de seis fogosos meses. Y fue René, quien se distinguía por su inteligente capacidad de observación, el que llevaba días viendo cómo Felipe buscaba escabullirse a lugares solitarios, en ocasiones le seguía de cerca y aquél parecía haberse encontrado un espacio en particular al cual se dirigía con frecuencia, un claro en el pequeño bosque al nororiente del pueblo. Cuando René le observaba recostarse, a veces desnudo, bajo la sombra de un enorme abeto sabía ya que Felipe se quedaría allí un largo rato.

Felipe engullía su tristeza: «Buscaba escabullirme, quedar en silencio fuera de la vista y sensaciones de todos. Era en el claro del pequeño bosque, justo bajo el abeto adonde me había llevado Mirna la primera vez. Me solía quitar la ropa si ya era de noche y tirarme en el pasto bajo el árbol. El resto de las áreas del pueblo era algo desolado, tan solo hierbas altas, arbustos y pastos salvajes que crecen en pequeños puños y se abren dificultando el caminar sobre ellos, lo demás era tierra seca, no había muchos árboles salvo en la granja comunal o en las orillas del río Santa María y en las laderas de la sierra. Allí, abajo de mi árbol, yo era libre y el mundo se apagaba. Podía sentirme a mí mismo y era uno de los yo que más disfrutaba».

* * *

L

No tardó René en comentar con Rolando aquello que intuía era algún tipo de abatimiento o melancolía de su amigo, y se encontró con la misma preocupación, por parte de Rolando, en torno al comportamiento de Felipe.

—Felipe ha estado alejado y cabizbajo desde hace semanas, así no es él. Pero puedo comprender en parte por lo que está pasando —Respondió Rolando ante la inquietud de René—. Mirna se había vuelto una muy grata costumbre y Felipe, con su extraña capacidad de sentir a los demás sabía ya que, para Mirna, todo ese enredo comenzaba a resultarle un fastidio, no sacaba mucho del chico con poderes extraños. De hecho, yo vi a Mirna de la mano con Filemón muchas veces.

—Es cierto, mi impresión es que sufre de algún tipo de decaimiento y tristeza. Creo que se han juntado muchas cosas en la mente de Felipe. Su mamá cada vez está teniendo más de esos episodios en los que no reconoce ni siquiera en dónde está ella misma, sus olvidos son muy frecuentes y, si me pongo a imaginarme estando en su lugar, eso me golpearía mucho. Sobre todo, si consideramos que es progresiva su enfermedad, y que tarde o temprano ya no reconozca ni siquiera a las personas. Y lo peor, es que él siente las angustias de su madre cuando ocurren esos eventos.

—Eso mismo pienso, y también está el hecho de que el tío ya ni siquiera se ha comunicado con ellos —Rolando hizo una pausa y continuó—. Siempre está pensando en su padre y en las palabras del tío. Ese es su talón de Aquiles desde que lo conozco, es algo que le pega mucho y es que, carajo, el no conocer o no haber visto nunca a tu papá, y ni siquiera saber si está vivo, o que no te viene a ver nunca, es muy cabrón.

René asentía con la cabeza.

—A eso súmame esas extrañas sensaciones, y poderes raros, los que le cuesta mucho controlar y, de los que solamente su padre le podría explicar —Señaló Rolando—. La verdad es que lo entiendo, lo comprendo. Y por más que trato de darle los consejos que me da mi propio padre, nunca podrá ser lo mismo. Él necesita encontrar a su padre.

—Algo tenemos que hacer Rolas, tenemos que sacarlo de ese estado de ánimo, tenemos que lograr que regrese a ser el Felipe que tú y yo hemos conocido y al que admiramos. Tengo algunas ideas, ojalá funcionen —dijo pensativo René.

* * *

LI

Fue en ese entonces cuando René hizo de las suyas y comenzó, apoyado por Rolando, toda una campaña de convencimiento ante quienes gozaban del respeto y cariño de Felipe. Y fue precisamente don Camilo, quien redondeó la idea al crear un círculo de amigos, jóvenes y adultos que se reuniesen para convivir y charlar sobre libros, temas varios de política, filosofía, ciencias e historia. Una especie de taller en el cual, principalmente los jóvenes, pudiesen formarse y equiparse con herramientas del pensamiento.

—Necesitan de algún método de análisis, un pensamiento científico, poner en duda el mundo entero. Esas reuniones estarían dirigidas a formarlos frente a la vida; ahora que ya se acercaban a la edad en que se transita de la adolescencia a la conversión en adultos, y más, sabiendo que muchos de esos jóvenes estaban pensando ya, en emigrar de San Buenaventura —Solía decir don Camilo—. Esa parecía una idea estupenda.

Se invitó así a varios personajes, tanto de la Comunidad como de la población fuera de ella. Así se unieron el profesor Alvérez, la profesora Eulalia, maestra de biología y ciencias naturales de la escuela, amiga muy cercana al profesor Alvérez; Don Othón, el carnicero del barrio, personaje muy conocido en el pueblo y a quien, don Damián tenía en gran estima, por su prodigiosa memoria y cultura, adquirida durante años por vía de un cuantioso número de libros que acicateaban su memoria, pero también por su carácter jovial y su atinado buen humor. Otros que también aceptaron con entusiasmo fueron don René, llegado hacía poco a reunirse con su familia, y Germinal, los padres de René y Rolando respectivamente. Se incluyó por supuesto a don Damián e incluso a doña Ignacia Fuentes, la anarquista española amiga de Anastasia y una de los más connotados miembros de la Comunidad. Quien, al enterarse por terceros de esa iniciativa, se acercó a don Camilo para exigirle su ingreso al grupo que se estaba conformando para esos fines. La convocatoria fue abierta, a quienes estuviesen interesados en participar, hubo además cuatro madres de familia de la comunidad, cuyos hijos e hijas se habían entusiasmado con asistir a esos talleres, además de René, Rolando, Felipe y diez o doce jóvenes amigos de éstos, de la propia Comunidad. Las actividades no serían tan solo en algún cuarto o salón, sino que serían frecuentes las salidas al campo para estudiar y comentar la vida en la naturaleza. Era entonces una nueva colectividad en la que había más de veinte jóvenes recibiendo y asimilando de los profesores y mayores de edad, tanto como podían de aquellas tertulias y paseos por los campos. Por supuesto, Felipe fue un entusiasta participante en esos talleres.

El primer tema que aglutinaría a todos los participantes fue "La ciencia y el método científico"...

* * *

LII

Enero -1924

El diario personal, un balance

Comenzaba el año y el frío se hacía actor y partícipe en toda actividad. Felipe estaba sentado en uno de los escalones que tenía el atrio delantero del galerón de los talleres. Su mente daba rienda suelta a los pensamientos, los cuales, fluían como un balance de su vida en esos últimos años. Escribía en su diario:

«Han transcurrido poco más de doce años desde que vinimos a San Buenaventura, me encuentro pleno y mi vida se desarrolla con mucha riqueza en el aprendizaje de tantas cosas. Por una parte, de nuevo cuento con los tiempos necesarios para sumergirme en pensar y razonar sobre la vida misma. Leo grandes novelas, y participo en las agradables tertulias sobre las ciencias naturales, la química y las matemáticas. Tal vez la física se me complica un poco, pero esas lecturas con don Camilo y don Damián, a las que a veces se suman, sobre todo cuando discutimos textos de ciencias sociales o filosofía, el papá de Rolando, Germinal y por supuesto don René, el padre de René, recién llegado al pueblo poco antes de iniciadas las tertulias, a las que llega siempre junto al profesor Rosendo Alviéz y Eulalia Encinas, la maestra de biología y ciencias de la escuela pública, quienes suelen polemizar con textos, y sólidos conocimientos en muchos temas, con los demás, en particular con Germinal y el Tata, don Camilo. Era como en el libro de Juan Jacobo Rousseau, cada uno de nosotros tenemos múltiples asesores para cada una de nuestras inquietudes y aprendizaje sobre el mundo. Este taller ha tenido varias maneras de ser aprovechado. Un buen ejemplo fue que, gracias a la participación de todos se pudo en breve conformar una pequeña forja de metales, la cual, con la próxima adquisición de una máquina de troquelado y moldeado, va a permitir fabricar diversas piezas y herramientas en la comunidad, para bien de todos. Con aportes como ese, las autoridades del pueblo ven con buenos ojos las constantes iniciativas de los profesores de la escuela, y de la comunidad en general, para mejorar las condiciones de vida del pueblo en su conjunto; es por ello que suelen brindar apoyo para el transporte, trámites y compra de diversos instrumentos, o insumos que no se encuentran en la región. Todo este gran aprendizaje lo he tenido en dos vertientes: comenzar a dominar, aunque sea en forma un tanto incipiente, las facultades que me proporcionan el poder sentir a las personas, tanto cuando hablan como cuando guardan silencios. He conseguido que la mayoría de las sensaciones que recibo se convirtiesen en algo normal, casi natural para mí. Mis sentidos del olfato, el oído y la vista se han crecido en intensidad, y he aprendido a convivir con ello. Aprendo también, experimentando con escaso éxito aún, a tratar de convencer sobre alguna idea. Incluso, he intentado emplear silogismos o metáforas, lo cual me llevó a hacer el ridículo en la mayoría de los

intentos. Pequeños fracasos, de los que aprendí, así como grandes y gratas sorpresas. Es agradable saber que, para muchos de ellos, quienes conocen mi peculiar condición, el trato para conmigo no es distinto al que dan a los demás. Además, para aprender a controlar las sensaciones, cuento ahora con la ayuda de mis amigos, quienes saben tanto como yo en cada paso que doy. Así como en planear los ejercicios físicos que tengo que emplear.

Por otra parte, las tardes de largas charlas me permiten conocer más de la ciencia, el cosmos, la historia, la literatura; sobre los pensamientos filosóficos y, gracias a la vida en colectivo de aquella comunidad, a conocer más del significado práctico de las grandes corrientes de pensamiento que siguen, tanto los anarquistas como los socialistas. Todo ello, a través de la estupenda y creativa guía de varios miembros de la comunidad, como don Camilo, Germinal y Don Damián, sin menosprecio del profesor Rosendo quien, en esas tertulias, se pronuncia en forma abierta como un socialista al igual que la maestra Eulalia y el padre de René. Era notoria la discusión sobre el papel del Estado entre todos ellos. Además, la vida en colectivo tiene enormes ventajas, y una de ellas, sin duda, es la ayuda que varias personas brindan a mi madre. Siempre hay apoyo para ayudar a mamá con sus necesidades más básicas. Le brindan cariño y comprensión, ante el avance de su enfermedad. Practican con ella ejercicios muy didácticos que, por momentos, le permiten detener la pérdida de memoria. Para la ayuda física de sus necesidades, hay varias señoras que nos brindan toda la ayuda necesaria y ella siempre está limpia y arreglada tal y como a ella le gusta. Conseguí que un par de madres de la comunidad ayudase a Luisa en la tienda de abarrotes, con objeto de tener bien y más tranquila a mi madre. Ello significaba un pequeño incremento, en los ingresos que percibían sus familias, y la tienda continuó prosperando, incluso tras el fallecimiento de doña Emigdalia, que les cedió los derechos de propiedad del local, en su testamento, a las mujeres que allí trabajaban.

En la vida diaria de la comunidad, inserta en la población de aquel pueblo, se desarrollaban las agradables comidas colectivas, así como la pizca, el plantar, recoger y levantar frutas y vegetales. Tanto del pequeño campo agrícola, como de la granja comunal, que se encuentran en los linderos del pueblo, todo en colectivo. Muchos jóvenes disfrutamos del aprendizaje extraescolar en alguno o varios de los talleres de artes manuales como carpintería, plomería, algo de albañilería, talleres en los que es diestro don Camilo, quien me ha formado para comenzar a dar clases a muchos de los aprendices mas pequeños.

Practicamos todos, juegos y charlas académicas en colectivo, y seguimos asistiendo también a clases de inglés y de francés que imparten las familias de los Wobblies americanos y canadienses, los que más o menos, dominamos con cierta fluidez. Incluso el Tata, quien ahora presumía su inglés algo españolizado. Por su parte, mi madre se ha integrado, incluso

como terapia para sus extrañas distracciones, a las amplias y largas reuniones comunitarias de los adultos de la Comunidad. El respeto y cariño que muchas personas de la comunidad, y del pueblo, le tienen a mi madre, es algo verdaderamente emocionante. El número de hombres adultos es escaso, pero muy organizado, y han fincado una importante relación con las autoridades del pueblo, las que ven cómo se beneficia éste de la Comunidad. Aquí, en San Buenaventura, tanto los migrantes mexicanos como inmigrantes de más allá de la frontera, han formado una vida en colectivo que hoy, muchos llamarían admirable, y muchos más, simplemente la denominarían como una "utopía-real".

Las tierras comunales para labranza de granos y sembrado de árboles frutales o vegetales, se expandían con beneplácito de todo el pueblo, que se beneficiaba con mayores cantidades, y nuevos alimentos sanos y baratos, disponibles para su consumo. Varios pupilos del Tata, don Camilo, ya habían adquirido un torno y fabricado una forja, con los que comenzaron a fabricar herramientas y utensilios que vendían en el mercado local. Con la llegada de nuevas familias, aprendieron a construir nuevas viviendas enteras, prácticas y muy agradables para ser habitadas por quienes inmigraban, o se agregaban en el pueblo a ese gran colectivo. Reparaban también, las casas de la población de San Buenaventura, y la relación resultó cordial y duradera con los habitantes locales. Los jóvenes del pueblo aprendían también en varios de los talleres y en las áreas de cultivo, que habíamos apartado para ese fin. Con cierta frecuencia llegaban nuevas familias, o incluso hombres, cabezas de familia que habían abandonado las armas, y crecía aquel gran experimento social, que solía también tener sus momentos de gran tristeza al llegar noticias sobre fallecimientos, aprehensiones o batallas en las que aún participaban los lejanos hombres de las familias que allí habitaban. Y yo seguía sin saber más de mi propio padre.

Por mi parte, siempre he considerado que desde aquel entonces tuve la suerte de aprender desde joven el valor de la amistad, la sincera y franca amistad y los valores de una colectividad franca y sincera. Cierto es que en aquellos años tenía muchos amigos en la comunidad, pero ninguno como Rolando o René cuya amistad ha significado ya tantas cosas en mi vida. Este, tal vez, podría ser un momento adecuado en mi narrativa, por lo que transcribo un poema que René escribió sobre la juventud durante ese precioso periodo, tal vez no por su calidad poética pero sí por la franqueza y sentimiento de la palabra:

Envanézcanse de libre conciencia. En su primavera sin inhibición. La dulce, aguerrida, franca y justa. Suave, rozagante y drástica. Alborada de la juventud.

Los tres nos encontrábamos en esa transición de la adolescencia, teníamos dieciocho años y habíamos compartido tantas cosas juntos que me cuesta trabajo entender a muchos, a los que he conocido a lo largo de

mi vida, que no parecen tener claro el concepto de crear, entregar y cultivar una verdadera amistad tan fraterna como la que experimentamos los tres. La solidez de nuestros principios y avidez por el conocimiento, nuestra entrega por conocer lo mejor de cada hombre o mujer, sentó la base común, el cimiento que nos sostuvo todos estos años. Incluso en la distancia como sucedió después de la crisis de mi madre.»

* * *

Capítulo 12

CAPÍTULO XI

LIII

Se rompe la memoria

Felipe solía sentarse en el lecho de su madre en las mañanas y platicar un rato con ella antes de que llegase la señora Enriqueta a ayudarla con el aseo y vestirla, ese día en particular resultaría fatídico. Felipe la tomó de la mano cuando ella despertó y le dijo con voz suave:

—Buen día hermosa señora.

—Buenos días joven... ¿Quién es usted? —respondió ella con una mirada inquisitiva que confundió a Felipe. Hecho lo cual ella paseó la mirada por la habitación mostrándose cada vez más confundida.

— ¿Podría llamar a mi madre? La necesito hoy que vamos a ir a la fiesta, tiene que cepillarme el cabello y escogerme la ropa para que mi abuelo me vea muy bonita —soltó de improviso Anastasia, esgrimiendo una amplia sonrisa.

Fue como un balde de agua fría. Felipe sintió la franqueza y confusión de su madre mientras Anastasia revisaba con detalle la habitación en la que se encontraban. Sentía crecer su confusión y Felipe intuyó ese atisbo de temor que nacía en ella.

—Por favor joven ¿puede decirle a mi mamá que venga?

Felipe asintió con un gesto de cabeza mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

—No esté triste joven, hoy es día de la fiesta de mi abuelo, es para estar feliz.

Sintió en su cabeza cristales molidos y le vino a la mente la pregunta que se hacía tantas veces en esos meses.

—Si claro, dígame cómo se llama su mamá y yo la llamo para que venga a ayudarla —dijo Felipe con una voz trémula, a punto del llanto.

—Paulina... —Respondió presurosa—. Paulina De La Hoz, es guapísima.

Dígale que se nos va a hacer tarde para ir a la fiesta del abuelo Nicolás.

Felipe asintió de nuevo y se levantó para salir de aquella habitación y de la casa. Necesitaba ayuda, aunque no sabía exactamente para qué. Iría en busca de la señora Enriqueta para que auxiliase a su madre. Sabía bien que eso sucedería tarde o temprano, ya se lo habían explicado varias personas de la comunidad. Pero necesitaba creer que la presencia de aquella mujer que pasaba tantas horas con ella podía hacer algo para que su madre reaccionase, que le regresase a ella, a Anastasia, a su madre. Apenas salió de casa cuando ya se aproximaba aquella buena señora quien le sonrió saludándolo, y su gesto cambió al acercarse y ver el rostro asustado y las lágrimas de Felipe. Se quedó unos momentos en silencio meditando sobre lo que podría haber ocurrido y le preguntó:

—¿Te desconoció verdad? —le susurró Queta.

Felipe tan solo inclinó la cabeza y las lágrimas estallaron en llanto. Queta lo abrazó cariñosamente mientras le susurraba:

—Está bien Felipe, está bien que te desahogues, la pérdida de memoria de tu madre ya está avanzando más rápido —Hizo una muy breve pausa y añadió—. Lo siento.

* * *

Nubarrones a la distancia provocaban al viento frío que se hacía presente por momentos entre los lacios cabellos de aquel joven doliente, con los puños cerrados de rabia en los bolsillos de una chamarra de cuero. Felipe daba pasos sin sentido de un lado a otro del pequeño prado bajo la sombra del único Roble en la zona.

El momento en el que su madre no le reconociese había finalmente llegado, la memoria se había apagado en ella. “Todo en mi vida ha cambiado en minutos.” La nariz enrojecida, los ojos verde aceitunado tornaban en sangre y la cascada de lágrimas rodaba en labios dando color a su pálida tez. Su porte seguro de sí se había extraviado un par de horas antes al entrar en aquella habitación, como todos los días, a saludarla.

La cabeza gacha, la mirada perdida, deambulaba entre los pastos de aquel lugar en el que Felipe solía dejarse ir, sentirse, alejarse de todo y ser él mismo.

“Diablos, es tan intenso éste ahora en que mi madre, el gran eslabón de cariño y cordura para asirme al mundo, se apaga. ¿La perderé? No puedo dejar que regresen esos temores de nuevo, debo fortalecerme yo mismo como humano de aquí en adelante. Si tan solo supiese qué es lo que realmente soy. Ella, sus consejos, su cariño, son lo que me ha jalado al mundo para ser un humano. ¿Haría lo mismo mi padre si estuviese aquí?”

No lo sé, han sido ella y Alberto los que me enseñaron a ser humano, a luchar por serlo, a no abandonar todos esos principios, los sentimientos, y a controlar este demonio, u lo que sea, que se apodera en ocasiones de mí, de mi mente, al estar rodeado de personas. René y Rolando lo comprenden también, eso creo, no tengo secretos para ellos. Como sea, mi tranquilidad la he descubierto aquí en la comunidad, donde muchas personas saben de mi rareza, donde soy un ser humano para todos ellos.”

Felipe sintió la proximidad de René y las emociones de solidaridad y cariño que afloraban en él al ver la imagen de tristeza y desesperación que cundían en Felipe, el cabello al viento, ajeno al mundo y con las manos en los bolsillos de la chamarra.

René se acercaba con paso firme y se detuvo un par de pasos atrás de Felipe y dijo, casi en susurros:

—Te he estado buscando ¿Te pasó algo para que estés aquí, en este lugar que es tu escondite cuando te alejas de todo?

—Mi madre hoy ya no sabía quién era yo. —Levantó la cara y volvió el rostro. René quedó sorprendido ante los sanguinolentos ojos que le miraban, distinguió sendas rutas de lágrimas rojas, secas, derramadas en el rostro de Felipe. René avanzó unos pasos y levantó por instinto los brazos acercándose a su amigo y le abrazó, contagiado de frío, temor y tristeza.

* * *

LIV

La cautelosa visita a Alberto

Esa tarde el aire frío que serpenteaba en el barrio de grandes casonas, hizo que aquel hombre que caminaba con velocidad se detuviese. Presuroso, sacó de la mochila que traía colgada al hombro, una abrigada prenda con borrega por dentro y tela negra en el exterior, se acomodó la oscura capucha sobre la cabeza, cerró el zíper de la negra mochila y emprendió camino hacia una de las últimas casas al fondo de aquella calle.

Al llegar a la puerta de aquella casa tocó en el timbre de la puerta exterior, ubicada en la reja blanca que mostraba en el patio interior un automóvil Ford de reciente adquisición, dado lo impecable de la pintura y llantas prácticamente nuevas. Apenas unos segundos después, se abrió una puerta sobre el pasillo que daba a la entrada de la casa. Un hombre alto y fornido se acercó a la reja y le preguntó a aquel individuo la razón por la que había tocado el timbre. El alto y fornido hombre le examinó de pies a cabeza. Un tanto extrañado por la curiosa tez pálida y llena de

arrugas del hombre afuera de la reja, volvió a preguntarle el motivo por el cual había tocado el timbre.

—Necesito hablar con Alberto De la Hoz —dijo con voz grave.

¿Su nombre?

—Américo — contestó con sequedad.

—Espere aquí unos momentos, voy a avisar.

—De acuerdo.

Menos de un minuto después el propio Alberto, seguido por aquel hombrón, Gilberto, salió a abrirle la puerta:

—Pasa, pasa Américo, disculpa a Gilberto, es mi hombre de confianza, pero no te conoce.

Al entrar se acercó a Alberto y le tendió la mano extendida. Alberto le tomó de la mano y lo atrajo así para darle un abrazo.

¿Cuánto tiempo mi buen amigo?

—Más de cuatro años —contestó.

—Pero pasa hombre, esta es la morada en la que damos cobijo a los más buscados. Ven adentro, seguro tenemos mucho de qué hablar —comentó Alberto poniendo el brazo sobre el hombro de Américo, y llevándole hacia la puerta atravesando el oscuro pasillo de entrada al lugar.

Sentados ambos en un par de mullidos sillones en una de las habitaciones que había sido acondicionada como un despacho en la planta alta, Américo preguntó:

—Entonces, en éste lugar has estado recibiendo a muchos compañeros que son perseguidos por el gobierno —Comentó aquel pálido y arrugado ser, y agregó—. Interesante.

—Así es, y procuramos tener buena relación con ciertas autoridades para que se hagan de la vista gorda y podamos conseguir papeles a los compañeros, varios atraviesan la frontera y eso ayuda —Alberto calló por unos segundos y agregó— ¿Y qué te trae por estos lares, si se puede saber?

—Tu cuñado —respondió parco.

Alberto se sobresaltó, abrió grandes los ojos, e incorporándose hacia adelante preguntó:

—¿Le has visto?

—Vengo de estar con él.

—¿Está bien?

—Bueno, sus piernas, ya no son como antes —Hizo una breve pausa y continuó—. Está preocupado, los remedios de Jano ya no son muy efectivos en él. Y a todos nosotros nos afecta la movilidad, particularmente en las piernas y rodillas. Pero yo estoy aquí por otras razones.

—Soy todo oídos, buen amigo.

—Él, de alguna manera sabe lo que sucede en esa comunidad, en la que están Anastasia y su hijo.

—Supuse que estaría al tanto. Pero no he podido comunicarme con él... ¿Pasa algo? —preguntó Alberto.

Antes de contestar a esa pregunta, Américo se frotó la cara, como intentando dar elasticidad a la piel del rostro.

—Perdona Alberto, mi rostro se reseca demasiado y debo frotarlo con demasiada frecuencia. Lástima que no encuentro las cremas que Jano me prescribió.

—Ponme el nombre, o la fórmula de las cremas en un papel, y veré qué puedo hacer.

—Felipe está bien, en lo que cabe. Ya le han perdido la pista. Pero me ha pedido que te recuerde que debes llevar a su hijo a una hechicería, dijo que tú sabrías. Algo malo le heredó, algo que le echaron encima. Esas brujerías del imaginario de las antiguas comunidades que son usadas para venganzas absurdas, se convirtieron en las armas favoritas de los poderosos. Él ya se ha quitado lo que le echaron, pero le preocupa el pequeño. Parece que sea lo que sea que tenga, eso inhibe sus cualidades.

—Lo sé, él me lo pidió. Y he estado pensando en llevar a mi sobrino a la Hacienda de la familia, y de ahí a Catemaco.

—No tardes en hacerlo. Así yo podré enseñar al chico lo que ni tú ni tu hermana pueden hacer, solo alguien como nosotros, que sabe lo peligrosas que pueden ser las palabras y sus signos, puede entrenarle. A los hombres, en estos tiempos de zozobra, los llevan el rencor, el viento y

la esperanza, con la amargura de perder sus raíces.

—Ojalá no te incomode mi pregunta, pero... ¿Qué son ustedes?

—¿No te hemos dado muestras acaso, más que suficientes de lo que hacemos? —contestó Américo levantando la voz.

—Está bien, ya no pregunto —Se disculpó Alberto levantando las manos en señal de cortar el tema — Ojalá sean ustedes el futuro.

—Estoy agotado. ¿Me puedes alojar por ahora? —le preguntó a Alberto, en un tono más suave y cariñoso.

—Por supuesto, ésta es tu casa. Estamos al abrigo de los inoportunos. Este barrio no es un lugar donde la policía buscaría delincuentes.

Américo soltó una carcajada y dijo con una sonrisa que le iluminó la cara:

—Ya hasta de delincuente me calificas.

—Perdón, ya entendí —hizo una pausa y llamó en voz alta a Gilberto.

Gilberto entró en la habitación y Alberto, volviéndose hacia Américo, le comentó:

—Gilberto es mi compañero de todas las travesuras y peleas en las que hemos estado envueltos, es de toda mi confianza —Y regresando la mirada hacia Gilberto le dijo—. Este hombre es como mi tío, gran compañero desde que me lo presentó Felipe, mi cuñado. Di a los chicos que le preparen el cuarto al lado del mío, se queda con nosotros hasta que él quiera.

Gilberto adelantó unos pasos y le tendió la mano a Américo a la vez que dijo:

—Los amigos de Alberto, y del gran Felipe, son mis amigos.

Américo respondió al saludo con la mano y le espetó un “muchas gracias”.

—Venga, vamos a arreglarle una habitación. Y ambos salían de aquel despacho, cuando Américo se dio vuelta e insistió:

—Alberto, recuerda, las cremas —Alberto levantó el dedo pulgar en respuesta, y el extraño visitante giró, para seguir a Gilberto.

* * *

La mañana era soleada, pero el sol invernal se mostraba impávido para calentar la piel. Américo había bajado a desayunar y tras varios intentos por encontrar la cocina dio con ella. Al entrar en ella, encontró a Alberto y a doña Eufrosina, charlando sobre lo que se necesitaría comprar en el mercado local y haciendo una extensa lista de lo que necesitaban ella y la chica que la ayudaba. En aquella casa se encontraban siete perseguidos, además de Alberto y Gilberto y dos jóvenes que les ayudaban, de manera que el abasto de comida y demás enseres, era amplio.

—Buen día —dijo Américo con voz un tanto hosca, antes de sentarse en una banca junto a la mesa, aspirando los aromas que invadían el lugar.

¿Quiere usted unos huevos revueltos con chorizo?, los acabo de preparar —comentó Eufrosina, una mujer madura, embozada en un largo mandil de cocina con dos trenzas en el cabello entrecano, que sobresalían con moños de colores en las puntas, a ambos lados del cuello.

—Muchas gracias, justo lo que necesito —contestó sonriendo Américo, mientras Eufrosina se levantaba para servirle el platillo.

—Tengo que charlar contigo Beto —mencionó, mientras aquella mujer le servía en la mesa un vaso de jugo de piña y colocaba una servilleta y cubiertos.

—Tú dirás... —dijo Alberto expectante a lo que diría.

—Por el momento, no parece conveniente que ni tú ni Felipillo sepan en donde está Felipe. Es mejor no comentarle nada al joven Felipe, dado que los que siguen a tu cuñado aún no saben en dónde se encuentra él. Y si llegan a saberlo, ya sea porque el pequeño vaya en busca de su padre; lo cual es probable por cómo están las cosas en la Comunidad. Les bastaría con seguir al joven Felipe para dar con su padre. Es por eso que Felipe no quiere, por ahora al menos, que su hijo vaya en su busca —Hizo una breve pausa, y agregó—. Además, podrían capturarlo, secuestrarlo, y usarlo de señuelo, o matarlo incluso.

—¿Entonces eres tú quien va a cuidar de mi sobrino?

—Ya estoy en eso. Me lo pidió tu cuñado. Necesitamos que lo lleves con el hechicero para que sus poderes se intensifiquen y poderle enseñar otros, que serán vitales para él.

—Entiendo, ¿algo más? —preguntó Alberto.

—Sí, llévale a la hacienda, hay algo que le dejó su padre. Algo que

necesitará a lo largo de su vida.

¿Qué es? —preguntó Alberto, cuya curiosidad despertaba.

—Cuando lo tenga en sus manos, él decidirá si te lo dice.

El visitante pasó un par de días de descanso en la casa de seguridad de Alberto. Y con una buena cantidad de cremas que éste pudo conseguir, Américo partió de Querétaro revitalizado.

* * *

LV

A instancias de doña Queta y, en virtud de lo acontecido entre Anastasia y Felipe, con las perspectivas que eso tendría en el futuro inmediato. Varios prominentes miembros de la Comunidad se reunieron con Anastasia y Enriqueta, con objeto de saber más sobre su estado y, los posibles escenarios de las implicaciones que ello pudiese tener sobre Felipe en el futuro. En esa reunión todos convenían en que Felipe era un joven insólito por su avidez en el aprendizaje, sólido en sus principios, tenía carácter, fortaleza y una formación importante. Incluso, en el control de sus extrañas cualidades las que, en la práctica, sin duda le ayudarían a salir adelante. De tal suerte, el consenso consideró importante el contactar al tío Alberto y sugerirle el regreso de Felipe a su casa. La sugerencia se basaba en que, el propio Alberto había sido como un padre para él en sus primeros años y, su figura y presencia en la vida de Felipe podían ser importantes en el futuro de aquel brillante y extraño joven. De todas maneras, cualquier decisión debería provenir del propio Felipe. Por lo tanto, era claro que deberían reunirse con él, preguntarle y juntos decidir o aconsejar qué sería lo más conveniente.

En la reunión que sostuvieron al día siguiente doña Ignacia, Enriqueta y Camilo con Felipe, iniciaron con la pregunta:

—¿A ti qué te gustaría hacer ahora Felipe, que quieres hacer en éste próximo pedazo de tu vida? —Preguntó Camilo—. En el estado en que está tu madre creo que no sería conveniente para ti permanecer a su lado, tú tienes toda la vida por delante.

—Tu principal responsabilidad ahora, eres tú mismo —Añadió doña Ignacia—. Por ella no debes preocuparte, tenemos la experiencia para que ella esté tranquila y bien cuidada. Entonces... ¿sabes ya lo que tú quieres hacer?

—Buscar a mi padre —respondió de inmediato y sin dudarlo.

—Me parece bien. ¿Y qué has pensado hacer para encontrarlo? —preguntó Camilo.

—Primero necesito saber en dónde puedo encontrar a mi tío.

—Yo sé la dirección de tu tío, en Querétaro —comentó Enriqueta, y añadió— Tu madre me la dio, como precaución, si a ella le pasaba algo. Te la daré cuando quieras.

—Hecho, pensaré bien en lo que haré de aquí en adelante. Gracias, sobre todo a usted don Camilo... por todo su apoyo en estos años —Giró la mirada a Doña Queta y agregó—. Y por supuesto a ustedes, doña Queta, doña Ignacia, que se han portado maravillosamente con mi madre... ¿Qué puedo decirles? Si ustedes fueron un faro para mi madre en aguas profundas. Antes de irme yo les comunicaré mi decisión.

Había en el aire esa sensación de tristeza y, el sabor amargo se transparentaba en las miradas de todos ellos.

* * *

LVI

Tras un par de días de charlar con Rolando y René, quienes fortalecieron su decisión, Felipe decidió partir de inmediato a buscar a su tío. Sus amigos esperarían su regreso, y Alberto significaba el único eslabón para saber más sobre la manera de encontrar a su padre.

Esa mañana en que partiría, Felipe entra a la casa de adultos mayores. Desde la ventanilla en la puerta del cuarto en el que se encuentra su madre, la observa mirando por la ventana hacia el exterior, a algún punto en un cielo de tristes nubes grisáceas.

Se le acerca doña Queta y le pregunta si quiere pasar, le advierte que es muy probable que lo desconozca. Al escuchar voces Anastasia voltea hacia la ventanilla en la puerta, levanta el brazo y le saluda con un gesto de la mano, sin siquiera una sonrisa. Felipe hace lo propio y decide no entrar al cuarto y salir de allí, antes de comenzar a llorar. La sensación invitaba al miedo.

* * *

LVII

La despedida de Camilo

Felipe no sabía si había hecho lo correcto en no dar un beso y un abrazo a su madre, no soportaría que ella le desconociese de nuevo. Caminaba sin

rumbo con la mochila de viaje auestas, con esa duda en el estómago. Decidió enfilar sus pasos hacia la casa en que habitaba don Camilo, quien ya le esperaba afuera de su morada, semejante a aquella que Felipe dejaba atrás. Felipe se acercó a don Camilo, con la intención de despedirse, y éste le invitó a dar un paseo por las afueras del pueblo. Ambos caminaron en silencio, hasta el fondo de alguna calle lateral. En ese momento don Camilo se detuvo y comentó:

—Sé que te vas, seguramente vienes a despedirte —hizo una pausa y continuó— Me preocupa algo... A veces me pregunto si no estamos enseñándoles a ustedes, a vivir en una especie de burbuja en la que sobrevive lo mejor del ser humano. Tal vez debemos poner un mayor énfasis, en mostrarles también, lo peor del mismo.

—Tata, también leímos tragedias griegas; seguimos de cerca lo que fue la tiranía en nuestro propio país antes de la revolución. Sabemos de las guerras y las atrocidades...

—Pero no del cinismo, de las frases e intenciones que se esconden tras las palabras. De las ambiciones desmedidas, de la crueldad, la que llevan consigo millones de seres allá —señalaba el Tata hacia lo lejos— afuera...

—Por eso es que muchos de nosotros debemos salir de aquí, también para defender lo que aquí se ha creado, lo que nos han enseñado —concluyó Felipe.

El Tata se mantuvo en silencio unos minutos con la mirada hacia la lejanía. Sin ver, tan solo cavilando alguna idea construida con los pasos lentos que daban los cuerpos. De pronto comentó:

—¿Sabías que éste pueblo ha sido recientemente integrado en la historia?
—¿A qué se refiere? —preguntó ansioso Felipe.

—En 1911, cuando ya varios de nosotros habíamos llegado a este lugar, muy cerca de aquí se escenificaron dos batallas.

—¿En serio? ¿Y por qué en la escuela no nos mencionaron eso?

—Bueno —observó don Camilo mirando al suelo en el que pateaba suavemente el polvo con los zapatos—, en ese entonces el presidente municipal era un conocido porfirista y pidió a los maestros que no incluyeran esos eventos en la enseñanza de historia a los niños. — Hablaba despacio, más que lo usual en él— Casi todos en el pueblo vivieron de cerca el fuego de las armas, al menos el ruido. Hubo incluso algún curioso que quiso acercarse y resultó muerto de un balazo. Además, ganaron la batalla los anti-reeleccionistas al mando de José de la Luz Blanco, un chihuahuense nacido en el pueblo de Guerrero aquí cerca, en este estado... —hizo otra larga pausa y prosiguió— Ahora debe ser todo

un general. Y pocos días después de esa batalla que sucedió por allá —señaló las laderas al frente— Hubo otra, por el camino a Casas Grandes y ya se le habían unido otras fuerzas a José de la Luz cuando llegaron los soldados federales que iban a proteger Casas Grandes. Parece que tomaron por sorpresa a los federales y ganaron la batalla. Pero ese segundo encuentro de guerra fue algo más lejos y la población dice que no se escucharon los tiros. Al menos yo no escuché nada. Y esos dos eventos han puesto a este pueblo en la historia. Poco después renunció el alcalde y llegó este otro, al que ya conoces. Y José de la Luz fue a escoltar a Madero, que cruzó por la frontera al norte de este pueblo en su regreso de los Estados Unidos.

Pero también en ese año, en mil novecientos once, sucedió la toma de Ciudad Juárez. Y ese sí fue un enfrentamiento decisivo de la revolución, esa batalla se desarrolló del día ocho al diez de mayo. Había fuerzas de muchos jefes de la revolución como los generales Francisco Villa, Pepino Garibaldi, el propio José de la Luz Blanco, así como Pascual Orozco. Tras la toma de la ciudad hubo un desorden total, con muchos fusilamientos, hasta que se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez que regresaron un cierto orden, pero que fueron de suma importancia. Provocaron que poco después renunciase Porfirio Díaz a la presidencia. Ahora, el maestro Alvérez ha hecho una crónica, toda una investigación, y muy bien escrita. La ha enviado al Gobierno del Estado, con todo un archivo de papeles, que prueban cada palabra de lo que expuso.

—No lo sabía, pero es más que interesante, voy a investigar en cuanto pueda sobre eso. Sabré más de los lugares en donde viva a lo largo de mi vida... Sí, eso haré.

—Sabes... te extrañaré. Como extrañaré también a tus amigos, porque sé que se irán todos, y estarán juntos en muchos lugares, eso lo sé muy bien. Yo ya estoy viejo, y lo que más me ha dado satisfacción en la vida ha sido ayudar a formar, y a fortalecer un carácter propio, en jóvenes como ustedes. Pero debo decirte, que no había encontrado una terna tal de chicos con esa sed de conocimientos, como son ustedes —Meditó la siguiente frase y la soltó con una sonrisa en los labios—. Los tres mosqueteros.

Felipe no sabía qué responder, solo sonrió y guardó silencio. Se arrepintió de ello porque don Camilo no volvió a decir palabra en todo el camino de regreso hasta la calle principal, y lo sentía triste. Solo fue hasta ese momento, cuando el Tata detuvo sus pasos, se giró y le tomó de los hombros.

Felipe pudo observar sus ojos brillosos y húmedos, el Tata sacó un pañuelo de la chamarra, se sonó y le abrazó. Se dio media vuelta, y se retiró del lugar. Le vio irse, despacio en su andar, hasta desaparecer en

alguna otra calle sin tantas ilusiones.

Felipe regresó al punto de encuentro, contagiado de esas lágrimas reprimidas, tomó el saco de viaje con sus pertenencias y emprendió la marcha a la parada del camión, pateando piedras sin voltear atrás.

* * *

Capítulo 13

CAPÍTULO XII

LVIII

Primeras andanzas

Finales de febrero de 1924

De nuevo en tren, trece años después. Esta vez su destino estaba en Querétaro y el tren avanzaba a una velocidad mayor a la que Felipe recordaba. Sin embargo, no notaba cambios en el decorado del vagón. Recordó los momentos de ese primer viaje en ferrocarril, Querétaro, una ciudad llena de soldados a pie y a caballo, allí es donde estaría ahora el tío Alberto si la dirección era la correcta. Se llenó, durante el viaje, de esos hermosos recuerdos repletos de emociones acumuladas por años de su vida en San Buenaventura, llevarían varias horas de anécdotas que se hilvanaban en una cadena digna de ser guardada en algún cajón de la memoria. Sobre todo, aquellos de las incontables veces en que su madre se acercaba sigilosamente y lo abrazaba, aquellas caricias y miradas tiernas que le hacían sentirse tan querido; el hombro sobre el que tantas veces había llorado y las palabras de aliento, consejo y consuelo que le prodigaba. El lazo que unía a Felipe con la comunidad no se habría de romper, él prometió volver y estar al tanto de su madre. Tenía además la intención de reunirse en un par de meses con René y Rolando, quienes ansiaban continuar sus estudios en la capital.

Ahora la prioridad era encontrar a Alberto y saber a través de él en dónde había sido visto su padre por última vez, y esperar datos tangibles para poder encontrarlo.

* * *

Tocó el timbre en la puerta de la dirección que traía consigo. Fueron segundos de inquietud. Nada, no había ruido alguno en el interior de aquella vieja casona. Insistió apretando el botón del timbre... Finalmente se perfiló una sombra tras el vidrio opaco de la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó una voz cavernosa sin abrir la puerta.

—Mi nombre es Felipe Aragón Hinojosa, vengo buscando a mi tío, Alberto Hinojosa.

—Aquí no vive esa persona.

Fueron momentos de frustración, pero algo le decía que aquella persona

tras la puerta mentía, conocía esa sensación.

— ¿Para qué lo busca? —Se escuchó una voz con algo de solemnidad.

—Necesito hablar con él, es muy importante... —pensó cómo decir algo que pudiese vencer esa desconfianza y añadió— Es sobre mi madre, su hermana.

Se escuchó el giro de la perilla de la puerta y ésta se abrió tan solo unos centímetros, suficientes para ver parte de la cara de un hombre avejentado de tez y ojos oscuros como la noche, que dijo casi en susurros:

—Venga en un par de horas joven... voy a localizarlo. Vaya de mientras a la cantina que está en la esquina, al fondo de esta calle y espere ahí.

—Se lo agradezco —contestó Felipe.

Nació en él una mezcla de alegría por haber encontrado a su tío y un atisbo de temor por pensar que pudiese ser una trampa de algún tipo, después de todo sabía que su tío era perseguido por las autoridades desde hacía tiempo. Sin embargo, por el momento era vital encontrar a Alberto de manera que dirigió sus pasos hacia la cantina que se podía observar en la acera de enfrente al final de esa calle. El nombre arriba de las puertas rezaba «Bar Tola».

Felipe permaneció observando, con disimulo, desde la acera frente a aquel bar. Nada fuera de lo común. Parecía tener muchos parroquianos dentro y entraban y salían por aquella puerta un buen número de personas. Incluso en una ocasión entró al bar un grupo nutrido de hombres con idénticas chamarras azul marino con algún logo casi invisible a la altura del corazón. Felipe no dejaba de experimentar una inquietud extraña que no acertaba a identificar. ¿Para qué le había pedido aquel hombre que esperase en la cantina?

En un afán de seguir pasando desapercibido dio vuelta a la esquina en que se encontraba y caminó unos pasos adelante hasta ver apenas la puerta del bar. Permanecería allí, atisbando el movimiento de entradas y salidas sin que lo viesan desde el propio bar. Junto a él había una tienda de tabacos, entró en ella pidió un par de cigarrillos y cerillos, y salió nuevamente a atisbar la entrada a la cantina.

«Veamos —pensó—, tengo dieciocho años; no soy mayor de edad todavía, luego entonces igual ni siquiera me sirven, y eso me puede meter en problemas. ¿Pero y si efectivamente llega Alberto a ese lugar? Estar parado aquí me está desesperando».

Tomó del bolsillo uno de los cigarrillos y lo encendió. Si bien no tenía la costumbre de fumar con frecuencia, sí lo había hecho en diversas ocasiones en San Buenaventura, y una de las sensaciones que fumar le permitió experimentar fue una especie de relajamiento que las lentas bocanadas de humo traían consigo, esperaba que eso funcionase ahora.

No había acabado de fumar el cigarrillo cuando un grupo de seis hombres cruzaron, desde la calle por la que había llegado Felipe, hacia la cantina. Solo les veía las espaldas, pero dos de ellos le resultaban familiares. Caminó rápido a la esquina y dijo en voz alta ¡Tito! Varios de ellos voltearon al escuchar. Al primero que reconoció fue a Gilberto, seguía siendo un hombre enorme, quien al verle de frente gritó ¡Felipe! Abriendo los brazos con alegría, detrás de él se encontraba el tío, solo que ahora portaba bigote y una tupida barba. Todos cruzaron la calle y Alberto se paró frente a su sobrino con una magna sonrisa en los labios. Felipe no pudo sino sonreír y lo abrazó.

—No sabía si en realidad eras tú quien llegó a la casa. Y te esperaba más tarde —Masculló Alberto—. Ahora ven, hay que irnos a algún lugar seguro.

—Vamos a donde quieras —respondió, mientras Gilberto le quitaba del brazo la maleta de viaje a Felipe y lo abrazaba.

—Bienvenido, eres ya un hombre Felipillo —dijo con su estentórea voz Gilberto.

* * *

LIX

Ya en la casa durante la tarde, sentados en la modernista sala blanca, alfombrada en grises y negros, Gilberto y Felipe charlaban tranquilos, rodeados con grandes ventanales que daban, a un costado, a un jardín lateral y, al frente, a una alta pared de plantas trepadoras a escasos dos metros de ambos ventanales. Gilberto había ido a la cocina para solicitar a doña Eufrosina, que preparase una sabrosa comida para ellos tres, ya que estaban de fiesta por la llegada del sobrino de don Alberto.

—Tuvimos suerte Tilín... —Alberto hizo una pausa y continuó—. Perdón, ahora ya te mereces que te diga Felipe, eres todo un hombre. Te digo que tuvimos suerte porque el que te abrió la puerta en esa casa juega a dos bandos, a veces nos ayuda y a veces nos traiciona. Qué bueno que estabas afuera, si hubieses entrado al bar igual y había policías en él, esperándonos.

—Ahora que lo dices, unos minutos antes de que ustedes llegaran entraron bastantes hombres al bar y todos vestían con la misma

chamarra, bien podían haber sido eso, policías. De todas maneras, yo no iba a entrar allí, sentí que algo no estaba bien, no puedo explicarlo, pero sí sé lo que sentí.

Alberto sonrió, levantó la mirada y susurró:

—No cabe duda, sigues los pasos de tu padre —Y alzando la voz continuó—. Ese era otro de sus dones. Muchas veces podía anticipar si algo no estaba bien, o había peligro, en una situación cualquiera.

— ¿En serio? —respondió Felipe haciendo una incrédula mueca con labios y cejas muy suya, que Alberto conocía bien, y soltó una carcajada que contagió a Gilberto.

—¡Ese es mi sobrino! —replicó Alberto alzando la voz.

—Tío, tengo que contarte varias cosas —Dijo Felipe, asumiendo ahora un tono serio—. Mi madre ha perdido ya la memoria... La cuidan bien en la comunidad, pero es muy triste intentar platicar con ella.

—Mi Tasi —Alberto hizo una pausa de varios segundos, llevándose las palmas de las manos a la nariz y asomó una lágrima en los ojos—. Mala noticia esa —Dijo con voz quebrada—. Nos ha dejado solos sobrino, somos ahora tú y yo.

—¿Sabes cómo podría encontrar a mi padre?

El tío pareció no escuchar esa pregunta, se había levantado del sillón y se dirigió a la puerta de vidrios transparentes que daba a un jardín exterior, la abrió y salió al pasto. Felipe le vio de nuevo llevarse las manos a la cara y estallar en llanto.

—Fue dura la noticia, ya le habían escrito algo de lo que le pasaba a tu madre —Dijo Gilberto, quien entraba en la sala y había escuchado las palabras de Felipe, y añadió—. Y fui yo quien recibió los datos sobre lo último que hemos sabido de tu padre. Estaba en Texas, de eso hace ya más de cuatro meses. No hemos sabido más, pero él estaba bien en ese entonces. Estuvo con varias personas en una reunión a la que fueron dos amigos, quienes me lo comentaron —Hizo una pausa y continuó—. En cuanto a tu tío, dale un par de días para digerir lo que le has dicho, y que solo ratifica lo que ya sabíamos. Déjalo, que llore y lo supere de alguna manera. Se había prometido a sí mismo el cuidar de ella siempre; y a ti te quiere no sabes cuánto. Dale unos días...

—Sabes Gilberto, en realidad ni siquiera sé todavía quienes han sido mi familia. No conozco ni los nombres de mis parientes. De mi familia tan solo conozco a mi tío —. Felipe bajó la cabeza mirando al suelo—. Mi madre no recordaba nada ya. Cuando mamá me desconoció me dijo dos

nombres, el de su mamá que era Paulina y su abuelo materno que se llamaba Nicolás... es todo lo que sé de mi familia... y de la de mi padre ni se diga. El apellido Aragón, según mamá, fue inventado por papá... Te agradezco, no sabes cuánto, que me hayas comentado que está vivo, o lo estaba al menos hace cuatro meses.

—De eso no sé mucho yo tampoco... —Repentinamente Gilberto sonrió y añadió—. Sabes Felipillo, ya tengo dos hijos, un niño y una hermosa nena. ¿Te acuerdas qué te dije cuando nos despedimos en la estación del ferrocarril? —Felipe asintió con un gesto de la cabeza.

—Pues lo reitero, estás hecho un hombre hecho y derecho. Ojalá sepa yo formarlos para que se parezcan a ti.

—Exagerado... —comentó Felipe sonriendo—, eres un exagerado, todavía no sabes cómo soy o las cosas que he aprendido y que me han ido cambiando, al pasar los años.

Gilberto tan solo atinó a reírse.

* * *

LX

Esa noche, cuando Felipe se encontraba ya amodorrado en aquella amplia habitación, con aroma a pino; una cama ancha al costado de una gran ventana hacia la calle y un vestidor, cuyo pasillo conectaba a un baño, con todo y tina, sonaron un par de golpes de nudillos en la puerta.

— ¿Quién? —preguntó.

—Alberto —dijo el tío abriendo la puerta.

—Pasa.

Alberto se adentró en aquel cuarto del segundo piso, tomó la única silla del muro frente a la cama y se sentó junto a Felipe quien se enderezó y se sentó a su vez en la cama.

— ¿Pasa algo?

—No en realidad, pero quiero comentarte algo —Hizo una breve pausa, en la que Felipe intuyó que pensaba cómo decir lo que tenía en mente, y mencionó—. Hace ya años, en una de las últimas charlas que tuve con tu padre me pidió que te llevase a ver a un vidente o hechicero... ¿Recuerdas cuando fuimos a ver a aquella mujer y te entró tal inquietud cuando

estábamos frente a ella que me pediste salir y esperarme afuera?

¡Sí, claro que lo recuerdo! Incluso ponerme este medallón me produjo sueños desagradables por unos días. Pero reconozco que no solo ayudó, sino que proyectó más allá mi olfato y lo que puedo escuchar.

—Entiendo... Pues te diré lo que sé sobre eso. Tu padre estaba seguro de tener muchos enemigos peligrosos y sabía de varios que habían intentado hacerle cosas mediante esas extrañas magias y embrujos a los que suelen llamar magia negra, o ritos de la santa muerte.

— ¿Tú crees en eso? —dijo Felipe con aire incrédulo.

Alberto se revolvió nervioso sobre el asiento de la silla. Meditó unos momentos cómo contestar a esa pregunta y dijo al fin:

—He conocido personas que sin explicación o causa alguna han caído enfermos. Incluso sé de compañeros que van a esos lugares, a pedir cosas malas para algún enemigo que tienen... No es sencillo explicar si es o no real, pero sí sé de cosas inexplicables que no podrían haber sucedido de otra manera. En lo personal procuro no acercarme a todo eso, pero...

—Se metió la mano por el cuello de la camisa y extrajo su medallón—. No puedo decir que yo sea creyente, o que practico tal o cual religión. Aun así, una de esas personas, una vidente, me dio éste medallón con una efigie extraña, que según me dijo es un oxala, me pidió que la llevase siempre, como un talismán que ella había curado y que tenía cierto poder. Si yo evito que alguien más lo toque, como ya sabes. La verdad nunca he querido investigar qué significa esto, tan solo lo mantengo amarrado al cuello —Volvió a hacer una pausa mientras miraba la medalla, era de cobre y la efigie era ya difícil de distinguir, parecía un hombre calvo, con túnica y una gruesa y extraña vara en un brazo—. Cuando fuimos con aquella mujer... la negra. ¿Lo recuerdas bien?

Felipe asintió con la cabeza mientras su vista se clavaba en el medallón.

—Yo me quedé unos minutos con ella después de que saliste y le pregunté qué había visto ella en ti. Me dijo cosas que siempre merodean en mi mente.

Y forzando algo la voz Alberto comentó:

«Sobre ese niño hay varios conjuros, es un ser oscuro, lo han tocado... Y existe dentro de él una pelea entre dos enormes fuerzas; tendrán que llevarlo con alguien antes de que se pierda por completo y pueda ser destruido su lado humano».

—Evito pensar en ello, pero recuerdo también las palabras de tu propio padre: «Llévalo con el Nahual si yo no estoy, esas cosas pueden ser

dañinas tarde o temprano, si es que se las heredé».

—Tío... —La mirada de Felipe denotaba incredulidad— ¿Crees acaso que olvidé lo bien que me funcionó el medallón de aquella bruja? Aquí lo traigo —comentó mientras se ponía la mano a la altura de la comisura de la camisa, y preguntó— ¿O qué me quieres decir?

—Pues eso, que me gustaría llevarte con alguien. Tu padre mencionó al brujo Mayor de Catemaco, para que te haga una verdadera limpia. Me dijo, inclusive, que el Brujo sabría qué tenía que hacer —Guardó su medallón bajo la camisa y subrayó—, se lo debo a tu papá.

Felipe comenzó a darle vueltas a la idea de que era su padre quien le había pedido eso a su tío, lo había sentido sincero. No tenía claro nada sobre ese tema y no sabía cómo reaccionar ante ello.

Alberto miró de reojo el gesto de incredulidad de Felipe y añadió:

—Créeme, no sé ni siquiera algún por qué, pero tal vez la costumbre de traerlo me hace sentirme tranquilo. Como sea —dijo, intentando llegar al asunto—, me gustaría llevarte con el Brujo que vive en Catemaco al que, según parece, conoció tu padre.

Alberto se levantó y abriendo la puerta, dijo suavemente:

—Piénsalo, ahora descansa —y se retiró cerrando la puerta.

* * *

La mañana siguiente, tras una noche de mal dormir de ambos, Felipe bajó a la cocina a desayunar. Los muros estaban todos repletos de mosaicos de talavera sobre los que colgaban de gruesos clavos alguna sartén, platonos pintados con diseños rústicos y un par de amplias cazuelas de barro. La luz entrante por la ventana alegraba el lugar. Los aromas que salían de aquella mesa, al centro de la cocina, invadían con exquisitez el olfato. La señora Adelaida que atendía la casa ya tenía dispuestos varios platos con huevos fritos y dos cazuelas al centro, una con frijoles negros y otra con trozos de tocino tostado cuyos olores bailaban en el aire. Había también una canastilla de mimbre repleta de piezas de pan bolillo, conchas, cocoles y chilindrinas que emanaban aún esa tibieza y aroma a pan recién horneado. El tío Alberto ya se encontraba en su lugar, leía distraídamente un periódico local. Apenas vio que Felipe se acercaba le hizo un gesto para que se sentase en la otra silla que ya tenía dispuesto todo frente a ella.

—Dime una cosa Tito —comentó Felipe mientras se sentaba— ¿Qué quiso decir mi padre con eso de que me habría heredado algo como eso?

—Mira Pillo, hasta donde yo sé, muchos de los que se acercan a esas personas, lo hacen por enemistad entre familias. Les piden poner trabas a alguien en particular, pero, en ocasiones, también a sus descendientes. Es frecuente que se hagan trabajos de hechicería en esa forma. Enfermedades, enemistad, odios, soledades... muerte, son solo algunas de las cosas que los humanos más inmundos llegan a desearle a otros —hizo una breve pausa, y le recordó—. Además... tu padre dijo específicamente con quien quería que te llevase.

Su tío era sincero, Felipe lo meditó unos segundos y respondió:

¡Hagámoslo! Vamos a quitarme lo que sea eso, a donde tú digas —y arremetió con voraz apetito el desayuno. Alberto tan solo sonrió.

* * *

LXI

El viaje a Fortín de las Flores

Todo había quedado dispuesto para salir esa mañana de lunes, en automóvil, hacia Fortín de las Flores, en Veracruz. Alberto se había comunicado ya con varias personas allá. Entre ellos con su primo Gildardo De la Hoz, quien administraba la pequeña hacienda que les había legado el abuelo Nicolás, a quien había enterado de su arribo y estancia por varios días. También le había solicitado avisar de su visita a Gumersindo Magaña, un abogado amigo de Alberto desde la niñez.

Alberto había abierto los ojos a Felipe de muchas de esas incógnitas en torno a la familia de su madre, y Felipe olvidaba algunos y acomodaba otros, mientras alistaba la ropa en la pequeña petaca que le había proporcionado su tío la noche anterior.

Felipe se alegró de ver que Gilberto estaba ya esperándoles con una gran sonrisa, junto a la puerta del automóvil que Alberto había comprado unos meses antes. Iríamos hasta Pachuca y de allí bajaríamos a Puebla de los Ángeles, para continuar hacia Orizaba. Desde allí había poca distancia a nuestro primer destino, en Fortín de las Flores.

Este viaje era muy distinto a los demás, iba por fin en automóvil. Durante la primera parte del trayecto, Alberto volvió a recordarle varios nombres de la familia de su madre. Felipe seguía intentando recordar, y dar un orden a todos aquellos nombres y anécdotas que fueron mencionados. Tras detenerse junto a una pequeña y rústica fonda, para comer, se dio una amena charla entre su tío y Gilberto, quienes recordaban anécdotas de sus aventuras y travesuras. El regreso a aquellas historias tal como sucedían, durante la niñez, lo tenían fascinado.

En particular una narración del tío Alberto le había encantado y se refería a un viaje que éste había hecho acompañando a su padre, Felipe Aragón, a una reunión con cañeros. La intención del viaje era ayudar a los cañeros a organizarse, asesorarlos para crear un sindicato, pero después de apenas un par de horas de charla con ellos en un buen intercambio de ideas y descripción de varios eventos, aquellos cañeros se levantaron de la mesa y les conminaron a seguirlos hasta la cantina más próxima.

—La jovialidad y los chistes de aquellos veracruzanos era ostentosa, y todos los argumentos estaban retocados con detalles graciosos, incluso por albures que ni tu padre ni yo podíamos comprender. Tras varios tragos en la cantina no alcanzábamos ya a entender lo que comentaban aquellos alegres, dicharacheros y fornidos hombres.

El tío Alberto tan solo terminó la historia diciendo:

—Después de las palabras del cabrón del líder, Anacleto... me desperté en el jacal donde íbamos a dormir, con una chamaca morena, guapísima. al lado. Que creo que se llamaba algo como... —Intentaba recordar— ¡Lucecita! Pero aclaro, tu padre no estaba allí, había pasado la noche en una hamaca, detrás del jacal.

Gilberto soltó la carcajada y dijo entre risas:

—Ustedes dos, que siempre presumían que ya estaban bien curtidos para aguantar el alcoholito, se toparon con el licor de la caña.

—Sí caray... menos mal que mi cuñado sí estaba... casi sobrio. Y les convenció de lo que se debería hacer. Porque ellos querían meter al sindicato a toda la familia, incluyendo a los bebés y a los abuelos...

—Tío ¿sabes algo de la familia de mi papá?

—Ahí sí te fallo Pillo, tu papá nunca me quiso hablar de su propia familia.

De nuevo en la carretera subiendo montaña, cuando el paisaje cambiaba paulatinamente ante sus ojos Felipe pidió parar el automóvil y bajarse a mirar, a deleitarse viendo ese vasto paisaje que ahora se había convertido en un mar de selva. Todo tipo de vegetación tropical que la naturaleza le ofrecía a sus ojos.

«Que pena no tener una cámara de fotografías —pensó».

Ya cercanos a Fortín de las Flores aparecía esa rigidez de músculos de la espalda y cuello de los trayectos en camiones. En las curvas se paraban los cabellos y, si bien les iba, en las pequeñas subidas y bajadas del camino, se sentía que los testículos subían hasta el cuello. Hubo una curva, más estrecha de lo normal, y justo al salir de ella vimos ya

pegados al frente del auto a más de seis o siete grandes reses con los cuernos largos. El tío intentó frenar, pero eso les hizo adelantar unos metros con tan solo las dos llantas derechas, el auto golpeó una res y se enderezó de nuevo, tan solo para sacarlos de la carretera e irse directo a la pared de la colina que bordeaban, cayendo el frente del automóvil en una zanja que los detuvo. Pasó algo más de un minuto sin que ninguno dijese palabra alguna. De pronto, apareció el flaco dueño de las reses con sombrero de paja, guayabera y pantalón de blanca manta, en la ventana del conductor.

¿Stán bien? —Preguntó con una voz chillona.

—Sí señor, estamos bien todos. Nos sorprendieron sus animales, nos topamos con ellos justo al salir de la curva —respondió Alberto y añadió— Espero que no hayamos matado alguno.

Aquel hombre soltó una risotada y comentó:

—No mi amigo, son más *juertes* de lo que se ven. El que parece que sí quedó como acordeón es su cofre. Pero si gusta le amarramos el auto con los bueyes y la yunta, y lo jalamos. Justo aquí abajito hay un hojalatero que igual les arregla el coche.

—Se lo agradecería mucho —Le respondió Alberto, y preguntó— ¿Dónde tiene la yunta?

—Aquí, unos diez metros abajo.

Las destrezas del tío y de Gilberto tenían, en menos de quince minutos, lista la yunta con dos reses y una cuerda amarrada al auto, el que habíamos sacado a empujones del hoyo. Aquel hombre flaco se subió con Felipe al asiento trasero y silbó una tonada que hizo que comenzaran a caminar los animales. A veces jalando, a veces frenando con el pedal, pudimos llegar poco antes de caer la tarde, poco menos de dos horas después, frente a aquel local del hojalatero al borde de la carretera.

—¿Y cuál es su nombre señor? —Preguntó Gilberto.

—Franklin Ramírez... pero me dicen Fran, *pa' servirles* —contestó aquel hombre, apenas antes de detener el automóvil frente al umbral del "TAYER MECANICO", según rezaba el anuncio pintado en una lámina. Aquel local de paredes de lámina acanalada estaba lleno de neumáticos en las paredes, otros en torres, y por doquier había herramientas en cajas, todas llenas de grasa. Fran soltó la yunta, desamarró las cuerdas y silbó a los bueyes, que se dieron vuelta emprendiendo el camino de regreso. Se despidió amablemente, montado en una de las reses: «ahí les ayuda mi compadre, que tengan buen día». Y se alejó espoleando al buey sobre el

que iba montado.

El hojalatero, un hombre obeso, con corte de pelo militar, cuya camiseta entre blanco y grasa había sido de su talla hacía más de veinte kilos, se acercó, revisó el frente del auto, y les comentó tras revisar el golpe:

—Yo le enderezo la flecha y se lo dejo andando. Pero sí, por lo que le veo va a necesitar llevarlo a un taller de coches. Por suerte, aquí adelantito, casi a la entrada de la *ciudad*, a unos dos kilómetros, está el nuevo taller de coches. Yo creo que en menos de una hora acabo, yo les aviso.

Alberto y Gilberto se miraron y alzaron los hombros. Y aquel hojalatero, viendo las dudas que tenían, les sugirió:

—Si quieren, mientras trabajo, vayan a comer algo aquí, a unos cincuenta metros —Señaló hacia abajo, en la carretera, a un anuncio pintado sobre una gran placa de aluminio que rezaba “*Restoran Lupita*”.

Bajaron hasta el lugar que constaba de un techo de maderos sobre una estructura de cuatro troncos verticales y dos de sostén del techo, con tres mesas y sillas de metal pintadas con el logo de una cervecería. Ordenaron tres cervezas y tres picadas veracruzanas, que anunciaba un pizarrón colgado de los troncos. Cuál fue su sorpresa ya que las picadas estaban deliciosas y, en breve, cada uno había comido no menos de cuatro.

—Ahora que llegemos a la hacienda nos va a recibir mi tío Aureliano. Él es quien maneja la hacienda desde hace unos años. Es hijo del hermano menor de mi abuelo Nicolás, tu bisabuelo. Aquí vivimos muchos años tu madre y yo, con el abuelo Nicolás. Incluso tu padre vivió aquí unos años, cuando ya vivía con tu mamá. De hecho, no sé si hayas visto alguna vez tu acta de nacimiento, pero tú naciste en esa casa —Miró a los sorprendidos ojos de Felipe y añadió—. Si no has visto tu acta, y no la tienes, yo tengo una copia que te puedo dar. En esos años aprendí muchísimas cosas de tu papá. Un hombre con una cultura que me asombraba, me encantaba verlo en acción cuando le acompañaba yo a dar charlas a los trabajadores, y los asesoraba para organizarse de mil maneras.

—Sí, me acuerdo cómo muchos se sorprendían, y le decían que era como si les estuviese leyendo lo que pensaban —Mencionó Gilberto—. Yo les acompañé un par de veces, y siempre me dejaba sorprendido por el conocimiento que tenía tu papá. Y yo era re bruto en ese entonces —terminó, con una sonrisa, mientras Felipe y Alberto se miraban cómplices el uno al otro.

—Felipe te voy a pedir algo —Susurró Alberto—, por favor no le cuentes a mi tío, o a los demás de la familia, ni sobre mis actividades, ni a qué vamos a Catemaco. No creo que lo tomen muy bien. Todas esas cosas les

atemorizan un poco... —Meditó unos momentos y sugirió—. Vamos a decirles que te traigo en una visita familiar... ¡Eso! Para que conozcas a la familia de tu mamá, y a que visites esa hermosa laguna de Catemaco y el mar. Pero, sobre todo, no les entristezcas con el estado de tu mamá.

* * *

Estaba listo el auto, aunque ya andando, bajo el cofre se escuchaba cliqueo de piezas, lo que causó disminuir la velocidad, «por si las moscas» sugirió Alberto, quien iba al volante.

Durante el resto del viaje a Fortín de las Flores, los consejos y respuestas varias a inquietudes de Felipe por parte del tío Alberto comenzaron a calmar muchas de sus propias dudas. Resultaban particularmente amenas algunas anécdotas sobre los hábitos que recordaba Alberto de su cuñado, Felipe, como la costumbre de salir al jardín a caminar en las noches, y voltear constantemente a fijar la vista en las farolas ya encendidas. Lo que suscitó, en aquél entonces, la curiosidad de Alberto sobre esa obsesiva atención a las luces, un tanto mortecinas, que alumbraban apenas el jardín.

—Cuando le pregunté por qué lo hacía, tu padre me respondió —Y forzando la voz continuó—. Son para mí ejercicios de concentración, con ello puedo meditar sin influencia de lo que hay a mi alrededor. Me basta con tener la vista fija sobre un objeto que sobresalga y mis pensamientos se vuelven más nítidos. Incluso puedo sentir físicamente el entorno inmediato. Y aprendo a moverme sin tropezar, o a esquivar, por instinto, cualquier obstáculo.

Alberto confesó que había intentado varias veces hacer lo mismo, pero no hubo ni sintió nada de lo que su cuñado había comentado. Felipe, sin embargo, guardó en la memoria las palabras de esa respuesta de su padre; tenía que intentar hacerlo tal como su padre lo hacía.

* * *

LXII

La hacienda de Fortín de las Flores

Obscurecía ya. Tras haber dejado el coche en el taller, tomaron las valijas y se encaminaron con rumbo a la Hacienda por calles conocidas, en las que las farolas callejeras estaban siendo encendidas por diversos hombres del municipio. Llegaron a la puerta de la Hacienda, la que, desde afuera, tenía más la apariencia de una enorme casa detrás de una larga y alta barda en la que el borde superior rebosaba de buganvillas, y sobresalían las copas y ramas de varios árboles del interior. La flanqueaban sendas

casonas construidas seguramente en el siglo pasado.

Alberto hizo sonar el timbre del alto portón de madera, que parecía robado de alguna vieja iglesia. Un hombre de edad, con movimientos lentos y vestido de impecables blancos, apareció entre las sombras, abriendo desde adentro una de las puertas del portón de madera de la entrada. Les indicó que pasaran. Fue entonces, a la luz de dos viejas farolas, entre los aromas de aquél hermoso jardín, que Felipe, quien cruzó antes que los demás el portón. Y conoció, a su derecha, la fachada de la casa de su bisabuelo. A su izquierda, al fondo de un jardín entre sombras, la fuente.

«Aquella fuente que siempre estaba presente en la mente de mi madre —recordó—, situada al fondo del jardín al borde de la cual ella tejía sus maravillosas fantasías, como la escuché decir varias veces».

En aquél entonces no prestó mucha atención, y cuando volvió a preguntarle sobre esa casa fue tarde ya, para sus recuerdos perdidos.

Más allá del jardín se podían observar, a la distancia, grandes espacios repletos de hileras de nogales, manzanos, mangos y naranjos, iluminados tan solo por aquella luna llena que les recibió ese lunes en Fortín de las Flores. Apenas entrar el tío Alberto saludó al viejo que les había abierto la puerta, y que permanecía con una gran sonrisa esculcando cambios en la cara de Alberto.

—Gracias don Severino, varios años sin verlo —dijo con una sonrisa—
¿Quién está en la casa ahora?

—Bienvenido joven Alberto, me dijeron que *traiba* un automóvil y lo estaba esperando... me da gusto verlo por aquí de nuevo. Allí en la casa *stá* su tío Aureliano, esperándolo desde hace rato. Y Edelmira, la joven que hace limpieza, y *crio* que también Mayita, la hija de Rosita, la que *stá* en cama algo enferma —contestó, con una armonía en variaciones de los tonos de las palabras que pronunciaba. Aquel arrugado rostro bajo el sombrero de mimbre, un hombre delgado, entrado en años. Tenía ojos gris oscuros y la mirada profunda; sonrisa franca con escasez de dientes; los ralos cabellos y bigote blancos; la encorvada espalda que se disminuía con los impecables blancos en la guayabera y pantalón de manta, le daban un porte elegante, incluidos los huaraches, casi nuevos.

Alberto cerró la puerta de madera de la hacienda y se acercó a Severino, caminaron unos pasos hacia Felipe, y le dijo a aquel buen hombre:

—Sí, veníamos en coche, pero se descompuso y lo dejamos en el taller. Tardarán unos días en arreglarlo —hizo una breve pausa, y mirando la cara gentil de aquel hombre, continuó—. Mi buen Severino, me da tanto

gusto verlo a usted de nuevo. Hasta se ve más joven.

Ambos se detuvieron junto a Felipe, y tomando a Felipe del cuello Alberto mencionó:

—Mire don Severino, le presento al hijo de Anastasia, mi sobrino Felipe —tras una breve pausa, girando la vista, señaló a Gilberto y dijo—, y mi amigo Gilberto a quien usted ya conoció alguna vez... Pero dígame ¿de qué enfermó Rosita?

—No sabemos bien joven Alberto. Mayrita le podrá decir mejor que yo —dijo subiendo los hombros—, *crío que stá* en la cocina ahora.

Alberto y Gilberto se adentraron y esperaron en los escalones de piedra de la gran puerta de entrada, mientras Felipe se presentaba ante Severino, acercándose. Y escuchó de aquel buen hombre:

—Su mamá era el angelito *desta* casa. Bienvenido joven Felipe —Severino le puso ambas manos en los hombros y comentó con una cálida sonrisa—. Me da *reteharto* gusto conocerlo al fin.

—Y a mí me da también mucho gusto conocerle don Severino —contestó Felipe regresándole a su vez la sonrisa, y se adelantó a aquel buen hombre, que estaba a punto de levantar su valija. Felipe la levantó, se la puso al hombro, y ambos se encaminaron hacia los escalones de acceso de aquella mansión. Apenas habían dado un par de pasos, cuando don Severino le detuvo poniendo una mano sobre el hombro de Felipe. Éste se volvió para ver a los ojos grises de aquel hombre, viejo y cansado. Sentía la ansiedad del anciano por decirle algo. Felipe le preguntó, con suavidad en el tono:

—¿Me quería decir algo don Severino?

—Sí... señorito Felipe. Tengo un mensaje importante para *usté* —lo pensó unos segundos y continuó, mirándole a su vez a los ojos—. Su papá me dejó unas cosas para que se las dé. Pero no *orita*, mañana... Sí, mejor mañana, búsqume en éste jardín. Yo le digo luego ese mensaje, solo a *usté*, y le doy esas cosas que me dio su papá.

Felipe mostró una nueva sonrisa por la ternura que emanaba aquel hombre que se había puesto nervioso, y le contestó:

—Claro que sí don Severino. Usted conoció a mi papá, me encantará que me hable de él.

—Sí, sí joven, yo le cuento —dijo entusiasta, alzando las cejas y meneando en vertical la cabeza, visiblemente contento— Ande, ande *usté*

que le están esperando.

Y dando media vuelta, don Severino encaminó sus pasos a una cabaña de madera entre las sombras del jardín, hacia el extremo opuesto a la casa. La cabaña colindaba, al fondo, con las primeras filas de árboles frutales. En su interior se veía una pálida luz por la ventana. Felipe le observó en su difícil andar, y esperó unos segundos para verlo acercarse y abrir la puerta de la cabaña. Subió los escalones y alcanzó al tío y a Gilberto quienes le esperaban para entrar.

* * *

LXIII

Apenas entrar, Felipe observó un estilo de decoración ajeno a lo que conocía previamente. Un muro con papel tapiz sobre el cual, una banda de madera en color nogal, con ganchos dorados fijos en ella, se erguía sobre un pequeño mueble de cajones, también de madera, de color más oscuro. Esa era la primera imagen al entrar a la casa. A su derecha, una parcial pared de madera, toda barnizada en color café nogal, con dos grandes cristales opacos de corte ovalado, que separaba ese espacio de la amplia sala. Ya en el área de recepción, se observaban largas filas de loseta de tono café claro por todo el piso, extendiéndose al interior. Al entrar en el gran salón, se sentía rodeado de ventanales blancos de dos puertas, de piso a techo y con visillos a los costados. La amplitud tenía que ser el concepto que definiese aquella gran estancia, enorme a los ojos de Felipe. Apenas un candelabro, con muchas bombillas semejando pequeñas llamas, daba luz al espacio en aquella noche. De frente al lugar de acceso, hacia el costado derecho, una enorme mesa de maderas finas color caoba, con cerca de diez sillas, en el mismo tono de barniz; de patas torneadas y respaldos altos y acojinados con cuero blanco. Bajo la mesa, una alfombra con diseños en subidos colores, azules y grises daban aún mayor grandeza al comedor que tenía a un costado, arrimadas a la pared, dos vitrinas en los mismos tonos, con vajillas y objetos de colección. A la izquierda de la mesa estaba el acceso a la amplia escalera que subía a un segundo piso y que dividía, al final, un corredor hacia ambos lados. Más allá de la escalera, abajo, a su izquierda, estaba una pared de maderas bien trabajadas, en color nogal, con una puerta doble, cerrada. Un par de cuadros, de escenas campestres, colgaban en los pocos espacios que no eran ventanales. Todo ello se sumaba a la incredulidad de los ojos de Felipe quien giró el cuerpo y recorrió con la vista aquel lugar. Cerca de él, a la izquierda, se encontraban de pie Alberto y el tío Aureliano, mirando a Felipe mientras éste deambulaba con azoro por la amplitud y elegancia del lugar.

Aureliano De la Hoz, el primo menor de la abuela Paulina De la Hoz, maneja la manutención y administración de la hacienda, asesorado por su padre el hermano del bisabuelo Nicolás, Emilio de la Hoz. Aureliano se

acerca a Felipe y le tiende la mano amablemente y le dice:

—Es para mí un placer conocerte, sobrino —dijo Aureliano con voz firme y templada, y añadió, mientras acicalaba su bigote en puntas hacia arriba —. Ahora que te veo, es cierto que tienes un gran parecido a tu abuela y a tu madre.

Felipe le estrecha la mano, y le siente muy seguro de sí mismo, contento por conocerle.

—También lo es para mí, al fin conozco más familiares —respondió. Tenía que significar algo todo eso.

Aureliano les indica con el brazo que pasen al pequeño salón, un espacio como añadido tras el muro de la entrada, una extensión a ese amplio salón, rodeado a su vez, en semicírculo por ventanales, idénticos a los demás de la estancia. Se sienta Alberto en una de aquellas tres sillas individuales que bordean, junto con un tresillo, una mesa de centro. Hace lo mismo Aureliano y Felipe opta por el tresillo, que se encuentra más cercano a él. Curiosos muebles, los que Felipe conocerá después, como de estilo victoriano. Aureliano le comenta a Felipe:

—Ya tuve oportunidad de platicar con tu tío. Me dijo que tu mamá está muy ocupada en la villa al norte de la República. Es una pena que ella no haya venido — comentó Aureliano, viendo a los ojos a Felipe. Quien intuyó que estaba buscando ratificar las palabras de Alberto, y la buena salud de Anastasia.

—Cierto, me hubiese gustado venir con ella, pero está tan llena de actividades, organizando muchas cosas, que ella misma decidió quedarse allá.

Felipe tuvo la sensación de que ambos tíos se relajaban.

—Pero yo estoy encantado de venir a conocer el lugar en el que nací, y adonde vivió por años mi madre.

—Me da gusto Felipe. De hecho, hay varios familiares que te quieren conocer. Y me tomé la libertad de armar un encuentro aquí para que se conozcan, el miércoles —Comentó Aureliano.

Felipe percibió una mueca de Alberto.

—Bueno, y a ti ¿qué tal te ha ido? —Intervino Alberto, buscando que Aureliano abriese su charla.

—Muchas cosas. Hay que estar muy pendiente de que la hacienda no se venga abajo, por una parte. Y por otra, en mi despacho parecen estar

lloviendo clientes, muchos problemas de familias con eso de las haciendas y la extensión territorial. Tú, Alberto, deberías enterarte mejor, y buscar provecho de eso.

Alberto hizo un gesto, el que acompañó con su clásico «mmm», y respondió:

—Habrás que pensarlo bien. Si quieres mándame los datos más importantes y los revisaré en detalle —respondió Alberto.

—Pues bien, no esperaba que llegasen tan tarde, es una pena lo del automóvil, pero me debo retirar ahora —dijo mientras se levantaba de la silla—. Ya te haré llegar esos papeles. Nos veremos el miércoles —Y viendo a Felipe señaló—. Vas a conocer al tu tío bisabuelo Felipe, a mi padre. Felipe procuró abrir grandes los ojos y hacer un gesto de contento, y le estrecho la mano al tío Aureliano.

Alberto entró a la cocina y tras platicar brevemente con Mayra, la hija de Rosita, ambos entran al cuarto de Rosa, quien se alegra mucho con la visita de Alberto, y más aún cuando le dicen que también había venido el hijo de Anastasia, Felipe.

* * *

LXIV

Al día siguiente, martes, Felipe está ataviado aún con la camiseta que usó para dormir, y en calzoncillos, en aquella amplia habitación que tenían preparada para él. El tío Alberto abrió la puerta, se sonrió de verle tan elegante y todo despeinado, con cara de adormilado aún, y le comentó:

—Gilberto y yo vamos al banco para sacar dinero y, luego al taller para ver cómo van los arreglos. Es probable que luego vayamos también, a la cantina, a charlar con amigos.

—¿Vas a tardar? —preguntó Felipe.

—Es probable, de cualquier forma, sí venimos a cenar. Aprovecha, tienes que conocer la hacienda Pillo. Es muy bonita, y tiene rincones muy agradables. Además, Severino y Rosa conocían bien a tu papá. Que te cuenten de él y de tu mamá. Nos vemos antes de la cena, diviértete —y justo antes de volver a cerrar la puerta, añadió—. Ve a ver a Rosita, ya le avisé que estás aquí.

* * *

Felipe baja a desayunar. Ya que la noche anterior no se percató de la ubicación de la cocina, pasa unos momentos hasta descubrir la puerta

giratoria colindante en el comedor. La cocina es amplia, cubierta de mosaicos de talavera en los muros y hay dos ventanas y una puerta al fondo, todas viendo hacia el jardín. Al centro hay una larga mesa de cemento cubierta de mosaicos en tonos crema. Mayrita está de espaldas a Felipe, acomodando víveres en una alacena de madera. Al soltar la puerta giratoria, ésta hace un ligero rechinado, Mayra voltea, descubre a Felipe, y apenas le pregunta:

—Joven Felipe, ¿quiere usted desayunar? —dijo sonriendo aquella joven morena clara, de sonrisa amable, de facciones tersas y agradables, cuyo delantal de cocina rojo y blanco le cubría más de la mitad del cuerpo.

—Sí, la verdad me desperté con apetito. El viaje resultó cansado —contestó Felipe y acto seguido le preguntó— ¿Usted es Mayrita?

—Sí, joven. Así me llamo — ¿Gusta que le prepare unos huevitos revueltos, con chorizo y frijolitos?

Felipe asintió abriendo más los ojos, sonriendo y meneando la cabeza. Se sentó en uno de los bancos altos, alrededor de la mesa. No tardó la cocina en llenarse de aromas. Maya le había servido jugo de naranja y trozos de sandía, y había puesto tortillas a calentar en un comal, todo ello mientras cocinaba aquel manjar.

—Entonces, tú eres la hija de Rosita, ¿cómo sigue tu mamá? Me comentó don Severino que estaba enferma.

—Permítame unos momentos —contestó ella.

Una vez que le había servido el plato de huevos, y puesto tortillas calientes en el tortillero de tela, encima de la mesa, Mayra se sentó en un banco, al lado opuesto de la mesa, y le respondió:

—Sí, el invierno no fue bueno para ella, le dio neumonía, y sus reumas se complicaron aún más —le respondió aquella sonriente joven, cuya edad debía ser escasamente menor a la de Felipe.

—¿Ya la revisó un doctor?

—Sí, está siendo bien atendida. Y ayer que entró a saludarla don Alberto, le dio tanto gusto, que luego me estuvo contando muchas historias de ella y su mamá, joven Felipe.

—Llámame Felipe.

Se abrió la puerta de la cocina y apareció Rosita, la madre de Mayra. Estaba cubierta con una bata de gruesa tela. Se quedó mirando unos

segundos a Felipe y comentó:

—Válgame dios... ¡Eres el pequeño Felipe! —dijo aquella demacrada mujer, con una dulce voz.

Felipe asintió con un gesto.

—Usted debe ser Rosita, mamá me habla mucho de usted —dijo Felipe con gesto risueño.

—Tenías tres añitos cuando se fueron. Mira nada más, te has convertido en un hombre.

Felipe acercó uno de los bancos y lo colocó cerca de ella, junto a la mesa. Rosa se sentó en él sin dejar de mirar el rostro de Felipe.

—Esos ojos verdes —Susurró—. Encantadores como los de tu papá.

Rosa era una mujer delgada, sus facciones habían sufrido el embate de los años, tenía muy diversas arrugas, principalmente en el cuello. Su color de piel era semejante al de Mayra. Sus ojos conservaban esa viveza que hacía transparentes sus emociones. El parecido era notable, no cabía duda de que Mayra era la versión joven de Rosita.

—Ay joven Felipe, son tantos los recuerdos —dijo suspirando— Aún recuerdo aquel día, como si fuera hoy, cuando su mamá supo que estaba embarazada.

—¡Cuéntemelo! —dijo solícito Felipe.

—Su papá y el joven Alberto habían salido de viaje. Nosotras, Tasi y yo, arreglábamos las flores del jardín. De pronto, tu mamá sintió un intenso mareo, lo que la hizo volver a entrar en la casa, preocupada —Paró su relato unos momentos, y continuó—. Tal vez sería algún polen de las flores, se decía ella misma. Me comentó que sentía la necesidad de vomitar. Yo adiviné de inmediato, estaba embarazada. Fui por un cazo. Apenas lo puse en la mesa del jardín, Tasi comenzó a vomitar en él. La hice sentarse en una de las sillas y le dije: «Mi niña Tasia, me da tanto apuro verla así, pero...»

Y ella me preguntó —"Pero ¿qué? Rosa dime". Su voz era agitada y nerviosa —Rosita fingía la otra voz.

Y le contesté: —Pero creo que... está usted embarazada. Ella abrió grandes los ojos. Tragó saliva. Bueno, para no hacer tan largo el relato, ella decidió salir de dudas y llamó a una de sus pocas amigas. Me acuerdo, fue a Alicia Antúnez cuyo papá era uno de los doctores más

conocidos en la villa.

Felipe sonreía, la emoción que le transmitía Rosa era muy agradable. Rosa continuó su relato:

—Cuando regresaron el señorito Alberto y tu papá, se encontraron con la casa de la hacienda cubierta de flores por todos lados, en todos los cuartos; las escaleras; el piso de la salita de recepción y la entrada principal. Tasi había dispuesto todo el decorado para recibirles y darles la noticia. Su sonrisa iluminaba todo el atrio frente a la entrada de la casona. Tu tío preguntó ¿Qué es todo esto? ¿Es porque llegamos a casa? Y ella tan solo se colgó del cuello de tu papá y le dijo quedito «Bueno lo diré. Vas a ser papá». Huy, ni te imaginas lo felices que se pusieron tu papá y tu tío. Ese mismo mes Tasi, Felipe, tu papá, Alberto y yo, fuimos al ayuntamiento y se realizó el matrimonio.

Felipe esbozaba una sonrisa enorme.

—Yo le dije a tu mami que su abuelo, que en paz descansa, habría echado la casa por la ventana para darle una boda muy bonita. Y ella... ella me dijo algo que nunca olvidaré: «Lo sé Rosa, pero aquí están, junto a mí, las personas a quienes más quiero en este mundo, no necesito más, tú eres parte de esto».

Rosita comenzó a llorar y no pudo sino sonrojarse, y su rostro adquirió ese color de chocolate con fresas.

—Nunca me había dicho algo tan bonito mi niña Tasia —Hizo una pausa para recomponerse y preguntó—. Y ¿Cómo está ella?

Felipe dudó de la respuesta que daría, lo pensó unos momentos y finalmente respondió:

—No muy bien, padece algo de los nervios, tiene bastantes preocupaciones, y se le olvidan algunas cosas. Pero le gusta estar en acción.

—Así la recuerdo —Dijo Rosa—. Cuando manejaban ella, y el joven Alberto, la Hacienda. Era como una locomotora, poniendo a todos en acción... La extraño tanto —Susurró con mirada triste.

Rosa comenzó a toser, Mayita se levantó y la ayudo a incorporarse, mientras Rosa le comentaba a Felipe:

—Discúlpeme señorito Felipe, me voy a recostar un rato, no me ha sentado bien el haberme levantado. Pero ya platicaremos más tarde.

—Claro, por favor, mejor llámeme Felipe, Rosita.

* * *

Felipe salió al jardín, y observó, al final de los escalones de piedra, que había un bulto en el espacio entre los escalones y el muro de la casa. Buscó en el jardín, con la mirada, y encontró a don Severino podando con cariño un seto cerca de la fuente. Éste lo vio a su vez, depositó las tijeras en el suelo, y dirigió sus pasos lentos hacia el lugar en que se encontraba el bulto. Felipe le vio tomarlo con dificultad, y dolerse de la espalda por algún movimiento. Con paso aún más lento, Severino se acercó con el bulto. Felipe se levantó y le ayudó a sentarse en los escalones, a descansar un poco. El viejo Severino depositó el bulto envuelto en una manta blancuzca junto a Felipe, sobre el escalón de piedras, en el que estaban sentados.

Felipe levantó aquel bulto, y lo sintió más pesado de lo que imaginaba. Lo regresó al escalón.

Ambos se mantuvieron sentados y comenzaron a charlar sobre el papá de Felipe:

—Así que mi papá regresó para armar este paquete —comentó Felipe, observando con detenimiento el paquete envuelto.

Severino hurgando en su memoria, le contestó:

—Regresó dos veces tu papá, para verte, y para sacar unas cosas, las que stán en ese paquete. De noche cuando dormían todos, te jué a ver a tu cuarto, estabas en la cama chiquita y no tenías ni tres añitos.

Hablan de cuánto lo admiraba don Severino, y lo bien que se portaba con él. Recordaba cómo hacía sus extraños ejercicios en el jardín:

—Me asustaba a veces, caminaba con los ojos cerrados, no se tropezaba, y cuando se acercaba a algún seto, sin abrir los ojos, lo rodeaba. Cómo le hacía, no sé —recordaba Severino—. Hacía unos en la mañana, tempranito, y otros, ya entrada la noche. Y se quedaba viendo la lucecita de las farolas cuando caminaba, y nada que se tropezaba con las cosas —meditó por unos momentos y continuó—. Él me ayudaba muchas veces, para dejar bien y bonito el jardín. Era bien bueno como jardinero, y si no sabía algo, aprendía muy rápido todo lo que le enseñaba. Y varias veces nos quedábamos así, como orita, sentados en los escalones de piedra, platicando sobre la vida.

—Cuénteme más don Severino, usted lo cuenta muy bonito — insistió

Felipe.

—No señorito Felipe, ya hay rete hartas palabras que se olvidan de mí. Pero sabe, esa última vez que vino, fue en la que armó ese paquete, y me dijo que solo se lo podía dar a usted y a nadie más —entrecerraba sus ojos aquel octogenario, para recordar—, y me dijo que los demás no iban a entender y se asustarían —Pensó unos momentos y añadió—. Jué cuando me dio el paquete, y así como llegó, se fue a escondidas.

—¿Y usted sabe qué tiene ese paquete? —preguntó Felipe.

—Pos no sé bien porque ya me lo dio cerrado, pero me dijo que había un espejo y una vara como mágica, que encuentra agua abajo del suelo —Se llevó la mano al mentón, tras lo cual añadió—. Me parece que hay alguna ropa... y unos cuadernos. Algo así —Y levantó la mano en un gesto que venía ya de sus olvidos.

* * *

El día había resultado fresco, los cabos sueltos del invierno traían aún aires fríos que entibiaba un sol sereno. Las nubes blancas, desaparecían a gran distancia y, comenzaba el ascenso de los aromas de diversas flores y plantas que mantenían su frescura. Las calles, con estrechas aceras, y empedrados, se cubrían de plantas trepadoras que comenzaban a esconder amplios muros.

Alberto y Gilberto disfrutaban la caminata en dirección al banco, en el que Alberto llenaría la solicitud de retiro, por una cantidad considerable. Al salir de allí enfilaron sus pasos hacia el taller, en el que constataron que los mecánicos ya habían comenzado a arreglar los desperfectos. Adelantan al dueño el pago de refacciones, y se enteran que algunas de ellas, tendrían que llegar desde la Ciudad de México:

—Pero ya las pedimos ayer mismo —fueron las palabras del dueño del taller. Lo cual aplazaba la entrega hasta el jueves, temprano en la mañana, según el mecánico.

Al salir deciden sumarse a la tradicional charla en la cantina, con amigos de años y, en particular, con un viejo amigo, el abogado Gumersindo Magaña. Fue con Magaña que Alberto gestionó, desde Querétaro, que arreglara la cita con el Brujo de Catemaco. Alberto y Magaña se encuentran en una mesa apartada de los demás amigos a los que ya se ha unido Gilberto. Alberto aprovecha, y le pregunta a Gumersindo Magaña sobre la actitud del resto de su familia con respecto a la hacienda. Magaña le responde que todos los documentos necesarios para cualquier intentona, de parte de sus parientes, tienen el candado puesto.

—Ya se paró lo que intentaba hacer tu tío Aureliano. Todo está a nombre tuyo y de tu hermana. Todo quedó legalizado por don Nicolás De la Hoz, en las debidas fórmulas testamentarias.

Alberto comenta con Gumersindo la demencia senil de Anastasia y le pide discreción.

—No tienes de qué preocuparte. De todas maneras, si algo le pasa a tu hermana, serían tú y su hijo Felipe, los herederos naturales y directos. Y, ya después, con algún otro documento testamentado, que firmes tú, puedes dejarle los bienes, o parte de ellos, a Felipe si quieres.

—Siendo así, no hay nada que temer —Levantó la vista a los ojos de Magaña, y añadió—. Gracias, como siempre. Eres un buen amigo. Por cierto ¿tienes listo lo de la cita con el Brujo?

—Sí, todo listo Beto, les va a atender como a medio día. Ten esto —Magaña le entregó un papel con un nombre y un número de teléfono—. Es la persona que les llevará con el Brujo. Apenas llegues a Catemaco háblale, para ponerse de acuerdo.

Magaña y Alberto se unieron a los demás, viejos y gritones amigos entre los que se encontraba ya Gilberto. Las amenas charlas y anécdotas les deciden a quedarse un rato en la cantina, con muchos viejos conocidos y amigos, a quienes no han visto en varios años.

Tras varias horas de chacoteo y anecdotarios, se despiden y emprenden el regreso a la Hacienda. De regreso, en camino a la hacienda, Gilberto le pregunta a Alberto:

—Oye, tu amigo el abogado ¿es listo para eso de los problemas legales?

—¿Tienes algún problema legal? —preguntó Alberto.

—¿No podría sacar a mi primo de la cárcel?

—En realidad, él no se dedica a lo penal y se ocupa más de cosas como herencias, tenencia de la tierra, y cosas así. Además, trabaja solo en el Estado de Veracruz. Me interesa mucho evitar que la familia meta mano en la propiedad de la hacienda. Y ya me tranquilizó, porque me preocupaba que sepan de la condición en la que está mi hermana. Y creo también que ella está mejor allá, están muy bien organizados, y la cuidan bien. Parece, según me comenta un conocido allá, que mi hermana supo ganarse el cariño y respeto de muchas personas. Me gusta eso, así es ella... o era —finalizó con voz apagada.

* * *

Al día siguiente, miércoles, poco después del amanecer, Alberto sale temprano a caminar por el jardín, como solía hacer años atrás. Eso y, ese sol apenas de madrugada que parece dibujar cambiando colores a las plantas, le tranquilizaban, y le ayudaban a pensar. Había tantos recuerdos de esa parte de su vida en la hacienda. Las travesuras con sus amigos en la zona arbolada; los momentos amorosos con las jóvenes del pueblo; los robos a hurtadillas de nueces y almendras y, los escondrijos, cuando se les habían pasado las copas afuera de la cantina; o cuando el abuelo le buscaba, enojado, por alguna travesura indebida.

Conforme camina se da cuenta de que muy poco, en ese jardín, había cambiado. Sus pasos le llevaron a la fuente, bajo el viejo y frondoso roble, y emergió aquel momento, en el que su hermana, con cuatro años de edad, entierra un medallón de su madre en la tierra, al pie del nogal. Él le había preguntado a Tasi porqué lo hacía, por qué la enterraba, si era una joya de su mamá, y además era muy bonita. Y su hermana tan solo le respondió «Porque no sirve», dejando a Alberto con la duda.

Alberto se inclina en el lugar, bajo el roble, escarba un poco y encuentra aquel medallón, lo saca lleno de tierra, con la estrella de nácar notoriamente limpia. Ante su sorpresa la tierra no lo ha oxidado. Lo limpia y, observa como escurren del nácar dos gotas de un verde intenso. Lo vuelve a limpiar, lo envuelve en un pañuelo gris, y lo guarda en el bolsillo de la camisa.

* * *

LXV El Espejo

Felipe se encuentra en su habitación, una amplia estancia con enormes ventanas de maderos cruzados con vidrios rectangulares y curiosamente deformes; largas cortinillas de tul, o gasa, bajo cortinas corridas de terciopelo rojo. La cama era amplia con cojines de varios colores separada, por un tapete de apagados colores rojizos y blancuzcos, de una cómoda de ocho cajones pegada a un muro en el cual se encuentra una puerta que da al baño y vestidor. Los muros estaban tapizados con diseños art-deco en tono cremoso y un café tenue. Una vistosa lámpara de candelabro cuelga al centro del techo, y una mesilla que Felipe había arrimado junto a la cama, sobre la cual había colocado el espejo, recargándolo en una estatuilla en tonos marfil, de una mujer con túnica cargando un cántaro, con el brazo roto, la que había tomado de una mesa camilla ubicada en la esquina, junto a la puerta al exterior de la habitación.

Felipe intenta ver algo en aquel espejo que le entregó Severino. Ansioso, consulta las nuevas libretas de su padre, buscando encontrar algo, alguna alusión al espejo, el que ahora está ya en posesión de Felipe, pero... ¿Cómo se utiliza? ¿Para qué sirve? Solo consigue ver una espesa bruma que se mueve con extrema lentitud, nada se refleja, ni siquiera él mismo, aunque se encuentra de frente al espejo, muy cerca de él.

Comenzaba a desesperarse, cuando alguien abrió la puerta. Era Alberto, avisándole que ya estaban llegando los parientes de la familia De la Hoz. Aquel espejo sobre la mesilla, en el que tenía fija la mirada Felipe, llamó la atención de Alberto.

—¿Y ese espejo? —preguntó el tío.

—Era de mi padre, me lo entregó Severino, a quien le había pedido que me lo diera cuando yo viniese a la hacienda —respondió Felipe.

—Creo que hay que bajar, ya están llegando...—Meditó unos segundos y añadió—. Pero, si quieres, cuando se vayan, venimos a ver de qué se trata eso.

—Bien, es buena idea. También me dio dos libretas nuevas, con instrucciones y escritos de mi padre. Sí, me gustaría que las leas tú también.

* * *

Capítulo 14

CAPÍTULO XIII

LXVI

La familia De la Hoz

Comienzan a llegar las visitas. Aureliano con uno de sus hijos, Segundo de la Hoz, algo mayor que Felipe. Un par de tías de Alberto, una prima. Y, algo más tarde llegaría Don Emilio Hinojosa, el hermano menor del bisabuelo Nicolás, quien pidió conocer al vástago de su sobrina nieta, Anastasia, lo que dio pie a esa reunión familiar.

Se van reuniendo en el salón de Té. Felipe espera a que baje Alberto para hacerse presente en el salón. Todos los parientes de Fortín llegan vestidos con indumentarias elegantes.

Rosita y su hija Maya, atendían a los recién llegados, y ayudadas de Severino, acercaron algunas sillas del comedor, en virtud de las amplias faldas de las tres mujeres, que usarían espacios tanto en el tresillo, como en el sofá de dos plazas, que habían acercado previamente. Se encontraban allí dos mujeres mayores, Isabel De la Hoz, hermana mayor de Aureliano, y su madre, María del Carmen Jiménez, una mujer que rondaba los más de setenta y tantos años. Había también una mujer de unos treinta años, Natalia De la Hoz Jiménez, hija de Aureliano y prima de Alberto.

Felipe y Alberto bajan juntos la escalera. Gilberto optó por quedarse leyendo una revista en el estudio del piso superior, anexo a la habitación de Alberto.

Apenas habían pisado el último escalón, cuando Aureliano abre las presentaciones:

—Helos aquí, Alberto no necesita presentación —mencionó, mientras se acercaba a Felipe y ponía un brazo sobre sus hombros, haciendo que Felipe diese unos pasos, hasta quedar delante de la madre de Aureliano, sentada en el tresillo. Y, dirigiéndose a su madre, María del Carmen Jiménez, una mujer mayor, amplia de caderas, más aún con el vestido de enormes e infladas faldas, añadió— Ya ves, te dije que Felipe tenía mucho de su madre y su abuela.

Felipe sintió la mirada perceptiva de aquella señora, y estiró la mano para

saludarla.

—Encantado de conocerla —dijo, con una sonrisa en los labios.

Aquella señora se ponía los espejuelos, que colgaban de una pequeña cadena bien pulida, para poder observar mejor al joven Felipe. Lo escudriñó y subrayó:

—Y tiene los ojos de su padre...

Alberto, por su parte, pasaba de una en una, dando los besos protocolares e intercambiando clásicos como «que bien se ven, por ustedes no pasan los años», con Isabel y Natalia. O un «cómo has crecido Segundo» al hijo de su tío Aureliano. Y deja para el final, el acercarse a su tía abuela, quien comenzaba a hacer preguntas a Felipe. Se acerca a ellos y pone su mano en el hombro de Felipe. El propio Alberto, de acuerdo previamente con Felipe, saludó a la tía-abuela y mencionó:

—Es una pena que Anastasia esté tan ocupada y no nos haya podido acompañar.

—Y ¿qué la tiene tan ocupada? —Preguntó aquella señora.

Tocaba el turno a Felipe de apoyar, y mencionó:

—Es miembro del Consejo de toda una comunidad. Constantemente la llaman para arreglar y negociar muchas cosas con el Alcalde. Y ahora tiene muchos proyectos nuevos a los que ella cuida constantemente para que salgan adelante. La gente allá la quiere mucho.

—Huy, es una mujer muy emprendedora, no cabe duda —Observó la tía-abuela, María del Carmen, y agregó—. Cuando ella y Alberto estuvieron a cargo de esta hacienda la hicieron crecer y la tenían muy bonita. La recuerdo muy bien, es una mujer muy bella y de carácter fuerte —Hizo una breve pausa y le comentó a Felipe—. Le mandas muchos saludos de mi parte y convéncela que venga a visitarnos.

—Así lo haré señora —respondió Felipe.

—Y de mi parte también —dijo el tío Aureliano. Quien había guardado silencio ante la figura de su madre, en la charla con Felipe.

Alberto aprovechó para decirle a la tía-abuela:

—Me lo llevo tía María, para presentárselo a los demás de tu familia.

—Claro Betito, tiene que conocer a todos —señaló ella con una sonrisa.

Alberto acercaba a su sobrino a los demás, los que se hallaban charlando sobre la hacienda junto a la mesa del comedor, y le susurró «Como odio que me diga Betito esa señora». Se acercaban a los demás cuando hizo su entrada a la estancia Don Emilio Hinojosa, el hermano menor del bisabuelo de Felipe, Nicolás. Era el padre de Isabel y Aureliano, y marido de María del Carmen.

Alberto jaló discretamente a Felipe hacia aquel hombre, de más de ochenta años, que entraba al lugar ayudado de un hombre que le servía de acompañante, y le facilitaba con lo necesario, para desplazarse mejor.

Don Emilio levantó la cabeza y al verles acercarse y comentó:

—Tú eres Alberto Hinojosa de la Hoz, no has cambiado casi nada. Y este jovenzuelo es ¿tu sobrino Felipe? —Dijo don Emilio, manteniendo con algo de dificultad la compostura—. Ese pequeñito que se llevaron de aquí siendo casi un bebé, ¿es él?

—Así es tío abuelo, éste es Felipe, el hijo de Anastasia y Felipe —respondió Alberto, y se sumó al hombre que le ayudaba a don Emilio, para acercarle al tresillo en el que estaba su mujer y sentarle junto a ella.

Todos los demás se acercaron ante la presencia de don Emilio de la Hoz, cabeza de la familia que se encontraba en esa estancia. Don Emilio saludaba a cada uno, quienes pasaban casi en fila a saludarle y darle un beso en la mejilla. Terminado el desfile de saludos, don Emilio solicitó que acercasen un par de sillas para platicar con Alberto y Felipe.

Aureliano y Segundo fueron a la mesa del comedor y regresaron con dos sillas que colocaron junto al tresillo. El viejo pidió, que se sentasen en ellas Alberto, a quien no veía hace años, y el joven Felipe. Ahora todos estaban sentados alrededor de la mesa de centro. Rosita y su hija Maya llenaron de platos cubiertos de varios canapés que había llevado Aureliano de la Hoz. Se distribuyeron platos, cubiertos y servilletas para que comenzaran a degustar los canapés.

—Y dime, Alberto, ¿cómo va tu hermana Anastasia? —preguntó don Emilio, poniendo una mano sobre la rodilla de Alberto.

—Bien, mi hermana es una líder en donde vive, junto a Felipe. Todo mundo le tiene mucho respeto, es una organizadora de muchas cosas y ha promovido el desarrollo de toda la comunidad allá, en el norte de la república.

—Y ¿por qué no ha venido a visitarnos?

Esta vez fue Felipe quien se adelantó a contestar:

—Estamos armando diversos proyectos en la Comunidad, mi madre dirige varios de ellos, como la construcción de una ambiciosa escuela que forme bachilleres. Mejoras en la construcción de viviendas, servicios —Felipe hizo una pausa y agregó—. De hecho, fue ella la que me pidió, aprovechando que el tío Alberto nos visitaba, que viniese a traerles a todos sus saludos.

—Y ¿qué me cuentas de tu papá? —preguntó don Emilio

—Él está de viaje, en los Estados Unidos, fue a una Convención sobre leyes laborales. Muy interesante, por cierto —contestó Alberto.

—Y tú, Alberto... ¿A qué te dedicas ahora? —volvió a preguntar don Emilio.

—A eso, a una organización sobre asuntos laborales y leyes. Ayudamos a empresas y trabajadores a evitar conflictos. Hay muchas nuevas iniciativas en los congresos estatales y el Federal.

—Buen oficio, sin duda. Necesitamos paz en este país. Desde que se fue Don Porfirio esto está hecho un caos. Y los izquierdistas y montones de campesinos de huaraches están pensándose que éste país es suyo. Aquí necesitamos firmeza, inversiones, un gobierno brillante, no tan débil como los que esta dichosa revolución trajo consigo —hizo una breve pausa y mirando a Felipe le dijo— Hay muchos izquierdistas y comunistas agitadores, tu papá era uno de ellos.

—Perdone señor, pero mi padre lucha por la mejora de las condiciones de las grandes mayorías —contestó Felipe.

—Qué vas a saber tú. Eres un niño aún —le respondió don Emilio.

—He estudiado sobre muchas cosas. Sobre política, filosofía, ideologías. También sobre biología, matemáticas, sobre lógica y métodos científicos. Tengo mis propias opiniones sobre lo que es justo y correcto. No sobre la tiranía.

—Suenas a mi hermano Nicolás, que en paz descanse. No cabe duda que eres alguien de su estirpe —Se quedó pensando unos segundos y añadió—. En el fondo, yo siempre lo admiré.

Felipe sentía en repetidas ocasiones, en varios de los presentes, un cierto

desprecio cada vez que se escuchaba hablar de su padre.

La tía abuela María del Carmen dijo en ese momento:

—Me impresiona, este chico tiene los ojos verdes de su padre, y habla muy bien.

Y fue Rosa, quien al servir algunos canapés hizo en forma espontánea la mención a «Esos lindos ojos verdes de Felipe, tan encantadores como los de su padre, don Felipe». Eso rompe la tensión y provoca risotadas, aligerando la atmósfera del lugar.

Don Emilio, reconoce que se ha dejado llevar por sus emociones y viejas pasiones y termina sus observaciones dirigiéndose a Alberto:

—Tú has elegido una carrera muy adecuada Alberto, me da mucho gusto que así sea.

El resto de la velada fueron anécdotas entrecruzadas con recuerdos varios, principalmente sobre el abuelo Nicolás. Todos partieron contentos de aquella reunión. Y llamó la atención que Don Emilio de la Hoz se acercase a Felipe, afuera ya, antes de entrar en su automóvil y le dijo:

—Vas a ser un gran hombre Felipe. Tú traes contigo ese futuro, que todos anhelan. Lo intuyo.

Alberto quien estaba muy cerca, se sorprendió de esa reacción de su tío-abuelo.

* * *

Ese atardecer, tras la partida de todos los familiares, Alberto y Felipe subieron a la habitación de éste, y comenzaron a revisar las libretas escritas a mano por Felipe padre. Buscaban alguna alusión a un Espejo, el que seguía sobre la mesilla junto a la cama de Felipe. Pasaron varias horas leyendo y buscando esa palabra hasta que Alberto dio con una mención a un "espejo", el párrafo señalaba:

—Y bueno, tú ya la leíste, te la dio tu mamá —comentó Alberto.

—Tío, no sé de qué me hablas.

—En serio, ¿No te la dio tu madre?

—No —Dijo azorado Felipe y agregó—. Nunca leí carta alguna de mi padre.

—Entiendo, ella debió leerla y prefirió no hablarte de esa carta —Alberto lo pensó unos segundos y comentó—. Debe tenerla entre sus cosas, en Buenaventura... no creo que la haya destruido.

—Pues habrá que ir por ella —Dijo tenso Felipe—. En la cómoda que llevaba a todos lados, solo en ese sitio, es donde guardaba todo. Esto parece importante, tengo que rescatarla.

* * *

LXVII

La extraña presencia

Esa noche Felipe decide salir al jardín y, comienza a realizar los ejercicios que Severino había detallado en su relato sobre su padre. Cierra los ojos y siente diversos objetos a su alrededor, sin una forma definida aún. Camina hacia adelante, hacia la zona arbolada. En forma repentina, sus sentidos comienzan a turbarse y se confunde.

Abre y cierra los ojos para provocar la cortinilla, y se concentra en la visión. Hay una presencia, cercana. Alcanza a observar que hay movimiento entre los árboles cerca de la cabaña, al lado opuesto del jardín. Presiente que hay alguien, muy intenso, observándole. La sensación se desvanece lentamente, y va menguando hasta desaparecer. Felipe decide ir a dormir.

Temprano, en esa mañana de jueves, Felipe le cuenta lo ocurrido a su tío. Alberto no puede esconder a Felipe su preocupación, pese a que minimizó ese evento, como algo que solía pasar, dado lo difícil que era vigilar todos esos espacios de árboles.

* * *

LXVIII

El viaje a Catemaco

Salida el primer jueves de marzo. Un día soleado, con escasas nubes y con vientos frescos. Al regresar del taller con el automóvil arreglado al fin, todo se hizo con rapidez ya que apenas había que cargar una maleta con lo necesario. El tío, Felipe y Gilberto, partían hacia Catemaco.

El camino se sentía pesado por momentos. La intensa vegetación de la selva tropical, y pequeños montes que hacían subir y bajar el camino, se alternaban con otros en los que había sido más fácil construir la ruta mediante rodeos. Afortunadamente, el auto mostraba las destrezas de los integrantes del taller, y su estado, era aún mejor que al salir de

Querétaro.

Fueron dejando atrás la llanura costera, desde la que Felipe, en ciertos puntos, podía llegar a ver el mar del Golfo de México. Comenzaron el ascenso por la zona montañosa. El paisaje cambió, lo mismo que la vegetación: farallones de roca, acantilados y bosques tupidos anunciaban que se aproximaban a la selva, situada más al sur. Por fin, tras dejar atrás San Andrés Tuxtla, llegaron a la población de Catemaco y una atmósfera de sensaciones nuevas les envolvió, con la vista de las aguas opalinas de la laguna.

Tenían ya reservaciones en un pequeño y rústico hotel del pueblo, en el que cenar. Alberto aprovecha, y logra comunicarse por teléfono con Segundo Chávez, quien les guiaría en la mañana siguiente, desde la orilla más cercana de la laguna, por la sierra, hasta las cercanías del rancho y la guarida del conocido brujo Manuel Utrera, el Brujo Mayor a quien muchos llamaban Nahual. Gilberto les había sugerido el ir sin él, prefería caminar y conocer aquel pueblo, en vez de subirse a una lancha para ir a conocer a un brujo.

A las siete de la mañana, Alberto y Felipe esperaban sobre el delgado y largo muelle del malecón, entre el pueblo y la laguna. Minutos después distinguieron una pequeña embarcación con motor, que se fue acercando desde la laguna. Se detuvo frente a ellos. Segundo Chávez amarró su pequeño bote a uno de los maderos bajo el muelle, en un punto en el que una escalera de cuerda con maderos que hacían de peldaños, bajaba desde el muelle a ras del agua. Alberto y Felipe subieron al bote y se acomodaron en dos planchas de madera.

Segundo era un hombre regordete, moreno, con el pelo cortado al rape, y cuya guayabera y pantalón estaban ya manchados de tierra, y algunas verduzcas pintas, por embarrarse en la vegetación.

Le costó algo de trabajo a Segundo el volver a encender el pequeño motor de la hélice trasera. Finalmente lo consiguió, cuando la espera dudaba ya por manifestarse.

La flora en las orillas era abrumadora al recorrer la laguna en aquella embarcación. Segundo les iba mostrando la vegetación en la periferia del lago. Árboles como el Mangle, el Amate y el Mulato; Cascadas color fuego de la flor del Framboyán, y sobre los troncos, las delicadas orquídeas. Abunda también el Apompo, cuyo tronco sobresale del agua, como un árbol que hubiese salido mágicamente del lago y se adorna con exóticas flores de casi 30 centímetros. Atravesaban el costado izquierdo de la laguna y se acercaban a las tres islas al interior de la misma. Segundo parecía un guía turístico, y probablemente lo era, sabía entusiasmar con

detalle al describir la flora y fauna del lugar.

En un momento dado, la lancha tuvo que abrirse paso entre un jardín flotante de lirios que extendían sobre las aguas un manto liliáceo de sus flores.

—Así también sucede con la col de agua, cuyas raíces protegen a miles de pequeños peces y crustáceos —comentaba con soltura aquel hombre.

Pudieron observar de cerca la llamada isla de los Pájaros que no es sino una pequeña porción de tierra, afianzada en vistosas rocas por Manglares, y literalmente cubierta de aves acuáticas. Pudieron observar garzas blancas y cormoranes coronando las copas de los árboles. «Allí revolotean, pelean, alimentan y anidan desde las ramas bajas hasta la orilla misma del agua —señalaba Segundo».

Alberto comenzó a preguntarle a Segundo sobre el brujo:

—Segundo ¿por qué vive hasta allá el Brujo Mayor?

—Allá está su casa, o lo que él llama su casa. El suele decir que toda esa sierra es su casa, y es que él no está muy a gusto estando con los seres humanos, no lo quieren mucho los lugareños, aunque los ayuda casi siempre.

—Y viene mucha gente a verlo ¿verdad?

—Huy sí, mucha gente, de todos lados. Hasta del extranjero. Pero por lo general los atiende en su hospital, como él le llama, por el camino a Playa Azul.

—¿A qué te referías con eso? De que no está a gusto con los seres humanos.

—Bueno, todos dicen que es un nahual en realidad. Él suele decir que tiene un pacto con el diablo.

Alberto aprovechó que Segundo parecía ser franco y comunicativo, de manera que le siguió preguntando:

—Y ¿no tiene alumnos allá con él? En la sierra.

—Muchos le han insistido, pero él solo se ayuda de su aprendiz, un joven llamado Gonzalo. A los otros los envía a la sierra encantada, por San Martín, más adelante, en las laderas del volcán apagado. Ahí hay varios brujos nahuales. Pero él es el Brujo Mayor.

¿Qué es un nahual? —Preguntó Alberto intrigado.

—Es un animal, horrible. Yo una vez vi uno, era chiquito, y había caído en el atrapa-pies de un trampero. Ya estaba muerto. Tenía un hocico raro y largo, entre iguana y caimán. Y se dice que están vinculados a los brujos, que los cazan, y con eso renuevan ciclos de su poder, al hacerlo.

Se acercaron a la orilla, hacia un pequeño muelle que se encontraba en parte hundido, lleno de humedades que daban una tonalidad verdácea a los grandes maderos que sobresalían del agua. Segundo acercó el bote a uno de ellos, y lo amarró al poste de madera que aún se erguía sobre el agua en aquel muelle. Sacó un remo del espacio bajo los tablones, y fue jalando la embarcación hacia el resto del muelle que permanecía aún seguro.

Alberto y Felipe tuvieron que brincar para asirse al trozo de muelle, subirse en él manchando de verde sus ropas, y caminar sobre los tablones que estaban aún fijos, hasta la arena de la playa. Tras ellos iba Segundo. Ya en la playa, éste último les rebasó y los dirigió por una senda entre la maleza. El camino parecía limpio de plantas, una estrecha senda de cerca de medio metro de ancho, sencilla para caminarla. Esa ventaja desaparecería unos doscientos metros hacia arriba, ya que las plantas salvajes invadían trozos de la ruta. La selva tropical puede ser engañosa, muchas veces. Pero la majestuosidad de la vegetación es aplastante.

Segundo, quien iba al frente, llevaba ya su machete desenfundado, con el golpeaba y cortaba algunas ramas incómodas que bloqueaban el paso. La vegetación era imponente, enormes Ceibas, Amates y Álamos, que a su vez están cubiertos por lianas y enredaderas.

Paró unos instantes para secar con un paliacate, el sudor de su frente. Y les ofreció otro paliacate rojo, que sacó de la bolsa que traía al cinto. Agradecieron eso ambos sudorosos caminantes, inexpertos en la selva. Al llegar a una planicie, que se deformaba con pequeños montículos escasos en maleza y árboles, Segundo les dijo:

—Yo aquí les espero. Vayan allá, derecho, y verán a unos treinta metros, una cabaña de maderas y lámina. Es la guarida, y abajo tiene su lugar de sanación. Un kilómetro adelante está su rancho. Pero me pidió que los trajera a la cabaña.

* * *

LXIX

La guarida de la caverna

—Así que éste es el lugar donde ejerce sus sanaciones el gran Brujo

Mayor, Manuel Utrera —comentó Alberto al acercarse a la cabaña.

Era un lugar pequeño, el exterior era de troncos de madera, no se veía ventana alguna y el techo de lámina casi había desaparecido bajo todo tipo de plantas salvajes que desbordaban ya la lámina y colgaban al viento.

Alberto y Felipe estaban ya frente a la puerta, tras haber realizado un largo recorrido estaban ya cansados por esa subida. Alberto dio dos golpes de nudillos en la improvisada puerta de madera, cuyos bordes estaban ya carcomidos por la humedad, y más parecía estar recargada que colgada. Pasaron diez o doce segundos, cuando escucharon una débil voz:

—Pasen, estoy abajo.

Empujaron la puerta lo suficiente para poder pasar. Una vez adentro, Felipe comenzó a tener sensaciones provenientes de algunos objetos.

El lugar, de escasos cinco metros por lado, estaba lleno de alacenas de madera. Cada espacio entre tablones contenía algo. Las tablas, sostenidas algunas por ladrillos y otras por tablas pequeñas y gruesas, colocadas en forma vertical, y cuya altura no sería mayor de unos treinta centímetros. Eran tres, los muros saturados de esas alacenas, con botellones, frascos pequeños, ramas de follaje que despedían aromas varios, albahaca, pirú, y algún otro. Había también algunas cajas de cartón, parecidas a cajas de zapatos. Pero en casi todos esos envases se veía que algo contenían, los había con trozos de algún mineral, pastillas o incluso, con píldoras. En otros, era tal el polvo que los cubría que no se podía saber si tenían algo adentro. Al centro había una mesa y un par de sillas. Sobre la mesa se ubicaban un vaso de vidrio, un plato con algunas sobras, y migas de pan.

Alberto paseaba la vista en los anaqueles de la pared, opuesta a la que revisaba Felipe, con cierta intriga. Felipe encontró, al abrir la tapa de una de las cajas, varios medallones y objetos extraños, y era esa la fuente de la que provenía la carga más notoria de sensaciones. Tan solo los examinó, sin tocarlos.

Fue entonces, cuando escucharon de nuevo la voz de Severiano que provenía de una abertura en el piso, bajo la pared del fondo:

—Ya les dije que estoy abajo, chingao —La voz tenía un deje recio, en tonos graves, y se volvió a escuchar—. Vengan aquí.

Ambos descendieron al sótano, por una escalera de cuerda, colgada y anudada en dos gruesas argollas de hierro en el piso. Estando abajo pudieron observar que aquel lugar era más una gruta que un sótano, algunas paredes tenían ya, algo de cemento, pero sobresalían bloques de

piedra entre los espacios ya embarrados de cemento. La gruta, o caverna, no tenía una forma definida y las luces provenían de cuatro quinqués de gasolina colgados estratégicamente, así como de algunas veladoras de cera, colocadas en cincelados nichos, en la piedra. Quinqués y veladoras provocaban bailes de sombras sobre piedras y muro. El piso era de piedra, cercano a ser normal, con alguna piedra sobresaliendo del suelo aquí y allá. Había una mesa larga, casi al centro de la caverna, con tres sillas.

De pronto, de atrás de un bloque de piedras cerca del fondo de aquel sitio, salió un hombre con un quinqué en la mano, y se acercó a ellos con recelo, y preguntó:

—¿Quién eres tu jovencito? —con esa voz grave que habían escuchado momentos antes.

Alberto atajó la pregunta y preguntó, a su vez:

—¿Es usted Manuel Utrera, el brujo mayor?

—El mismo que viste y calza, aunque por lo general me paseo desnudo en el bosque encantado —Y añadió—. Muchos aquí me llaman Nahual.

—Pues yo soy Felipe Aragón —dijo con seriedad Felipe, acercándose unos pasos al brujo.

—Y yo soy el nieto de Nicolás De la Hoz, el que evitó hace años que le enterraran un cuchillo —Dijo Alberto, buscando facilitar las cosas, y añadió—. Felipe es mi sobrino, hijo de Felipe Aragón, a quien también conoce.

Fue en esos momentos que se mostró realmente sorprendido Utrera. Al escuchar el nombre del joven a quien va a hacer una limpia se puso nervioso, y Felipe alcanzó a sentir su sorpresa.

Utrera confiesa:

—Nicolás era amigo del anterior brujo mayor, sabía de él —Hizo una pausa que Felipe interpretó como sorpresa, y continuó—. Sí conocí a Felipe Aragón, él llegó aquí a deshacer, lo que otros me encargaron hacerle a él. No fue nada fácil —Calló por unos momentos, escudriñando a Felipe, y señaló—. Haré primero una limpia al joven Felipe —Y mirando por varios segundos a los ojos de Felipe, señaló—. Traes en ti mucho de lo que le hicieron a tu papá.

—Tío, este hombre está dudando si nos engaña, o no, sobre lo que va a hacer. Ya lo he sentido —dijo Felipe tras llenarse de los pensamientos del

brujo.

El brujo abre grandes los ojos, y Alberto se percata que los ojos de Severiano se vuelven negros.

¡Basta! Déjalo y haz lo que él diga —grita Alberto, quien ha agarrado una piedra del suelo y camina amenazador hacia Utrera.

¡Espera! Yo sí puedo ponerle en aprietos con lo que sé hacer. ¡Déjalo que lo intente! —dijo Felipe, subiendo el tono de voz, dejando que su mirada se volviese oscura y amenazante.

El brujo sintió el peligro que significaría el intentar hacer algo. Tuvo la misma sensación que experimentó años antes: «Éste chico tiene también ese inmenso poder de su padre —pensó Utrera».

—Eres como él, como tu padre. Haré lo que me piden —respondió el brujo a ambos.

Felipe se concentró y le sintió. Se dispersaba todo atisbo de poder amenazante en el brujo. En apenas segundos le sentía seguro, franco y algo suspicaz.

Utrera sabía que tendría que hacer una limpia, y había preparado algo para ello, regresó tras el muro de piedra, seguido por Alberto, y regresó con un perol humeante.

—Por ser quien eres, debo poner algunos ingredientes más, esperen aquí, tengo que subir por ellos —dijo el brujo, y subió por la escalera a la estancia superior.

Alberto se puso en guardia, no quería perder de vista a aquel hombre, pero Felipe le hizo la seña de que se calmara. Para Felipe era él mismo, ahora, quien llevaba el control. Esperaba no equivocarse.

Tras apenas unos minutos, el brujo bajó con varias cosas envueltas en un periódico, del que sobresalían largas ramas con follaje tupido, las que la nariz de Felipe identificó como pirú, albahaca y alguna otra que no recordaba. El brujo desplegó sobre la mesa todo aquello que había bajado, y fue escogiendo y ordenando una cosa tras otra, para meterlas más tarde en el perol. Le pidió ayuda a Alberto para levantar y mover el perol, puso leños debajo y con una pala que tenía detrás del muro de piedra levantó brasas aún candentes, y las sacó para ponerlas bajo el perol, entre los leños. No tardaron en encender el fuego en los leños. El brujo aprovechó la espera, y le comentó a Felipe:

—Tu padre tenía verdadero poder —Le dijo, mientras batía con un largo palo de madera el perol, y señaló—. Nosotros no somos seres humanos, yo soy un demonio, o un animal, como el nahual. Nunca supe qué era tu

padre, y ahora tú... Los ingredientes deben ser los que usé con él.

En pocos minutos comenzó a hervir el contenido del perol. Utrera comenzó a meter al perol, uno tras otro, todos aquellos trozos de cosas desconocidas, objetos, semillas, polvos y plantas, en el orden en que los había dispuesto. Esperaba algunos segundos, antes de añadir el siguiente ingrediente. Algunos de ellos chispeaban en el ahora burbujeante contenido del perol.

En la gruta comenzaron a detonar aromas fuertes, desconocidos, y difíciles de inhalar sin tener que toser. El brujo tomó dos trapos que había bajado y dejado sobre la mesa, junto a los demás ingredientes. Les ofreció ambos trapos para taparse la nariz. Los aromas se transformaban con el calor del fuego.

Cuando Utrera consideró que ya era el momento adecuado, apagó el fuego con agua de una cubeta. Le pidió a Felipe que se desnudara, mientras él tomaba de la mesa varias de las ramas, y las introdujo en el perol. Tras unos segundos sacó algunas, y las volvió a poner sobre la mesa. El brujo observó el medallón que no se había quitado de Felipe, y le ordenó:

— ¡Quítate eso!

Cuando Felipe soltó el medallón en la mesa, Utrera lo tomó con un palo y lo tiró adentro del perol.

Felipe, desnudo y expectante, comenzó a sentir el follaje húmedo, el olor era de albahaca, tibia aún, sobre su cuerpo. El brujo lo pasaba por cada rincón del cuerpo de aquel joven de pálida piel, quien identificaba ahora, en las demás varas, los aromas de la ruda o el romero.

Utrera tiraba al suelo las varas ya usadas, y sacaba otras más del perol. Todo ese tratamiento duró más de media hora.

Al terminar, el brujo, que ya sudaba, le sugirió al joven Felipe, que se sentara en una de las sillas junto a la mesa. Felipe sentía un vapor y un aroma agradable, muy intensos, que lo envolvían y parecían jugar con todo su cuerpo. Su mente jugaba con él, veía imágenes extrañas, lobos en el bosque; un venado de grandes astas pastando junto a él; un caimán sacando medio hocico en el agua del río...

—Ahora dormiré por un rato —comentó el brujo, dirigiéndose a Alberto, quien sentía los nervios de punta.

—Tranquilo, él está ahora en su espacio natural, se llenará de lo que ve —Dijo, para tranquilizar a Alberto. Y añadió—. Podemos subir, dejémosle

disfrutar su viaje.

Ambos subieron a la habitación y el brujo, aun sudando, sacó de alguna de esas alacenas un trapo, una botella de tequila y dos vasos caballitos tequileros, los que llenó a la mitad con el licor. Se secó el rostro con el trapo, y comentó:

—Siéntate Alberto, no tienes nada que temer. Tu abuelo era en verdad un buen amigo de mi antecesor, estoy en deuda con él... Incluso Felipe, tu sobrino, me cae bien, es un ser blanco, cuando no desata a la fiera de adentro. Él es noble, y haré lo mejor que pueda para sanarlo, ya lo hice con su padre.

—Sí, lo es. Es un chico admirable —dijo Alberto, relajándose tras un pequeño sorbo de tequila.

—Necesito que regresen hoy a las diez de la noche. Que Felipe no coma alimento alguno, salvo agua sola — Le sugirió a Alberto, mientras volvía a llenar los vasos de tequila, y añadió—. Hoy es primer viernes de marzo. Para nosotros es sagrado, es cuando mi fuerza es mayor, creo que lo principal para curar a Felipe lo hice ya. Pero, por la naturaleza de tu sobrino, y de lo que recuerdo de su padre, no son, por decirlo de alguna manera, seres humanos. Hoy haré algo que rara vez hago. Pediré al brujo que me sigue en el rango, que sea él quien oficie la ceremonia en el cerro del Mono Blanco. A tu sobrino le haré aquí la purificación, y lo haré encontrarse con su cuerpo y su yo interior, me meteré en él y quitaré lo negro que tenga aún adentro.

—Si está seguro que eso es importante, aquí estaremos, antes de la diez —contestó Alberto algo confundido, por no entender bien lo que acababa de decir el brujo.

—Además, necesito varias horas para preparar y, curar un amuleto, como el que hice a su padre —comentó Utrera, y bebió de un solo trago su caballito de tequila.

Alberto vio su reloj, era la una y media, habían estado allí más de una hora. Felipe subía por la escalera, y apareció su cara en el hueco del piso, ya se había puesto la ropa. Estaba somnoliento aún. Alberto le dijo:

—Ya nos vamos, tenemos que regresar en la noche.

—¿En la noche? —protestó Felipe tallándose los ojos.

* * *

Limpieza final y nuevo medallón

Alberto y Felipe se reencuentran con Segundo quien les vuelve a guiar por el sendero, hasta la orilla de la laguna. Con pericia, Segundo jala la cuerda del motor, el cual arranca, y les comenta con una sonrisa: «En la mañana estaba sucia la manguera de gasolina». Arrima, jalando la cuerda, el bote al trozo de muelle que se encuentra aún en buen estado. Los tres saltan a la embarcación, y emprenden el viaje de regreso. Ya cercanos a llegar al muelle del malecón, Alberto le pregunta a Segundo si puede volverlos a llevar ya entrada la noche, como a las nueve. Le explica que el brujo así se los había pedido. Segundo refunfuña un poco, arqueando los labios, y le responde a Alberto:

—Me parece raro, hoy es la ceremonia de renovación de sus poderes. Cada año, el primer viernes de marzo, antes de la medianoche. Él la encabeza siempre... Pero si eso les dijo, yo les traigo aquí de nuevo, para ayudarles. Alberto le promete pagarle bien por ello.

* * *

El reloj de pulso de Alberto marcaba las 4:50. En la recepción del hotel se encontraron con Gilberto, quien llevaba una bolsa con artesanías y juguetes que acababa de comprar para su familia. Alberto les explicó a ambos que el Brujo había sugerido que debían regresar antes de las diez a su cabaña, para terminar todo el rito, y que Felipe quedase totalmente limpio.

—Por cierto, Pillo tu solo puedes tomar agua, nada de alimentos —Señaló Alberto, y añadió—. Eso dijo el brujo.

Gilberto subió a la habitación a dejar lo que había comprado. Regresó a la recepción del hotel, y los tres salieron de allí. Pasearon por las calles, la plaza, y mataban como podían el tiempo que restaba. Alberto estaba ya ansioso por dejar atrás todo ese asunto del Brujo.

Tras largas caminatas se fueron acercando al muelle de la laguna, aun siendo menos de las ocho y media. La cita con Segundo no era sino hasta las nueve de la noche. Se sentaron en el malecón a disfrutar de una limpia noche de luna llena. Le relataron a Gilberto como había sido esa primera visita al brujo. Éste, tan solo mencionó que no le gustaba la idea de visitar a un brujo, pero que aun así les acompañaría esta vez.

Varias nubes escondían por momentos las estrellas visibles, y el viento era tibio, con aromas provenientes de la vegetación en la laguna.

* * *

La noche se había aposentado. Segundo llegaba puntual, honrando su palabra. Y blandiendo un quinqué encendido, les ayudó a bajar y sentarse en el bote. Les llevó de nuevo al muelle de la otra orilla. En el trayecto, Felipe observa la mirada de brillos de varios caimanes, en el lago.

Ya en la otra orilla, Segundo les guía para volver a subir la senda, la dificultad de hacerlo ya de noche entorpecía la subida. Al llegar al claro en el que él les había esperado esa mañana, Segundo les repite que les esperará en el mismo lugar, para regresarles.

Alberto le da un billete, y promete darle otro más, cuando estén de nuevo en el malecón. Al acercarse a la cabaña observan la luz de un quinqué encendido que ha sido colgado a un poste, afuera de la cabaña. No había poste alguno cuando se retiraron esa mañana. Ven al Brujo y a un chico joven, realizando varios preparativos en el exterior de la cabaña. Al acercarse, el Brujo Mayor les recibe, y les invita a sentarse en la larga mesa que habían visto horas antes dentro en la cabaña. El rito se realizaría afuera, al aire libre, en un pequeño claro inmediato a la cabaña. Utrera se acerca a Alberto y le dice:

—Afortunadamente, todavía tenía de las que me trajeron hace unas semanas de Real de Catorce —Se acerca, y le muestra a Alberto un peyote ya maduro, añadiendo—. Con uno nos basta.

El brujo y un chico, que debía ser el tal Gonzalo que mencionó Segundo, habían dispuesto todo. Ahora, preparaban sobre la mesa un comal de piedra con polvos, a los que añadieron copal, y le prendieron fuego.

Utrera le ha dado a Felipe un gajo de peyote, para que lo mastique y lo coma. Los aromas comienzan a emerger con fuerza. Utrera toma de la mesa una curiosa flecha, el extremo contrario a la punta lleva amarradas cuatro plumas. El Brujo pasa aquellas plumas sobre el cuerpo de Felipe en repetidas ocasiones. Alberto vigilaría desde ese momento a Felipe, no quería sorpresa alguna.

Felipe hacía gestos por el sabor amargo, el brujo le da un nuevo gajo, y un vaso de agua para ayudarlo a masticar y tragar y, apenas unos minutos después, Felipe quedó sumido en un sueño. El brujo tenía, amarrada a un arbusto, una gallina negra. Muy cerca de una estrella de cinco puntas que habían cavado y marcado en la tierra, a un lado de la mesa. Con un cuchillo rompió la cuerda que ataba a la gallina y la tomó por las patas. Acostó a la gallina sobre la mesa, y le cortó la cabeza con el cuchillo, dejando caer la sangre al interior de aquella estrella. El brujo dijo un conjuro en alguna lengua autóctona, invocando al Señor del Encanto y a los puntos de energía de la zona, como la Sierra de Santa Martha, el cerro del Mono Blanco, y la Laguna Encantada. Utrera se acostó sobre la tierra, junto a la estrella, y se hundió a su vez, en un sueño tras masticar otro gajo de peyote. El que estaba realmente asustado era Gilberto, se

mantenía sentado en una silla, a un par metros de la mesa. Se había negado a presenciar el rito. Quieto, casi sin moverse, aguardaba y temía, por las sensaciones extrañas que le producía estar en esa foresta, junto a la cabaña de un brujo.

Alberto observaba a Gilberto que estaba pálido de miedo. Trató de serenarlo y le explicó:

—El brujo está ahora dentro del cuerpo de Felipe, entró para sacar lo negro que haya en él. Y se adentra con la mente, recorriéndolo. Ese rito, según el brujo, es muy antiguo y proviene de otras regiones del país, como la huasteca potosina... Allá tú, si crees o no, lo que él dijo. Gilberto solo alcanzó a abrir grandes los ojos y decir: «Ah chingaos»

* * *

Poco más de dos horas después, Felipe despertó. El brujo le preguntó cómo se sentía. Felipe estaba algo aturdido y solo alcanzó a decir: «Raro»

—Siéntate en la silla unos minutos, bebe agua —Dijo el brujo, y añadió—. Pronto te sentirás mucho mejor.

Y así fue, Felipe tomó varios vasos de agua y se levantó minutos después, a orinar bajo unos árboles. Ya estaba en sus cinco sentidos, y fue hasta ese momento que Alberto comenzó a relajarse, y se acercó a Utrera a preguntarle cuánto le debía, por todo.

—Todavía no termino, tengo que darle el amuleto. De todo, serán cuatrocientos pesos.

El ayudante del brujo, un chico de escasos diez o doce años, nariz un tanto larga y con una sudadera gris sobre pantalones de manta cruda, se fue acercando a Felipe y le dijo con una voz suave:

—Yo me llamo Gonzalo. Yo también te puedo sentir y, sé que eres una buena persona, no cambies, o serás algo terrible.

Tras esas palabras, fue ahora el brujo el que se acercó a Felipe y le entregó una bolsa de piel café. Felipe la abrió y sacó una cadena y un medallón.

—Te lo regalo, con la siguiente advertencia. Solo tú puedes tocarlo, nadie más debe hacerlo, recuérdalo —sentenció Utrera, el Brujo Mayor.

Era el amuleto que ha estado preparando por varias horas, lo más parecido al que hizo para su padre años atrás. Alberto lo reconoce en el pecho de Felipe, es igual al de su cuñado. Saca los billetes de su cartera y

le paga al Brujo, sin comentario alguno.

Felipe se pone el medallón al cuello, y prueba a concentrarse en sus sentidos. Procuraba sentir en lo más hondo al Brujo Mayor, y se encuentra con una serie extraña de pensamientos que parecen incoherentes, como provenientes de un animal salvaje, extraño y mortal. Lo achaca a la raíz que ambos habían masticado antes de empezar. Aun así, termina por sentir auténtico al animal salvaje que habita en Manuel Utrera.

Gilberto, se levantó de la silla y les conminó a regresar de inmediato. Al salir de ese lugar algo se había roto, o al revés, Felipe experimenta nuevas sensaciones, el mundo es distinto, y es capaz ahora de sentir y escuchar a los insectos que caminan y vuelan, entre las hojas de la maleza circundante.

* * *

LXXI

Las sombras antagónicas

El frío aire nocturno parece haberse quedado quieto en el callejón. Entre dos altas paredes traseras de fábricas, la luna filtra una pálida luz por el estrecho espacio del callejón, entre las mal acabadas paredes de hormigón. Papeles y trozos de periódicos flotan en el suelo entre los sucios charcos sobrevivientes de una lluvia sin sol. Las ondas en ellos provocan los únicos destellos, con excepción de un aura de luz de una farola de la avenida, al final del callejón. Los aromas, si no fétidos, sí resultan acres, con decenas de bolsas de basura, apiladas bajo una escalera de incendios de una de aquellas fábricas.

Dos seres, encapuchados y envueltos en abrigadas prendas, están sentados sobre las tapas de dos sendos cilindros de basura. Nadie podría adivinar los rasgos faciales de las sombras, y eso son ambos, sombras, sus caras se han borrado tras las sombras.

—¿Qué me dices del hijo? —rugió la voz cascada del más viejo de aquellos seres.

El otro, se llevó lentamente la mano a la quijada y contestó:

—Tú eres el mayor, vas sobre el padre y él se burla de ti. ¿Qué esperas que haga yo, si apenas es un niño? —Hizo una pausa, buscando la palabra precisa— Eso sí, ya sabe cómo evitarme. Ya me ha sentido un par de veces. Primero en el pueblo y luego en la hacienda, de allí vengo.

—¿Y ahora dónde se encuentra?

—En la hacienda probablemente, practica en los jardines algunos ejercicios por la noche. Está muy verde, aún se ofusca fácilmente.

El primero, y mayor, sacó un cigarro de la grisácea chamarra, y tronó los dedos a escasos milímetros del cigarrillo. Una chispa encendió alguna hebra dentro del cigarro. Inhaló hondo y la recién encendida hebra brilló con fuerza, dejando ver una pálida y afilada barbilla en aquel ser. Se llevó la mano al cigarrillo y lo retiró entre los dedos. Retuvo el aire por unos segundos, y exhaló el humo poco a poco.

—Me encanta el olor de este yerbajo, además me quita el dolor. —Giró la cabeza hacia el otro y murmuró con esa voz ceniza— ¿Tus piernas... cómo van?

—Aún no tengo ese dolor, pero sí calambres... y algún dolor ocasional en los ojos —meneó la cabeza y dejó la vista fija en sus piernas.

—A mí me tiene jodido este dolor. Hay esos días en los que salir a la calle es un infierno mayor que el de Dante... Tú eres joven. Yo sé que el padre tiene este dolor. Se esconde bien. Tú continúa siguiendo al chico. Tarde o temprano el padre aparecerá. —Regresó el cigarro a los labios. Se ajustó la capucha de la sudadera para ser de nuevo sombra. Inhaló una nueva y lenta bocanada, se incorporó e inició el arrastre de sus pasos hacia la avenida, en la que se distinguía en la acera de enfrente, un enorme anuncio con la imagen de una femme fatale, de alguna película de gánsteres recién estrenada.

Comenzaba a despuntar el amanecer en la distancia.

* * *

LXXII

Esa noche, en la Hacienda

Por la mañana del sábado, en un día radiante, en esa atmósfera extraña que rodea a todo Catemaco, viajan de regreso a Fortín de las Flores, a la Hacienda...

Ya en la hacienda, esa misma noche nublada con escasos vientos, Felipe vuelve a intentar hacer los ejercicios en el jardín. En esa ocasión, al empezar a hacer respiraciones, siente otra presencia, lejos, entre los árboles frutales de la hacienda. Abre los ojos y se concentra en la vista, provoca la cortinilla frente a sus ojos, y alcanza a ver una sombra, que intenta huir entre los mangos, pese a que va rengueando. Felipe se echa a correr hacia ella... «Va demasiado rápido para estar rengueando —pensó Felipe», quien comenzaba a sorprenderse de la velocidad que él mismo comenzaba a tener. Al dejar detrás las sendas de árboles, Felipe salió a campo traviesa. No había nadie ya. Esperó unos segundos para ver si algo

se movía. Su mente estaba ahora llena de espacios, sonidos, de todo lugar en que fijaba la vista. Finalmente decidió regresar a la hacienda, manteniendo alerta sus sentidos, los que ahora tenían una dimensión distinta.

* * *

LXXIII

La mañana era soleada, Severino platicaba con Felipe en el jardín, mientras el primero podaba diversas plantas. Severino, entre una frase y otra, le menciona que a su padre le encantaba ir a la sierra a descansar. «A nutrirse el alma y mirar desde lejos al mundo y sus cambios», y claro, a quitarse de esa presión nerviosa que le aquejaba siempre.

Se escurre entre su relato el decirle la razón del por qué, Anastasia y Alberto decidieron finalmente el irse a la capital:

Comenzamos a ver extraños en los campos, cada vez más seguido. Entraban por las noches, por allá entre los árboles —y señalaba a los árboles frutales, y añadió—. Y aunque pidieron vigilancia a la policía, se seguían metiendo.

Felipe le pregunta cuál era esa sierra de la que le hablaba su padre. Severino duda un poco, y luego menciona:

—Está en el país de los gringos, creo—dudó unos segundos y agregó—. Sí, adelantito de la frontera.

Felipe le sentía fresco y sincero.

Un par de horas después, en la habitación de Felipe, mientras él y Alberto continúan revisando las libretas de Felipe padre en busca de novedades. Felipe comenta con Alberto lo sucedido la noche anterior, así como lo dicho por Severino.

Alberto medita sobre lo que ya es tiempo de hacer, y planea apoyar con recursos a Felipe. Decide ir temprano, al día siguiente a una oficina bancaria.

La mañana siguiente, Gilberto y Alberto regresan del banco en el cual Alberto hizo un nuevo retiro de dinero que piensa darle a Felipe, para apoyarlo en la búsqueda. Terminan de preparar todo lo necesario, y parten rumbo a Querétaro. Cuando acaban de partir alcanzan a ver que llega la policía estatal a la hacienda. Alberto decide continuar el trayecto a Querétaro.

* * *

LXXIV

Esa noche en Querétaro, Felipe sale al jardín y comienza a realizar los ejercicios que Severino había detallado en su relato sobre su padre. Cierra los ojos y siente que sus sentidos se agudizan. Hay una presencia cercana, abre los ojos y alcanza a observar que hay movimiento en la floresta al lado opuesto del jardín, tras una enredadera. Presiente que hay alguien observándole. Se acerca a la enredadera, pero la sensación se debilita y desaparece segundos después.

No cabe duda, lo están siguiendo, o al menos está siendo vigilado.

* * *

Capítulo 15

CAPÍTULO XIV

LXXIV

La carta del Tata Camilo

Felipe llevaba ya cerca de cuatro meses de haber partido de San Buenaventura. Juanita, la amable señora que se ocupaba del aseo de la casa, madre de cuatro jóvenes, mayores que Felipe, y bien llevados por ella desde su viudez, se acercó a Felipe quien leía alguna novela en uno de los sillones blancos de la sala.

—Joven Felipe, le ha llegado una carta —dijo aquella buena mujer, estirando el brazo con la carta.

Felipe la tomó y leyó en el anverso el nombre de Camilo Guardiola. Sus labios dibujaron la sonrisa que sentía en todo el cuerpo.

—Muchas gracias Juanita, es de alguien muy querido.

—Me alegra, es la primera que veo dirigida a usted —le señaló, y regresaba a la cocina cuando escuchó.

—Sí, así es. Ojalá más de mis amigos me escribiesen —respondió mirándola, mientras abría el sobre. Abrió nervioso las hojas y comenzó a leer:

Querido Felipe:

Hace poco más de quince semanas que has partido de la Comunidad, y reconozco que extraño tu presencia. Soy ya un hombre mayor, mi edad no la conoce casi nadie. Extraño el poder tenerte cerca, saber de ti, de cómo vas en la búsqueda de tu padre. Disfruté enormemente aquellos paseos que dábamos por los campos, en los que ambos aprendimos a conocernos mejor, y eso hace aún más difícil tu ausencia. Me explico, tu prodigiosa mente y las convicciones de las que hiciste gala, hicieron de ti, el hijo que me hubiese encantado tener. Me congratulo por haberte conocido, al igual que varios más en este lugar, sean o no de la Comunidad, como el maestro Rosendo Alvérez, con quien sostengo ahora una grata amistad. Y ha sido gracias a ustedes, tú, René y Rolando, tus dos amigos, que encuentro ahora, a mi edad, la forma más pura de ese concepto, la amistad. Poco después de tu llegada a este lugar me maravilló tu capacidad creativa, y la forma en la que la pusiste en práctica, cuando me pediste que te ayudase a construir una radio para

regalársela a tu madre, en apenas tres semanas la tenías lista, a tus escasos ocho años.

Aprovecho a ponerte al tanto de los cuidados de muchos de nosotros hacia tu madre. Enriqueta y Silvia, que son quienes mejor la han conocido, no dejan de estar con ella por largos ratos. Algunos téis que le preparan parecen haber producido efectos de mejora en su memoria. Lamentablemente solo son pasajeras esas mejoras. Está muy comfortable y ahora se dedica a hacer dibujos con colores. La llenan de atenciones muchas de las señoras de la Comunidad, y Enriqueta le tiene un profundo cariño. De manera que ella está tranquila y muy bien cuidada. Yo mismo paso a verla con frecuencia.

Quien se ha sentido algo indispuerto en estos últimos días soy yo. Me han diagnosticado con una diabetes avanzada, y eso me tiene preocupado. Y más ahora que ha llegado una congregación de cuáqueros menonitas que se han asentado cerca de nuestra comunidad, a las afueras del pueblo de San Buenaventura. Temo que el cura del pueblo los ponga en contra nuestra, más ahora que son ya diez las familias del pueblo que se han integrado a nuestra Comunidad. Lo cual tiene al cura haciendo rabietas, diariamente. Tus amigos René y Rolando son también sumamente apreciados en este lugar. El padre de René también ha tenido complicaciones médicas, pero parece ser que está mejorando. Algo curioso que me llama la atención es que el alcalde me pregunta siempre por ti. Le has dejado impresionado. Al grado de mandar al diablo al cura cada vez que éste le menciona que tenías al diablo metido dentro de ti, eso me hace mucha gracia.

Ya no soy un joven y me preocupa que, si algo me sucede, no sé quién podría sucederme en el Consejo. Tal vez tú tendrías esa capacidad, y sobrada. Pero entiendo perfectamente que el encontrar primero a tu padre es crucial en tu vida, el entender quién eres en realidad. Mi querido Felipe, imagino que ésta carta te haya sorprendido viniendo de alguien tan serio y callado como yo. Pero créeme que estoy entusiasmado por el hecho de que estés leyendo estas letras. Tú eres, para mí, un potencial eslabón hacia un futuro mejor para todos.

Te quiero como a un hijo. Camilo. "El Tata"

* * *

LXXV
Anastasia
Sus primeros y últimos recuerdos

Aquella noche Anastasia no podía conciliar el sueño. Pasó gran parte de ella, sentada en la cama de frente a la ventana, con la mirada perdida en un mar de estrellas. Se coló, entre las más refulgentes, el recuerdo de

aquel terrible momento... Correr por el jardín de la casa del abuelo le brindaba esa maravillosa sensación de libertad. Los muros que rodeaban aquel espacio estaban llenos de buganvillas floreadas en tonos naranjas, rosas y violáceos. Los múltiples tonos verdes de las hojas de los árboles y de los arbustos rodeaban una fuente de mármol justo en el centro del jardín; numerosas flores salpicaban el conjunto, formando un tapiz multicolor. Anastasia a sus cuatro años había hecho de aquel lugar su escondite, su amable y gentil recodo de la madre naturaleza. Podía olvidarse allí de las tristes imágenes de su madre en cama, con la piel grisácea, tan delgada ya por la feroz enfermedad que la tragaba día con día. Podía olvidarse de sí misma entre fragancias y flores que bailaban a su alrededor.

—¡Tasia ven, nos está llamando papá! —gritó desde la ventana del segundo piso su hermano Alberto.

Se negaba a asistir al encuentro con su padre, adivinaba el momento trágico y no quería estar presente. Sabía de alguna manera, que su padre en vez de estar triste, estaría muy enojado. Caminó tras un frondoso nogal al fondo del jardín, sacó el medallón, con una estrella de nácar blanco, que había tomado a hurtadillas del cuarto en el que se encontraba su madre, era un objeto mágico que cuidaba su salud, según mamá, y se sentó en la yerba que crecía al lado opuesto a la casa. Besó el medallón y pidió que su madre no se fuera. Cerró los ojos y deseó que no llamasen de nuevo, dejando escapar una lágrima que rodó hasta la comisura de los labios. Pasaron lentos aquellos minutos y la sensación de una derrota brutal e inmerecida crecía en el sentimiento de aquella niña, el silencio fue roto por el grito proveniente de la casa. Era el grito de un hombre al que siguieron sollozos de angustia de varias personas.

El sonido continuo del agua de la fuente hizo pesar los párpados y pronto se cerró la puerta a toda conciencia arrebatándola al mundo...

Cuando despertó estaba en su cama, tenía frente a sí la cara de Alberto, su hermano, que la miraba a los ojos intentando descubrir algo en ellos.

—Tasi, mamá se ha ido... Pero yo te juro que te cuidaré toda mi vida —susurró Alberto.

Después de las exequias regresaron a la casa de su padre. Pasaron días tristes en los que cada rincón de la casa, en la que vivían con su padre, le resultaba impregnado de recuerdos. Las lágrimas se habían aposentado en los ojos, y se negaban a desalojar la fuente de su existencia. Anastasia entraba con frecuencia al vestidor de la habitación de su madre, abría los frascos de perfume y se quedaba horas sobre la cama aspirando las fragancias, oliendo la presencia de su maravillosa madre hasta quedar dormida. Recorría despacio cada lugar de aquella casa y se convertía en una sombra pequeña llena de recuerdos. Las mujeres encargadas, Rosa y

Eulalia quienes escasamente rebasaban los veinte años de edad, pasaban largos y desesperantes momentos para lograr que Tasia comiese bocado alguno.

Días después llegó el carruaje del abuelo Nicolás a recoger a los niños, el padre saldría de viaje y el abuelo, quien conocía el carácter seco y sin sentimientos de su yerno Abelardo, prácticamente le obligó a dejar a su cuidado a los niños. Les acompañaría Rosa la cariñosa aña que tenía a su cuidado el atender a los chicos. Fue así que llegaron a vivir en la pequeña hacienda de Fortín de las Flores en donde la presencia del abuelo y su cariño por aquellos nietos fue sacando a Anastasia de su soledad íntima y oscura. Solía pasear y jugar con ellos en el vasto jardín lleno de árboles de frutas y cuidados setos, con aquella fuente al final de la rotonda de flores tras la cual estaba el viejo nogal que la acunó en ese trágico momento.

Durante las tardes el abuelo les leía en la veranda de la casa historias que aprendieron a atesorar. Anastasia volvía a sonreír y bailar en el jardín. Sacaba de las grandes gladiolas y amapolas aquellas mariposas que se posaban en sus brazos, hurgaba en tesoros escondidos bajo el viejo nogal y le enseñaba a Alberto a hacer magia con las hadas que volaban alrededor de la fuente.

Semanas después, mientras jugaba con las hadas, se acercó al viejo nogal y sacándose del cuello el medallón de su madre lo comenzó a enterrar bajo el nogal. Alberto la sorprendió y le preguntó:

—Tasi ¿por qué entierras algo tan bonito, que era de mamá además?

—Porque no sirve —respondió dando golpes suaves sobre la tierra que tapaba el medallón.

* * *

Los últimos momentos

Cuando Enriqueta entró, la mañana siguiente, en aquella soleada habitación, encontró a Anastasia sentada en la silla de ruedas, muy cerca de la ventana al fondo de la habitación. Tasia observaba al exterior por la ventana. Enriqueta se sentó cerca de ella y apenas escuchó las palabras de aquella mujer que aspiraba la vida a través de una ventana.

—Ayer platicué con mi abuelo, vino a verme y se sentó allí, precisamente donde está usted. Me dijo cosas muy lindas, y pronto vendrá por mí.

—Me da gusto Tasi, ahora descanse, voy a prepararle algo de comer.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó Anastasia, las de Enriqueta.

* * *

LXXVI

El telegrama

Habían transcurrido algo más de cuatro meses, después de la salida de Felipe de San Buenaventura. Tras el viaje a Catemaco, Alberto y Felipe habían reconstruido una relación importante para ambos.

El tío tenía arraigada la idea de que allí, bajo su tutela, Felipe habría de comenzar a aprender mucho sobre las luchas sindicales y bien podría convertirse en un verdadero adalid, tal como era su padre.

En aquella casa Alberto dio cobijo momentáneo a muchos sindicalistas, los cuales además de ser perseguidos, buscaban a sus familias y planeaban como regresar con ellos. Las charlas con aquellos aguerridos libertarios fueron el revés de la baraja para el joven Felipe que se empapaba de las formas atroces que los empresarios, los militares y los políticos usaban para perseguirles, torturarles y, en muchos casos, aniquilarles. La libertad, la ambición y el poder tenían, para Felipe, un significado más concreto ahora.

Felipe había encontrado en la biblioteca de la ciudad más obras de Kropotkin, y otras de Mikhail Bakunin. Fue comprendiendo las diferencias entre ambos y se inclinó por Kropotkin, que desecha el pago diferenciado de salarios. Éste proponía el principio de necesidad en lugar del sistema de salarios: "de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades". La frase lo engatusó. Optó por asumir el término de anarco-comunista, como pregonó Kropotkin en su esquema de pensamiento y acción.

Supieron también del encarcelamiento de Flores Magón y otros. Sin embargo, conforme pasan los días, Alberto siente que su sobrino tiene una meta fija en la mente, encontrar a su padre. Saber por qué es como es, y cómo será él mismo. De modo que decide no postergar la ayuda y, en breve, visitan diversas bibliotecas, hemerotecas, investigan y consiguen mapas de las sierras al sur de los Estados Unidos, buscando todo tipos de datos sobre comunidades que viven en ellas.

Esa tarde lluviosa, al llegar a la casa de seguridad, con varios mapas que habían logrado adquirir en la biblioteca del Gobierno del estado encontraron, bajo la puerta, una carta del primo Aureliano, y un telegrama dirigido a Felipe. Los nombres del destinatario y remitente al principio del telegrama eran Felipe Aragón y Rosendo Alvérez. Felipe lo abrió con los nervios crispados, no había recibido antes un telegrama y menos aún de su profesor en la escuela de San Buenaventura. El texto del

mensaje era:

Sept.22.1924. < Hoy falleció Anastasia. Esperamos presencia para iniciar exequias > Mtro. Rosendo Álvarez

La fecha de emisión era la de dos días antes de que la recibiesen. Felipe le entrega el telegrama a Alberto quien, tras leerlo, le pregunta a Felipe:

—¿Hacemos maleta y salimos ahora mismo para San Buenaventura?
—preguntó con lágrimas y temblor en la voz.

Felipe asiente, la noticia lo ha cimbrado, tiene que poder al menos verla, despedirse. Y darle también a su tío esa misma oportunidad.

* * *

LXXVII

De regreso a San Buenaventura

Durante el viaje, tanto Felipe como Alberto permanecieron callados, con sus recuerdos a mano. En no pocos momentos las lágrimas asomaron en ambos. Felipe sentía como se culpaba a sí mismo el tío, por no haber estado para ella en esos momentos.

Alberto recordó la carta del tío Aureliano y la sacó de la chaqueta negra que traía puesta.

La carta explicaba que la policía se había presentado en la hacienda poco después de su partida, debido a que estaba enterada de su visita a Severiano, el brujo mayor de Catemaco. Asimismo, les informaba que, al día siguiente de su partida, varias de las personas que habían ido a visitar al tal Severiano, al no encontrarle habían avisado a la policía local de su desaparición. Por lo que la policía estuvo preguntando a los lugareños y éstos dieron razón de que un hombre y un joven habían ido a verlo la mañana del día anterior.

Como un par de personas habían visto la placa del automóvil, y habían además localizado el nombre de Alberto en el libro de huéspedes de un hotel local, la investigación les llevó a la hacienda cuya propiedad está a nombre de Alberto.

Sin embargo, aclara el tío Aureliano, la propia policía se comunicó con él para decirle que no se preocupara ya, dado que un par de personas habían visto a Severiano al día siguiente, caminando en la selva al otro lado de la laguna. Aureliano escribe al final del largo párrafo: ¡Has hecho mal en haber llevado a Felipe con ese hechicero de mala fama! Incluye, además, en un segundo párrafo, la mención de que aquellos de la familia que habían ido a visitarles habían quedado gratamente impresionados por

el joven Felipe; mandaba saludos, etc. Alberto guardó la carta y le comentó brevemente a Felipe de su contenido. Felipe solo esbozó un atisbo de sonrisa.

* * *

LXXVIII

El adiós a Anastasia

Al llegar a la Comunidad se encaminaron, entre el olor a polvo y aire seco, directamente a la funeraria para conocer la situación y organizar los preparativos. Alberto entró a la funeraria y Felipe se dirigió a buscar al profesor Álvarez, a su casa.

El profesor abrió la puerta de su pequeño departamento, ubicado en la segunda planta de una pequeña droguería. Apenas ver a Felipe abrió de lleno la puerta, y tras un largo y sentimental abrazo del profesor, éste le comentó:

—Falleció el martes, y de inmediato te envié el telegrama. Lo lamento mucho Felipe.

Ambos salieron juntos para avisar de la presencia de Felipe en el pueblo. Harían llamadas desde el teléfono público localizado en la botica, la que se encontraba adjunta a la casa del profesor Álvarez. Entre pegajosos aromas de árnica y a pomadas de mentol y alcanfor, Álvarez se comunica con Enriqueta, habla brevemente con ella y, posteriormente, el propio Felipe habla por teléfono a las casas de Rolando y René, cuyos números telefónicos le proporciona el profesor quien, a su vez, haría nuevas llamadas a otras tantas personas conocidas de Anastasia.

Muchas personas, ya fueran del pueblo o de la comunidad, fueron entrando gradualmente a la funeraria. Doña Queta y doña Licha disponen hábilmente de los detalles, así como de la forma en que se vestirá al cuerpo, el cual se encuentra ya embalsamado. No es sino hasta que todo ha quedado dispuesto, y el ataúd es llevado a la sala grande de la funeraria, que Felipe se acerca a ver a su madre, dentro ya del ataúd. Se sorprendió del vacío de sensaciones que solía percibir provenientes de su madre. Era extraño no sentirla teniéndola a su lado, quieta, con una serena imagen facial. Fue en ese momento que comprendió que jamás abriría esos ojos que conocía tan bien, que la ternura con la que le prodigaba con su mera presencia, ya no sería, ya no existiría...

«Cuan duro es un momento tal, apenas la vi, tan delgada, tan serena. Mi cuerpo se quebraba, mi respiración temblaba cuando sentí a mi tío, junto a mí, llorando también, mientras observábamos por última vez a esa gran mujer, que tanto había significado, y todo lo dio por sacarme adelante... que duro es un momento así. Cuánto deseaba ver aparecerse a mi padre

en esos momentos, ansiaba que ella abriese los ojos y se levantara... pero eso no sucedería... nunca más».

Es también un momento de revelación, en el que Felipe se da cuenta de que una gran parte de su vida, su formación como ser humano, había transcurrido en aquella comunidad. Y tanto su madre, como él mismo, habían hecho numerosas amistades. La sala estaba repleta de personas y continuaban llegando más y más. Muchas de ellas eran conocidas por Felipe quien iba presentándoles a su tío, el hermano de Anastasia. Sin embargo, el tío Alberto conocía ya a más personas de las que Felipe hubiese imaginado, varias madres de familia se fueron acercando al tío, no solo a darle el pésame, sino a preguntarle también por sus propios padres, o maridos. Incluso, un par de hombres que Felipe desconocía, le dieron abrazos, los que sintió fraternos y solidarios.

Llegaron entonces René, sus dos hermanas y su madre. René se acercó a Felipe, lo abrazó y le dijo:

—Mi hermano, ojalá exista algo más después de esa maldita muerte. Y así mi padre y tu mamá estarán juntos charlando ahora, de nosotros
—asomaron lágrimas en ambos.

Felipe siente que sus piernas se doblan, ignoraba que el padre de René hubiese fallecido, ambos se funden en un abrazo inmenso, plétórico de lágrimas y sentimientos. La madre de René se acercó también, los abrazó a ambos y besó a Felipe en la mejilla. Le comentó sobre sobre lo mucho que estimaban a Anastasia, tanto ella como su marido, el padre de René. Quien había fallecido apenas diez días antes, en la clínica de Casas Grandes, por causa de una pulmonía.

Finalmente llegó Rolando con sus padres, quienes se disculparon por llegar más tarde de lo que hubiesen querido. Rolando, con lágrimas en los ojos, se acercó a Felipe y lo abrazó. Ambos lloraban profusamente cuando René se acercó a ellos y se unió a aquél inmenso abrazo. Estuvieron así por varios segundos, abrazados, sin palabras, con los ojos enrojecidos. Entre muchos abrazos de solidaridad y pésame de más y más personas, Felipe se entera también del fallecimiento de Doña Ignacia; y un mes antes, había sido encontrado muerto, en su cama, don Camilo. Esa última noticia lo deja de nuevo con la sensación de frío en todo el cuerpo, su gran mentor había fallecido.

« ¿Sería ese el momento al que llaman estar destrozado por dentro?
—meditó»

Tantos sentimientos y sensaciones de tristezas lo obligaron a tener que salir de la funeraria. Tuvo que buscar algún objeto en la calle, un papel arrugado que alguien acababa de tirar bastó para evitar ese mar de sensaciones, las que en esta ocasión se sumaban como una gran marea a

su propia tristeza y sensación de catástrofe. Era una sensación temible, como si el mundo y la vida le hubiesen declarado la guerra. Se sentó en el borde de la banqueta en aquella calle, en la que ya se iluminaban las farolas tras la llegada de la noche. Momentos después Rolando y René salieron a acompañarle y se sentaron a ambos lados, junto a él. Permanecieron así, en silencio, ante el candor de una luna llena, rojiza.

La mañana siguiente se realizó el entierro en el camposanto del pueblo, asistieron numerosas personas, algunas de las cuales no le resultaban conocidas y tuvo que hacerse de la ayuda de Enriqueta y el maestro Alvírez para saber de varias de ellas cuando se acercaban a para darle el pésame. Alberto y Felipe habían pernoctado en el interior del salón de la Funeraria, estaban agotados. El sol estaba a pleno, y aun así la caravana fue a paso lento al cementerio, siguiendo la carreta que llevaba el féretro. A su costado izquierdo caminaba el tío Alberto y a su diestra iban junto a él, Rolando y René. Un paso atrás caminaba doña Queta. El calor se hacía muy presente, era un actor de aquella escena, sin duda. Por fortuna, el espacio en el que se encontraba el cementerio comenzaba casi frente a la casona en la que se realizaban los velatorios.

Las sensaciones que experimentaba eran nuevas para Felipe, el aire se llenaba de emociones encontradas, tristeza, desolación, olor a desapariciones. Vacías e inconclusas, vislumbraba un cúmulo de borrosas imágenes. Provenían de muy diversas personas que acudían a recuerdos, a momentos al lado de su finada madre, o bien de aquellos a quienes ellas ya habían perdido. Al llegar al hueco cavado para depositar el ataúd, la gente comenzó a rodear el espacio, y las imágenes que recibía cambiaban. Probablemente eran de personas fallecidas. Era como si muchos de los asistentes, al estar frente al hoyo cavado en el panteón, atrajesen a sus propios difuntos, y les traían a presenciar todo ello. La ansiedad invadía en forma extraña, a Felipe, quien sentía una naciente dificultad para respirar. Algo o alguien había, terrible y feroz. Se encontraba cerca, y su presencia era intensa. Felipe se sentó sobre una lápida, adyacente a aquel hoyo recién cavado, y cerró los ojos procurando evitar el caos en su mente. Se concentró en la gradual desaparición del tono amarillo intenso de la luz solar que aún captaban sus pupilas, con los ojos cerrados... se apagaban los sonidos y el aroma de cirios que crecían en el camposanto...

* * *

Cuando abrió los ojos, su tío estaba sentado junto a él mirándole, inquieto.

—Vaya, al fin despertaste.

—¿Qué me sucedió?

—Te desmayaste.

Felipe paseó la mirada por el lugar en el que se encontraban, no lo reconocía. ¿O tal vez sí?

¿Dónde estamos?

—En la casa donde vivías, solo que ahora es una bodega, y acondicionaron este cuarto para que nos pudiésemos quedar tú y yo, al menos por un día o dos. Incluso la Comunidad nos ha enviado de comer... ¿Te sientes mejor?

—Sí —respondió Felipe, mientras intentaba incorporarse. Un mareo repentino lo hizo detenerse.

—Despacio Felipe. Toma tu tiempo, es lo normal cuando se baja la presión, y eso te sucedió. Seguramente sentiste demasiadas cosas provenientes de los demás, y tus sentimientos se volvieron un caos. Créeme, yo también me sentí extraño, y sé que tu sientes a los demás —señaló con un guiño.

—Algo. Te quería decir algo... —dijo nervioso Felipe.

¿Sobre qué?

—En el cementerio —Felipe aún balbuceaba las palabras—. Había alguien, o algo, era terrible, lo sentí.

—Descansa, todavía estás algo ofuscado. Las emociones como éstas suelen jugarnos trucos —añadió Alberto, buscando que Felipe no sintiese el temor que esas últimas palabras de Felipe le infundieron.

* * *

Capítulo 16

CAPÍTULO XV

LXXIX

El tesoro de las cartas

Tras una comida frugal, que comprendía frutas, así como unos pequeños bistecs de res, y una ensalada de vegetales varios, el tío Alberto decidió tomar una siesta en la cama que había quedado dispuesta para él. Felipe se paseó por aquella casa, la que fue reconociendo poco a poco, dado que ahora se había destinado a bodega de muebles varios. Muchos de ellos prácticamente nuevos, fabricados seguramente en los talleres de la comunidad. Muebles que probablemente serían vendidos, o bien utilizados para nuevas familias recién llegadas. Todo se encontraba bien acomodado, como en bodega. Nada quedaba de los efectos de tantas y tantas flores y plantas aromáticas que su madre solía traer a casa y ponía delicadamente en vasos largos por varios lugares.

Hurgando en otra habitación descubre, en un rincón y bajo un par de colchones, la cómoda que siempre viajó con su madre, incluso desde años antes del nacimiento de Felipe. Aquél avejentado mueble de madera que siempre contuvo en sus largos cajones, durante los viajes, todos los objetos que su madre consideraba valiosos. Movié de lugar los colchones y despejó el área frente a la cómoda. Abrió uno tras otro los cajones, y fue entonces, que se topó con lo que después resultó ser un tesoro, a lo largo de años.

El cajón inferior de aquellos tres que conformaban la cómoda contenía una separación interna a lo largo, en dos partes iguales. La parte trasera, al fondo del cajón, quedaba tapada por un mantel largo, doblado expresamente para ocultar el segundo fondo, bajo el cual descubrió una tapa de madera, que había sido engarzada mediante dos cerrojos metálicos que se abrían deslizando el par de pasadores. Una vez abierta encontró, entre otros objetos, diversas fotos, de su madre y del tío Alberto, así como de otras personas que no reconocía. Había, también, tres grandes fajos de dinero, en billetes atados por ligas de caucho, así como papeles bien ordenados entre los que se encontraba un amasijo de cartas, cuidadosamente amarradas en tres fajos, por sendos listones de colores. Había, además, diversos pequeños objetos. Pero Felipe sintió curiosidad por aquellas cartas, las tomó y pudo observar que, en el primer fajo, amarrado con un listón rojo, el nombre del destinatario era el de su madre Anastasia Hinojosa. Volteó el paquete y pudo observar que, en la mayoría de ellas, el remitente tenía tan solo dos letras: F. A. Parecía obvio que eran de su padre. Desamarró el listón y abrió la primera de aquellas cartas. Optó por buscar antes que nada la firma, o nombre, al final de la

misma. Tan solo decía Felipe. Todo estaba en letras manuscritas, difíciles de leer en algunos trozos. Revisó algunas otras de ese mismo legajo de cartas, y la mayoría tenían atrás esas mismas letras. Siguiendo ese mismo método pudo identificar que el fajo de cartas con el listón verde, correspondía a cartas que provenían de amigos de su padre enviadas a él y, de igual manera, las amarillas estaban dirigidas a Anastasia y provenían de amigos y parientes, como el tío Alberto. Anastasia atesoraba esas cartas, y el listón rojo, sin duda estaba más deshilachado y decolorado que los otros dos, probablemente las releía con frecuencia. De hecho, con el tiempo pudo constatar que el papel y sobres de aquél paquete de cartas con listón rojo estaban mucho más gastados y arrugados que los demás, se adivinaban repetidas lecturas y lágrimas que seguramente secaron sobre esas cartas. Felipe leyó aquella noche varias de las cartas, incluso algunas de amigos o conocidos de su padre.

Cuando Alberto despertó Felipe se encontraba en la cama adyacente, leyendo las cartas.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó el tío.

—Cartas escritas por los amigos de mi padre. Las encontré en una cavidad escondida de la cómoda de mamá. Por cierto, ten éstas fotos —comentó mientras le extendía el brazo con un pequeño fajo de fotografías en las que aparecían Anastasia con Alberto—, yo me quedé con algunas también.

El tío pasó varios minutos viendo las imágenes, recordando aquellos momentos junto a su hermana. Felipe le sentía emocionado y triste, le extendió una fotografía más preguntándole:

—¿Quién es? —En la imagen aparecía un hombre mayor, de cabello y bigote blancos, con un monóculo sobre el ojo izquierdo, con una sonrisa franca e impecablemente vestido con traje blanco; atrás de él se observa un muro tapizado de plantas—. Tiene un parecido con mamá.

Alberto se sorprendió al ver la fotografía y casi de inmediato comenzó a lagrimear.

—Es tu bisabuelo, don Nicolás, el papá de mi madre.

—¿Y cómo se llamaba mi abuela?

—Paulina, Paulina de la Hoz —dijo Alberto, henchido de sentimiento.

¡Cierto! Es el nombre que me dio mi mamá, ese día que me desconoció —mencionó Felipe con lágrimas asomando y voz temblorosa.

Alberto le pidió que le mostrase las fotografías que Felipe había escogido para sí. Ambos charlaron un largo rato sobre las fotos, sobre las cartas y los recuerdos de Alberto de momentos que habían sido captados por aquellas fotografías. Incluso había una fotografía en la que aparecía el padre de Felipe.

¡Mira Felipe! ¡Este es tu padre! Lástima que está de perfil en la sombra.

Le extendió la foto, misma que le arrebató Felipe con rapidez. Sin embargo, Felipe tardó unos segundos en posar sus ojos sobre aquella fotografía en la que, a la derecha se veía una mujer sonriente, de no más de veinte años, a la que reconoció no sin alguna dificultad, debido a la evidente menor edad y los pómulos y cachetes de mayor volumen que todas las imágenes que había visto antes de ella. A la izquierda, en la foto se veía, en primer plano y en claroscuros, el perfil de un hombre cuya media cara quedaba algo ensombrecida por un sombrero de tonos claros. Apenas se distinguían sus facciones, pero Felipe la observó, la meditó y la examinó una y otra vez por varios minutos.

Para Alberto quedaba claro, viendo la actitud y el empeño con los que Felipe devoraba, comiéndose con la vista aquellas fotos y esas cartas, que su sobrino tenía que continuar la búsqueda para encontrarse con su padre, o al menos saber de él con mayor detalle, de lo que el propio Alberto pudiese contarle a su sobrino. También quedaba claro que Tasia poco, o casi nada, le había contado a su sobrino sobre su propia familia, lo cual se había hecho evidente durante el viaje a Fortín de las Flores.

«Qué triste es que mi cuñado no esté aquí —pensó Alberto—, les daría tanta vida a ambos el conocerse por fin».

Fue entonces cuando Alberto recordó la carta que Felipe les había entregado para dársela a su hijo.

—¿No has visto entre esas cartas una con un sobre color mostaza, con un sello de cera roja?

—No lo sé, déjame subir de nuevo.

Alberto subió tras él. Entró en esa habitación de muebles apilados, algunos de ellos cubiertos con pliegos grandes de papel acartonado, y en el rincón más apartado de la puerta, observó a Felipe. Éste buscaba, nervioso, en el cajón de abajo, en la cómoda que siempre llevó su hermana cuando viajó. Felipe encontró un sobre amarillento que había caído al fondo, al sacar los fajos de las cartas con listones de colores. Lo tomó y lo volteó. Aún tenía un trozo de cera roja pegado en la solapa de cierre.

¿Será ésta? —le preguntó a su tío al verle apoyado en el marco de la puerta, mirándole. Levantó el sobre color manila, agitándolo.

— Sí esa debe ser, la carátula dice Para mi hijo. Felipe. Y ese trozo que queda por detrás debió ser el sello del medallón de tu padre. Checa si es una parte de la misma figura del medallón que te dio el Brujo Mayor —le pidió Alberto. Felipe se sacó su medallón y observó que el trozo del sello sí coincidía con la mitad de la parte baja de la efigie de su medallón.

—Lee esa carta, la debiste tener mucho antes. Yo voy abajo, para que lo puedas hacer en silencio —y se dio la media vuelta, para bajar las escaleras y dejar solo a Felipe, con la carta de su padre.

* * *

La Carta: Para mi hijo.
Felipe.

Hijo mío, cuando leas esta carta estarás en posibilidades de comprender muchas cosas. Si me he separado de ti y de tu madre, ha sido para cuidar de ustedes. Ustedes son y serán siempre, mi familia. Me hubiese encantado estar contigo, diciéndote todo lo que te diré en esta carta.

En primer lugar, debo decirte que somos seres algo distintos a la gran mayoría de los seres humanos. Yo mismo desconozco nuestros orígenes, pero sé que mi propio padre llegó a este continente desde alguna parte de Europa y se apellidaba Aragon, probablemente de origen francés. Desde que yo era pequeño fui cuidado por una familia que no era la mía, ya que mi madre había fallecido. Pero como si lo fueran, yo comencé a crecer con ellos y me prodigaban cariño y conocimiento. Sé que tengo un hermano, pero ignoro en dónde se encuentra. Mi padre se había tenido que ir, para protegerme a mí, y tal vez a mi hermano. ¿De qué me protegía? De otros seres, semejantes, pero no iguales a nosotros. Aunque tienen también ciertas extrañas cualidades, son seres muy peligrosos y por muchos años se han dedicado a perseguir a gente como nosotros. Detrás de ellos están otros, incluso humanos, que son crueles y buscan tener en sus manos todo el poder. No puedo extenderme demasiado en esta carta, o tendría que escribir muchas páginas, y el tiempo no nos sobra en estos días, ya que ahora esos otros seres me han encontrado, y debo primero, alejarles de ustedes y, luego perderme de vista, para que no puedan encontrarme por mucho tiempo, como lo he hecho antes. Desde que yo tengo memoria, y eso es desde hace muchos años, nosotros podemos, con nuestras destrezas, ayudar a las personas, a la humanidad. Conocemos, a través de cierto tipo de espejos, otras realidades posibles, en las que las personas carecen de esa sed por el poder. Sociedades en las que todos son iguales, y gozan de su libertad. Ya hace muchos años, gente como nosotros ayudó a países enteros con ideas propias de esas formas de vida, de grandes colectivos de personas en armonía. Con libertad para ser un

creador, cada uno en su oficio, viviendo en armonía con la naturaleza y las demás especies. Cada vez somos más parecidos a los seres humanos, siempre uno de nuestros padres, sea la madre, o el padre, es un ser humano, y esos genes, ese ADN, nos hace, cada vez más, humanos. Y de ellos hemos aprendido mucho sobre la razón, la inteligencia, la ciencia, la ética y tantas otras cosas en las que el intercambio ha sido mutuo. Debes aprender a ver en el espejo esas otras realidades, debes saber cómo quitar la bruma que verás en él. Es sencillo en realidad, primero debes poner, justo en el centro del espejo, tu huella digital del dedo índice, y mantenerlo allí por algo más de diez segundos. Al día siguiente, debes pasar el dedo desde arriba hasta abajo, justo en la vertical al centro del espejo. Tu huella digital será reconocida por el propio espejo y en segundos desaparecerá la bruma. Por cierto, ese espejo es irrompible y solo el fuego le haría daño. Más adelante, aprenderás incluso, a comunicarte a través del espejo, ya sea conmigo, o con otros que son como nosotros. Eso te lo enseñaré yo mismo, o algún otro, al que yo le pida que te enseñe cómo. Eso, esa forma de comunicación, debe mantenerse en estricto secreto, o de otra manera nos localizarían. Conforme crezcas aparecerán en ti desarrollos físicos y mentales, tus sentidos crecerán, y podrás leer en las mentes, lo cual también será una técnica que debes aprender. Así sabrás lo que realmente piensan los demás. Si comienzas a tener malestares físicos, o mentales (porque podrás forzar tu cuerpo, y tu mente, más allá de lo que te puedes imaginar), busca al doctor Jano, en los Estados Unidos. Debes saber que nosotros vivimos, por lo general, mucho más tiempo que los humanos, tu apariencia será la de alguien más joven para los demás. Jano es quien me ayuda con mis problemas físicos. Los seres humanos suelen perseguir todo aquello que temen, o le huyen. Deberás prestar mucha atención a tu tío, al que le dejo una libreta para que te ayude a controlar esas primeras cualidades. Todos emitimos una fuerza, un magnetismo muy personal. Más adelante tendrás que aprender a apagarlo ante presencias extrañas. Ese aprendizaje requiere de otro, como nosotros. Veré la forma de que te enseñe alguien a hacer eso, alguien de toda confianza. Lo que yo, y mi padre antes que yo, hacemos es acercarnos a muchas personas, trabajadores y comunidades enteras, hacia todo aquello que aprendí a ver en el espejo, esa ayuda mutua, ese colectivo armónico y libre. Vamos sembrando esas formas de ver la vida, de organizarse. Muchas comunidades de América, indígenas principalmente, años atrás tenían esa visión del cosmos, que interpretaron a su manera, estaban en un camino correcto, muchos rescatan esas visiones y las adaptan, a su manera, para sobrevivir y crear, en armonía con el planeta.

Tu tío fue aprendiendo, cuando me acompañaba, a hacer cosas semejantes. Debo alertarte de varias cosas: aléjate, apágate, cuando sientas algo turbio cerca de ti, alguna presencia, por lo general muy intensa y con una carga de terror en su interior. Aprende a apagarte, a que no haya trazas de tu presencia. Pero eso solo te lo podrá enseñar alguien como nosotros. Si no puedo ser yo, pediré a alguien que te

enseñe. Eso no saben hacerlo, ni tu tío, ni tu madre te lo pueden enseñar, lo desconocen. Aprende a usar ese mundo en el espejo, razona lo que allí veas, y enseña a los demás el cómo hacer las cosas, para llegar a que sea una realidad. Muchos humanos lo intentan ya. Ellos tienen mucha creatividad e ideas nuevas, y además se saben organizar, pero son necios y abúlicos. Sufren de tener dos lados, muchas veces opuestos, o soterrado alguno de ellos. Debes saber que te amo, que si no estoy contigo es para protegerte. Que amo mucho a tu madre, y me pesa enormemente el no estar con ustedes. Pero tengo confianza en que lo podré lograr, en el menor tiempo posible. Debes mantener en secreto, salvo a tus amigos más cercanos y probados, tus poderes. Si te das a notar, esos extraños seres, o sus amos, te buscarán. Y serás perseguido, para evitar que propagues ese mundo distinto, el cual aprenderás a ver en el espejo.

Felipe, tu padre.

* * *

LXXX

Al día siguiente, mientras ambos desayunaban en la cocina algunas de las viandas que les habían traído el día anterior, Alberto sacó de su chamarra de piel una cartera larga, la abrió y sacó dos fajos de billetes de alta denominación, los que depositó en la mesa frente a Felipe.

—Me queda muy claro que tienes que continuar, de alguna manera, esa búsqueda por conocer a tu padre. Yo regreso a Querétaro, sabes que allí me necesitan. Me encantaría quedarme contigo, lo sabes, pero allí está mi lugar... por ahora al menos. Esto —señaló a los billetes sobre la mesa— es para que tengas recursos y puedas continuar tu búsqueda. Por mi parte haré hasta lo imposible por saber en dónde se encuentra tu padre, tienes que conocerlo. Te voy a enviar, en cuanto regrese, el espejo, todos los mapas y anotaciones que ya tenemos sobre las sierras y cordilleras al norte de la frontera, y esas últimas libretas de tu papá.

—Gracias Tito, te quiero un madral —Asomaban lágrimas en esos ojos verdes.

—Lo sé muy bien mi querido sobrino. Yo estaré para ti cuando quieras, donde quieras, y me necesites, ya sabes el teléfono, la dirección... Bien —dijo lloroso y limpiándose la nariz—, me voy a la parada de los camiones para regresar a casa. Sabes muy bien que también es la tuya —Dijo con voz apagada Alberto y añadió—. Te enviaré el paquete que te dejó tu padre y el espejo.

Ambos se levantaron de las sillas y se fundieron en un abrazo que parecía eternizarse, lleno de emociones encontradas, adioses no deseados por ninguno. Alberto se adentró en la habitación, y regresó con su maleta de

tela al hombro, solo hizo un gesto de despedida con la mano y salió a la calle, tosiendo sus lágrimas. A Felipe le lloraba el ombligo.

* * *

LXXXI

En la ruta de las huellas de Felipe Aragón

Había sido tal el efecto de esas cartas, que Felipe consiguió quien le llevara a Casas Grandes, para cancelar el boleto de su viaje de regreso a Querétaro, hecho lo cual retornó a San Buenaventura para pasar unos días con sus amigos y comentar con ellos su descubrimiento.

Entre aquellas cartas enviadas por amigos a su padre se encontraban un par de ellas enviadas por N. Reveles. Felipe cotejó ese nombre con un par de cartas que su padre había enviado a su madre, y en las que éste habla repetidamente de un amigo, un grabador llamado Nicolás Reveles, que vive en los Estados Unidos. A su casa, su padre solía regresar a descansar y recuperarse físicamente, según lo decía en su carta. Revisó de nuevo las cartas de Mireles, y pudo observar que ambas traían al reverso el domicilio del remitente.

Apenas comentar con sus amigos sobre esa pista, y lo que podía significar Reveles en la búsqueda de su padre, Rolando respondió:

—Listo, ya sabemos adónde vamos primero —con toda la picardía de su voz.

René se contuvo de hacer comentario alguno y Felipe, al ver su reacción le comentó:

—Lo sé René, no tienes que venir, yo sé perfectamente, que por el momento cuidar a tu madre y hermanas es ahora, algo fundamental. Créeme que lo sé.

René agradeció con la mirada.

—Pero créeme también que, en breve, no solo te ayudaremos a que ellas estén bien y continúen con sus vidas, sino que entre los tres haremos juntos muchas cosas, estemos donde estemos. Por lo pronto, ten, para que nada falte en las próximas semanas —Se metió la mano al bolsillo y extrajo un fajo de billetes que le extendió con la mano.

—Pero...

— ¡Nada de peros René! Eso es para ellas. A mí me dio mi tío eso, y algo más, pero el resto lo reservo para partir de viaje con Rolando, vamos a

ver al amigo de mi padre.

Felipe estaba decidido, quería saber más, mucho más, sobre su padre, y comenzó a planear el viaje con Rolando, para ir a visitar a este hombre. El que seguramente conocía a su padre mejor que muchos, según las cartas.

Esas cartas serían clave, y una serie de nudos, que Felipe intentará deshacer y comprender, a lo largo de su vida. Acto seguido, escribió una carta con destino a la dirección de Reveles, escrita al reverso de sus cartas.

* * *

En escasos siete días tras aquél envío, el artista Nicolás Reveles le contestó lo siguiente:

Qué gusto me ha dado tu carta Felipillo. Te llamo así para no confundir con mi gran amigo Felipe, y siendo tú su hijo, me sentí con la familiaridad de tutearte y llamarte de esa forma. Sí, contestando a tus preguntas, por años tu padre solía venir a mi casa. Normalmente lo hacía cuando algo lo tenía muy preocupado y, como él mismo decía, necesitaba pensar para entender y actuar en consecuencia. Solía pasar unos días aquí, usualmente se reponía de toda la actividad física que había llevado a cabo en los días previos, y que lo hacían adelgazar notablemente. Pasé charlando con él muchas horas en cada una de sus visitas. Solíamos dar rienda suelta a todas nuestras utopías mientras arreglábamos el mundo. Joven Felipe, sería para mí un placer el que pudieses venir a visitarme algún día, y presentarte, quizás, a algunos otros amigos de tu padre. Suelo vivir aquí, en la Ciudad de Los Ángeles en el estado de California, pero los próximos 3 o 4 meses, a partir de la semana que viene, estaré en otra residencia que tengo en San Antonio Texas, de la que te mando la dirección exacta. Lo digo con toda sinceridad, y basta con que me avises que vienes para tener listo el que puedas tener aquí, además de un espacio en el que puedas habitar unos días, charlas con este viejo para que conozcas más de tu admirable padre.”

Acompañaba al final la dirección del domicilio en San Antonio, Texas, en el que pasaría los próximos meses. Felipe le contestó, en una nueva carta, que él y un amigo, estaban ya haciendo preparativos para ir a visitarle, lo más pronto posible.

* * *

Capítulo 17

CAPÍTULO XVI

LXXXII

Octubre de 1925.

San Antonio, Texas.

Nicolás Reveles tenía una residencia un tanto extraña, en una de las colinas alrededor de la ciudad de San Antonio, en Texas. Su recepción al verles llegar fue muy cordial y de inmediato, en aquella amplia sala que más parecía un salón, con una larga mesa de doce sillas, candiles de luces y sillones varios, distribuidos alrededor de toda el área, cuyos muros encalados se enorgullecían con sendos cuadros de pintura de amplio formato. Había también una puerta que daba a un despacho con un enorme escritorio, junto al cual, tres cómodos sillones daban un aire de respeto y privacidad.

Reveles era un hombre ya mayor, tendría algo más de sesenta años, viudo desde hacía más de una década. De complexión regordeta, estatura mediana, y ojos vivarachos. Siempre con un par de puros en el bolsillo de la camisa, con corta y bien cortada barba blanca, tupidos bigotes y larga cabellera gris con raya al medio sin llegar a rozar los hombros, y cuyo par de flecos traviesos sobre la frente le hacían estar separándolos continuamente con las manos, o mediante un giro del cuello.

Don Nicolás ordenó a dos jóvenes ayudantes —aprendices, como él los presentó— que se mantenían a su servicio y que lo seguían a todos lados, para que nos arreglasen una de las habitaciones en el segundo piso. Acto seguido nos dio un paseo por el laberinto de la segunda planta de ese hogar que tenía pasillos repletos de obras de pintura y grabado. Distribuidas en exceso sobre muros, o arrinconadas en los suelos. El olor más significativo era una mezcla extraña en el aire de pintura, aceites, aguarrás y trementina. Pero lo que completaba esa extraña mezcla de aromas eran pequeños tubos, y botes de pinturas de óleo, así como tintas varias contenidas en cartuchos, semejantes a los de las pinturas al óleo, y cuyo fuerte olor acre se impregnaba en paredes y suelos.

Dentro de uno de los dos cuartos que recorrimos había varios tórculos, de distintos tamaños, para impresión; botellones de ácidos y polvillos negros; pilas de largas hojas de papeles gruesos, de varias épocas y texturas, hechas a mano —según nos comentó—, y apiladas sobre tres mesas de madera.

Afortunadamente, un pasillo casi vacío con una puerta de madera de doble hoja al fondo, separaba todo ese enmarañado e intenso mundo de

aromas y creación, del área en la que se encontraban las habitaciones. En ese paso había una mesa delgada, pegada al muro, exento de obras de pintura, que contenía un par de extraños artefactos semejantes a diminutas canoas de alguna extraña madera rojiza. En su interior se veían manchas de un material negruzco, junto a numerosas varas y cenizas de inciensos, cuyos delicados aromas les hicieron pensar en una transición, a un mundo distinto al que acababan de recorrer.

Extraño lugar, era como si de una casa pequeña se hubiesen comenzado a hacer crecer varios brazos y piernas de un segundo y tercer niveles. Casi todas las paredes de los pequeños y grandes pasillos de aquel laberíntico lugar, estaban tapizadas en tono verde oscuro, el cual permanecía bien conservado dada la ausencia de luz solar, que era remplazada por pequeños candiles, todo construido en diferentes tiempos. El lugar parecía un bazar de objetos extraños. Con excepción de la cocina, lugar en que tenía a su servicio a una mujer ya mayor y de sonrisa perenne de nombre Ana María, a quien él llamaba "Rubicunda, la dueña de sus paladares", como él mismo la definía, dado su físico fornido y su extraordinaria sazón en las labores de cocina. Había además esos dos jóvenes aprendices, Carlos y Humberto, sumamente discretos.

—Casi parecen mudos —llegó a decir Rolando en alguna ocasión.

Esos jóvenes aprendices residían también en aquel lugar. Más que otra cosa eran sus ayudantes y, en ese enorme despliegue diario de actividad que tenía el maestro don Nicolás, como le llamaban ellos, lo ayudaban incluso en los detalles más nimios.

Ya en la noche, en la recámara en la que estaban preparándose a dormir. Un enorme cuarto de casi ocho metros por otros tantos, con paredes en un verde tenue y celosías de caracoleados dibujos de hojas en tonos ocre, estampadas sobre un tapiz con fondo blanco en el que había apenas dos ventanales, cada uno en un costado distinto. A un lado de las amplias camas, con edredones amarillo y negro, había una puerta a un baño, en el que se encontraba una tina de cuerpo entero. Era algo no visto aún por aquellos dos jóvenes, quienes rápidamente aprendieron a disfrutarla.

* * *

Por años Nicolás Reveles fue ganándose una merecida fama como un artista que se especializaba en el grabado en hueco sobre placas de zinc o cobre. Pero pudimos observar también más de veinte cuadros de escenas costumbristas y marchas obreras pintados al óleo, algunos de ellos sin terminar y cubiertos con grandes paños.

Revels había colaborado por muchos años con revistas y periódicos que eran propias de la clase obrera agrupada en la IWW, en los Estados Unidos. También en México, su amistad con integrantes de periódicos

como "Punto Rojo" y "Regeneración", e incluso en la redacción de la imprenta del conocido grabador Guadalupe Posada, hizo que le invitaran a participar en dichos periódicos, a los cuales enviaba ejemplares de sus grabados, así como dibujos a tinta, para ser insertos en ediciones varias. Don Nicolás Reveles había sido por años, un discreto amigo del padre de Felipe, quien en varias ocasiones le había visitado por razones diversas. Y sobre la mayoría de ellas Reveles guardaba un relativo silencio, incluso ante las insistentes preguntas de Felipe, quien ansiaba escuchar sobre él, saber lo que pudiese relatarle sobre su padre.

* * *

No fue sino hasta el tercer día de la estancia de ambos jóvenes en casa de Reveles, que éste se acercó realmente a Felipe, le llevó a solas a su estudio, y se disculpó por no haberle platicado ya, sino cosas banales, sobre Felipe padre. Le expuso como mejor pudo sus razones para no haberlo hecho:

—Mira Felipillo, ahora estoy seguro que tienes en ti varias de las cualidades que tenía tu padre. Tienes incluso esos ojos verdes tan suyos, y tu presencia me infunde la misma sensación que me provocaba la presencia física de tu padre. Me robas lo que pienso, pero me transmites tranquilidad. Te he sentido desconfiado cuando hablo de tu padre, y tienes razón porque yo necesitaba poder sentirte, que fueses parecido a él para poder sentirme yo también con la confianza en ti, y así poder decirte muchas cosas.

Felipe comienza a sentir la sinceridad en Reveles, quien añade:

—Tu padre y yo hicimos muchas locuras. Desde comprar armas aquí en San Antonio y en California, para enviárselas a nuestra gente en el norte de México, hasta atentados dinamiteros en muchos lugares, tanto allá como aquí. No son cosas que se puedan platicar con la gente, como comprenderás. Y créeme, fueron muchas y muy variadas todas las travesuras que hemos hecho juntos.

—Le entiendo, he aprendido muchas cosas en estos últimos años, y ahora sé bien que usted conoce a mi padre, y no poco. Sé también que está siendo sincero en estos momentos. Y me da gusto que haya accedido a hablarme sobre él.

—Tu padre... diablos —Dio una bocanada al habano que sostenía entre los dedos—. Ahora que hablas así me lo recuerdas tanto. Lo he admirado desde que lo conocí. Recuerdo que fue en una de mis visitas a la capital, llevando placas de grabados al periódico Regeneración. Él estaba afuera del periódico y arengaba a un grupo de personas, sindicalistas en su mayoría. Aún recuerdo la fuerza de sus palabras, la convicción que daba a sus argumentos, esa fuerza... vaya que era convincente. Por eso mismo,

poco después, cuando comenzó a notarse su fuerza y su poder de oratoria, no tardaron en comenzar a perseguirlo, tanto autoridades como grupos de hampones y guardaespaldas de varios empresarios poderosos. Así pasó a una especie de clandestinidad, de esa manera evitaba atraer sobre él la atención, y dejar que otros hablaran en los actos. Recuerdo que los hermanos Flores Magón le tenían una confianza ciega a tu padre, y se solían hacer acompañar por él, con la discreción necesaria, claro está.

—Él vino a su casa en varias ocasiones ¿no es así?

—En efecto, él solía decir que esta casa, y la de Los Ángeles, en California, eran parajes de relajamiento y reparación para él. Fueron decenas de visitas y en ocasiones llegaba golpeado y apenas podía respirar por la fatiga —Mireles se quedó callado unos momentos, como recordando algún evento mientras pasaba la vista en aquél lugar—. En la sala de esta casa tuvimos tantas charlas. Yo sabía de tu existencia, él me lo había contado —Hizo una nueva pausa, y cerrando los ojos, en busca del recuerdo, continuó—. No sabes cómo le dolía no conocerte aún —ese comentario generó una repentina alegría en Felipe, quien optó por no reflejarla—. Así como por no haber podido, dadas las persecuciones policiacas de que era objeto, el acercarse y ayudar a tu madre. Y para que aprendieses a manejar esos poderes mentales, que ambos tienen. Y así no tuvieses que aprender a hacerlo solo, como lo tuvo que hacer él.

Felipe lo interrumpió:

—¿Alguna vez le habló de su propia familia... sus padres, hermanos?

—Solo una vez, creo —Hurgaba Reveles en su memoria—. Me comentó de un hermano, se llamaba Ramiro, o Regino... creo. Pero no recuerdo qué me decía sobre él... Te diré lo que haré, ejercitaré mi memoria en estos días, para ver si me regresa esa conversación, y decirte lo que recuerde. Perdona, pero con los años esto me sucede con demasiada frecuencia, y es enojoso.

—Me encantaría saber en dónde se encuentra ahora mi padre. Ansío conocerlo.

—Recuerdo muchas borracheras. Pero hace casi un año que no sé de él. Sé que solía tener un refugio en las montañas en alguna sierra, ignoro...

Felipe interrumpió a Reveles y habiendo escuchado lo de "alguna sierra" insistió:

—Haga memoria don Nicolás, puede ser crucial saber en cuál Sierra era.

Reveles entrecerró de nuevo los ojos, y tras unos segundos contestó:

—Lo siento, no, no lo recuerdo, creo que era por el norte —Hizo una pausa y preguntó—. Pero dime... ¿cómo está tu señora madre? Gran mujer.

—Falleció hace unos días —contestó Felipe, cabizbajo, se humedecían sus ojos— ¿Ella vino aquí? —Preguntó confundido.

—No, la llevó una vez a mi casa, en Los Ángeles, en California. Eran jóvenes tus padres y ella era muy hermosa, con una gran presencia —hizo un gesto de abrir, subir y separar las manos y los dedos siguiéndolos con la mirada como sugiriendo algo soberbio, grandioso—. Sencillamente, magnífica.

Felipe sonrió ante esa forma de describirla. Por dentro, su mente masticaba la pregunta:

« ¿Por qué mi madre no me habló nunca de esa visita? »

—Me da gusto que hayamos comenzado a hablar con toda sinceridad, no lo tomes a mal, pero me siento muy fatigado —Dijo Reveles—. Ya a mis años no es sencillo recordar, ni siquiera el que debo hacer las cosas con más calma, y estuve trabajando en varios grabados hoy ¿te molestaría si me retiro a mis aposentos?

—Claro que no, vamos, le acompaño don Nicolás.

Ya en la noche, en la recámara, Felipe le contó con todo detalle a Rolando, quien estaba de nuevo sumergido en aquella bañera, su charla con Reveles. El relato alegró a Rolando, quien durante esos primeros días había padecido al igual que Felipe, esa extraña lejanía del grabador.

Felipe mascullaba nuevos temores por la idea de que su padre era perseguido por la policía, si bien no le era ajena la situación de lo que eso significaba, dado que algo semejante le sucedía a Alberto, y recordaba bien las intrusiones de la policía y el ejército en la vecindad.

* * *

Durante los siguientes tres días después de que esa charla abrió la puerta a la confianza, Reveles les dio toda una cátedra de las técnicas de grabado en hueco que Rolando y Felipe disfrutaron, tanto como algunos nuevos relatos de las aventuras corridas con el padre de Felipe, en los que aquel artista se desbordaba en los detalles. Y celebraba con grandes risotadas, los ocurrentes comentarios que Rolando hacía a sus narraciones.

Nicolás Reveles pasó toda la tarde del día siguiente junto a sus ayudantes, con quienes dispuso lo necesario para la organización de una reunión, dedicada a homenajear a uno de sus más cercanos amigos, al cual acababa de serle otorgado un premio de investigación de la Academia de Ciencias.

* * *

LXXXIII

La fiesta de homenaje

El premiado era un doctor en biología, un tal Hans Ioseph Hanneger, quien parecía ser un amigo muy cercano a Reveles. La convocatoria había reunido a más de sesenta personas en aquella celebración.

La inquietud de Felipe por saber más de su padre y, el comentario que el grabador había escrito en la carta en la que le había invitado y, en la que mencionaba presentarte quizás a algunos otros amigos de tu padre, hizo que siguiese de cerca los pasos del grabador durante la reunión y aguzó el sentido del oído para escuchar sus charlas. Lo miraba de reojo, intentando acaso descubrir en él algún gesto o señal, o acaso de alguno de los comensales con los que éste charlaba. Estaba atento por si acaso tornaban la mirada hacia él.

Reveles se entretuvo largo tiempo charlando con Hanneger, el biólogo solía mirar a Felipe durante esa charla.

Felipe, concentrando el oído, escudriñó la charla que sostenía Reveles con el biólogo:

—... ¿Cómo ves Jano? Es el hijo de Felipe aquel joven, que se hace el distraído, y probablemente nos esté escuchando, si es que tiene las cualidades de su padre.

« ¡Jano! —Reaccionó Felipe— Ese es el nombre que tiene la carta de mi papá».

Finalmente, Reveles tomó del brazo al homenajeado y ambos se acercaron a los dos jóvenes. Este es Felipe, de quién te hablé. Y él es Rolando —dirigiendo la mirada hacia Rolando—, otro joven talentoso, por su inteligencia y buen humor.

El biólogo permanecía callado, mirando de pies a cabeza a ambos jóvenes. Rolando estiró el brazo para saludar al biólogo. Felipe llegó incluso a sentir, en el apretón de manos entre Rolando y aquél hombre, una vibración de rigidez y seguridad que provenía del doctor Jano. Era un hombre de gran altura, debía medir poco menos de dos metros, su aspecto era desgarbado, poco cuidadoso consigo, una chaqueta de pana

que anunciaba el final de sus años de vida útil en los tonos alguna vez claros de la tela. La que parecía haberse amoldado al cuerpo en forma extraña. Pantalones que mostraban hilillos sobre un par de zapatos de un color café opaco y que clamaban por algún lustre. Su tez delgada y pómulos marcados, piel pálida muy propia de los países bajos, cejas ya canosas y pobladas, daban a su imagen años de vida, que contrastaban con unos ojos azul acero extremadamente vivos, brillantes e intensos, cuya mirada proyectaba una enorme carga de ideas e inquietudes.

Felipe no pudo sino sentir una enorme curiosidad en torno a aquel hombre, al sentirse atravesado por aquellos ojos. Por su mente cruzaron imágenes que no parecían tener mayor sentido, sin embargo, se sintió cómodo y seguro tras ese vínculo inicial.

—Así que usted es Felipe... —Dijo aquel hombre con una voz extrañamente cálida.

—Y usted es Jano, un amigo de mi padre —respondió Felipe.

Aquel curioso personaje al escuchar a Felipe, le interrogó brevemente sobre la palidez y la posible existencia de otros síntomas. Repentinamente el biólogo los dejó azorados al invitarlos, sin mayores preámbulos, a pasar unos días en su casa.

—Me sentiré muy honrado si aceptan mi invitación —su voz tenía un acento extraño, ajeno al de muchos norteamericanos que estaban en la misma reunión.

¡Aceptamos! —contestó de inmediato Rolando— ¿No es así Felipe?

Rolando le guiñó el ojo y no pudo sino asentir a esa sorpresiva invitación. Acto seguido, el doctor Jano sujetó suavemente el brazo de Felipe, le pidió que lo acompañara y lo condujo hacia el despacho de Reveles, al que lo invitó a pasar, con el fin de poder charlar unos minutos, exentos del bullicio de la fiesta. Felipe se dejó llevar.

—Siéntese Felipe —comentó, indicándole uno de los sillones de piel, de aquél salón, dispuestos alrededor de una mesa de cristal, mientras él lo hacía en otro, adyacente.

El doctor Jano motivó a Felipe para que éste le hablase más sobre sus características físicas, obviamente extrañas. Felipe, sintiéndose cómodo con las sensaciones que provenían de aquel hombre, comenzó a relatar sobre el desarrollo de los síntomas y las peculiares dotes, que atribuyó a una herencia de su padre.

—Y estoy aquí, tratando de localizar a mi padre a través de ustedes. Sé por algunas cartas que usted es uno de sus amigos, al igual que don

Nicolás.

—Muy bien —Comentó el doctor al terminar la breve charla, y haber realizado las preguntas que le parecieron pertinentes a ambos—. Aprovecharemos la estancia para realizarte algunos estudios clínicos. Así podremos saber más, sobre el desarrollo de tus peculiares características, y en qué grado de avance las tienes aún.

—Muy bien —contestó satisfecho Felipe.

Salieron del despacho y tras acordar que ambos jóvenes, junto con sus pertenencias, se encontrarían en la mañana del día siguiente en la casa del doctor, se separaron.

* * *

Apenas acabada la reunión en casa de Reveles, ambos jóvenes se integraron a las labores de colaborar en dejar limpio el lugar. Habría pasado una media hora escasa cuando don Nicolás les invitó a pasar un rato con él en el despacho.

La fatiga se le veía en el rostro, sin embargo, se le veía a gusto en aquel sillón que seguramente era su favorito. Apenas entrar les invitó a tomar los vasos de leche que ya se encontraban sobre la mesa de centro.

—Tómenlo, verán que un buen vaso de leche sin descremar hace maravillas, cuando despierten mañana.

—Don Nicolás, hemos sido invitados a pasar unos días con el doctor Jano.

—Lo sé, él me comentó antes de irse, yo mismo le mencioné sobre tus cualidades extrañas, espero no lo tomes a mal. Y creo que hacen lo correcto, el ayudaba a tu padre. Tú Felipe, debes hacerte revisar por alguien como él, tienes muchas cosas extrañas como las tiene tu padre, y es una buena idea que te revise de pies a cabeza —volvió la mirada a Rolando y le dijo— Y tú... vas a aprender muchísimo de todo eso que te encanta sobre medicina e investigación.

—Pero queremos decirle —comentó Felipe—, que le agradecemos muchísimo el que nos haya, no solo ofrecido cobijo, sino por todo aquello que nos ha platicado en estos días. Yo en particular aprendí mucho sobre mi padre, quién es y cómo es y... si usted me lo permite, le visitaré de nuevo aquí o en California.

—Un gran ser humano, te lo aseguro. Y no sabes lo que me incomoda no haber podido recordar nada todavía sobre el hermano de tu padre, Felipe.

Pero puedes estar seguro que si lo llego a recordar te escribiré.

—Yo, en lo personal estoy entusiasmado en conocer más sobre las investigaciones del doctor Jano, a mí eso me atrae como no tiene una idea don Nicolás —comentó Rolando.

—Estoy seguro que pasarán unos días enriquecedores con mi amigo Jano —hizo una breve pausa y repuso—. Bien jóvenes, les dejo, me siento fatigado... ya no tengo treinta años. Pero quiero decirles que aquí, o en mi sagrada casa de Los Ángeles, tienen ustedes su casa y serán siempre bienvenidos. Han sido ustedes una frescura que yo necesitaba en estos días complicados. Un verdadero placer que hayan venido —y se levantó gimiendo por el cuerpo fatigado, se acercó a cada uno de ellos y les estrechó la mano tras lo cual se dirigió a sus habitaciones.

* * *

LXXXIV El Doctor Jano

A su llegada a aquella mansión ubicada en las afueras de la ciudad de la que desde aquel lugar se podía observar como un mar de casas y edificios a lo lejos. El lugar era extraño, se podía apreciar cómo había ido creciendo, por trozos, al igual que la de Nicolás Reveles. Con módulos añadidos al resto de la casa, que restaban ya una buena parte de lo que debió ser un gran jardín lleno de árboles frutales, el doctor Jano, cuyo nombre real era Hans Ioseph Hanneger, les recibió con mucha cordialidad, se diría incluso, con alegría.

Probablemente vivía solo, dado el descuido que se observaba en las paredes interiores que denotaban una necesidad, aunque aún discreta, de una mano de pintura; o el amplio jardín, que en algunos rincones crecía salvaje.

Con rapidez les mostró una de las habitaciones con baño y dos camas en donde se podrían quedar los días que quisieran. Según comentó tenía dos empleados de servicio, un matrimonio de mexicanos de su plena confianza, que residían en un par de cuartos en la azotea y, que tenían hoy su día libre. Insistió, por alguna razón que no entendió Felipe, en volver a recalcar que el matrimonio a su servicio gozaba de toda su confianza.

Habiéndose acomodado en la habitación asignada, ambos recorrieron brevemente la casa de curiosas y enormes dimensiones. El doctor Jano les esperaba ya en la recepción en el piso inferior, y les invitó a charlar en la estancia que daba a su habitación. Había ya dispuesto sobre la mesa de

centro un refrigerio de vino, carnes frías y quesos para ofrecerles.

Tenía sin duda una charla muy amena en la que alternaba, su pasión por la ciencia, con su meditada observación de las costumbres e historia de la región. Tras una breve introducción sobre su carrera profesional, y sus intereses más personales en ese campo, no tardó en entrar en materia explayándose ampliamente en el tema de las malformaciones en la piel y los extraños síntomas como los que Felipe le había descrito en casa de Nicolás Reveles. Pasaron así toda esa tarde, entre el salón y la cocina, en busca de nuevos alimentos en el gran refrigerador, clásicos de la región, según contaba el doctor Jano mientras le acompañaban a la cava en pos de otra botella de vino tinto.

Al día siguiente tuvieron oportunidad de conocer a Juani y Rigoberto, el matrimonio que trabajaba en aquella extraña mansión en las labores de aseo, cocina y mantenimiento en general y, que llevaban más de veinte años al servicio del doctor Hans. Magníficas personas, que se esmeraron durante toda su estancia en aquél lugar, haciendo platillos mexicanos, y enseñándoles sobre las plantas del jardín y sus cuidados.

«Las plantas deben crecer más allá de ser objetos de adorno, es lo que siempre nos ha enseñado el doctor», decía Rigoberto, un hombre delgado de unos 50 años de edad, al igual que su mujer, la encantadora Juani, con una sonrisa limpia y franca que parecía ser eterna.

Mientras transcurrían esos días el doctor Hanneger le practicó a Felipe diversos análisis de laboratorio y, de habilidades mentales en torno a la lógica. Muchas de las charlas giraban en torno a antiguos mitos de la medicina. Con cierta cautela el doctor fue acercándose a puntualizar sobre algunos de los síntomas que el joven Felipe le había descrito. Las charlas comenzaban a tener cierto sentido y ambos jóvenes mostraban tal interés en sus palabras que el doctor se decidió a platicar sobre el llamado vampirismo y sus características. Mencionó también que algunos de los temas que había tocado previamente eran importantes para ubicar el verdadero concepto sobre ese tópico en particular y se comprometió a entregarnos algunos escritos y artículos varios sobre el tema.

* * *

Durante extensos paseos, por el jardín y los bosques cercanos a la casa, hablaron largamente sobre los mitos, que seguramente tenía, todo el denominado vampirismo. Relataba, sobre los síntomas, que habían hecho que varios médicos de la antigüedad hubiesen dado lugar a ese concepto. El doctor Hanneger hablaba de conceptos muy específicos, e igual escarbaba datos del llamado grupo de enfermedades denominado porfíricas, o saltaba al de la foto-sensibilidad y a las deformidades

faciales, o Facies vampírica.

Felipe sentía un cierto temor que le acechaba, al identificar sus síntomas con esas charlas. Experimentaba también el embeleso creciente de Rolando con todos esos temas, aunados a la fluida y amena forma de enseñarles sobre ello, por parte del doctor quien, a su vez, sentía en esa fascinación de Rolando, a un potencial alumno con sorprendente avidez por aprender sobre el campo de su especialidad.

En ocasiones Felipe se escabullía a la biblioteca y por la noche escribía en un pequeño cuaderno los datos que más le llamaban la atención. Tomó notas de muchos datos sobre esas enfermedades:

El término Porfiria proviene del griego *Πορφύρα*, porphura, cuyo significado es "pigmento púrpura". Es probable que el nombre haya sido una referencia a la decoloración de algunos fluidos corporales durante un ataque. Si bien las descripciones originales se atribuyen a Hipócrates, la explicación bioquímica de la enfermedad fue obra de Felix Hoppe-Seyler en 1874, y la porfiria aguda fue descrita por el médico holandés B.J. Stokvis en 1889. Se explicaría cuando las lesiones faciales son extensas y, por su carácter, se vuelven mutilantes, destruyendo los labios (que dejan la dentadura al descubierto, aparentando ser los dientes de mayor tamaño que el normal)

Sus notas rápidas relacionaban todos esos síntomas, de los que apenas acusaba una fase muy incipiente o, incluso, de otros que aún no experimentaba. Varios de los cuales, por suerte, y por la mezcla de la genética de su madre, jamás llegó a experimentar:

...así como, en ocasiones, los "Cartílago", cartílagos de la nariz (mostrando frontalmente los agujeros nasales) o los auriculares (dando ocasionalmente un aspecto puntiagudo a las orejas). Igualmente, con la acumulación de porfirinas los ojos pueden aparecer de color rojizo y en los dientes aparece la llamada eritrodontia por el depósito porfirínico en la dentina.

* * *

Varias charlas de Hans giraban en torno a la palidez extrema, así como una supuesta ansiedad por la sangre. Algo que Felipe no sentía, o al menos, aún no la sentía. Pero aprendieron que los defectos en la producción de hemoglobina producen anemia, con toda la sintomatología característica, de la cual es destacable la palidez general. Tal y como se describe, en la imagen clásica del vampiro. Hans, o Jano como había pedido que le llamaran, les mostró muy variadas imágenes también. Así supieron que, un tratamiento habitual de la anemia solían ser las transfusiones de sangre del grupo Hemo, que no sólo disminuyen la anemia, sino que frenan la producción de porfirinas, y muchos atribuyen a

que es por esa razón que diversos pacientes tienen ansiedad por la sangre.

Antiguamente la terapéutica médica para las anemias incluía beber sangre de otros animales. Lo cierto es que los jugos digestivos la destruyen y para poder tener cierto beneficio y que pudiera absorberse una mínima parte del grupo Hemo, el paciente tendría que ingerir más cantidad que la que se necesita por vía intravenosa.

Afortunadamente, el doctor estimó que Felipe no había desarrollado esas necesidades ya que los análisis no indicaban anemia alguna. Ello lo tenía realmente intrigado y exploraba en las noches en varios libros para encontrar algunos otros rasgos de palidez por otras causas.

Algo que llamaba mucho la atención al biólogo era la extraña capacidad que parecía tener aquel joven sobre lo que el biólogo sentía. Parecía adivinar su turbación cuando intentaba organizar las ideas para expresarlas, o su contento, cuando sus argumentos eran nítidos tratando de poner en un lenguaje, más coloquial, algunos conocimientos técnicos, o complejos procesos de la biología o el ADN.

—Es increíble —decía—. Es como si supieses cuando estoy organizando mis ideas para decirlas, pareces saber exactamente qué siento cuando me sorprendo, o me enojo conmigo mismo, por no poder tener las palabras adecuadas. Incluso, he notado por tus observaciones que adivinas las dudas cuando las tengo, o que me siento cansado, o me nace alguna observación ingeniosa que me haría sonreír, tu sonrisa aparece antes que la mía.

—No cabe duda que, eso es muy personal y característico de Felipe, doctor —subrayó Rolando—. A mí me ha sorprendido por años e, incluso, supe cuándo comenzó a sentir con gran intensidad lo que sienten los demás. Hace unos cinco o seis años aproximadamente.

Felipe permanecía en silencio, escuchando las palabras de ambos. Sentía al doctor más relajado ya que hubo soltado esas palabras. En Rolando, Felipe sintió ese cierto alivio por verse acompañado en el secreto, dado el descubrimiento del doctor en cuanto a esas sensaciones y, probablemente por encontrar también, tras las palabras del doctor Jano, una forma más amable y elegante de referirse a ello. Lejos estaba en realidad Rolando de saber, que Felipe le había ocultado sus síntomas por algún tiempo antes de enterarse él. Felipe recibió esa sensación de la mirada inquisitiva de ambos sobre él, y solo acertó a decir:

—En realidad es algo a lo que me he venido acostumbrando, nada hago para sentir lo que siento. Pero si algo me enseñó mi madre, como ella

intuía, fue a no involucrar esas sensaciones con las mías propias.

—¿Tu madre también sentía así a los demás? —inquirió de inmediato el doctor.

—No, en realidad no, aunque tenía buen ojo para saber cómo eran las personas. Ella me dijo siempre, que era mi padre quien tenía también esa peculiaridad. Y él le platicaba ampliamente de cómo fue aprendiendo a controlarla.

El doctor asumió un aire meditabundo, mientras miraba a los ojos a Felipe. Su mente vagaba en busca de referencias sobre esa cualidad. Aquel joven acababa de describirle un nuevo síntoma extraño, y tuvo la impresión de que, investigando sobre ello, difícilmente encontraría alguna clave. Para Felipe, no cabía duda de que, aquel hombre era uno de esos espíritus inquietos con ansias del saber, tal como les llamaba don Camilo. Finalmente, el doctor Jano sacó una botella de tequila de una alacena del estudio, y sirvió tres sendos vasos:

—Por su muy agradable estancia en esta, mi casa, su casa. Son ustedes unos excelentes jóvenes y buenos aprendices.

A partir de ese momento el doctor añadió toda una serie de pruebas de telepatía e incluso de telequinesis a las que cotidianamente sometía a Felipe.

Quien no perdía un ápice de aquellas charlas, era Rolando. En quien las inquietudes por conocer y saber más de la biología, comenzaban a tomar un tinte pasional.

* * *

A la mañana siguiente, tras un desayuno opíparo que recompuso los destrozos tequileros de la noche previa, el doctor tenía apiladas varias copias de distintos artículos o ensayos que se extendían sobre la mesa del escritorio.

Se encontraban en el despacho, un amplio cuarto tapizado de libreros llenos de libros; apilados en forma desorganizada; con un ventanal que miraba hacia ese caótico jardín. Tras practicar a Felipe toda una batería de pruebas varias, comentó:

—Seleccioné algunos artículos que he recabado durante años, sobre el tema de los síntomas de los que hablábamos ayer. Me gustaría que los leas, particularmente éstos dos —mismos que le entregó— y los comentamos más tarde —dijo, retirándose los espejuelos que le resultaban extremadamente útiles a una vista ya alterada por la miopía y

los años.

—Gracias, ahora mismo los leo —le contestó, y Felipe salió del despacho para aposentarse en un amplio sillón de la sala y comenzar la lectura.

El primero que seleccionó fue el siguiente, dado su título extraño y fascinante a la vez, tras las charlas previas que habían tenido con el doctor:

Evidencias Históricas de Vampirismo:

Etimología: La palabra "vampiro", que comenzó a ser usada en Europa en el siglo XVIII, fue incluida por primera vez en diccionario de la lengua española, en la 9a edición de 1843, con origen en el término "vampire" que ya era usado en inglés y francés, proveniente a su vez del término vampir en lenguas eslavas y del alemán. Significa a la vez "ser volador", "beber o chupar" y "lobo", además de hacer referencia a cierto tipo de murciélagos hematofobos. Otros nombres son: brucolaco en español del griego Vrykolakas, vurdalak (ruso moderno), vampir (búlgaro), upir (antiguo ruso), nosferatu (del griego nosophoro (νοσοφορος), portador de enfermedad) o vampyrus (latín). La creencia en vampiros, demonios y otros seres de la oscuridad se remonta tiempos tan antiguos, como los orígenes mismos de la humanidad. Desde entonces, a lo largo de los siglos, cualquier humano de cualquier cultura ha podido experimentar el miedo-atracción a lo oscuro y lleno de secretismo con la misma facilidad que aún hoy cualquiera podría. Por supuesto esto hace que a lo largo de toda la historia se acumulen escritos, relatos, leyendas, supersticiones, etcétera. Que hacen directamente referencia al tema del vampirismo y a la existencia de vampiros, así como al temor desencadenado por estos seres nocturnos siempre misteriosos. Sin embargo, entre esta relativa proliferación de documentos y textos escritos que de algún modo aluden al vampirismo, es difícil, a veces, separar aquello que puede tener una base real de aquello otro que es contenido puramente "literario". Debido a esto, al margen de la existencia de muchos otros documentos y "pruebas" que podrían ser incluidos en este breve comentario, presto especial atención a dos autores, presentando brevemente algunos de sus escritos, por la especial relevancia que en su tiempo pudieron tener tanto sus opiniones como los propios personajes. Se trata, por un lado, del filósofo Voltaire -personaje cuya racionalidad y prestigio no puede ser puesto en duda en modo alguno- y, por otra parte, acercándonos a un punto de vista más religioso, el padre Agustín Calmet -estudioso que dedicó gran parte de su vida al estudio de temas como el vampirismo y las apariciones, publicando al respecto extensos volúmenes con todos los detalles de sus estudios y conclusiones. "Tratado de las apariciones de los ángeles, de los demonios y de las almas de los difuntos" y el segundo: "Disertación sobre los revinientes en cuerpo, los excomulgados, los upiros

o vampiros, brucolacos, etc."

La publicación obtuvo de inmediato un gran éxito con repetidas ediciones a lo largo del tiempo, aunque a Calmet le costó convertirse en el blanco preferido de las burlas de los iluminados, e incluso los católicos dejaron de tener en consideración sus antiguos tratados bíblicos.

El siguiente de aquellos artículos rezaba:

Lo escrito por Voltaire sobre este asunto:

Autour de la Dissertation sur les vampires de Dom Augustin Calmet – Autor: Voltaire. Diccionario Filosófico, tomo VI, p. 180-183. [Traductor desconocido]

Vampiros: " (...) ¿Es posible que haya vampiros en el siglo XVIII, después del reinado de Locke, de Saftersbury, de Trenchard y de Collins? ¿Y en el reinado de d'Alembert, de Diderot, de Saint Lambert y de Duclós se cree en la existencia de los vampiros, y el reverendo benedictino Dom Agustín Calmet imprimió y reimprimió la historia de los vampiros con la aprobación de la Sorbona?

Los vampiros eran muertos que salían por la noche del cementerio para chupar la sangre a los vivos, ya en la garganta, ya en el vientre, y que después de chuparla se volvían al cementerio y se encerraban en sus fosas. Los vivos a quienes los vampiros chupaban la sangre, se quedaban pálidos y se iban consumiendo; y los muertos que la habían chupado engordaban, les salían los colores y estaban completamente apetitosos. En Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena, eran los países donde los muertos practicaban esa operación. Nadie oía hablar de vampiros en Londres ni en París. Confieso que en esas dos ciudades hubo agiotistas, mercaderes, gentes de negocios que chuparon a la luz del día la sangre del pueblo; pero no estaban muertos, sino corrompidos. Esos verdaderos chupones no vivían en los cementerios, sino en magníficos palacios.

¿Quién es capaz de creer que la moda de los vampiros la adquirimos de Grecia? No de la Grecia de Alejandro, de [p. 181] Aristóteles, de Platón, de Epicuro y de Demóstenes, sino de la Grecia cristiana y por desventura cismática.

Hace mucho tiempo que los cristianos del rito griego creían que los cuerpos de los cristianos del rito latino, que se enterraban en Grecia, no se pudrían, porque estaban excomulgados. Creían precisamente lo contrario que nosotros los cristianos del rito latino, que creemos que los cuerpos que no se corrompen son los que tienen impreso el sello de la bienaventuranza eterna, y en cuanto se pagan a Roma cien mil escudos por la canonización de cada santo, tributamos a éste la adoración de dulía.

Los griegos están convencidos de que sus muertos son hechiceros, y les dan el nombre de broucolacas. Los muertos griegos van a las casas a chupar la sangre de los niños, a comerse la cena de los padres y de las madres, a beberse el vino y a romper todos los muebles. Sólo puede hacérseles entrar en razón quemándolos cuando los atrapan; pero se necesita tener la precaución de no ponerlos en el fuego hasta después de haberles arrancado el corazón, que debe quemarse aparte.

El célebre Tournefort, emisario que mandó a Levante Luis XIV, lo mismo que otros aficionados, fue testigo de algunas jugarretas atribuidas a uno de los broucolacas, y de la citada ceremonia.

Después de la maledicencia nada se comunica tan rápidamente como la superstición, el fanatismo, el sortilegio y los cuentos de aparecidos. Pronto hubo broucolacas en Valaquia, en Moldavia y en Polonia, aunque esta nación pertenece al rito romano y no le faltaba más que esta superstición, que se transmitió a toda la parte oriental de Alemania. Continuamente estuvieron ocupándose de los vampiros desde 1730 hasta 1735; los espionaron, les arrancaron el corazón y los quemaron; pero semejantes a los antiguos mártires, cuantos más quemaban más aparecían.

Calmet fue su historiógrafo, y se ocupó de los vampiros, como antes se había ocupado del Antiguo y del Nuevo Testamento, refiriendo fielmente todo lo que sobre esta materia habían dicho antes que él.

Debe ser una cosa curiosísima examinar los procesos verbales jurídicamente entablados a los muertos que salieron de sus fosas para chupar la sangre a los niños y a las niñas de la vecindad. Calmet refiere que en Hungría dos empleados que para este objeto nombró el emperador Carlos VI, con el bailío y el verdugo, fueron a formar causa a un vampiro, muerto seis semanas antes, que chupaba la sangre de los niños de la vecindad, y le encontraron cerrado en el ataúd, fresco, robusto, con los ojos abiertos y pidiendo de comer. El bailío dictó la sentencia; el verdugo arrancó el corazón al vampiro, y después de esta [p. 182] operación ya no chupó la sangre a nadie. Después de este caso nadie debe atreverse a dudar de los muertos resucitados que llenan las antiguas leyendas, ni de ninguno de los milagros que refieren Bollandus y el sincero y reverendo Ruinard.

Encontramos historias de vampiros hasta en las Cartas judías de Argens, a quien los jesuitas acusaron de incrédulo y que luego saborearon su triunfo, cuando el citado autor refirió la historia del vampiro de Hungría, y dieron gracias a Dios y a la Virgen por la conversión de Argens. He aquí lo que dijeron del referido autor: «El famoso incrédulo que dudó de la aparición del ángel a la Virgen, de la estrella que vieron los Reyes Magos, de que se curaran los poseídos, de que se ahogaran dos mil cerdos en un

lago, del eclipse que hubo de sol en luna llena, de los muertos que se paseaban por Jerusalén; tocado por la divina gracia, se iluminó su espíritu, y cree en la existencia de los vampiros».

La gran cuestión que hubo entonces fue averiguar si aquellos muertos resucitaron por su propia virtud, por el poder de Dios o por el poder del diablo. Los grandes teólogos de Lorena, de Moravia y de Hungría hicieron públicas sus opiniones y su ciencia. Citaron además los referidos teólogos las historias que refiere Sulpicio Severo en la vida de San Martín, y probaron que entre los muertos que resucitó San Martín devolvió la vida a un condenado; pero todas esas historias, aunque sean verdaderas, no tenían nada que ver con los vampiros que chupaban la sangre de los niños y luego volvían a meterse en sus ataúdes. Buscaron también en el Antiguo Testamento y en la mitología algún vampiro que pudieran presentar como caso antiguo; no encontraron ninguno, pero probaron, sin embargo, que los muertos comían y bebían, fundándose en que algunos pueblos antiguos les metían alimentos en las fosas.

Cuestionaron también si comía el alma o el cuerpo del muerto, y quedó decidido que comían la una y el otro. Los platos más delicados y de poca substancia, como los merengues y la crema, se los comía el alma, y el roast-beef y el beefsteak se los comía el cuerpo. Decían que los reyes de Prusia fueron los primeros que después de muertos se hacían servir alimentos, y que los imitaban casi todos los reyes de entonces, pero fueron los frailes los que se les comían la comida y la cena y los que se les bebían el vino; de modo que, hablando con propiedad, los reyes no eran vampiros; los verdaderos vampiros son los frailes, que comen a expensas de los reyes y de los pueblos.

Verdad es que San Estanislao, que había comprado gran extensión de terreno a un gentilhomme polaco y no se lo había pagado, perseguido por los herederos ante el rey Boleslao, resucitó a dicho gentilhomme; pero fue únicamente para pagarle la deuda, y no se dice que diera ni un solo vaso de vino al vendedor, que se volvió al otro mundo sin comer ni beber. Se agita con frecuencia la grave cuestión de si puede absolverse al vampiro que murió excomulgado; no soy teólogo bastante profundo para decidirlo; pero por mi parte yo lo absolvería porque cuando hay que escoger entre dos partidos dudosos, debe elegirse el más benigno.

El resultado de todo es que una gran parte de Europa estuvo infestada de vampiros durante cinco o seis años, y que hoy ya no existen; que hubo convulsionarios en Francia durante más de veinte años, y que hoy ya no los hay; que resucitaron muertos durante algunos siglos, y que hoy ya no los resucitan; que tuvimos jesuitas en España, en Portugal, en Francia y en las Dos Sicilias, y que hoy ya no los tenemos."

"Genial el señor Voltaire" —pensó para sí Felipe, en tanto que le

arrebató los papeles de la mano el curioso Rolando.

—Que conste eh. Esperé hasta verte terminar de leer. No puedo esperar más porque vi tus sonrisas al leer lo que sea esto —repuso Rolando a título de excusa por su, literalmente, arrebato.

Y se apoltronó al otro extremo del sillón disponiéndose a leer el artículo que acababa de leer Felipe quien continuó con este otro, último de esos artículos que le había dejado el Doctor:

Efecto apotropáico : es el mecanismo de defensa que la superstición o las pseudo-ciencias atribuyen a determinados actos, rituales, objetos o frases formularias, consistente en alejar el mal o proteger de él o de los malos espíritus o de una acción mágica maligna. Viene del griego apotrepein ('alejarse'), y psicológicamente tiene que ver con la represión de lo malo. Lingüísticamente se expresa mediante el eufemismo contra una palabra tabú.

Origen: El instinto de conservación origina algunos actos instintivos que no tienen explicación racional aparente, como por ejemplo matar un insecto o una araña o rehuir determinadas situaciones. En el origen de los actos apotropáicos se encuentran rastros de esos impulsos instintivos fruto de la evolución y la selección natural.

Gestos, fórmulas, fetiches y rituales: Determinados gestos son considerados por la Antropología cultural apotropáicos: hacer la higa para rechazar el mal de ojo, tocar madera, cruzar los dedos, decir ¡Jesús! para rechazar el mal agüero de un estornudo, aun cuando esta exclamación es utilizada más comúnmente como una fórmula de cortesía, cuando estornuda una persona. Evitar determinados animales o números, etcétera. Los romanos cortaban las manos a los suicidas como acto apotropáico para defenderse del mal espíritu. Igualmente, los denominados conjuros y ensalmos, o fórmulas como las que se pronuncian en los brindis o en las queimadas. Determinados objetos y fetiches suelen ser considerados protectores, o amuletos y talismanes como el ojo apotropáico, las cruces de Caravaca, las medallas de San Benito etcétera. El bautizo de los bebés católicos es a menudo considerado un acto apotropáico.

«Caray —pensaba Felipe—, ¿por qué me habrá dado Jano este otro artículo para leer? No entiendo la razón. Ya le preguntaré después»

* * *

Jano ya estaba presente, cuando ambos jóvenes entraron en la cocina, en la que había una atmósfera de aromas a panqueques con miel y mantequilla, dispuestos ya en sendos platos sobre la mesa de la cocina; y

en el aire se saboreaban los vapores de una cafetera italiana.

La cocina era ciertamente un lugar agradable, con paredes recubiertas de madera y grandes vigas que sostenían un techo descendente hacia un par de ventanales al jardín. Al centro, una mesa amplia con seis sillas; alacenas en la pared más cercana, llenas de todo tipo de confituras, harinas, quesos y carnes frías que contribuían a una mescolanza de aromas, en las que privaba, en esos momentos, el vapor de la cafetera. El doctor Jano, acostumbrado a ir al grano, les preguntó su opinión acerca del artículo sobre Vampirismo.

— ¿Por qué no empiezas tú Rolando? Porque me imagino que tu curiosidad te ha hecho leerlo —le dijo a Rolando con una sonrisa y mirándole a los ojos.

Los nervios hacían presa de Rolando, pero se armó de valor y contestó:

—La verdad, creo que se dieron pocos eventos que realmente puedan soportar las tesis que propone el tal Calmet —comenzó a decir Rolando—. En lo personal, me parecen un tanto ridículas. Sin embargo, seguramente resultaban atractivas para muchos, particularmente para los fervientes católicos para quienes, tener de pronto ante sus ojos la descripción de un ser tal, avalada por la iglesia, de lo obscuro o de lo demoníaco, supongo que era para ellos una revelación —hizo una pausa para beber un trago del café que servía el doctor en tres tazas, mientras escuchaba a Rolando.

—Continúa Rolando, te escucho —señaló el Doctor.

—Seguramente esa obra atrajo la atención de muchos, que seguían al pie de la letra las doctrinas de la iglesia. Los oscuros terrenos de lo diabólico habían sido recopilados en algún grueso tomo. Y eso les permitía conocer parte del mundo de las sombras. Y, alimentando su morbo, podrían reiterar su pavor al mal. Creo que casi todos sienten un atractivo por conocer más de “lo obscuro” —Rolando usaba el gesto de las manos para enfatizar comillas en esa palabra— aunque le teman... En cuanto a Voltaire, es una mente genial. Con su sarcasmo, les revirtió lo ridículo de esas tesis... Y nosotros nos divertimos leyendo a Voltaire.

Felipe sintió como se relajaba Rolando, tras haber contestado cabalmente a la pregunta del doctor.

Felipe, tan solo asintió a lo que Rolando acababa de decir y se limitó a decir:

—Coincido con eso, y con la idea de que sembrar miedo sobre una posible existencia real de todo eso, fue en beneficio de la iglesia, la que

seguramente le dio apoyo para su publicación y difusión.

—¡Muy bien! Eso pensé, que quedaría claro en sus mentes. Y es importante que quede claro para ti Felipe. Tus síntomas se asemejan a varios de los que se han venido denominando como vampirismo, y no quiero que te dejes influir por los mitos que eso ha significado durante años. Estamos aquí, para encontrar una explicación racional a esas cualidades que tiene tu cuerpo —hizo una pausa y girando su atención, se dirigió a Felipe:

—Y es ahí donde entra ese segundo artículo sobre lo apotrópico... Las exageraciones, a las que es capaz de tomar en cuenta el ser humano, y que no tienen una base científica, o ni siquiera empírica. Mediante la insistencia y la necedad, suelen convertirse en creencias religiosas. Me da gusto que usen ustedes la cabeza, y lo que tienen dentro de ella.

* * *

Los dos últimos días que permanecieron aún en casa del doctor fueron realmente agradables, les paseó por la ciudad en su automóvil y les invitó a comer en un restaurante de mariscos. Permanecieron en ese lugar casi toda la tarde, pidiendo uno y otro platillo, acompañándolos con botellas de vino blanco, lo que significó una velada étlico-deliciosa y memorable. Tan memorable como toda la estancia en su casa, y sus enseñanzas, las que, aunadas a los posteriores encuentros, les acompañarían toda la vida.

* * *

LXXXV

El día de la partida, al despedirse en la puerta de la estación de trenes, el doctor Jano les dio de nuevo un papel con su dirección, y en un tono particularmente amable les dijo:

—Ustedes cambiarán muchas veces de domicilio. Un viejo zorro como yo ya encontró su pre-ataúd, mi casa, la que siempre será de ustedes mientras viva. Por favor escríbanme y déjenme saber de sus inquietudes, y en qué puedo ayudarles. Si tienen oportunidad de venir, mejor aún, serán más que bienvenidos. Sobretudo tú, Rolando, tienes vocación, y pasión por la ciencia y la investigación. Si quieres estudiar esta carrera, yo te puedo ayudar —miró a los ojos a Felipe y continuó diciendo— ¡Tú eres excepcional Felipe! —le escudriñaba los ojos con la mirada— Ahora sí, me permitiré decirte que no solo conozco a tu padre. De hecho, el suele venir con cierta frecuencia, aunque hace algunos meses que no viene. Le ayudo con sus problemas físicos. Los que, afortunadamente, tú no has desarrollado. Espero que al decirte esto encuentres un nuevo motivo, y por favor no tardes de nuevo en venir a visitarme, debo prepararte para cuando se despierten otros síntomas, o extrañas cualidades, como tú les

llamas, que tiene tu padre. Aunque no sabemos si tú también los vayas a desarrollar.

—Eso espero, poder venir de nuevo, y pronto —contestó Felipe.

—Ya me has dado la dirección del lugar en el que vives, te enviaré más datos, sobre lo que aún está por venir. Tenemos que dar seguimiento y ver cómo se desenvuelven esas cualidades que tu cuerpo te ha otorgado y que también otorgó al de tu padre. Me encantaría poderte ayudar con más tiempo... Adiós chicos, espero pronto noticias tuyas y una nueva visita a este viejo investigador. No tardes en regresar Felipe, necesitas muchas cosas de mí, te lo aseguro.

Apenas terminó de decir lo anterior, sacó un sobre del bolsillo de su gabán y lo depositó en la palma de la mano de Felipe cerrándola. Se dio la media vuelta en el andén del tren y caminó hacia afuera de la estación.

* * *

Fue enorme la sorpresa de Felipe cuando abrió la mano y leyó esa carta, además de la carátula del sobre, que estaba dirigida al Doctor Hans Ioseph Hanneger, en el anverso se leía el remitente "Felipe A."

Así lo deja narrado Felipe, en su biografía:

«Recuerdo haber guardado la carta en la chamarra para degustar su lectura en el interior del tren una vez que hubiésemos iniciado el viaje. Ya en camino abrí delicadamente el sobre, que aún hoy conservo, y desdoblé con suavidad aquel par de hojas escritas a máquina:

Hans querido amigo, sé que me he tardado en escribirte, aunque prometí tenerte al corriente sobre mi salud. La verdad es que he tenido que encerrarme durante varias semanas para tratarme, tal como me enseñaste, para poder mantener en condiciones tolerables el dolor en mi pierna. He tomado todas las precauciones e incluso conseguí los químicos que me permiten una mejor recalcificación. Estimo que ha estado dando buenos resultados y me he reintegrado a las actividades, supongo que pronto estaré ya en condiciones, tanto económicas como físicas para regresar a verte.

Sabes, en estos días de encierro me he convertido en un viejo sentimental. No tienes idea de cuánto añoro el poder estar con Tasia y llegar a conocer a mi hijo. Ojalá ella haya sabido enseñarle como ir conociendo las transformaciones que debe estar teniendo su cuerpo. En su última carta me menciona que el pequeño ha comenzado a sentir a los demás al igual que yo y el desarrollo de esa cualidad lo desespera. De hecho, le he pedido a Alberto que la convenza de salir de la capital y buscar algún lugar en donde haya familias de los compañeros que han

optado por desplazar a sus familiares con objeto de tenerles en algún lugar seguro. Hay varias comunidades en el norte de la república que se han organizado y viven con cierta tranquilidad, lo que ayuda a los compañeros a no tener miedo por la seguridad de su gente. Recuerda el uso que han hecho anteriormente las tropas federales amenazando e interrogando a las familias para dar con el paradero de muchos luchadores por la libertad. Hasta donde sé son varias las comunidades a donde muchos luchadores han enviado a sus familiares para aliviar la preocupación del riesgo de ser capturados y servir como rehenes en amenaza a su presencia en todas esas acciones, tanto militares como de la provocativa educación y difusión de las ideas, en las que nos hemos visto envueltos. Incluso le he comentado a Tasia, de la importancia de dotar a mi hijo con una alimentación que le provea de una calcificación ósea más allá de lo común. Sin duda esa sensación puede ser agobiante, así como la de mi hijo al no entender su singularidad comparándose con la escasa percepción que sobre los demás tiene la inmensa mayoría de las personas. Recordarás todo lo que hemos comentado en tantas ocasiones, así como la desubicación de su propia persona al estar tan intensamente atado a las sensaciones que experimentan los demás. Confío en que Tasia esté siendo lo más natural para poder guiarlo sin tantos miedos y tropiezos como los que yo enfrenté y así poder crear en él la sensación de que tal cualidad le es natural toda vez que aprenda a controlarla en menos tiempo de lo que a mí me tocó.

A propósito de ello, te comento que he sentido que mi sentido de percepción parece estar decreciendo. Ignoro si aquel balazo que rozó mi sien tenga algo que ver y se haya venido desarrollando algo en el interior de mi cerebro, ya que ocurre con cierta frecuencia que me invade una confusión extraña en la que pierdo el sentido de ubicación, y los nervios que me produce obnubilan la poca o mucha concentración que tenga en esos momentos; tu bien sabes que es el saber calmarme y concentrarme la herramienta básica que tengo, para dominar la percepción y poder dirigirla. Sin embargo, la propia percepción se diluye cuando esta sensación, tan desagradable, de perder la noción de los espacios y no reconocer siquiera en dónde me encuentro se hace presente. Sé que me contestarás que vaya a verte y hacer un barrido de exámenes, pero te aseguro que en las condiciones en las que me encuentro, escondido en una pequeña comunidad campesina en la casa del maestro local, y por la forma en que me rastrean mis persecutores, los que ya sabes que intuyen y adivinan muchas de las acciones que realicé, me es casi imposible por el momento moverme de este lugar. Pero prometo que en cuanto tenga manera de hacerlo, me apersonaré en tu guarida, ese oasis de tranquilidad en este mundo.

He perdido la pista de Genovevo, ignoro si siga aún vivo, pero la última vez que pude cruzar con él algunas palabras me comentó que él también sufría de dolores terribles en las piernas y buscaría la forma de ir a visitarte. Es formidable el apoyo que nos has podido dar con todos tus

conocimientos. Tu amistad y la del viejo cascarrabias de Reveles son invaluable para mí. Te pediría que, si Felipe mi hijo, aún no te ha llegado a contactar, hagas lo posible para ponerte en contacto con él.

Abrazo querido amigo.

Felipe A.

10 de octubre de 1925

Sin duda aquella carta de su padre, habría de llenar piezas en ese rompecabezas que se empeñaba en construir para saber lo que había sido la vida de Felipe padre. Todo ello tuvo una gran influencia en Felipe, a lo largo de su vida, eran las palabras de su propio padre y le anticipaban, en parte, mucho de lo que le esperaba.

* * *

LXXXVI

Otoño de 1925

Un ofrecimiento peculiar.

Durante el viaje de regreso a la frontera, en el tren de San Antonio a El Paso, Texas, Felipe fue notando diferencias interesantes, entre aquellos trenes en el país del norte, y los del otro lado de la frontera.

No solo era la velocidad y la falta de esa sensación de vaivenes, que había sentido en el viaje desde la capital, o hacia Querétaro. La comodidad de asientos dobles, acojinados era lo más notorio, Había numerosos detalles diferentes con los trenes de México. Era probable que el tren en el que viajaban ahora había sido puesto en circulación en forma reciente. Por todos lados había relucientes planchas de algún tipo de metal, más flexible. En las gavetas superiores, sobre los asientos; alrededor de los asientos; en los marcos de las ventanas, las cuales se abrían y cerraban con facilidad. Había una sensación de comodidad, aromas de lavanda; los espacios eran amplios, estaban bien diseñados. El colorido oscilaba entre plata y azules claros; los pisos estaban limpios y los ventanales tenían una cuidada transparencia.

Un joven latino abrió la puerta del vagón y se sentó al ver a ambos jóvenes decidió sentarse frente a ellos, en el vagón. Tal vez por sentirse solo, o por alguna necesidad de comunicarse, aquel joven se había cambiado de vagón, y en breve, inició una charla con ambos. Era un hombre ciertamente joven, de unos veinticinco años cuyo nombre era Mike Rosas. De cabello negro y corto; tez morena con un delgado bigote negro y una mirada jovial; muy risueño y, tal como pudieron comprobar durante el viaje, sumamente extrovertido.

Comienzan así, un intercambio de nombres, lugares en los que habitan, ideas sobre los sitios que han visitado, la edad y la necesidad de saber a

qué les gustaría dedicarse. Así como las formas de conseguir algún trabajo, al haber terminado ya parte de sus estudios.

En breve, Mike Rosas orienta la charla y les habla de sus vivencias en la ciudad de San Antonio.

Mike Rosas había nacido en San Antonio Texas, tenía siete hermanos y hermanas, sus padres habían llegado desde Oaxaca a residir a ese lugar.

—Si bien es cierto que la mayoría de los gringos nos tratan mal, y es ostentoso que se sienten superiores —Decía con rapidez—. Pagan bien las labores que realizamos. Pero, sobre todo —Añadió—. Hay muchas formas de separar ambos mundos.

Mike daba ejemplos de una solidaridad y colaboración entre los inmigrantes mexicanos, los que constantemente organizaban fiestas y reuniones. Había todo tipo de convivios, así como una amplia participación en ellos:

—Al menos, en el barrio donde yo vivo con mis padres y dos de mis hermanas, así como también con un hermano menor, que es medio huevón. Pero voy feliz a hacer un trabajo, en el que me van a pagar muy bien. Y con ese dinero, me voy a casar con una mexicana, que vive allá, en San Antonio.

Mike Rosas se desbordaba en su plática, les habló de sus esperanzas en hacerse de un buen dinero yendo a trabajar, al menos por un tiempo, a una destilería algo escondida en una cañada, muy cerca de Ciudad Juárez; de esa manera podría juntar un dinerito que le permitiese casarse a su regreso a San Antonio.

Tenía un curioso acento y en múltiples ocasiones se dirigía a ellos iniciando con una extraña palabra "essse". La amena charla se alarga y Mike relata prácticamente su vida, dando brincos sin orden cronológico alguno. Tenía habilidad histriónica y en varias ocasiones estallaron las carcajadas de aquellos tres jóvenes, atrayendo las miradas, y provocando alguna que otra sonrisa, de los demás pasajeros del vagón.

Casi un par de horas después de haber empezado la charla, regresa en su relato al tiempo actual, y se extiende comentando su relación con un gran amigo, algunos años mayor que él, llamado Encarnación, o Chon como él le llamaba. Narra cuándo y cómo le conoció, cómo le enseñó a usar las armas, y le describe como su protector.

—Mira esse, es él quien me ha enviado la invitación para reunirnos. Y juntos, hacer ese trabajo con muy buena paga. No le puedo quedar mal a

mi carnal.

Apagando casi la voz, en susurros, Mike Rosas describe en qué consiste el trabajo: «producir y embotellar bebidas en una destilería clandestina al otro lado de la frontera, en la sierra de Chihuahua», y retomando el tono de su voz continuó:

—Aunque es una empresa de gringos. Pero Chon me escribe que le están dando un buen trato. Y conociendo a mi carnal no he dudado en irme a reunir con él en ese lugar, junto con otros dos amigos que ya se adelantaron en acudir al sitio.

Fue entonces cuando, sorpresivamente, Mike Rosas les invita a que vayan también a ese lugar:

—La destilería acaba de instalarse apenas, y están pidiendo, con la discreción necesaria claro, trabajadores mexicanos —hizo una breve pausa, mirándoles a los ojos, y preguntó—. Así que... ¿Por qué no lo intentan?

Baja de nuevo el tono de voz y les explica que «por esa razón, la ilegalidad, pagan muy bien a los trabajadores, para comprar su silencio».

Por último, ya cerca del arribo del tren a la estación de El Paso, les pide silencio sobre lo que les acaba de contar sobre ese lugar. Antes de bajar del tren en la estación Mike Rosas, en un sobresalto de su alegría, hace algo que les toma por sorpresa:

—Ustedes se ven buenos chicos, trabajadores, me inspiran mucha confianza. Ojalá pudiesen acompañarme a trabajar allí. Se harían de un buen dinerito, que a nadie cae mal en estos tiempos —les comentó Rosas.

De nuevo los sorprende, saca la carta del bolsillo de su chamarra, anota su nombre al final de la carta, y se la entrega a Rolando, a quien le menciona:

—Essse, ya no la necesito, me la sé de memoria. ¡Suerte chicos!

Mike, les propina un fuerte abrazo, tras lo cual se baja rápidamente del tren y se pierde entre la multitud de personas en el andén de la estación, del que emanaba un olor a papas y pollo frito.

—Curioso personaje —comentó Rolando.

* * *

Cayendo la noche, ambos cruzan la frontera a pie, y se dirigen a la estación de camiones, para tomar el correspondiente a Casas Grandes. En el trayecto a la estación, tanto Rolando como Felipe observan una ferviente actividad en las calles de Ciudad Juárez. Hay numerosos anuncios de hoteles, cabarets y casinos por toda la ciudad y, si bien asoma ya la puesta de sol, se observa toda una gama de anuncios luminosos de gran tamaño colgados sobre paredes de edificios y azoteas, destacan también numerosas marquesinas de luces de colores arriba de los casinos, hoteles, bares, cines y restaurantes. La notoria circulación de personas y automóviles, muchos de los cuales son lujosos, les parecía algo nuevo. Sin duda la ley seca de los norteamericanos tenía un impacto inverso del otro lado de la frontera, en donde se observaban nuevas construcciones de hoteles de gran tamaño.

La vida al sur de la frontera se había beneficiado con la presencia de numerosos visitantes que tenían a su alcance los medios para pasar allí días, o semanas, entre el juego de los casinos y las diversiones. En sendos cabarets y restaurantes de lujo, los dólares americanos fluían hacia esa ciudad que crecía con velocidad. Felipe se había quedado pensativo, la idea de un trabajo en el que probablemente ganaría buen dinero, aunque tuviese que hacer un trabajo fuera de la ley, resultaba ciertamente atractiva. El juntar más dinero para poder viajar en busca de su padre, era toda una golosina. Además, de alguna manera, era algo importante ahora el apoyar a la familia de René. «Pinche dinero —pensó—, se necesita para tantas cosas».

De manera que la idea de ir a trabajar a ese lugar y ganar buen dinero comenzó a girar en la mente de Felipe. Por su parte, Rolando comienza a tejer ideas, con la posibilidad de ganar algún dinero en la destilería, lo que le podía servir para acercarse a esas nuevas y grandes ilusiones de irse a los Estados Unidos. Y aceptar el apoyo franco que le ofreció el doctor Jano, para entrar a estudiar ciencias biológicas: «Llegar a convertirme en un investigador, ¡uafa!». Tenía que poder aprovechar esa gran oportunidad. Sin embargo, ninguno de ellos comenzó a platicar con el otro en torno a esa posibilidad de trabajar en la destilería, y ahorrar dinero de esa manera. Ambos especulaban con las posibilidades en silencio. En ambos había ese resquicio de dudas y su amarre con una culpa, tanto por lo ilícito de ese trabajo, como por todo lo aprendido sobre el dinero como tal.

Sentados en la estación de camiones de Casas Grandes, en espera del transporte que los llevaría de regreso a San Buenaventura, leían con interés el periódico que habían conseguido en la estación de Ciudad Juárez. Se había desatado un gran descontento en varios estados de la república esta vez eran los "Cristeros" según la publicación.

De acuerdo con el diario: "Las medidas y pronunciamientos del Gobierno del presidente Pascual Rubio, quien acababa de denegar las peticiones

firmadas por cientos de miles de católicos de regresar sus bienes a la iglesia y permitirles impartir su credo y mantener su voto de castidad; así como la reciente fundación, con ayuda de la CROM, de la "Nueva Iglesia Católica Mexicana" que tenía la intención de confrontar al vaticano han sembrado indignación en estados como Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Aguascalientes, Colima, Michoacán, Zacatecas y Yucatán en las que se está generalizando un boicot de las organizaciones de católicos que ha comenzado a provocar graves problemas en la economía del país, siendo que muchos fieles —entre ellos numerosos empresarios y rancheros— amenazan con dejar de pagar impuestos, se llamaba también a minimizar el consumo de productos comercializados por el gobierno, a no comprar billetes de la Lotería Nacional, ni utilizar vehículos a fin de no comprar gasolina. Grandes sectores campesinos son azuzados por los propios sacerdotes dentro y fuera de las iglesias”...

En esos momentos escucharon la llamada para abordar el camión que sería su transporte a San Buenaventura, lo que les hizo cerrar el diario con la intención de leerlo más adelante durante el trayecto. Tal intención fue frustrada en virtud de la cantidad de personas que abordaron el camión de tal modo que tuvieron que mantenerse de pie.

«Sin lugar a dudas estos transportes ya se utilizan por la población en general —pensó Felipe—, con razón ha crecido tanto la cantidad de camiones en la terminal de Casas Grandes».

Incluso, al lado de Rolando venía un campesino con tres cajas apiladas en torre y llenas de periquitos verdes. Si bien las cajas estaban tapadas con telas para provocar el silencio de aquellas aves, los exabruptos del pavimento provocaban a los pericos cuyos sonidos vaciaron con rapidez la cantidad de paciencia existente en varios pasajeros que no tardaron en bajarse de aquel transporte. Sin embargo, ello no bastó para que pudiesen encontrar un mejor lugar, si bien lograron alejarse al menos un par de metros de aquellas cajas periqueras avanzando con pequeños y sutiles empujones a varios jóvenes.

No fue sino a una hora escasa de arribar a San Buenaventura de madrugada, que pudieron hacerse, gracias a los varios descensos de pasajeros durante el trayecto, de un par de asientos en aquel camión. El cansancio les sumió en el sueño hasta la llegada, al despuntar el alba, a la estación de San Buenaventura.

* * *

LXXXVII

De nuevo en Buenaventura

De regreso en San Buenaventura, donde los aires eran ya más fríos que frescos, con la cercanía invernal, y muchos de los árboles habían perdido

la mayoría de sus hojas. Y ellos habían perdido el periódico, olvidado en el camión.

Felipe se encontraba en la habitación de Rolando, el viaje en camión había resultado pesado, de manera que optó por tirarse en la cama a descansar. Al quitarse la gruesa chamarra, la carta que le había entregado Jano se deslizó del bolsillo. La tomó y tuvo la impresión de que algo más podía estarle queriendo decir el doctor Jano. El sello verde de la oficina de correos estaba, efectivamente, en inglés. Esto indicaba que había sido depositada en los Estados Unidos. Incluía, además, el código de la región postal y un garabato ilegible, escrito manualmente en color azul. Probablemente con el objetivo de algún tipo de control.

« ¿Será posible saber cuál es la zona exacta de esa oficina de correos? Solo estando al otro lado de la frontera podría saberlo —pensó—. Las oficinas de correos deben tener un catálogo de esas claves».

Siguió revisando el sobre, en otro estampado, un cuadrado pequeño, en color rosa, de la misma oficina, había una fecha: "date 10-08-25".

« ¿Diez de agosto? O, según nos comentaban en la clase de inglés, ellos cambiaban el orden en la fecha, ¿podría ser entonces octubre 8 de este mismo año? Esto significaría que fue puesta en el correo apenas unos días antes de llegar nosotros a casa del doctor ¿será posible?»

Crecían emociones varias en Felipe. Suspiró, llenando por completo los pulmones, y fue dejando que el sopor le cerrase los ojos, con la carta entre las manos.

* * *

LXXXVIII

Pasar unos días con René y Rolando resultó en una estancia difícil, aunque también bastante fructífera. Felipe había sido invitado a quedarse, por los padres de Rolando, en la habitación de su hijo, y para ello dispusieron de una cama de la bodega comunal, la que, con agrado, les ofreció doña Enriqueta, quien colaboraba en administrar dicha bodega.

Fue entonces, cuando entre los tres, hablaron de los siguientes pasos que desearían tomar cada uno. Se encontraban sentados a la orilla del río. Los tres permanecían callados y fue Rolando quien rompió los silencios, que tenían como ambiente el paso tranquilo de las escasas aguas en las piedras al borde del río:

—Saben, desde que charlé en San Antonio durante un largo rato con el doctor Jano, paseando por el jardín, mientras Felipe se encontraba arriba en el laboratorio, con uno de sus ayudantes, esperando a que le hicieran

algunos análisis... hay algo que me da vueltas y vueltas en la cabeza.

—¿Y qué es lo que te tiene así? Tan encerrado en tus pensamientos —preguntó René.

—No sé bien... o tal vez sí lo sé —Hizo una breve pausa para acomodar la idea y continuó—. En realidad, me fascina lo que él hace, desde pequeño, ustedes lo saben, me gusta, me encanta, la biología. Y qué mejor que ser guiado por un eminente investigador de ese campo, para saber cuáles son los mejores pasos para ingresar a alguna Universidad a especializarme en eso. Como quisiera poder irme, a ponerme en sus manos, y recibir de él el apoyo que necesitaría. Y qué mejor que llegar a hacerse investigador ¿Se imaginan?, Que yo pudiese ayudar a Felipe con sus extrañas cualidades —Se acercó a Felipe y señaló—. Explicar con la ciencia lo que te sucede, y poder curarte cuando te afecten, como a tu padre.

—Pero eso debe costar una buena cantidad de dinero, allá no son baratas las universidades. Eso decía mi padre —le respondió René.

—Eso es lo que me tiene en vilo. No sé si hacerle caso a aquel hombre que nos contó sobre la destilería clandestina. Él mencionó que la paga era muy buena —agregó Rolando.

—Es cierto —intervino Felipe—, pero también debes considerar que la paga era buena porque era ilegal el trabajo, incluso tal vez peligroso.

—Sí, también he pensado en eso. Pero caray, pasar allí unos meses, ahorrando lo que pueda, sin gastos, salvo para las cosas más básicas. ¿Qué tanto se podría ahorrar?

—No lo sabes, pero yo también he pensado mucho en eso —Contestó Felipe—. Desde que nos lo comentó traigo en la mente un debate, como el tuyo. Para saber más de mi padre necesitaría viajar. Pero hay prioridades aquí y ahora. Tenemos que asegurar el futuro de la Familia de René. Pero reconozco que me da temor el no saber más detalles sobre ese lugar, y esa fábrica de licores de contrabando ilegal. Es un fraude el vender algo así, y por ello es que lo hacen en México, y no en los Estados Unidos. Aquí esconden lo que hacen, allá no podrían, es ilegal.

—Pues yo sí estaría dispuesto a correr el riesgo, si eso me permite ahorrar una buena cantidad de dinero, como dices, para el futuro de mi madre y mis hermanas. Ustedes hacen planes y planes para ustedes dos... —Les atajó René—. ¿Acaso creen que yo no tengo mis propias ilusiones? Es cierto que la comunidad las provee de lo más necesario, incluso Adela ya está trabajando conmigo en la tienda de servicios. Ella está dando clases de cocina a varias jóvenes del pueblo. Eso le da algo de dinero, pero es poquito y no alcanza para ahorrar, ni con el dinero que yo gano en comisiones por trabajar allí. Ahora los habitantes del pueblo cuidan sus

casas, tienen poco dinero, y cada vez hay menos trabajo con las personas del pueblo. La semana pasada apenas me pagaron cincuenta pesos por más de diez días de estar arreglando las tuberías de una casa. Lo que tú nos diste Felipe, mi madre lo guarda para tiempos difíciles, como ella dice —Hizo una pausa, se levantó y les miró fijamente acercándose—. Sí, yo sí estaría dispuesto a correr esa aventura —Y alzando el tono de voz comentó—. Y a mí también me gustaría irme —señaló respondiendo a Rolando—, a la Ciudad de México, y estudiar allí filosofía y literatura. Que no lo esté mencionando todos los días, no quiere decir que no tenga claro lo que quisiera hacer —dijo en tono desafiante, dirigiéndose a Rolando.

Felipe pudo sentir una ira repentina por parte de René quien se había sentido desplazado por la charla y los comentarios de sus amigos. Felipe y Rolando, callaron. Se quedaron mirando a René, quien se volvió a sentar al borde del riachuelo, y miraba al futuro mientras recogía guijarros pequeños para lanzarlos al agua. Rolando y Felipe se vieron el uno al otro, entendieron que en esos momentos sus propias necesidades no eran mayores, en importancia, que las de René.

—Tienes razón mi querido hermano. Todos para uno y uno para todos —carraspeó Felipe, tosiendo por la vergüenza que sentía tras las palabras de René.

—Vamos a pensarlo bien... ¿Les parece que lo pensemos, y nos reunamos mañana en mi casa para analizar pros y contras de aventurarnos en ese viaje? —Dijo Rolando.

— ¿Para qué en tu casa Rolando? Estoy seguro que a tus padres no les gustaría que vaya su único hijo, a trabajar a un lugar que hace cosas ilegales... Vamos a reunirnos en los talleres de don Camilo. Finalmente, desde que él falleció casi no hay nadie en ese lugar y los alumnos mayores que él tenía, apenas se están organizando para volverlos a echar a andar —dijo René en un tono rotundo para terminar con la discusión.

—Extraño al Tata Camilo —alcanzó a decir Rolando antes de levantarse y emprender la caminata al pueblo.

—Y yo —respondieron al unísono René y Felipe.

—Y a mi padre —añadió en un susurro René.

* * *

LXXXIX

Ilusiones cruzadas

Se sucedieron una y otra aquellas reuniones entre los tres, y tanto sus argumentos como sus motivos resultaban siempre débiles, ante lo poco

que habían conocido afuera de San Buenaventura y la comunidad. René y Rolando tenían ya claro qué buscaban, tenían una meta clara por alcanzar, pero no sabían cómo empezar. Felipe estaba confundido, en realidad no sabía lo que necesitaba hacer, acaso tenía que dejar por un lapso indeterminado esa necesidad obsesiva por encontrar a su padre. No necesitaba dinero para ello, tenía los billetes que encontró en la cómoda de su madre, y no era poco. Tenía para buscarle, para ir a ver a más de los amigos de su padre que mencionaban aquellas cartas. Pero necesitaba a sus amigos, y ellos querían ir a probar suerte a esa destilería, apostaban a ello para seguir sus sueños. Y les había costado mucho trabajo convencer a sus familias.

* * *

Felipe resume, en sus diarios, ese breve periodo de su vida en varios párrafos muy significativos:

«Aquellos días significaron el darse cuenta de una realidad distinta, en nuestra incipiente madurez. Era como confrontar varias cosas. Las que, de alguna manera, eran ajenas a nuestra formación. Los tres, por diversas razones necesitaríamos, generar y hacernos de recursos, e ignorábamos la manera en la que, más allá de San Buenaventura y la comunidad, podríamos insertarnos en un medio laboral para hacernos de lo necesario, tanto para vivir como para ir hacia adelante en nuestros motivos y objetivos de los, aún utópicos trozos de proyecto de vida, que habíamos comenzado a construir cada uno. Las charlas entre nosotros parecían no tener salidas acordes a nuestras ilusiones. Fue ardua la labor de hurgar en lo poco que conocíamos de ese mundo exterior para intentar crearnos una imagen de los pasos a seguir.

Fue un balde de agua fría el comprender de pronto que la comunidad no estaría presente en nuestras vidas, en nuestras realidades. Si lo que buscábamos era superarnos, tendría que ser lejos de aquel polvoriento pueblo, en el que se había tejido nuestra adolescencia, y en el que habíamos recibido una imagen de la vida como un colectivo, en el que se ensalzaba la ayuda mutua y el bien común. Teníamos que adecuar nuestras posibilidades a una realidad distinta. Otra de aquella en la que habíamos crecido y, a su vez, mantener aquellos principios trascendentales que nos habían transmitido nuestros mentores, como don Camilo, el profesor Alvérez y los padres de René y Rolando, el doctor Jano, mi madre o el tío Alberto, y toda una Comunidad, además de un centenar de libros varios. Enfrentaríamos una realidad que no parecía comprender nuestros motivos, nuestros principios, y muy probablemente, tampoco nuestros sueños. No había claridad de nuestros grandes objetivos, si bien los tres teníamos nociones de por dónde comenzar, para conseguir nuestras primeras metas personales. Nos necesitábamos y era crucial apoyarnos el uno a los otros, y eso fue determinante en la decisión de irnos juntos, a probar suerte en aquella destilería clandestina. Yo, en mis

adentro, en realidad no sabía lo que quería hacer. Encontrar a mi padre, sin duda. Eso era una gran meta en mi vida, pero cada vez que parecía haber alguna forma de hacerlo, volvía a parecer una quimera, tenía que obtener más datos. No sabía adónde ir ahora, aunque había nuevas pistas para cumplir ese sueño.»

* * *

Revisó una a una las cartas que había encontrado en el cajón secreto de la cómoda. Ponía atención a los distintos sellos de las oficinas de correos, leía los contenidos, particularmente de aquellas cartas de personas que le habían escrito a su padre. Dio con varios nombres, entre ellos el de Américo, cuya extraña carta relejó varias veces. Y un par de sellos provenientes de un mismo lugar, en las sierras montañosas, más allá de la frontera.

«Curiosamente, una de ellas era de mi padre, dirigida a mi madre. Todo lo nuevo que encontraba lo registré en una libreta la cual me llevaría a ese viaje, pero necesitaba los mapas que teníamos en casa de Alberto, y el espejo.»

Escribí una carta al tío Alberto. Solicitándole que me enviase con urgencia el Espejo, los mapas y los datos, los que habíamos ido recopilando mi tío y yo durante varios meses. Todos esos datos me tenían que servir para dar con la localización de mi padre. En la carta le comenté que, en breve, estaría a corta distancia de la frontera, y tenía que aprovechar esa oportunidad.

Capítulo 18

CAPÍTULO XVII

XC

La noche previa a la partida, cantos de grillos daban, con su coral, por sentada la tranquilidad. La limpia noche retozaba con repentinos y fugaces vientos; cientos de estrellas parecían despedirse de él, cintilando. La luna menguante, y aquella infinidad de pequeñas luces eran un espectáculo usual desde ese paraje, a un costado del pueblo, ajeno a las luces de las callejuelas.

« ¿Volveré alguna vez a verlas así? » —caviló Felipe, mientras se adentraba en el cementerio, hasta llegar frente a la tumba de su madre. Se quedó unos segundos mirando aquella pesada losa, sobre la que había aún un cincel y un martillo. En la lápida, con letras que algún artesano habría estado grabando, por encargo, tal vez del tío Alberto. Se alcanzaban a distinguir algunas palabras cinceladas, aún sin tallar y pulir:

“YACE AQUÍ UNA MUJER ADMIRABLE POR SU ESPÍRITU

Y con una tiza negra estaba marcada apenas, con una parte cincelada, la siguiente palabra, de la que apenas tenían alguna hendidura por cincel, las primeras letras: INDO, y en tiza oscura se leía MABLE”. Al pie de la losa se leía el nombre de su madre, en letras pulcras y talladas con esmero.

“Anastasia Hinojosa De la Hoz”

Y justo debajo del nombre: (1878-1924) Las fechas.

Fue extraño para Felipe, el saber por fin, el año en que había nacido su madre y su edad real, cuarenta y seis años. El sentimiento de tristeza, al saberla allí, inmóvil bajo tierra, era algo fuera de todo lo conocido. Dolía.

Felipe se sentó sobre la fría losa y la acarició como un acto reflejo, mientras la imagen de su madre se recomponía en su mente.

—Ya no estás... Estás aquí, pero ya no estás —Le temblaba la voz y reprimía el llanto, y añadió— ¿Qué voy a hacer sin ti? Si estando contigo, en estos últimos años, extrañaba como no tenías idea tus consejos, tus abrazos, tus caricias. Voy en busca de papá, le hablaré de ti, de cómo nos

amabas a ambos.

Felipe alcanzó a ver entre las sombras de la noche, en la espesura de las plantas bajo un frondoso pino, varias margaritas salvajes. Se levantó y cortó varias de ellas, para dejarlas sobre la lápida. Tras lo cual, se dirigió hacia la puerta lateral del cementerio. Aquella puerta era otra forma de acceder al pequeño prado exterior. Abrió la pequeña puerta y se detuvo a contemplar la calma nocturna de aquel lugar:

«El prado que tantas veces me acogió en los años previos... Mis soledades, mis miedos y tantos otros momentos —pensó—, en los que buscaba estar conmigo, con ese yo que tanto disfrutaba. Lejos de los demás... Aquél día en que Mirna me enseñó este lugar, mientras me desvestía y me hacía el amor, por primera vez. Fue grandioso» —Una lágrima brotó en la mirada de Felipe.

De la nada, Felipe escuchó una voz dentro de él: «No te asustes, tan solo vengo a prevenirte». —Escuchó Felipe, con ecos que parecían rebotar en su mente.

—¿Quién eres?... ¿Dónde estás que no te veo? ...Ni te siento —Preguntó sorprendido.

Una sombra se dibujó detrás del Olmo, era un hombre con una sotana larga y oscura, el capuchón sobre la cara impedía verle la cara, bajo sombras.

—Pues deberías. Escúchame bien... aún no sabes usar bien tus poderes —dijo aquel ser, con voz grave.

—¿Quién eres? ¿Qué eres? —Le interrumpió Felipe con voz trémula.

«Sería un error el ir en busca de tu padre, ahora se encuentra en mal estado, y hay personas y seres buscándolo, para hacerle daño. Les bastaría con seguirte para encontrarlo» — escuchó de nuevo en la mente.

—Ahora controlo mis poderes... ¿Por qué me dices eso?

—Porque no sabes hacer lo que yo acabo de hacer. Ya te lo enseñaré —la misma voz grave.

Felipe dio un par de pasos, despacio, hacia aquel hombre entre sombras, y creyó distinguir la blancura de sus pómulos. De inmediato la sombra desapareció entre arbustos detrás del árbol.

¡Carajo! —Exclamó—. Me quieren disuadir... ¿Quiénes son?

«Mi padre está en mal estado ¿Quién diablos es ésta persona que acaba de desaparecer? ¿Por qué se ha ido sin poderle preguntar nada? No quiso explicar nada.» —Pensó, mordisqueándose los labios.

Trataba de darle un orden a sus pensamientos. Se había borrado la razón de haber ido a aquel lugar... «Este prado, ¿Cómo diablos supo que vendría yo aquí?»

Alzó la vista a las estrellas y gritó — ¡Te voy a encontrar padre! Estés donde estés —y bajando el tono de voz, repitió—. Te voy a encontrar.

* * *

XCI

Américo López

La noche la compartían escasas nubes, tenía la frescura de aires continuos, meneándose al vaivén de una serenata lejana.

En la calle arbolada Felipe, enfundado ya en la gruesa chamarra con forro de borrega, que llevaría durante el viaje, se acercó a sus amigos quienes, con chamarras semejantes, fumaban un cigarrillo a unos metros de la casa de la familia de René.

—Qué bueno que les encuentro aún despiertos, me acaba de suceder algo —se le oía agitado, nervioso.

—Por la cara de susto y lo excitado que te ves debe haber sido extraño —comentó Rolando.

—Fui a despedirme de mi madre. Luego pasé al prado tras la barda del cementerio, adonde suelo ir para estar tranquilo.

¿El prado con ese gran olmo? —preguntó René.

Felipe asintió.

—De pronto, sin darme cuenta un hombre salió por detrás de ese mismo olmo —hizo una pausa, estaba temblando, y continuó— Me dijo algo... en forma extraña.

—Vamos dilo ya —apresuró Rolando.

—No lo van a creer, escuché dentro de mi cabeza «no te asustes, solo vengo a prevenirte». Fue como escuchar palabras en mi cerebro, dentro de mí. Pero provenían de un hombre que acababa de salir de atrás del olmo. Traía una sotana y una capucha, no le sentía, era como si no estuviese allí. Y de repente, escuché de nuevo su voz, adentro de mí, que

decía: «Sería un error el ir en busca de tu padre, hay seres buscándolo para hacerle daño», y que les bastaría con seguirme para encontrarlo a él, a mi padre. Traté de acercarme a ese ser, pero desapareció detrás del olmo —Hizo una pausa, respiró profundo mientras armaba las ideas, vio a las caras sorprendidas de sus amigos y prosiguió—. Estoy confundido. No sé si es verdad lo que dijo, o solo quiere convencerme.

¿Qué tomaste hermano? —dijo, con sorna, Rolando.
¡Cállate! —Le respondió René— Déjalo hablar.

—Es que no sé... no sé si lo que dijo...

—¡Es verdad! —dijo con una voz hosca y contundente aquel hombre de la sotana, saliendo a la luz desde atrás de un grueso, aunque joven Alcornoque, muy cerca de ellos.

Los tres miraron hacia aquella sombra, a contraluz de una farola cercana. El rostro estaba lleno de arrugas. La tez, algo ceniza, infundía temor y los ojos negros, profundos, tenían destellos de brillos. René y Rolando callaron, pero Felipe retomó lo que quería preguntarle, antes de desaparecer en el prado:

— ¿Quién eres? ¿Conoces a mi padre?

—Le conozco desde mucho tiempo atrás. Mi nombre es Américo, pero eso igual no te dice nada...

—¿Américo López? —preguntó Felipe.

—Así es, ¿Cómo lo sabes?

Rolando y René tenían las cejas arqueadas abriendo los ojos, más allá de estar sorprendidos, nada sabían de ello.

—Por un par de periódicos en los que mencionaban ambas muertes, la de mi padre y la suya, en meses distintos. Además de una carta que usted le escribió.

—Entiendo, ya sé cuáles fueron... Bien, ya sabes quién soy. Te voy a decir dos cosas Felipe. Gracias a que tú visitaste al doctor Jano, ahora él está siendo vigilado. Deben ser prudentes. La segunda, es que tú corres el riesgo de que sea a ti a quien capturen, como rehén, para poder llegar a tu padre —dudó unos segundos, y alertó a Felipe—. De hecho, ya saben que estás en este lugar. Váyanse. Sean cautos con lo que dicen y con las personas que no conozcan —Dijo, recorriendo con la mirada los ojos de los tres chicos—. Y tú, joven Felipe —mencionó, apuntándole con el dedo índice de aquella mano siniestra—, debes aprender a mentalizar y a inhibir. Te enseñaré a intensificar y apagar tu presencia, concéntrate en

ello, y en el espejo. Tienes muchas cosas por aprender aún —suspiró—, y poco tiempo para hacerlo — Y girando la cabeza hacia aquel par de asustados jóvenes que se acercaban a Felipe, les ordenó:

—¡Ayúdenle a hacerlo! —Y volteando la mirada hacia Felipe, añadió—. Yo estaré atento, cerca de ti. Hay varias cosas que debo enseñarte a hacer. Después de todo, se lo debo a tu padre.

Y regresó tras el árbol del que había salido. René, temblando y acercándose despacio, revisó detrás del árbol. No había nada ya.

* * *

XCII

Felipe tenía una sensación de revoltijo en tripas e ideas. Lo que acababa de suceder le resultaba atemorizante. Decidió alejarse, caminar un rato bajo esa noche. Tratar de serenarse y dar acomodo a lo sucedido minutos antes. Vio a los ojos de sus amigos, aún con ese aire de haber visto un espanto, y les sugirió:

—Piensen bien si aún quieren acompañarme en este viaje. Yo tengo que calmarme, debo pensar en muchas cosas, tengo que entender en forma cabal, lo que acaba de suceder, voy a caminar un rato por allí —dijo vacilante y se alejó con pasos lentos, bajo aquella titilante negrura nocturna y el aroma dulzón de los huele-de-noche plantados al borde de la calle. La lejana serenata había callado.

Rolando y René se miraban a los ojos mutuamente. Las ideas y las palabras parecían no acomodarse. Se habían topado con un imprevisto tal, que le quitaba la sanidad mental a su mundo. Ahora lo plagaba de riesgos y miedos que desconocían. Y fue René el primero en hablar:

—Pocos han tenido la experiencia de una amistad tal, como la nuestra. Me resulta claro que Felipe no debe ir solo a éste viaje. Hemos hablado mucho sobre ello y, hasta ahora me doy cuenta, de la importancia que tiene que Felipe encuentre a su padre —dijo contundente.

—A mí me ha dejado asustado lo que acaba de pasar, lo reconozco —dijo Rolando—. Tienes razón en lo que acabas de decir. Pero, además, el que estén vigilando al doctor Jano igual pone en jaque mis sueños y esperanzas más personales de ir a estudiar con él —Al ver el gesto de duda en la cara de René, aclaró—. No es egoísmo, todo lo contrario, debo ayudar en esta aventura. Es la mejor forma de que pueda alcanzar ese sueño, junto a Felipe —Hizo una breve pausa y añadió—. Además, si lo ves desde otra perspectiva, este viaje se antoja como una gran aventura. Con Felipe a nuestro lado, con sus habilidades y las que seguirá aprendiendo, si el tal Américo es como dice ser. Aunque me asuste su

aspecto, a la vez es alguien que puede cuidar de nosotros.

—Cierto —contestó René—, pero habrá que aprender a estar alerta y preguntar a Américo cómo ayudamos en ese nuevo aprendizaje de Felipe —Calló por unos momentos. Y agregó—. Por lo pronto, no creo que sea oportuno comentar nada de lo que ha sucedido, a nuestras familias.

—¡Claro que no vamos a decirles nada de esto! —Aseveró Rolando y mirando hacia la tenue luz de las calles agregó —. Espero que Felipe no tarde, o no descansaremos en toda la noche... Ya verás, entre los tres podemos aprender, y derrotar, lo que sea que nos amenace.

—Ojalá...

* * *

Capítulo 19

EPÍLOGO XCIII

Justo el día de la partida en autobús hacia la estación de trenes, doña Queta encuentra un paquete en su oficina con una etiqueta destinada a Felipe Aragón. Sabe que ese mismo día, Felipe y sus amigos partirían de viaje así que decide llevarlo a la casa de Germinal quien había invitado a Felipe a quedarse esos días con ellos.

En camino al lugar, el empleado de la oficina de correos, al verla pasar la alcanza para entregarle un telegrama urgente con el nombre de Felipe Aragón como destinatario. Ella apura el paso pensando que estarían ya a punto de salir de la casa de los padres de Rolando. Al llegar toca repetidamente en la aldaba de la puerta, la que abre Germinal y la saluda.

—Buenos días a todos —dijo en tono dulce Enriqueta—. Qué bueno que los encuentro todavía aquí —dijo doña Queta, agitada—. Felipe, te acaba de llegar un telegrama urgente de tu tío. Y este paquete está desde ayer en la oficina del Consejo, también es para ti.

—¡Claro! Lo había olvidado, son de mi tío Alberto —dijo sorprendido Felipe—. Cómo se me pudo olvidar, le pedí a mi tío que me enviase varias cosas... No sé cómo agradecerle doña Queta —Y tomando el paquete en sus manos, le sonrió a doña Queta.

—Bueno, yo me regreso a la oficina —Hizo una pequeña pausa, con lágrimas apenas visibles, y agregó—. Chicos, que su viaje sea el principio de una maravillosa experiencia de vida, se los digo con el corazón de toda la Comunidad.

Tuvo en respuesta varios "gracias", y Felipe se le acercó, la besó en la mejilla y le susurró:

—Gracias, por miles de razones y detalles que tuvo con nosotros.

Enriqueta sonrió con cierta tristeza, inclinando la cabeza.

Apenas subir al autobús, antes que Rolando o René, quienes estaban recibiendo sendos besos, y consejos de sus familias. Felipe acomodó su valija y el paquete en la rejilla que colgaba sobre los asientos, se sentó y

abrió el telegrama:

21/Nov/1925 "Bien por salirse de allí. Haz caso a Américo, de toda confianza. Sé que te persiguen no sé quiénes son. Espero dirección correos. Todo mi apoyo. Si me necesitas házmelo saber. Mucha suerte Pillo. Tito".

* * *

XCIV

En el trayecto en ferrocarril hacia Ciudad Juárez Felipe vuelve a sentir confusión en los sentidos, alguien presente en aquél tren lo provoca, o le avisa de su presencia, pero no inspira terror.

Recuerda las últimas palabras de Américo: "estaré atento, cerca de ti", pero Felipe no logra verle. Lo piensa unos momentos, la sensación se desvanece y decide no preocupar a sus amigos.

El tren sigue su marcha... el paso monotonó de las vías, siguió adormeciendo a aquellos jóvenes en busca de su futuro.

* * *

FIN

(Continuará)